

A person wearing a dark hooded jacket is seen from behind, looking down a narrow, cobblestone street in a village. The buildings are made of rough-hewn stone. In the distance, a church with a pointed roof is visible against a hazy, yellowish sky. The overall mood is mysterious and atmospheric.

# OCULTOS

JORDI SIERRA I FABRA

## Annotation

Cassia parte en busca de un futuro que quizá no existe convencida de saber con quien compartirlo: Ky, el chico prohibido, el que no debía ser su pareja. La Sociedad lo ha deportado a las Provincias Exteriores, condenado a una muerte segura, y Cassia escapa hasta allí para rescatarlo. La búsqueda de Cassia la hace crecer: se replantea muchas de sus convicciones, las antiguas y las nuevas.

Cuando más se acerca al paradero de Ky, una serie de imprevistos cambiarán de nuevo las reglas del juego: una invitación a la revolución y un encuentro sorpresa con Xander, que tiene la llave tanto de la revuelta como, todavía, de su corazón. Nada está tan controlado ni tan bien planificado en los límites de la Sociedad...

---

# MAJUS

JORDI SIERRA I FABRA

Montena

**LOS**

**PRÓLOGOS**

# PRÓLOGO 1

*MÓDENA, ITALIA, 1 DE NOVIEMBRE DE  
1751,*

*MEDIANOCHE*

Y al sonar la primera de las doce campanadas en el reloj de la torre, inició su letanía.

—¡Booz!                    ¡Adonai!

¡Lux Tenebrol...! ¡Belia!

Se detuvo un instante y su alma se llenó de ansiedad, lo mismo que su mente se inundó de luz.

Una luz oscura.

Como el entorno preparado tan pacientemente en la habitación.

Los lienzos negros cubriéndola por entero, sin dejar el menor resquicio. Techo, paredes, suelo. La mesa de tres pies y, sobre ella, los dos cirios con la llama titilando en la oscuridad. El cráneo humano de sepulcral aspecto, con su eterna risa



congelada.

El muchacho, completamente desnudo, con la mano izquierda sobre la calavera y el tridente en la derecha, tenía la cabeza alzada, tal y como exigía el libro.

La hora de la verdad.

—Rey de los infiernos —habló despacio, sintiendo cada palabra memorizada desde hacía tanto tiempo—, poderoso señor a quien el mundo rinde culto en secreto; tú que dominas desde los antros tenebrosos del infierno hasta la

superficie de la tierra y sobre las aguas del mar; espíritu infernal que todo lo puede, yo te adoro, te invoco, te requiero y exijo, después de entregarte mi alma para que de ella dispongas, que abandones las regiones infernales y te presentes aquí dispuesto a concederme lo que te pido de todo corazón y con el alma condenada te entrego mis tesoros, mi dicha entera si accedes a mis ruegos. Ven a mí, Rey y Señor, soy tu siervo, ninguna imagen ni objeto religioso hay en mi casa,

preséntate sin temor de ser  
desobedecido; llega...  
desciende... penetra...  
sube... Luzbel... Satanás...  
Vea tu sombra majestuosa a  
este tu esclavo. Maldito,  
maldito sea el día en que  
sobre mi cabeza derramaron  
agua. Satán, Satán, soy  
tuyo...

Quedaba la última parte  
del ritual.

Un último paso.

El muchacho creyó que  
el corazón iba a salirse del  
pecho.

Movió la mano y el  
tridente dibujó un triángulo

en el aire.

Entonces... apareció.

Allí estaba.

Justo en el centro del triángulo, flotando en el aire sobre un foco luminoso que lo envolvía de manera espectral.

—Satán... —gimió.

Tardó un segundo de más en arrojarse al suelo, boca abajo, temblando. Un segundo que se le hizo eterno mientras la contemplación de aquella figura imposible de describir le atravesaba la mente. Había seguido el ritual, eran

el día y la hora. Y, sin embargo...

Sintió cómo la sombra diabólica le cubría.

Todo aquel frío...

La Invocación decía que en ese instante debía pedir en voz alta lo que desease y le sería concedido. Pero le advertía. Le advertía seriamente.

Prudencia y valor.

Si oía un ruido, no podía amedrentarse. Si el Señor de los Infiernos le hablaba, no debía responderle en voz alta, sino hacerlo mentalmente.

Y, sobre todo, sobre todo, sobre todo, no tenía que mirar el foco de luz.

La luz...

—¿Qué deseas, hijo mío?

Le habló. Quizá porque tardaba demasiado en formular su deseo.

Su voz era dulce y al mismo tiempo densa, tan gélida como cálida, tan penetrante como envolvente.

La voz del Averno.

—Ya conoces mis  
anhelos... —musitó  
asustado.

—Quiero escucharlos

—dijo el Diablo—.

Pídemelo.

Se resistió.

No quería levantar la cabeza. No quería mirar la luz. No quería romper las leyes de la Invocación.

Pero no pudo evitarlo.

Aquella luz...

El muchacho se traicionó.

Sus ojos le buscaron.

—Quiero ser... —  
comenzó a decir.

Y, al pronunciar la palabra, la luz penetró en él.

Fría, mortal, viva, turbulenta, estremecedora...

Como si un millar de  
vidas pasaran a través de él  
en apenas un instante.



# PRÓLOGO 2

*ALCALÁ DE HENARES, ESPAÑA, 14 DE ABRIL  
DE 1875*

La tiendecita era mísera, se intuía más que se veía al final del callejón, bajo el rótulo de madera apenas perfilado que señalizaba su emplazamiento. A ambos lados, las casas mostraban su

particular deterioro. Ropas tendidas en las ventanas, suciedad acumulada en las puertas, mujeres atendiendo sus labores, niños jugando ajenos a su realidad.

Ningún hombre.

Tan extraño...

El muchacho pasó por entre todo ello con la vista fija en el suelo. Llevaba chambergo y el cuello del gabán alzado. Su imagen parecía una sombra. Los niños dejaron de jugar. Se arropó en el silencio. Una mujer buscó sus ojos y cuando los encontró tuvo un

estremecimiento. Eran claros, diáfanos, tan transparentes que semejaban dos lagos sin fondo. Se apartó de inmediato y el aparecido alcanzó la puerta de la tienda, con el escaparate lleno de libros.

Libros viejos.

Antiguos.

Tan viejos y antiguos como el librero, que levantó la cabeza al oír la campanilla de la puerta que alteraba su quietud.

No dijo nada. Esperó a que su cliente llegase hasta él.

Entonces, los dos se miraron.

El librero era un hombre arrugado como una pasa, de escaso cabello, largo e hirsuto por la nuca y los lados, casi inexistente en la parte superior. Ojos pequeños, boca delgada, nariz afilada y quijada pronunciada, esquelético. Vestía una añeja levita y un corbatín deslucido. Sus manos eran sarmientos.

El aparecido se quitó el sombrero.

Abrió su gabán.

—Buenas tardes —

pronunció las dos palabras con voz suave.

El librero no respondió a su saludo.

Aquellos ojos transparentes eran...

—Sígueme —reaccionó después de tres largos segundos. Hizo ademán de encaminarse a una puertecita situada a su espalda.

El muchacho lo impidió.

—No —dijo—. Tráigalo aquí.

—¿Por qué? —se extrañó el hombre.

—No me fío de los

lugares oscuros, y menos de los que no conozco.

—No es más que un libro, y esto, una vieja librería.

—Claro.

El librero frunció el entrecejo.

—¿Has traído el dinero?

—Sí.

—¿Puedo verlo?

Se lo mostró. Introdujo una mano en el bolsillo del gabán y cuando la retiró sus dedos sostenían la bolsa, dura, consistente y pesada, repleta de monedas. Los ojos

del hombre se crisparon.

—Todas de oro.

—Todas.

—Bien. —Le dejó ver una doble fila de dientes con bastantes ausencias.

—¿Cómo sé que es el libro? —El muchacho se guardó de nuevo la bolsa.

—Tú mismo lo verás.

—El librero se enfrentó a sus ojos líquidos—. Es perfecto. Un ejemplar único y prodigioso. Aterra incluso verlo. Aún más tocarlo. Es tan viejo que parece que sus páginas vayan a desvanecerse con solo

acariciarlas, o sus letras borrarse con solo leerlas. Creo que vale más, mucho más de lo que acordamos.

—También traigo más de lo que acordamos —suspiró el visitante—. Acabemos con esto de una vez, ¿quiere? Vaya a por él.

—No pareces muy feliz.

—Lo estoy. Es el fin de un largo camino.

Otros dos, tres segundos de calma tensa.

La última mirada.

El librero dio media vuelta y desapareció de su



vista.

El muchacho cerró los ojos.

El fin de un largo camino.

La esperanza.

Se apoyó sobre los libros de una mesa. Sus cubiertas eran de tela, mullidas, así que sus nudillos se hundieron uno o dos milímetros al descargar todo su peso en ellos. El silencio era tan absoluto que pudo oír con mayor nitidez los latidos de su corazón.

La maldita y monótona música de su alma.

También oyó el ruido, sordo, opaco, proveniente de la trastienda o lo que fuera que hubiera al otro lado de la puerta por la que acababa de desaparecer el librero.

Tensó los músculos.

Había muchas clases de ruidos, y el de un cuerpo cayendo al suelo nunca se olvidaba, tanto en la guerra como en la paz. Sonaba igual que un saco de patatas arrojado desde las alturas.

Más aún: los sacos de patatas no gemían con el estertor final.

Cuando cruzó la puerta

a la carrera vio dos siluetas iluminadas por la luz cenital que provenía de una claraboya del techo. Una, el cuerpo del hombre vencido sobre el suelo, con la sangre de su garganta cercenada brotando a impulsos y llevándose los últimos restos de su vida. Otra, el hombre que, sin esperar a más, prendía ya fuego al pesado libro que acababa de rociar con algún líquido inflamable.

La llamarada fue dantesca.

—¡No! —gritó él.

Se abalanzó sobre el libro, no sobre el hombre, y esa fue su perdición.

Su cuerpo cubrió el libro en llamas. El gabán se desplegó igual que un manto para sofocar el fuego. Un gesto inútil. Su espalda, desguarnecida, ofreció el mejor de los blancos a su agresor. El cuchillo se hundió hasta la empuñadura una sola vez. Sintió el dolor de las llamas tanto o más que el de la hoja de metal. Un dolor vivo, aunque no mortal. Un dolor que, a fin de cuentas, ya conocía.

Siguió empeñado en sofocar la brasa en la que se estaban convirtiendo aquellas páginas y comenzó a llorar al ver que no le era posible. El papel iniciaba ya su conversión en humo. Cada borde chisporroteó extinguiéndose como si a la postre el conjunto no fuese más que un sueño.

El hombre levantó la mano armada para asestarle una segunda puñalada.

El joven lo evitó.

Se volvió sobre sí mismo y, con una rapidez inusitada, no solo detuvo su

mano sino que la obligó a doblarse en sentido contrario, con la hoja apuntando directamente al pecho del agresor.

Luego la empujó hasta atravesarle el corazón.

Muy rápido.

Se olvidó de él al instante. Lo apartó de encima y centró su atención en el ardiente volumen, que se esfumaba velozmente ante sus ojos. Ya no sentía el dolor de la herida de la espalda. Ni el de sus manos quemadas. El verdadero dolor era el de la

impotencia. El libro quizá tuviese mil años. Demasiado viejo para resistir el depredador avance del fuego. Volvió a tomarlo con las manos sin importarle las llamas. Las letras doradas de su cubierta, «In fidelis», se desvanecían rápidamente. Buscó agua sin encontrar ni una jarra. Habría orinado encima, como Gulliver en el país de los liliputienses, de haber tenido la mínima oportunidad.

Arrodillado en el suelo, vio cómo el libro se extinguía.

Y dejó caer la cabeza sobre el pecho, mientras el dolor y la desesperación se extendían por su cuerpo igual que otro fuego devorador.

A su lado, el brazo estirado del muerto le reveló lo que ya sabía.

El dibujo en la muñeca.

El dibujo de un águila con las alas desplegadas.

—Malditos seáis... —  
gimió—. ¡Malditos,  
malditos, malditos...!

Continuó arrodillado con los restos del libro en su regazo.



No se movió hasta que la herida de la espalda estuvo cerrada y las quemaduras de sus manos hubieron desaparecido, unos minutos más tarde.

# PRÓLOGO 3

*XIGATSE, TÍBET, 26 DE JULIO DE 1947*

Lao Tsing era metódico.

Llevaba cincuenta años siéndolo.

Desde el mismo día en que sus padres lo habían llevado al monasterio, a la edad de siete años.

Se levantaba a las cuatro de la mañana, se ponía su túnica, ingería su primera ración de *tsampa*,<sup>1</sup> bebía su primera dosis de *chas*,<sup>2</sup> llevaba a cabo sus abluciones y comenzaba su larga jornada de trabajo, interrumpida tan solo por las oraciones comunes o para la comida y la frugal cena, casi siempre con *thug-pa*<sup>3</sup> o *momos*,<sup>4</sup> *khabses*<sup>5</sup> o *lassis*.<sup>6</sup> El resto del día trabajaba, en el interior y el exterior del monasterio, a las puertas de Xigatse.

El monasterio.

Tashilhunpo era mucho más que el punto neurálgico de la escuela Gelup del budismo tibetano y sede tradicional del Panchen Lama.

Lao Tsing miró las boñigas de vaca quemadas al acostarse para vencer el frío de la noche. Un pastor le había dicho que un hombre había oído en boca de otro contar que lejos de allí, en el otro mundo, los humanos empleaban carbón y madera para calentarse, y sistemas sorprendentes, incluso extrañas máquinas que

proporcionaban calor sin más.

Máquinas.

Tenía que hablar con sus preceptores de su indudable pérdida de fe.

Toda la vida haciendo lo mismo y, de pronto, a sus años, tenía malos pensamientos.

Imaginaba ese «otro mundo».

Y los prodigios de los que le hablaba el pastor y que le habían sido narrados por un hombre que conocía a un tercero que al parecer lo sabía todo, o casi todo, o por

lo menos estaba enterado de cosas.

Cosas lejanas.

Porque el Tíbet era el techo del mundo, pero si había un techo también significaba que existían paredes, distintos niveles, y hasta unos cimientos.

Los malos pensamientos surgían siempre como dardos envenenados, en cualquier instante. Li Hao decía que estaba «contaminado». Y eso le daba más miedo que ninguna otra cosa. Tanto que prefería callar sus

debilidades. Tanto que vivía desde hacía ya demasiado sometido al peso de sus tentaciones. ¿Era posible que cincuenta años de santidad se vieran súbitamente amenazados por cincuenta días o cincuenta semanas de dudas?

Tenía mucho en que pensar.

Los poderes superiores le estaban poniendo a prueba, y él era débil. Mucho. Demasiado. Lo comprendía cada vez más.

¿Qué haría si se veía obligado a abandonar el

monasterio?

Salió de su celda y echó a correr por los pasillos para reunirse con los demás monjes. Lo mejor era no pensar, sumergirse en el trabajo, cumplir con la voluntad de Buda. ¿Para qué necesitaba más? Cualquiera día moriría, y su funeral celeste serviría para que los buitres se alimentaran. En el Tíbet no había madera ni carbón que malgastar. Luego se machacarían sus huesos hasta convertirlos en polvo, y eso sería todo.

Adiós.



—Cuidado —oyó decir a la voz de Li Hao, a su lado.

—¿Por qué? —Se volvió hacia él.

—Tienes los ojos abiertos, pero no ves nada.

—Pareces mi sombra.

—Una sombra que te mantiene despierto.

No le respondió. Tiempo atrás, Li Hao había sido su pupilo. Y un buen pupilo, *sutra* tras *sutra*,<sup>7</sup> aunque desde entonces pareciera haber transcurrido una eternidad. En los últimos tiempos su jovial

predisposición le ponía constantemente en jaque. De alguna forma se le cortaba el aliento, porque estaba dejando de sentir amor y convertía todo lo que sabía, o creía saber, en una gran duda acerca de la vida y la muerte, sus creencias y lo que se esperaba de sí mismo.

Por las noches soñaba.

Y jamás había tenido aquella clase de sueños.

Lao Tsing cerró los ojos, llenó sus pulmones de aire y apretó los puños.

—Concéntrate en el trabajo, vamos.

Caminó por el pasadizo en dirección a la capilla de Maitreya, Jambu Chyenmu, al oeste del monasterio. No miró las cúpulas doradas ni las hermosas pinturas, las montañas peladas que se alzaban al otro lado de las ventanas ni la solemnidad característica de los edificios del gran recinto sagrado. Lo veía a diario. Tampoco se maravilló por la contemplación de la inmensa estatua de aquel Buda de 26 metros de alto cubierto por 614 kilos de oro, 868 piedras preciosas y 246.794 joyas.

Se inclinó con respeto y devoción y se dispuso a ordenar las velas que durante el día arderían en su honor. Rodeó la estatua y se sumergió en la parte más oscura del reducido escenario posterior.

Cuando tropezó y cayó al suelo, lastimándose las rodillas, apenas si pudo creerlo.

Era la primera vez que se caía en cincuenta y siete años.

¿Un castigo?

Extendió la mano para apoyarse en la pared, a ras

de suelo, y entonces se produjo su segunda sorpresa, porque la base de piedra pareció convertirse en un simple papel y cedió.

Inexplicablemente.

Lao Tsing miró atónito aquel increíble hueco.

Porque al otro lado, a pesar de la escasa luz, vio algo.

Algo inesperado que no tenía que estar allí.

# EL LIBRO

# DÍA 1

Al salir de la ducha se sentó en el banco de madera del vestuario y se contempló los doloridos pies.

De niña los tenía preciosos, todo el mundo se lo decía.

Pies de princesa.

Eso había sido antes de que la danza, el baile, entrara en su vida con aquella inusitada fuerza que le daba tanta, tanta libertad.

Porque solo bailando podía cerrar los ojos, olvidar y ser feliz.

—¿En qué piensas?

—En nada —reaccionó a la pregunta de Carolyn.

—¿Te duelen?

—Igual que a ti, ¿no?

—No lo creo. —Su compañera sonrió con tristeza—. A mí lo que me duele es verte bailar como lo haces y darme cuenta de que yo jamás podré...

—No digas eso —la interrumpió—. ¿Por qué eres tan dura contigo misma?

—Porque soy realista.



La clase de hoy ha sido genial. ¿No has oído a la señorita Halloway? —Imitó la voz de la profesora—: «¡Fijaos en Elisabet, fijaos en Elisabet!».

Está encandilada contigo. Y solo llevas aquí unos meses. ¡Yo llevo dos años y medio!

No supo qué decirle. Flexionó los dedos de los pies y luego decidió que no quería seguir con aquella conversación. Le incomodaba que le dijeran que era buena. O no se lo creía, o, lejos de ayudarla y satisfacerla, la sumergía en

un océano de dudas.  
¿Cuántas chicas habrían sido buenas y nunca habrían alcanzado sus sueños?  
¿Cuántas se habrían quedado en el camino, allí o en cualquier otra parte del mundo? A veces lo peor era sentirse lo bastante cerca de algo como para creer tocarlo ya con las manos y luego...

No quería despertar y darse cuenta de que todo había sido un sueño.

Creían que era segura... pero no.

Tenía tantas dudas...

—¿Vamos a tomar algo

a Piccadilly Circus? —le propuso Carolyn.

—Tengo que estudiar —se excusó.

—Parece que en lugar de en una residencia vivas en un convento —lamentó su amiga.

—Llegué a medio curso, ¿recuerdas? Y además tengo las clases.

—¿Has salido con algún chico desde que estás aquí?

—No.

—¿No? —Carolyn puso los ojos como platos—. ¿Nada?

—No seas mala, va. —

Se calzó más rápido de lo acostumbrado para escapar de aquel interrogatorio—. Ya sabes que no domino tanto el inglés para...

—Lo hablas perfectamente, no me vengas con cuentos.

—¿Quieres que además de estudiar y bailar tenga una historia?

—Siempre ayuda. — Estiró los brazos con picardía.

—Yo más bien creo que es todo lo contrario.

—Solo si te enamoras.

—¿Y cómo evita una enamorarse?

—Búscate a uno que sea feo.

Se echaron a reír tras un par de segundos de silencio, momento que Elisabet aprovechó para incorporarse y acabar de vestirse. Ya no le dio pie a que siguiera con sus bromas o sus insinuaciones. Caminó hasta el espejo y se arregló lo mejor que pudo, atusándose el pelo y examinando su rostro de tez pálida en el que los labios, grandes y rosados, parecían

flotar junto a las dos perlas oscuras de sus ojos. La mayoría de las chicas eran rubias o tenían el pelo mucho más claro que ella, que lo tenía muy negro. Incluso había dos pelirrojas naturales muy espectaculares.

La llamaban «la Española».

Se despidió del espejo con un suspiro, recogió la bolsa, le dijo adiós a Carolyn y se encaminó a la salida del vestuario con gesto vivo.

Una vez al otro lado de

la puerta no pudo dar más de tres pasos.

—¡Elisabet!

La señorita Halloway, en otro tiempo una importante bailarina del Royal Ballet, caminaba hacia ella apoyada en su sempiterno bastón, con el que les marcaba los tiempos. Era una mujer enérgica, de unos sesenta años, cuerpo todavía esbelto, prestancia y porte, el cabello siempre recogido en un moño y la barbilla levantada a modo de perpetuo desafío. Sus ojos eran dos brasas de mirada

penetrante.

Elisabet se sintió desfallecer.

No quería hablar con ella.

No en ese momento, con la cabeza tan llena de dudas.

—¿Sí, señorita?

La mujer se detuvo delante de ella. Puso una mano en su hombro. Se lo presionó.

—Solo quería felicitarte por la clase de hoy.

—Gracias. —Tragó saliva.



—Estoy muy orgullosa de ti, querida. —Su tono era amable y al mismo tiempo intenso—. Sabes que nunca hago halagos innecesarios. Pero tú los mereces. ¿Sabes en qué te diferencias de otras?

—No.

—Tienes esto muy bien amueblado. —Señaló su frente—. No eres de las que buscan el éxito fácil, sino llegar a una meta a través del trabajo y la constancia. En estos tiempos en los que la mayoría prefieren lo inmediato al esfuerzo y la

perfección, tú eres un ejemplo.

Elisabet se quedó pálida.

—Gracias. —Apenas si pudo articular la palabra.

—Podrías incorporarte ya a cualquier musical del West End, aquí mismo, en Londres, ir a pruebas y *castings* con plenas garantías, pero sé que no lo harás, que no eres de las que escuchan cantos de sirena.

Además de la palidez sintió una opresión en el pecho.

¿Y si la señorita

Halloway sabía algo?

¿Casualidad?

¿Le hablaba del West End justo en aquel momento por una maldita casualidad?

—Anda, vete. Debes de tener prisa —la despidió con afecto—. Solo quería decírtelo.

—Se lo agradezco. — Hizo lo posible por sonreír.

—Sigue así.

Echó a andar sin volver la cabeza, y luego descendió el tramo de escaleras que conducían a la calle. Por lo menos estaba sola. Sola con su culpa, sus pensamientos,

su zozobra.

Lloviznaba sobre un Londres aparentemente gris.

Elisabet no esperó ni un segundo, ni siquiera abrió el pequeño paraguas que siempre llevaba encima. Corrió hacia la boca de metro de Tottenham Court Road y no dejó de hacerlo hasta que se metió de cabeza en el suburbano justo antes de que cerrara sus puertas.



Lo había leído al menos veinte o treinta veces en los

últimos dos días. Se lo sabía de memoria. Y, sin embargo, lo primero que hizo al llegar a su habitación, tras quitarse la chaqueta y dejar la bolsa con las cosas del ballet sobre la cama, fue encender el ordenador y asomarse de nuevo a su correo electrónico, ignorando los restantes mensajes.

Querida  
Elisabet:

Nos gustaría  
verla en la agencia  
pasado mañana a

las cuatro de la tarde, si le es posible, para hablar de su futuro. Quedamos gratamente impresionados por la prueba de hace dos semanas y deseamos conversar sobre la posibilidad de que se incorpore usted cuanto antes al elenco artístico de la obra para dar inicio a los ensayos.

Atentamente,  
*Harold*  
*Newcomber*

¿Por qué se había presentado al *casting*? ¿Qué la había impulsado? ¿Su instinto? ¿Fue casual que una amiga le hablara de ello y, casi como una autómatas, sus pasos la condujeran hasta el teatro donde decenas de chicas como ella esperaban su oportunidad? La nueva versión de *El mago de Oz* iba a ser el gran estreno de la temporada de septiembre, el

musical de los musicales. Y en pleno West End, el sueño de cualquier bailarina.

El sueño de cualquier bailarina, estudiase ballet clásico o danza contemporánea.

Leyó una vez más el sucinto mensaje electrónico.

¿También era casual que la señorita Halloway le hubiese dicho todo aquello justo en aquel momento?

«Tienes esto muy bien amueblado. No eres de las que buscan el éxito fácil, sino llegar a una meta a través del trabajo y la



constancia. En estos tiempos en los que la mayoría prefieren lo inmediato al esfuerzo y la perfección, tú eres un ejemplo. Podrías incorporarte ya a cualquier musical del West End, aquí mismo, en Londres, ir a pruebas y *castings* con plenas garantías, pero sé que no lo harás, que no eres de las que escuchan cantos de sirena.»

Lo había hecho. Había escuchado los cantos de las sirenas. Y acababan de aceptarla.

O seguía estudiando

para formarse, o se aventuraba en algo que era como un sueño pero también constituía la más perfecta e implacable de las trampas.

Se apartó del ordenador, quitó las cosas de la cama y se tumbó en ella. Pasó cinco minutos con los pensamientos perdidos, la mirada extraviada, el cuerpo abandonado. Cuando cedió a su convulsión se sintió aplastada. Quizá no estuviese preparada para decidir tan alegremente su futuro. En ninguno de los dos sentidos.

Y lo peor: estaba sola.

Sola consigo misma.

Maquinalmente tomó el mando del pequeño televisor y lo encendió. Necesitaba otras voces, evadirse. Por la mañana tal vez viese las cosas de distinta forma. Dormir siempre la ayudaba, salvo que tuviera pesadillas.

En la pantalla vio los restos diseminados y todavía humeantes de un avión. Estaban esparcidos por la ladera de un monte. No le habría prestado más atención de no haber sido por la palabra que aparecía al pie

de la noticia.

Barcelona.

Subió el volumen.

—«... por lo que el aparato se estrelló en una pequeña montaña de la localidad de Vallirana, el Puig Vicens —La presentadora lo pronunció fatal—, muy cerca del aeropuerto de El Prat, en la capital catalana, debido a causas todavía desconocidas...»

Un accidente en casa. O cerca, daba lo mismo.

Siempre que los informativos de cualquier

lugar del mundo hablaban de otros lugares era para dar malas noticias. Y cuando caía un avión la noticia del desastre llegaba hasta el último rincón.

—«... Por el momento han sido hallados cinco supervivientes, tres de ellos en estado muy grave...»

No quiso seguir escuchando aquello. Ni hacer zapping en busca de lo que fuese.

Apagó el televisor.

Una hora después seguía igual, tumbada en la cama, tratando de no pensar.

Algo verdaderamente  
muy difícil.

## DÍA 2

Harold Newcombber era un hombre apuesto, con un ligero parecido al actor Terence Stamp, cabello abundante, grisáceo y largo, pañuelo de seda al cuello, elegante y con un toque de distinción que superaba la frivolidad de su chaleco rojo o los zapatos de gamuza del mismo color. Parecía un viejo rockero.

Pero era un zorro del

West End.

La capital de los musicales junto con Broadway, en Nueva York.

Y más que hablar, o escucharla, lo que hacía era perforarla con la mirada.

¿A cuántas chicas habría dado una oportunidad como aquella? ¿A cuántas habría visto triunfar o fracasar? La escena devoraba artistas a una velocidad supersónica. Savia nueva. La eterna rueda del destino. Un musical como *El mago de Oz* necesitaba media docena o más de



protagonistas y un enorme elenco de bailarines. Los querían muy jóvenes, para arropar a la propia Dorothy, que era un papel de niña.

—El León —dijo de pronto el productor.

Elisabet se dejó envolver por su sonrisa.

—El papel de Dorothy está adjudicado, por supuesto. Es nuestra protagonista. Tú serías el León.

Dorothy, el Hombre de Hojalata, el Espantapájaros y el León eran los cuatro protagonistas principales de

la obra.

Le estaba dando un papel estelar.

—¿De verdad? —No podía creerlo.

—Comenzaremos los ensayos en un mes. ¿El tema de tu edad...?

—Cumplo los dieciocho en dos meses, ya se lo dije. Y mi abuela era inglesa.

—Bien —se dio por satisfecho el hombre.

Elisabet se quedó sin fuerzas. Para todo. Sin fuerzas y alucinada. Harold Newcombber acentuó su

sonrisa, y su mirada se hizo más inquisitiva. Por la cabeza de la chica pasaron un sinfín de escenas encadenadas, voces, gritos. Si actuaba disfrazada de león, nadie sabría que era ella. La señorita Halloway quizá no se enterase. Podía incluso aparecer en los carteles con otro nombre.

Qué locura.

Una obra en el West End implicaba mucho trabajo, esfuerzo, representaciones diarias y, en determinados días de la semana, las habituales

matinés. Eso significaba plena dedicación. Al cien por cien. Difícilmente asistiría ya a clases. Y no solo de baile.

Los estudios...

—¿Qué me dices?

¿Qué podía decirle?

Si se había presentado al *casting* era por algo.

¿Solo para ponerse a prueba?

—No lo sé. —Fue sincera.

—Bueno, algunas dan saltos. Otras me abrazan. La mayoría incluso se echa a llorar.

—Yo no suelo llorar.

—Bien —asintió el productor.

Los ojos del hombre seguían perforándola.

—¿Puedo pensarlo?

Harold Newcomber ladeó la cabeza.

Eso fue un segundo antes de que sucedieran dos cosas.

La primera, que una mujer se asomara por el quicio de la puerta.

—Harold, ¿tienes un minuto?

La segunda, que mientras el hombre salía de

su despacho repleto de pósteres de sus grandes espectáculos, sonó el móvil de ella.

No habría respondido a la llamada de haber estado con él.

Pero se encontraba sola.

Aturdida y sola.

—¿Sí?

—Elisabet, soy Conrad Vallbona.

El abogado de su abuelo.

Solo la llamaba por temas de dinero o asuntos legales. A fin de cuentas,

formaban una corta, muy corta familia de tres miembros.

—Hola. —Se reclinó en la butaca.

—Escucha, cariño, yo... —La voz del hombre se empequeñeció y se hizo débil hasta que con la tercera palabra empezó a quebrarse.

—¿Qué sucede? — Tuvo un primer atisbo de alarma.

—Sé que tendría que habértelo dicho en persona, pero es que aquí, ahora mismo, el lío es tremendo y... Tampoco encuentro a tu

hermano, así que... Te necesito, pequeña.

Todavía la llamaba «pequeña», como si fuese una niña.

—Conrad, ¿qué pasa?

La pausa fue demoledora.

Luego ya no hubo vuelta atrás.

—Es tu abuelo —dijo el abogado.

Elisabet cerró los ojos.

No, nunca lloraba, pero de pronto los ojos se le inundaron de lágrimas.

—Ayer se estrelló un avión en Barcelona.



—Lo sé. —Se mordió los nudillos de la mano hasta hacerse daño.

—Tu abuelo iba en él, Elisabet —se rindió finalmente, desfallecido—. Yo... lo siento, te juro que esto es lo peor que...

Un enorme silencio se instaló entre los dos, ocupando toda la línea entre Barcelona y Londres.

## DÍA 5

La música estaba tan alta en los alrededores de la pista que tuvo que acercarse hasta casi pegar los labios al cabello de la chica.

Sintió el cosquilleo, trató de aspirar su aroma.

—¡Hola, soy Eduard!

Ella movió la cabeza, primero para verle mejor, después para echarse un poco hacia atrás.

No dijo nada.

—¿Estás sola?

—No.

—¿Qué?

Pasó de él.

—¡Eh, oye!

Su respuesta fue clara.

Abandonó el apoyo de la columna y se apartó de su lado.

Eduard no perdió la sonrisa.

—¡Tío, eres como un insecticida! —le gritó su amigo.

—¡Ya verás cómo alguna cae!

—¡Oh, sí! —Se echó a reír.

—¡Voy a por aquella!

—Apuntó a una preciosidad rubia que se movía solitaria en la parte superior de la breve escalinata que conducía a la pista de baile.

—¡Estás loco! ¡Eres un kamikaze!

—¡Ya!

—¡Y esa tiene al menos veintidós o veintitrés!

—¡Mejor! ¡Más experiencia, no tendré que enseñarla!

—¡Fantasma!

Eduard se apartó de él y pasó por entre la abigarrada masa humana que, o bien

bailaba, o bien se apretaba en torno a la pista y sus alrededores. Las tres barras también estaban llenas, como una cebolla llena de capas, y lo mismo la zona superior, las escaleras o los rincones más apartados, con mesas y sofás en los que algunos hacían algo más que bailar. Las luces diseminaban ráfagas de colores al ritmo de la contundente música. Los cuerpos se movían al compás uniforme de la explosión decibélica. Los femeninos, con el mínimo de

ropa exigible, parecían sacados de un catálogo de moda. Pequeñas tops vibrando en la tarde.

Por algo la discoteca, en lo más selecto del Madrid *fashion*, era un lujo reservado para los que pudieran acceder al interior, por ser quienes eran o porque pagaban el precio exigido.

Eduard alcanzó su objetivo.

La chica, o, mejor dicho, la mujer, no tenía veintidós o veintitrés años, sino que rondaba la

treintena. El maquillaje, la ropa juvenil, su delgadez o la distancia habían hecho el resto.

Aun así, no se detuvo.

—¡Hola, soy Eduard!

Ella le observó con marcada sorna.

—¿Estás sola?

—Oye, niño...

—¡Eh, que tengo diecinueve años! —mintió mientras mantenía su sonrisa más tierna.

—Y yo soy Penélope Cruz.

—¡Vaya, Penélope! — Intentó darle un beso en la

mejilla.

No fue la mujer quien le apartó.

Fue el hombre que, de pronto, surgió a su lado y le hundió una zarpa de acero en el hombro.

Eduard se vino abajo.

—¿Es que no puedo dejarla sola ni un minuto, niñato de mierda?!

—Yo no... ¡Ay!

La mano lo acabó de aplastar contra el suelo.

El dolor empezó a recorrerle el brazo, el pecho...

—Sacadle de aquí —



oyó decir por encima de su cabeza.

Lo levantaron. Eran dos. Dos armarios. Dos gorilas. El hombre y la rubia se alejaron despacio, dándoles la espalda una vez finiquitada la cuestión.

—¿No iréis a...?

Sí, iban a echarle.

Buscó a Ismael, pero no lo encontró. Los dos gorilas casi lo levantaron en volandas, camino del exterior.

—¡No podéis echarme!

¡Yo he...!

Los ojos del de la

derecha eran fríos, dos puñales helados. El ojo solitario del de la izquierda, porque solo tenía uno, estaba muy rojo. El parche negro del otro hacía el resto. Cada uno de sus brazos era casi tan grande como un tronco de árbol. Vestían de negro. Uniformes de «seguratas». De alguna forma había metido la pata con la treintañera, pero más con el capullo de su novio, o lo que fuera.

Llegaron a la puerta.

Ni siquiera era una puerta lateral o trasera.

Nada. Por la principal, llena de gente que esperaba en la calle.

—Por favor...

No hablaron. Solo le empujaron.

Dos elefantes cargando contra él.

Eduard intentó mantener el equilibrio, la dignidad, pero no pudo. El empujón fue un disparo. Salió proyectado hacia delante, trastabilló, perdió pie y fue a caer de bruces, ridículamente, sobre la calle recién mojada por algún celoso operario que la

prefería así para resistir el calor de la primavera madrileña.

Oyó algunas risas tras él.

Luego vio dos pies a menos de un metro de su cara.

Dos pies femeninos.

Dos pies que reconoció casi al instante.

Levantó la cabeza y vio a Elisabet.

No se extrañó. Ni se impresionó. Hacía tiempo que no se extrañaba por nada. Que ella estuviera en Londres o allí era lo de

menos. A la vida no había que atosigarla con problemas, porque los problemas venían solos.

Además, no le gustó su cara, su expresión.

—Hola, hermanita —  
suspiró sonriendo con descaro.



Sentados en el banco, bajo la primera penumbra del anochecer, daban más la impresión de ser una pareja con problemas que dos hermanos asustados.

Sobre todo él.

Con la noticia recién caída sobre su alma.

Elisabet le acarició la cabeza.

—¿Estás mejor?

Eduard se encogió de hombros. Continuó con el cuerpo inclinado hacia delante, los codos hundidos en las piernas, la mirada vacía y perdida.

Apenas había dicho nada.

Ahora sí lo hizo.

—¿Sufrió?

—No lo sé. —Su hermana mayor hizo un

gesto impreciso—. Todavía no han dicho qué provocó la caída del avión. Fallo técnico, humano, avería, atentado...

—¿Atentado?

—Pero ¿no lees los periódicos ni ves la tele?

—No.

—Pues no se habla de otra cosa desde hace tres días. Hay teorías para todos los gustos. Lo último que dijo el piloto del avión a la torre de control fue: «¡Nos caemos, nos caemos!».

—Paso de periódicos y teles.

—Estás loco —suspiró ella con tristeza.

—Ya, vale.

—Si papá y mamá te vieran...

No terminó la frase. La mirada de Eduard se lo impidió. Una mirada más amargada que dura, más desamparada que violenta. La mirada del desconsuelo y la soledad.

La mirada del miedo.

—Esto no hace más que confirmar lo que ya sabemos —dijo con cierto tono de rendición.

—¿Qué es lo que



confirma? —vaciló ella.

—Que tenemos una maldición.

—¡No seas burro, por Dios! —Se estremeció.

—¿Burro? —se enfrentó a su hermana—. Primero la abuela, luego ellos dos, ahora él. ¿Qué más quieres? Ya solo quedamos tú y yo. El próximo será uno de los dos.

—¡No habrá próximo, al menos hasta dentro de sesenta o setenta años! ¡No existen las maldiciones!

—Vale.

Eduard apretó las

mandíbulas y volvió a mirar al frente.

—Edu, si empiezas a creer en esas cosas...

—Total, ¿qué más da?

—¿Esa es tu excusa?

—¿Para qué?

—Para no dar golpe, desaparecer del mapa aun siendo menor, obligarnos a pasar dos días buscándote por algo tan grave como esto, sin tu móvil, sin ningún rastro...

—Perdí el móvil.

—¿Dónde vives?

—Aquí cerca, con un amigo.

—Vamos. —Elisabet se puso en pie.

—¿Adónde? —se extrañó él.

—A por tus cosas, claro.

—¿Para qué?

—¡Eduard, por Dios! —Llegó al límite de su crispación—. ¡Yo no puedo hacer esto sola, te necesito! ¡Ahora debemos estar juntos, más que nunca! ¡Tenemos que ir a Barcelona, por el abuelo, el entierro, el papeleo, abogados, la maldita herencia...! ¡Nada va a ser

igual a partir de ahora!  
¡Tienes dieciséis años!

—Cumpló diecisiete  
dentro de un mes.

—¡Tienes dieciséis  
años! —le repitió su  
hermana.

Vio las gotas asomando  
a sus ojos. Tampoco ella  
recordaba haberle visto  
llorar desde hacía años. Y no  
es que fueran dos rocas. Tal  
vez, simplemente, se habían  
endurecido tras lo de sus  
padres. Endurecido para  
siempre. La única defensa  
para soportar tanta  
adversidad.

Aunque Eduard  
utilizase la vida como  
coartada.

Huyendo.

—Tenemos que ver a  
Conrad Vallbona para que  
nos cuente cómo está todo.

—Elisabet fue terminante.

—¿No habrá más  
cheques mensuales?

—No.

—Pero ahora todo es  
nuestro, ¿verdad?

—Supongo que sí, no  
lo sé.

—Joder...

Enric Ardiach, el gran  
patriarca.

Ellos eran sus herederos.

Eduard se sorbió la nariz con fuerza. Tenía los puños apretados. Elisabet se resistió a abrazarle, temerosa de su reacción. Continuó esperando, de pie, sabiendo que él haría lo que ella le dijese.

Se había convertido en la «cabeza» de familia.

La mayor.

—¿Te imaginas lo que debe de durar una caída en avión con uno dentro? — musitó el chico tan despacio como si cada palabra

surgiera de lo más profundo de su ser.



El piso, más bien apartamento o estudio, era pequeño, diminuto, tan ridículo que, salvo en las dos habitaciones y el presunto comedor, en el resto apenas si cabían dos personas al mismo tiempo. Lo peor era la suciedad, el amontonamiento de ropa o utensilios de cocina, envases de comida y botellas vacías. Elisabet intentó no decir

nada, armarse de paciencia dadas las circunstancias. Su cara, sin embargo, era de lo más expresiva.

Quizá la culpa fuese suya, por haberse ido a estudiar a Londres dejándole solo.

Demasiado solo para encauzar su vida.

Obviamente, ni su abuelo ni Conrad Vallbona sabían nada de aquello.

Aunque de pronto eso le extrañó.

Porque su abuelo vivía pendiente de ellos.

—¿De quién es esto?



—De un amigo.

—¿Y la residencia de estudiantes?

—Era un muermo.

—Edu...

—Vale, está bien, me peleé con él.

—¿Con el abuelo?

—Sí, con el abuelo.

—¿Cuándo?

—Hará cosa de un mes.

—¿Por qué no me lo dijo nadie? —Se dejó caer sobre una de las sillas.

—¿Para qué?

—¿Qué sucedió?

—Me metí en un lío.

—¿Tengo que sacártelo

con unas tenazas? —Se abatió todavía más.

—Cogieron a unos, y yo estaba cerca.

—¿Unos qué?

—Camellos.

—¿Tomas...?

—No.

—¡Edu!

—¡Que no, y vale ya! ¡Te digo que fue un malentendido! ¡No hubo cargos, nada, pero le llamaron! ¡Tuvimos una bronca y me cortó el grifo hasta después del verano!

—¿El abuelo hizo eso?

—Sí.

—Pues debiste de cabrearle mucho.

—No me lo recuerdes.

—¿Y de qué pensabas vivir?

—Me las habría apañado.

—¿Sin llamarme?

—Oh, vamos. —Hizo un gesto de cansancio—. Tú eres la chica buena, y yo, el malo, y está bien así. ¿Qué hay de raro en eso?

—Tú eras el ojito derecho del abuelo, y lo sabes. Él era de la vieja escuela. Yo no contaba. Soy la chica. Tú, en cambio,

tenías que heredar el imperio Ardiach. Tú y solo tú. ¿No me digas que le hemos dejado morir sin...?

—No le hemos dejado morir —fue categórico él.

Elisabet paseó una agria mirada por su entorno, superada por las circunstancias. Pareció arrojar la toalla.

—Recoge tus cosas y vámonos, por favor.

—¿Adónde?

—A un hotel.

—Quédate tú aquí y mañana...

—No. Ahora.

No solían pelearse. Al menos desde hacía años. Pero la temía. Era una chica con carácter. A él, en cambio, todo le daba igual, e iba a peor a medida que pasaba el tiempo.

Trataba de hacerse a la idea.

El abuelo muerto. El abuelo muerto. El abuelo muerto.

—¿Cómo has dado conmigo?

—No ha sido fácil, te lo aseguro. Llevo dos días haciendo de detective por Madrid. Llamé a Inma, que

me habló de un tal Juan, que me habló de otro tal Ramiro, que me dijo que solías ir a esa discoteca... Venga, acabemos de una vez, ¿dónde están tus cosas?

—Ese es mi cuarto, aunque tampoco es que haya mucho. Voy al baño.

Le vio desaparecer tras una puerta. Se levantó, entró en la habitación, buscó una bolsa y cuando la encontró introdujo en ella lo más esencial, porque el resto iban a tener que comprarlo. Lo malo es que nada estaba limpio y todo olía a tigre.

Cuando recogió la chaqueta se le cayó una cartera del bolsillo. Abierta.

Entonces vio el carné de identidad falso.

En él, su hermano tenía diecinueve años.

Eduard abrió la puerta del baño en ese momento.

—Va bien para según qué cosas —fue lo único que le dijo.

—Estás como una cabra.

—No me rayes, Eli. Por favor, no me rayes —quiso advertirle.

—¿Que no te raye? ¡El

verano pasado desapareciste dos semanas, y el abuelo ni siquiera avisó a la policía! ¡Ahora esto, maldita sea! ¿Que no te raye, dices?

De repente lo tuvo casi encima, fuera de sí.

—¡Joder, Eli, joder, joder, joder...! ¡Para ti todo ha sido muy fácil! ¡Siempre lo ha sido, con papá, con mamá, con el abuelo! ¡La niña, la princesa! ¡Pero de mí lo esperaban todo, ¿vale?! ¡Todo! ¿Vieja escuela? ¡Pues sí, viejísima! ¡Yo soy el chico, el hombre, y tenía que ser perfecto, el



mejor estudiante, un Ardiach de pies a cabeza! ¡Un Ardiach! —Lo repitió con mayor énfasis, elevando las manos al cielo—. Y ahora, ¿qué, eh? ¡Soy el último Ardiach y me ha caído encima sin...!

—Los dos somos los últimos Ardiach —le recordó Elisabet.

El nudo en la garganta comenzó a hacer mella.

—¿Por qué tenía que morirse? —gimió Eduard conteniéndose a duras penas—. ¿Por qué tenían que morirse todos? Dímelo, por

favor. Tú eres la lista.  
Dímelo.

Ahora sí le abrazó.

Y nada más tocarlo, él se vino abajo.

Se derrumbó en sus brazos, llorando como lo que era: un niño.

Un niño envuelto por la cálida protección de una mujer incapaz de verter una sola lágrima.



Salieron a la calle más calmados y serenos apenas diez minutos después.

Eduard le dejó una nota a su amigo. Escueta: «Mi abuelo ha muerto. Tengo que irme a Barcelona. Chao». Una vez en la acera, ni siquiera echaron a andar y esperaron a que pasara un taxi por allí.

La noche era plácida.

Una cálida noche de mayo.

Elisabet lo miró de soslayo. No le veía desde Navidad. Por Semana Santa prefirió quedarse en Londres, trabajando de firme, estudiando y bailando. Tampoco sabía si Eduard había ido a ver a su

abuelo.

Más y más culpa.

¿Se estaba alejando de él, consciente o inconscientemente?

Ahora se necesitaban más que nunca.

—Eduard.

—¿Qué?

—Te quiero.

El chico expulsó una bocanada de aire.

Temió parecer ridícula.

—Yo también, tonta.

—Vale. —Se sintió aliviada.

Luego buscó su mano, la encontró y la presionó.

—¿Vamos a la esquina? —sugirió Eduard.

Se movieron despacio, ella con las manos en los bolsillos de la cazadora, él sujetando la bolsa por encima del hombro. Sus pensamientos seguían unidos por la tragedia, la imagen del avión destrozado, los posibles restos de su abuelo diseminados por una montaña.

Estremecedor.

Los muertos se iban, y para ellos terminaba todo. Los vivos se enfrentaban al

vacío de su ausencia.

Y debían seguir.

—¿Qué haremos con esa enorme casa? — preguntó de pronto el muchacho.

—No lo sé —reconoció ella—. Todavía no he sido capaz de pensar en nada. Habrá un testamento. Ojalá el abuelo lo haya dejado todo por escrito.

—¿Has hablado con Conrad?

—Un par de veces. En Londres, cuando me llamó para contármelo, y al llegar a Barcelona. También está

muy afectado. Tantos años con el abuelo...

—Igual nos ha desheredado y se lo ha dejado todo a él.

—No digas tonterías.

—¿Y qué, si así fuera?

—Ni siquiera sé de qué estamos hablando, cuánto tenía o no tenía. Es... demasiado alucinante.

—¿Qué te apuestas a que hay una cláusula diciendo que hasta que no cumplamos los veintiuno... o los veinticinco no vamos a ver nada?

—Mira que eres

peliculero.

—Para ponernos a prueba. Al menos a mí.

—Tenemos que estudiar, y comer, y vivir. El abuelo no iba a permitir que nos faltase nada.

Llegaron a la esquina con el mismo resultado. Ningún taxi vacío. Todos los que circulaban lo hacían llenos, y tampoco eran demasiados.

—Habrá fútbol o algo así —conjeturó Eduard—. ¿Qué tal por Londres?

—Bien.

—¿Bailas mucho?



—Sí.

—Quizá puedas montar tu propia compañía.

Pensó en Harold Newcombber y en su oportunidad, en la señorita Halloway y sus consejos. De pronto todo parecía muy lejano. Ni siquiera sabía cuándo podría regresar a Inglaterra.

Probablemente habría mucho papeleo de por medio.

—¿Y tú qué?

—¿Yo?

—Eres el mejor dibujante que conozco, y no

me da la impresión de que valores mucho tu talento.

—¿Me ves haciendo cómics o libros para niños?

—¿Por qué no? Y luego cuadros. Con que te esforzaras solo un poco...

—¿Cuándo iremos a Barcelona? —cambió el sesgo de la conversación.

—Mañana temprano, a primera hora.

—¿Tocará madrugar?

—Sí. Mira, ahí viene uno.

Habían obviado el resto de la conversación, los dos al unísono, firmando un

tácito acuerdo de paz.  
Elisabet detuvo el taxi.  
Eduard le abrió la puerta,  
dejó que ella entrara la  
primera, metió la bolsa y  
luego se acomodó él.

Mientras ella le daba la  
dirección al taxista, el chico  
volvió la cabeza.

Miró la calle.

La casa en la que había  
estado viviendo los últimos  
días.

Y también la sombra  
esquiva que, bajo la noche,  
permaneció quieta  
observándoles.

Se olvidó de ella al

momento.

Todas las calles de todas las ciudades estaban llenas de sombras bajo la noche.



La sombra vio cómo el taxi se alejaba.

No se movió.

Sabía adónde iban, el nombre del hotel, y también su destino al día siguiente.

Lo sabía todo y no tenía prisa.

Todavía.

Cuando el taxi ya no

era más que un punto luminoso en la distancia, salió de la penumbra y se detuvo bajo una de las luces de la calle.

El chorro eléctrico le bañó de arriba abajo.

Su cabello abundante, sus ojos transparentes, su nariz recta, su óvalo perfecto, la mandíbula casi femenina...

Dos chicas pasaron en ese instante frente a él. No las miró. Nunca lo hacía. Jamás, por hermosas que fueran. Ellas sí. Y no solo le cubrieron con el fuego de

sus ojos.

Lo desnudaron.

Luego volvieron la cabeza una, dos, tres veces, víctimas del impacto visual.

—Por Dios... ¿has visto eso? —comentó la más alta.

—De muerte —dijo su compañera, y mantuvo la boca abierta, como si le faltara el aliento.

—Hacía tiempo que no veía a un hombre tan guapo, tan...

—Seguro que es modelo.

—Parecía irradiar

algo... No sé...

—Magnético.

—Sí.

—Para comérselo,  
¿verdad?

—Y no tendría más de  
veinte años.

—¿Estás segura?

—Es que era tan  
perfecto...

Volvieron la cabeza  
una vez más.

El hombre, el joven,  
levantaba la mano para  
detener un taxi.

—¿Te imaginas esos  
ojos...?

—Calla, calla.

—¿Por qué no le hemos dicho nada?

—Porque somos tontas.

—Ya, como que hubieras sido capaz.

—Si lo hubiéramos hecho las dos...

La aparición salió de su campo visual.

Se resignaron.

Volvieron a caminar.

—Parecía un ángel —suspiró la más alta.

—Con esos ojos incluso un diablo —replicó sonriendo su amiga.



## DÍA 6

Conrad Vallbona tenía unos cincuenta y pocos años y llevaba más de veinte ocupándose de todos los asuntos legales de los Ardiach. No había secreto que no conociera ni asunto que no hubiera tratado. Había sido algo más que el hombre de confianza de Enric Ardiach. Había sido su amigo, su colaborador más fiel. El impacto de su muerte

había hecho mella en él. El abogado tenía muy mala cara, como de no haber dormido en tres días, ojeras pronunciadas y una tez más que pálida. Además, vestía con rigor, y la oscuridad del traje contrastaba con la blancura de su piel. Ser calvo le hacía parecer incluso mucho mayor. A su lado, su principal ayudante, su secretario, lo que fuese, le pasaba diversos documentos para la firma. Lo único que sabían de él era su nombre: Eliseu Masó. Rondaría los treinta y era muy delgado,

aspecto de primero de la clase, tímido, incapaz de mirarla a ella a los ojos, por ejemplo.

Elisabet sí lo hacía.

Aquellos dos hombres eran ahora los más importantes de su vida. Los únicos en los que podían confiar su hermano y ella.

—Bien. —Vallbona puso su firma en el último documento—. Avíseme de inmediato si llaman...

—Sí, señor. —Masó le evitó tener que terminar la frase.

Cuando el secretario se

ausentó del despacho, el abogado se volvió hacia ellos, recién llegados de Madrid.

—No hay muchas noticias, lo siento —les confirmó.

—¿Tan lento es? — tomó la iniciativa Elisabet.

—Puedes imaginártelo. —Hizo un gesto impreciso—. El proceso de identificación de cadáveres quizá dure días, quizá tengamos suerte en nuestro caso, quizá... Imposible saberlo. Me consta que trabajan las veinticuatro

horas del día. Son más de ciento cincuenta familias las que esperan.

—¿Y lo del atentado?

Conrad Vallbona miró a Eduard.

—No está confirmado.

—Pero los rumores cobran fuerza.

—Por ahora son injustificados. Pura especulación.

—¿Quién iba en ese avión?

—Nadie tan importante como un político o un jefe de la mafia o... qué sé yo —dijo el abogado—. Las

autoridades también investigan eso. A mí desde luego me parece demencial.

—Si es terrorismo, es indiscriminado, como lo de Atocha —apuntó Elisabet.

—No penséis ahora en eso, ¿de acuerdo? En todo accidente de aviación, fortuito o no, las investigaciones, las resoluciones, todo va para largo. Por suerte, no dependéis del posible dinero de la indemnización. No es el caso. Vuestro abuelo dejó las cosas muy claras, atadas y bien atadas. Y, además, de

manera legal. Lo hizo desde el día en que os quedasteis solos, por precaución. No tenéis que preocuparos por nada.

—Lo imaginábamos, pero...

—Era un hombre previsor, Elisabet. Sabía que si le sucedía algo os quedaríais sin nadie.

—¿Y el hecho de ser menores de edad?

—El testamento se abrirá en unos días, un par de semanas o tres a lo sumo. Tú cumples dieciocho ya mismo. Mientras, yo tengo

la potestad de ejercer una tutoría legal, por llamarlo de alguna forma. Cuando tengas los dieciocho, Eduard pasará a tu cargo hasta que los cumpla él, dentro de un año. Lo único que tenéis que hacer es seguir igual, estudiando y...

Seguir igual.

Elisabet miró a su hermano.

Conrad Vallbona también lo hizo.

—Vale, ya lo capto —  
suspiró el chico.

—Tu abuelo estaba  
muy preocupado por ti —



manifestó el abogado.

—Ya.

—Siempre me decía que eras demasiado inteligente y que no te dabas cuenta.

—Oh, sí. Mi coeficiente intelectual debe de ser estratosférico —se burló Eduard.

—No actúes a la defensiva. No es necesario —le recriminó su hermana—. Es el momento de dar un paso al frente.

—¿Qué harás, volver a Londres y mientras meterme en un internado o algo así

para aparcarme y tenerme controlado?

—¡Edu!

—¡Desde que era niño me han dicho lo listo que soy! —Rozó el estallido—. Eso y lo de ser un Ardiach, ¡como si fuera una marca de fábrica!

—No lo es —repuso el abogado con la intención de poner paz—, pero tienes una responsabilidad. Vuestro abuelo os quería mucho, a los dos. Y creía en vosotros. Me lo dijo siempre. El verano pasado no denunció tu ausencia ni puso a la

policía tras tu pista. Confió en ti. Estaba seguro de que reaccionarías, por ti mismo, y de que te darías cuenta de algunas cosas, por duro que fuera lo de vuestros padres.

—Y si me convierto en un heredero ocioso, ¿qué?

—Allá tú, estás en tu derecho, pero sería un desperdicio.

—Seguro que habrá alguna cláusula en el testamento diciendo que si no trabajo o hago lo que se espera...

—No la hay.

—¿Conoce el

testamento?

Conrad Vallbona no respondió la pregunta.

—¿Nadie va a impedirme hacer lo que me venga en gana? —insistió Eduard.

—No, solo tú.

El silencio que se hizo fue extraño. Al otro lado de la ventana el día era luminoso. Dominaba el calor. Nada hacía pensar que en algún lugar de Barcelona decenas de hombres estuvieran empeñados en reconstruir los restos de un avión y de los cuerpos que

iban en él. La tragedia del momento.

Los vivos preferían mirar hacia delante.

—¿Y la tienda? — preguntó de pronto Elisabet.

La llamaba «la tienda», pero se trataba de algo más. Enric Ardiach era también anticuario, uno de los mejores, un apasionado de la historia, el pasado y, sobre todo, de los libros antiguos, por los que sentía especial devoción. La tienda era su hobby, su excusa. Viajaba de un lugar a otro por una simple pieza, china,

mesopotámica o peruana, exportaba e importaba, bajaba a una tumba egipcia o subía a una montaña boliviana. Podía pagar millones por un hallazgo y raramente lo vendía a un particular que no fuera un entusiasta como él. Decía que el legado de la humanidad tenía que estar en los museos. Tenía planeado el suyo.

La muerte le acababa de arrebatár su último sueño.

—La tienda va a ser cerrada —dijo Conrad Vallbona—. No hay más

remedio. —Dio la impresión de que le dolía decirlo—. Se hará inventario, se intentará vender el mayor número de piezas y luego...

—Esa tienda era su vida —lamentó Elisabet.

—Pero solo él sabía de esas cosas. Era un erudito. Nosotros no lo somos.

—¿Y los libros?

—Puedes echarles un vistazo. Por lo menos...

Llamaron a la puerta y Eliseu Masó reapareció en su horizonte. Traía más documentos, papeles, asuntos legales siempre

urgentes. Por segunda vez entró en el despacho sin mirarla. Fijó los ojos en su jefe y en Eduard, pero no en ella.

Tímido de verdad.

Elisabet no supo qué pensar.

Apreciaba al abogado de su abuelo, pero también tendría que tratar con Eliseu Masó, probablemente, y en cierta forma sentía malestar al verle. Un extraño nudo en el estómago.

Cuestión de piel.

De pronto el secretario, ayudante, lo que fuese, la



miró.

Unos ojos súbitamente penetrantes, fríos, vacíos.

Casi muertos.

Y fue ella la que ahora apartó los suyos.



La casa parecía más grande, más impresionante.

Como si al desaparecer el abuelo, su hueco fuese tan enorme que nada pudiera ya llenarlo.

Y el silencio...

Se movieron por ella como fantasmas a la

búsqueda de su espacio. Intentaban no hacer ruido, que los pasos no levantaran ecos fatuos. La villa tenía casi doscientos años de antigüedad, las paredes eran gruesas, las estancias, amplias. Después de un sinfín de remodelaciones, el interior no tenía mucho que ver con el exterior. Las ventanas, grandes, permitían el paso de la luz. Lo más increíble, sin embargo, era el profuso abigarramiento de objetos, cuadros, adornos, mesas, estatuas. A veces más parecía un museo que

un hogar.

Y habían vivido allí. Vivían allí. Era su casa. El viejo piso de sus padres en Barcelona estaba cerrado desde su muerte. Ellos se habían trasladado a la mansión de San Cugat de inmediato. El abuelo ni siquiera les había impedido correr por todo aquel universo tan lleno de tesoros. Los tres habían sido amigos.

Cómplices.

Todo antes de que ella se marchara a Londres y él fingiera estudiar en Madrid,

escapando de pronto a todo control.

—¿Vas a vivir aquí? — le preguntó Eduard a su hermana.

—No.

—Si vendes todo esto, el abuelo se revolverá en su tumba.

—¿Por qué hablas en singular? Es de los dos.

Eduard cogió una estatuilla china. Era una de tantas antigüedades. Procedía de una vieja dinastía. Ahora podía romperla sin que nadie le dijese nada.

Un extraño poder.

—Yo no quiero todo esto —dijo el chico dejándola en su sitio.

—Yo tampoco, pero es nuestro. Tenemos que hacerlo por él. Quizá podamos convertirlo en ese museo que él quería, no sé.

—Jamás pensé que un día...

No, no lo habían pensado. Ni tampoco que el abuelo pudiera morirse como cualquier ser humano. Enric Ardiach parecía indestructible, inmune a las enfermedades.

Sus pasos les llevaron a la biblioteca, el lugar donde el abuelo pasaba más horas, impulsado por su amor a los libros, sobre todo los antiguos. Era una gigantesca sala de treinta metros de largo por quince de ancho, y con una altura de dos pisos. Las paredes estaban abarrotadas de volúmenes protegidos por cristaleras. Una pasarela circundaba el segundo nivel, y varias escaleritas de mano, correderas, permitían el acceso a cualquier altura. Los libros estaban

catalogados por épocas y, dentro de ellas, por temáticas. Abundaban las primeras ediciones, todo un lujo. Su valor era incalculable. En la parte de abajo había butacas para la lectura y mesas para el estudio, y también media docena de vitrinas, como en los museos, para la conservación de los incunables más preciados, entre ellos dos Biblias hechas a mano. Eduard y Elisabet siempre recordaban el día en que su abuelo les había invitado a ver la

película *El nombre de la rosa*, aunque a él le gustara más la novela original de Umberto Eco. Elisabet era buena lectora. Eduard a medias. Le costaba encontrar algo de su gusto.

Y cada día se sentía más rebelde.

—Señoritos...

Se volvieron al unísono. Amàlia llevaba también quince años en la casa. La fiel sirvienta, inquebrantable y leal. Era una mujer menuda, de unos cuarenta y cinco años más o menos. No vestía de



uniforme. Su abuelo los aborrecía. Amàlia se ocupaba de todo, pero la casa era enorme y se necesitaba más servicio para atenderla debidamente. Aunque ella prefería contratar brigadas de limpieza especializada una vez al mes.

La mujer, con la cabeza baja y las manos unidas a la altura del pecho, a modo de rezo, daba la impresión de haber menguado un poco. Lloraba sin estridencias, con la huella de su profundo dolor hundida en el pecho.

Se acercaron.

—Tranquila —le dijo Elisabet.

—Ni siquiera sé... qué tengo que hacer...

—De momento seguir aquí. No te preocupes. Y no nos llames «señoritos», haz el favor.

—Es que ahora vosotros sois...

—Somos Eduard y Elisabet, los de siempre.

—Gracias.

—Nosotros tampoco sabemos qué hacer —le confesó la chica—. Todos tenemos que digerir lo

sucedido. Pero no te preocupes, ¿vale? Quizá sigamos en la casa, quizá no. Sea como sea, sabes que no te quedarás desamparada y sin nada.

Cayeron más lágrimas. Elisabet la abrazó. Eduard no pudo. Dejaron transcurrir unos segundos hasta que la criada se retiró. Luego el chico se apartó de su hermana y se dirigió a la escalinata que conducía a la segunda planta. Elisabet le vio subir y caminar hasta su habitación.

—No te pierdas, Edu.

—Suspiró para sí misma, más asustada de lo que jamás había estado y más preocupada de lo que nunca se hubiera sentido.

¿Qué harían ahora? Si regresaba a Londres y le dejaba, Eduard era capaz de cualquier estupidez. Pero si se quedaba, si renunciaba a sus estudios o a sus sueños, ¿acaso no se perdería ella? ¿Y qué conseguiría quedándose si su hermano no quería escuchar ni hacer caso?

Elisabet pensó en sus padres, una vez más, y cerró

los ojos.

En su habitación, Eduard hacía lo mismo, delante de la fotografía en la que se les veía a los cuatro juntos, sonrientes, en otro tiempo, no tan lejano como para que fuese una imagen perdida en la memoria.

Después abrió el cajón de su mesa de trabajo y miró los muchos dibujos amontonados en él.

Sí, era bueno.

Y lo sabía.

Bueno y desperdiciado.

La pantalla del ordenador, apagado, le

devolvió el reflejo de su imagen. Elisabet se parecía a su madre. Él a su padre. Y no solo en el físico, también en el carácter. La genética marcaba caminos, y las personas, en ocasiones, no tenían otra opción que seguirlos. Caminos trillados.

Caminos marcados por huellas tan hundidas que era imposible salirse de ellas.

No quería volver a Madrid. No quería vivir en la casa. No quería...

¿Qué?

Eduard apretó los puños.

Luego cerró el cajón de los dibujos de una patada.



Por teléfono, la voz de Harold Newcomber era más grave, más profunda. Una voz cultivada en el Old Vic Theatre representando a Shakespeare. De no conocerle, se lo habría imaginado de otra forma, como un venerable anciano a medio camino entre Richard Burton y Peter O'Toole. Tuvo que cerrar los ojos para concentrarse.

—Eileen me ha dicho lo de tu abuelo. Lo siento. No sabía...

Había tenido que contárselo a su asistente para vencer la resistencia a pasarle con él. ¿Quién era ella para querer hablar con el gran director y productor?

—Gracias.

—¿Estás en Barcelona?

—Sí, señor Newcombber.

—Imagino que tendrás mucho papeleo que resolver.

No quiso prolongar la conversación con un diálogo inútil.



—Le llamaba para decirle que no podré aceptar ese trabajo.

La pausa fue breve.

—¿Por qué?

—Voy a seguir estudiando.

—Te repito la pregunta, ¿por qué?

—Señor...

—Eres buena, bailas bien, cantas bien, te presentaste a unas pruebas y saliste adelante. ¿Vas a dejarlo escapar?

—Tengo un hermano pequeño —buscó la mejor de las excusas.

—¿Y tu vida?

—Habrá otras oportunidades.

—No, Elisabet. Eres muy joven y quizá no lo sepas, pero en la vida las oportunidades escasean. Cada ser humano tiene dos a lo sumo. Con suerte, tres. Si se dejan escapar, no vuelven. Sé que estudias ballet, pero si hiciste ese *casting* no fue por azar. En el fondo es lo que deseas. Piénsalo. Yo puedo encontrar a otra chica que haga de león en *El mago de Oz*, pero tú quizá no

encuentres otro camino para llegar a tus sueños.

—Lo siento, señor Newcombber.

—Yo también.

—No se enfade, por favor.

—Vamos, niña. Yo nunca me enfado. Solo creo que ahora mismo estás atrapada en una burbuja de la que no sabes cómo salir. Sé quién era tu abuelo. Cuando aceptamos a alguien en una obra, investigamos lo que podemos, por seguridad, garantía... llámalo como quieras. Para eso están

internet y las redes sociales. Fue un gran hombre y estaría orgulloso de ti.

—Y lo estará —suspiró ella.

—¿Puedes volver a pensarlo en los próximos días?

Si le decía que sí, dejaba entreabierta una puerta por la que se colaría el aire, y no quería resfriarse. La única posibilidad sería que Eduard se fuera con ella a Londres, a estudiar allí, Bellas Artes o lo que fuese. Y su hermano de pronto era una ostra,

herméticamente cerrada.

—No —se resignó.

—Te doy dos semanas.

Quizá fuese un buen hombre, algo raro en un productor, o tal vez la quería a ella para el papel.

Se sintió halagada.

Pero no cedió.

—Invíteme al estreno  
—sugirió, sabiendo que eso nunca sucedería.



Ruth Casals era su mejor amiga, la única, y ni siquiera tenía la oportunidad de verla

con calma dadas las circunstancias. A través del teléfono, los sentimientos se habían desbordado con el primer intercambio de palabras. Con el segundo silencio, ya sin lágrimas, renacía la paz, atemperando sus emociones.

La pregunta fue entonces inevitable.

—¿Volverás a Londres?

No podía pensar ni razonar. Cada interrogante chocaba con el muro de su bloqueo mental.

—No lo sé.

—¿Por qué?

—Está Eduard.

—Sabes que él hará lo que le venga en gana.

—No, si estoy cerca.

—Elisabet...

—¡Tengo que intentarlo!

—¿Vas a tirar tu vida por la borda?

—Ruth, no quiero hablar de eso, por favor. Tengo la cabeza hecha un lío.

—Perdona.

—Dios mío... Mi abuelo no era un tipo normal y corriente, lo sabes.

Estamos muy asustados.

—Pero para eso están los abogados y...

—No puedo dejarlo todo en sus manos. Hay muchas cosas. Y, encima, hasta que no se aclare lo del accidente estamos prácticamente bloqueados.

—Algunos periódicos insisten en la posibilidad de un atentado, dicen que alguien puso algo en el avión. Ya sé que son los más alarmistas, pero el misterio... Por lo menos ya han encontrado la caja negra.



—Atentado o

accidente, no cambia nada.

—Sintió que se hundía un poco más.

—¿Cómo que no cambia nada? ¿Un loco mata a todas esas personas inocentes y no cambia nada?

—¡Ruth!

—Voy a verte —fue determinante—. Tú no estás bien.

—Tengo una reunión con mi abogado. —Se sintió rara al decirlo, porque antes era el abogado de su abuelo.

—¿Siguen sin identificar el cuerpo?

—Sí.

—Jo, eso sí es...

—Muy duro.

—Una putada. —Ruth fue mucho más gráfica—. Igual tardan días en juntar todos los pedazos... —Dejó de hablar al darse cuenta de que volvía a irse de madre—. Llevas una racha...

—Eduard dice que es la maldición de los Ardiach.

—Pues mira, ese loco puede que tenga razón.

—No le llames loco, no seas así.

—Te está saliendo la vena maternal.

Por lo menos la hizo  
sonreír.

Los recuerdos  
volvieron a su cabeza.

Fue como si Ruth  
también los percibiera.

—Quédate en  
Barcelona, va. Como antes.  
¿No echas de menos esto?

—Claro.

—Mi hermano sigue  
colgado de ti.

—¿Cómo lo sabes?

—No sale con nadie,  
tiene tu foto en su  
habitación, se pone  
melancólico de cuando en  
cuando...

—¿Te ha dicho algo?

—No.

—Ruth...

—¡Que no, te lo juro!

Pero lo lleva escrito en la cara.

—Tenía quince años, era una cría.

—No tan cría, que siempre hemos sido muy maduras las dos —se jactó su amiga—. Además, él te lleva casi tres años y desde luego no es de esos, menudo cerebritito. Con lo que me habría gustado tenerte de cuñada.

—Puedes casarte tú con

mi hermano.

—¡No seas mema!

—Es guapo.

—No es lo mismo.

—Quizá lo malo fue eso —reflexionó Elisabet—, que Lluís iba muy en serio, pero con una vida tan planificada y estructurada... Noviazgo, boda por la iglesia, hijos... Ni libertad, ni danza... Nada.

—Podías haberlo hablado con él.

—Esas cosas no se hablan, se sienten.

—Yo creo que...

Sonó un zumbido en el

móvil. Elisabet se apresuró a decírselo a Ruth, cortándola.

—Tengo otra llamada, perdona.

—Te llamo esta noche.

—¡Ya lo haré yo, chao!

Cortó la comunicación y abrió la línea para la llamada entrante. Apenas tuvo tiempo de preguntar quién era. La voz de Conrad Vallbona, directa, sin ambages, irrumpió en su oído estallando igual que una granada silenciosa.

—Han encontrado el cadáver, cariño.

Un estremecimiento la

dejó helada.

—¿Elisabet?

—Sí, sí, estoy aquí.

—Está irreconocible, pero su mano sujetaba un maletín con sus iniciales. Su maletín. Lo sé porque yo mismo se lo regalé hace dos años, por su cumpleaños. El interior es ignífugo. Lo que contenga se habrá conservado bien, aunque no sé cuándo nos lo entregarán. Deberíais venir.

—Ahora mismo — intentó reaccionar ella.

No hubo más. Cortaron al mismo tiempo.

«Ahora mismo.»

«Está irreconocible.»

No lo consiguió a la primera, ni a la segunda.

Pero cuando se puso en movimiento lo primero que hizo fue gritar:

—¡Eduard!



## DÍA 8

El panteón de los Ardiach era un monumento al más allá.

Frente al mar, sobre la ladera de Montjuïc, con una vista cuando menos hermosa, sobre todo en un día como aquel, radiante, tan luminoso que el sol arrancaba destellos fantasmales a los mármoles blancos, grises y rojos con los que estaba erigido. El

Mediterráneo formaba un manto azul, inmóvil desde las alturas, y los grandes barcos de recreo, los cruceros que llevaban turistas de un lado a otro del mar acercándolos a sus orillas, se alineaban en sus dársenas como muestra de que la vida seguía, y seguiría, ajena a las tumbas que se escalonaban por la montaña.

Elisabet no había vuelto allí desde el entierro de sus padres.

Aquella inmensidad casi faraónica, levantada por

el abuelo de su abuelo...

El panteón estaba formado por tres cuerpos, una cúpula central y dos laterales. Sobre cada una de ellas, un ángel con el rostro contraído por el dolor, como si fuera imposible imaginar un ángel feliz y sonriente. A sus pies, otros muchos querubines formaban una alfombra de cuerpos dolientes. El ángel central tenía dos alas extendidas abarcando a las otras dos estatuas. Parecía incluso extraño que con el paso de los años estuvieran tan bien

conservadas, sin  
desperfectos. Enric Ardiach  
no era excesivamente  
religioso, más bien todo lo  
contrario, pero en la hora  
final estaba allí, como todos,  
dispuesto a descansar al lado  
de sus mayores, su esposa y  
su hijo.

Desde el exterior,  
Elisabet miró la tumba de  
sus padres, visibles al otro  
lado de la puerta acristalada  
y el jardín que rodeaba el  
mausoleo.

Y, una vez más, se dijo  
que no quería descansar allí  
eternamente, que prefería ser

quemada. No deseaba habitar en semejante escultura viva encarnando el dolor y la muerte.

Buscó la mano de Eduard.

La encontró, se aferró a ella y se alegró de que su hermano no la apartara.

Había mucha gente. Muchísima. Todos desconocidos. Salvo Conrad Vallbona y Eliseu Masó, el resto de los hombres, porque la mayoría eran hombres, formaban una masa humana abigarrada y seria, circunspecta y solemne. Ni

uno solo iba sin traje oscuro y corbata pese al calor primaveral. Ni uno solo se diferenciaba de los demás por un detalle, aunque fuese nimio. O sí. Un detalle sí. Uno de los hombres lucía una impecable melena blanca perfectamente peinada y se apoyaba en un bastón con la empuñadura de nácar. Muchos ocultaban sus ojos detrás de gafas oscuras, pero era imposible saber si la causa era el sol o sus lágrimas. El más joven tendría al menos cuarenta y tantos. Incluso había un

sacerdote. Quizá un amigo a pesar de todo. De entre las escasas mujeres, la única conocida era la encargada de la tienda de antigüedades, Alícia Ventura, el brazo derecho de Enric Ardiach en el mundo del arte.

La ceremonia seguía su implacable ritual.

Lento.

Angustioso.

Elisabet apretó un poco más la mano de Eduard, infundiéndole valor.

Su hermano miraba al suelo.

Ella no podía.

Necesitaba ver. Así que siguió escrutando aquellos rostros que se agolpaban en torno al panteón, buscando señales, un amigo, algo que le dijera un poco más de los misterios y secretos de su abuelo, el hombre que, de pronto, se había ido dejándolos un poco más huérfanos, en todos los sentidos.

No, no todos eran mayores. Casi al fondo vio a un hombre joven, de unos veinticinco años más o menos, cabello castaño y nariz poderosa como rasgos



más destacados.

El único que no miraba el ataúd, ni el mausoleo.

Les miraba a ellos.

Elisabet intentó bloquear su mente y acabó consiguiéndolo, al menos parcialmente.

Las palabras, la apertura del panteón, el corrimiento de la lápida de la tumba de la abuela, el acto de depositar el noble féretro a su lado, el cierre, la despedida...

Y, por último, los pésames.

Como en la capilla.

—Fue un gran hombre.

—Podéis estar orgullosos de él.

—Os quería mucho.

—Sé que estará feliz porque os deja aquí a los dos.

—Tenéis un gran compromiso...

Elisabet se aferró a Eduard para que no estallara.

Lo consiguió a duras penas.

¿Quiénes eran aquellos ancianos de sesenta, setenta, ochenta años? ¿Amigos? ¿Hombres de negocios? ¿Simples conocidos forjados

a lo largo de toda una vida  
llena de actividades  
diversas?

El joven de veinticinco  
años ya no estaba allí.

Cuando terminó todo y  
se quedaron solos, el vértigo  
menguó. Era muy temprano  
y quedaba un largo día por  
delante. Tenían que recoger  
el maletín de su abuelo. No  
había sido necesario  
identificar los restos, por  
otra parte irreconocibles. Se  
habían ahorrado el mal  
trago. El cadáver aferrado al  
maletín era el de Enric  
Ardiach. Así lo habían

demostrado sus dientes y otro par de detalles, como la lesión de su rodilla. Las autoridades agilizaban los trámites al máximo. Ya se habían identificado setenta y dos cuerpos. De los cinco supervivientes, uno también había muerto.

Eduard se soltó de su mano.

Fue el primero en caminar hacia el coche, que esperaba a unos cincuenta metros.

Elisabet aguardó unos segundos más.

Solo eso.

Luego le dio la espalda al panteón y siguió los pasos de su hermano. Salió del jardincito, rebasó los mausoleos próximos. No prestó atención a las personas que revoloteaban a su alrededor. Ni siquiera se dio cuenta de que metía el pie en aquel hueco.

Habría caído de no haberla sujetado él.

Él.

Cuando se encontró con sus ojos, aun antes de darle las gracias, una ráfaga de frío la inundó de arriba abajo. Un frío que se quedó

en su alma antes de inyectarle una oleada de calor sofocante que le arreboló las mejillas.

Porque él era...

En un simple segundo captó su belleza masculina, femenina, casi etérea, imposible de razonar. Los ojos grises, transparentes, profundos y hermosos, la nariz recta, la mandíbula serena, igual que un ángel terreno, una estatua perfecta labrada en carne por un Miguel Ángel inspirado y divino.

Vestía enteramente de

blanco, pantalones, camisa, chaqueta, zapatos...

Elisabet no logró recuperarse del shock.

—Gracias...

El aparecido no dijo nada.

La soltó.

Y se alejó de ella, despacio, envuelto en un silencio que allí, en el cementerio, por primera vez sonó a canto.



Conrad Vallbona extrajo el maletín de la caja metálica

en la que venía protegido.

Seguía cerrado, hermético, sellado por una combinación de tres cifras adosada a cada uno de los cierres. El abogado tenía razón: el fuego o el impacto del accidente no había podido con él. Medio quemado, dañado, aplastado en la parte inferior de la derecha, con solo las iniciales bien visibles, había superado la prueba de su inviolabilidad.

Y su abuelo se había aferrado a él en la hora de la muerte.



Era como si su mano continuara cogiendo el asa.

Elisabet y Eduard se lo quedaron mirando con aprensión.

—Puede que no haya nada —dijo Vallbona—, pero que no lo soltara ni en ese instante...

El maletín esperaba sobre la mesa de su despacho.

—¿Sabe la combinación? —preguntó la chica.

—No.

—¿Y cómo lo abrimos?

—Me temo que... —

No concluyó la frase ante la evidencia de la respuesta.

—Lo haremos en casa —suspiró Elisabet.

—Hay algo más —comentó el hombre—. Es sobre uno de los supervivientes.

—¿De qué se trata?

—Vuestro abuelo iba en el asiento 2A. Esa persona ocupaba el 2B.

—¿Y?

—Quizá hablaron. Si queréis...

—No, no. —Elisabet hizo un gesto amargo antes de mirar a Eduard—. ¿Tú

quieres que vayamos a verle?

El chico se encogió de hombros.

—Déjelo, Conrad — musitó la nieta de Enric Ardiach.

—Como queráis.

—¿Se sabe algo más concreto acerca de lo sucedido? Los periódicos...

—Los periódicos tienen que vender ejemplares. La teoría del accidente sigue siendo la más real. Pero hasta que no se examine la caja negra no habrá nada en claro. Era de noche y había

viento, nada más, y lo único que se sabe a ciencia cierta y ha trascendido es lo que dijo el piloto, que se caían. Luego nada. En cinco minutos el avión habría aterrizado. El mayor peligro para los aviones se centra siempre en las maniobras de despegue y aterrizaje. Los testigos dicen que el aparato se vino abajo inesperadamente y punto.

—Se vino abajo —  
repitió Elisabet.

—Sí.

—Así que el abuelo se dio cuenta de que iba a

morir.

—Es probable.

—¿Y esos testigos de cuánto tiempo hablan, segundos...?

Conrad Vallbona apretó los labios.

Un gesto demasiado evidente.

Un segundo podía ser eterno. Dos el infinito.

—Tardó bastante —  
manifestó el abogado.

—¿Cuánto?

Iban a leerlo igualmente. Cada día los periódicos vomitaban un sinfín de nuevos datos,

declaraciones de testigos, los residentes en la urbanización Vallirana Park, cerca del Puig Vicens, que habían sido los primeros en acudir al rescate de las víctimas, bomberos, policías, expertos...


—Casi tres minutos.

Las palabras cayeron a plomo entre ellos.

Tres minutos viendo acercarse la muerte.

Eduard reaccionó y cogió el maletín con la mano derecha.

—Vamos a casa. —  
Inició la retirada.



Eliseu Masó les despidió en la puerta del despacho. Un rato antes, en el cementerio, no había hecho otra cosa que mirar al cielo, como si rezara preso de una profunda devoción. Su rostro se había contraído un par de veces, sumergiéndose en los recovecos de su dolor. Ahora les tendió la mano.

Una mano flácida, carente de energía.

—Puedo pedirlos un taxi.

—No es necesario, gracias.

—Ánimo —les deseó.

Iban a verle mucho, demasiado, lo mismo que al abogado.

Salieron al rellano del viejo y solemne edificio gaudiniano del paseo de Gràcia. No tomaron el ascensor. Las oficinas de Conrad Vallbona ocupaban todo el primer piso. Bajaron por la escalinata hasta la planta baja y desembocaron en la calle, de vuelta al sol que preludiaba el anuncio del verano. Ninguna nube en



el cielo. Los turistas se agolpaban en las aceras. Las cámaras disparaban sin cesar. Barcelona llevaba años siendo uno de los ombligos del mundo.

—¿Pesa? —le preguntó Elisabet a su hermano.

—No.

—Vamos a la esquina, porque por aquí no va a pasar ninguno.

Era un trayecto breve, justo en dirección contraria al tramo abigarrado y tomado por los turistas. Elisabet iba a la izquierda, Eduard a la derecha. El

maletín quedaba entre los dos.

Lo que sucedió fue muy rápido.

Un vértigo.

El hombre pasó entre ellos, o más bien saltó, irrumpiendo como un rayo surgido de una nube cercana, midiendo con precisión sus gestos. Primero, el empujón a Elisabet, para apartarla sin contemplaciones. Segundo, su mano agarrando el maletín. Tercero, el puñetazo cruzado que impactó en la mandíbula de Eduard, no excesivamente

fuerte, pero sí muy calculado, suficiente para desequilibrarle.

El chico soltó el maletín, trastabilló hacia la derecha y se llevó por delante a una pareja de japoneses que consultaba un mapa de la ciudad.

El agresor echó a correr.

Elisabet fue la primera en reaccionar.

—¡Eh, eh! —gritó.

Comprendió que era inútil. El ladrón les llevaba ya cinco metros de ventaja y ellos estaban en el suelo.

Además, se movía muy rápido, con una velocidad endiablada. Ninguno de los testigos daba la impresión de querer ir tras él. Todos parecían impresionados por la escena.

Y paralizados por ella.

Todos menos uno.

Fue a los diez metros, casi en la esquina.

El aparecido surgió de la nada, como si emergiera del escaparate de una de las grandes tiendas del bulevar. Vestía de blanco, pantalones, camisa, chaqueta, zapatos. Tan de

blanco que sus facciones destacaban aún más, con su propia luz.

Una facciones muy hermosas.

Los mismos ojos transparentes del cementerio.

Lo único que hizo Elisabet fue alzar las cejas.

A diez metros de ella, el hombre que se le antojó un hermoso ángel en el breve segundo en el que sus miradas se habían encontrado horas antes derribó sin esfuerzo al ladrón. Bastó con

interceptarle con el cuerpo. No por ello cantó victoria. El hombre del maletín hizo una singular cabriola y se incorporó de un salto, sin desprenderse de él. La escena pasó a convertirse en un remake de una película de chinos kungfunianos. Los dos contendientes empezaron a golpearse con el canto de la mano y los pies.

Eduard ya estaba en pie. Corrió hacia ellos.

A mitad de camino, el ladrón ya sostenía aquel cuchillo.

—¡Eduard! —gritó

Elisabet.

El joven de los ojos transparentes no perdió ni un segundo.

Hizo un amago, pareció ofrecerse, esperó la mano armada, hizo otro y mientras se la sujetaba con la izquierda la derecha partió como un relámpago en dirección a la nuez de su oponente.

Fue un impacto seco, brutal.

Mortal.

Mientras el ladrón caía hacia atrás, Eduard se lanzó

a por el maletín.

Los primeros transeúntes y turistas empezaron a reaccionar.

Eduard rodó por el suelo con el maletín de su abuelo entre las manos. El joven de blanco vaciló apenas un instante, desconcertado por el gesto. Por un momento hizo ademán de querer cogerlo, aunque para ello tenía que enfrentarse también al chico.

Miró a Elisabet desde aquella corta distancia.

Una mirada glacialmente cálida.



Después echó a correr y desapareció tan rápido como acelerada había sido toda la escena.



El comisario de policía era un hombre menudo, de escaso cabello, bigote cuidado y aire a lo Hércules Poirot, salvando las distancias. Sus ojillos eran penetrantes, y se servía de ellos más que de la lengua. Con cada pregunta les había perforado hasta la médula. Después de explicarle una y

otra vez lo sucedido, dejaba una larga pausa y volvía a empezar, buscando un resquicio, descubrir una mentira. Elisabet y Eduard empezaban a cansarse.

—Oiga, mi hermano tendría que ir a un hospital —protestó ella—. Como tenga alguna lesión interna...

—Estoy bien —la tranquilizó él.

—¿Seguro?

—He conseguido recuperar el maletín, ¿no? —proclamó con un deje de orgullo.

De no haber estado donde estaban, Elisabet habría forzado una sonrisa.

Eduard el héroe.

Se enfrentó al comisario, que volvía a observarles sentado en su butaca como si fuera un trono, con las manos unidas a la altura del pecho.

—¿Habíais visto al ladrón anteriormente?

—No.

—No llevaba ninguna identificación encima. Nada. Algo raro para decir que ha sido un intento de robo casual.

También ellos lo comprendían, pero estaban demasiado aturcidos para buscar argumentos o razones que les ayudaran a desentrañar el misterio.

—¿Y decís que salíais del despacho de vuestro abogado y que ese maletín se encontraba en el vuelo accidentado? —continuó el policía.

—Sí. Era de nuestro abuelo, Enric Ardiach.

—¿Una de las víctimas de...?

—Sí.

—¿Por qué os lo han

devuelto?

—Ya lo han examinado, con escáneres y todo eso —contestó Eduard—. Dentro no hay nada peligroso.

—¿Qué me decís del aparecido?

—¿Qué quiere que le digamos? —volvió a hablar ella—. Ha sido todo muy rápido.

—¿Le conocíais?

—Estaba esta mañana en el entierro de mi abuelo.

Eduard le dirigió una mirada de sorpresa.

—Tú no le has visto —

le aclaró Elisabet—. Ha aparecido al final.

—¿Te ha hablado? — preguntó el comisario.

—No.

—Un desconocido va al entierro de vuestro abuelo, y horas después impide que roben ese maletín —Apuntó hacia él con un dedo apremiante— matando al ladrón de un golpe en la garganta. Un golpe muy profesional, a decir de los testigos.

—Sí.

—Un poco excesivo, ¿no os parece?

—¿Y qué quiere que le digamos?

—¿Podéis abrirlo? —  
Se acodó en su mesa.

Las miradas de todos convergieron en el chamuscado y machacado maletín.

—No sabemos la combinación —dijo Elisabet.

—Podéis empezar por el cero-cero-cero y terminar con el nueve-nueve-nueve —sugirió sin prisas—. Eso o lo descerrajamos aquí mismo de un golpe.

—Espere —intervino la

chica—. Hay algunas posibilidades.

—Empieza —la invitó el hombre.

No tuvo tiempo de hacerlo. Se abrió la puerta del despacho y apareció una agente femenina. Por detrás asomó la impaciente cabeza de Eliseu Masó.

—Señor, está aquí el abogado —le informó.

—Que pase.

El secretario de Conrad Vallbona se introdujo en la estancia. Su rostro denotaba preocupación y ansiedad a partes iguales. Se tranquilizó



al verles. Después lanzó una rápida mirada en dirección al maletín.

—No consigo dar con el señor Vallbona —fue su salutación—. He salido a escape en cuanto me habéis llamado. Creo que iba a una reunión después de veros a vosotros.

—Siéntese —le ordenó con voz de flagelo el comisario de policía.

—Disculpe.

Eliseu Masó tomó asiento en la única silla libre, situada a espaldas de Elisabet y Eduard. El chico

tenía ahora el maletín en las manos. Todos se olvidaron del recién llegado.

—Prueba con nueve-doce —dijo Elisabet—. Era la fecha de su cumpleaños. Nueve de diciembre.

Eduard colocó los números en esa posición.

—Nada —falló en su intento de liberar el cierre.

—Cinco-diez, el de la abuela.

El mismo resultado.

—Veintisiete-siete.

Su hermano vaciló. Cruzó una mirada con ella. Una mirada llena de

cadencias y luces.

Luego situó los tres números en posición.

Accionó el cierre.

Y el maletín se abrió con un chasquido seco.

Ni el comisario ni Eliseu Masó repararon en las manos de Eduard. Tampoco en su semblante pálido. Solo tenían ojos para la apertura del maletín.

El chico subió la tapa.

Dentro no había más que dos cuartillas, una con anotaciones y signos de apariencia esotérica y la otra escrita a mano, de forma

apresurada, irregular, letras temblorosas, con las frases: «¡¡¡Buscad a Gerard de Villiers!!! ¡¡¡Os quiero!!!». Al pie también había un círculo negro cruzado con algo parecido a ocho flechas.

El comisario inspeccionó los dos papeles, estudió los signos y aquel extraño símbolo pentagonal.

—¿Sabéis qué es eso?  
—preguntó.

Eduard y Elisabet movieron la cabeza negativamente.

—¿Y ese nombre, Gerard de Villiers?

—Es la primera vez que lo oigo.

—Lo mismo digo.

—«Os quiero» —  
deletreó despacio.

Elisabet tragó saliva.

Hizo lo que pudo para no intercambiar una mirada más con Eduard.

—¿Un mensaje para vosotros?

Ninguno de los dos habló.

—Si me estáis ocultando algo, chicos...

—No sabemos nada ni conocemos a ese tal Gerard de Villiers —quiso dejar

claro ella remarcando la primera palabra de su declaración—. Por Dios, el abuelo tenía su propia vida. ¿Cree que estábamos al tanto de todo lo que hacía?

No había nada más. El policía buscó huecos, repasó las juntas, probó si existía un doble fondo. Nada salvo el forro metálico que recubría el interior del maletín, entre la piel exterior y el tapizado interior.

—Tendré que fotocopiar todo esto —les dijo.

Elisabet miró a Eliseu

Masó.

—Hágalo —certificó el ayudante de Conrad Vallbona—. Está claro que queremos colaborar en todo. Para nuestros clientes, la situación no puede ser más extraordinaria. Lo único que importa en estos momentos es que ha muerto un gran hombre. Ese ladrón, y su salvador...

—Asesino —le recordó el comisario.

—Ese ladrón y su asesino —rectificó— no tienen nada que ver con ellos. Elisabet Ardiach

estudiaba en Londres. Eduard Ardiach lo hacía en Madrid. Nada de lo que hacía su abuelo les era familiar.

—¿Y usted?

—¿Yo?

—Su bufete, sí. El abogado para el que trabaja.

—Llevamos los asuntos legales del difunto señor Ardiach, por supuesto.

El comisario puso un dedo sobre los papeles.

—Ningún señor De Villiers —dijo Eliseu Masó—. En cuanto a esos signos... El señor Ardiach



era aficionado a la historia y las antigüedades. Puede ser cualquier cosa.

—¿No le extraña que esto sea todo cuanto contenía el maletín?

El ayudante de Conrad Vallbona se encogió de hombros.

—Es como si hubiera tirado todo antes del accidente. Todo menos esto.


—La voz del policía fluyó igual que un río cadencioso

—. Y esta nota tuvo que ser escrita en plena caída. Sus últimas palabras. Un mensaje.

Dejó que sus insinuaciones flotaran entre ellos.

Un peso enorme.

—¿Podemos irnos, por favor? —exhaló Elisabet, mostrando el primer signo de agotamiento.



No hablaron hasta llegar a la casa, ni siquiera con Eliseu Masó, que insistió en llevarles en su coche. Se regugieron en el silencio, y el ayudante del abogado no se atrevió a romperlo con

preguntas o comentarios. Una vez cerrada la puerta que les aislaba del mundo, el maletín les pesó en las manos. Lo más cercano era la biblioteca. El despacho de Enric Ardiach se encontraba en el primer piso, y se sentían demasiado cansados para llegar hasta él.

Elisabet se derrumbó sobre una de las butacas. Eduard colocó el maltrecho maletín en una mesita y lo abrió por segunda vez. Los dos papeles flotaron ingrávidos en aquel vacío tan singular.

—¿Cómo sabías que la combinación era la fecha de mi nacimiento?

—Te lo dije. —La voz de su hermana fue un susurro cargado de ternura —. Tú eras su ojito derecho. Estaba chapado a la antigua, así que para él la dinastía seguía contigo.

Eduard no dijo nada. Miraba los dos papeles.

Aquellas dos palabras finales.

«¡¡¡Os quiero!!!»

—Somos nosotros —  
repuso al fin.

—Sí.

—Elisabet

comprendió de qué le estaba hablando.

—Un mensaje.

—Del que no tenemos ni idea.

—«Buscad a Gerard de Villiers.»

—El que nos quería quitar el maletín ha muerto por eso. Y el que lo ha evitado lo ha matado por eso. —Ella se estremeció al incorporarse para coger la otra hoja de papel—. Y se lo habría llevado de no ser por ti.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—Por qué todo. ¿Por qué es eso tan importante? ¿Por qué el robo? ¿Por qué nuestro salvador? Y, por último, ¿por qué no ha tratado de quitármelo al fin y al cabo?

—Ya no ha tenido tiempo. Demasiada gente.

—¿Me habría matado a mí también?

—No lo sé.

—Pero ahora sabe que lo tenemos nosotros.

La casa, la enorme casa, de pronto se les hizo todavía más grande.

—¿Qué hacemos?

—Conectar todos los sistemas de seguridad, tranquilo —buscó la forma de serenarle—. Sea como sea, la policía ha fotocopiado el papel.

—¿Qué significará?

—Parece un pentágono de esos místicos y cabalísticos, pero lo que hay en las cinco puntas y todo lo demás...

—¿Y las cinco indicaciones de abajo?

—Ni idea, Eduard, ni idea. —Mostró su abatimiento sin dejar de observarlo.

—Tiene que significar algo, seguro —dijo Eduard—. Es como un acertijo. Pistas y todo eso.

—¿Tú crees en esas cosas?

—¿Qué cosas?

—Mundos ocultos, secretos, esoterismo, signos cabalísticos, símbolos... Todo eso de los *Principios herméticos*, *La Tabla Esmeralda*, el *Corpus hermeticum*... Suena a esos temas.

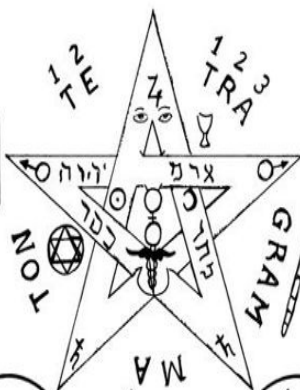
—El abuelo sí creía.

—Ya lo sé.



SAN  
MEDERO

SAN  
BARTOLOMÉ



SAN  
MIGUEL

7.14.

16  
5  
23

TABLA ESMERALDA - PRECEPTO IV  
CORPUS HERMETICUM XIII-7  
DZYAN 8  
VOYNICH 1-28  
7 PRINCIPIOS HERMÉTICOS

—¿Y si era de una de esas sociedades secretas, los masones o cualquier otra?

—¿Crees que la policía investigará algo?

—No —fue sincero su hermano—. No tienen ni por dónde empezar. Déjame ver eso.

Elisabet le pasó la hoja de papel con el pentágono. Eduard estudió los signos y leyó las cinco líneas escritas abajo.

—Es la letra del abuelo.

—Sí.

—¿Y ese círculo negro

con ocho flechas al pie de la nota manuscrita?

—Lo mismo. Ni idea.

—No creo que solo llevase eso en el maletín. Lo vació y dejó lo único que para él era importante antes de morir.

—Deberíamos descansar. —Elisabet cerró los ojos—. Ha sido un día muy duro y cuantas más vueltas le demos al tema peor será.

El silencio duró medio minuto. Ninguno de los dos se movió.

—Ese tipo, el que

vestía de blanco... —dijo Eduard.

—¿Sí?

—¿De verdad estaba en el cementerio?

—Ha aparecido de repente y...

—¿Qué?

—Nada.

—Vamos, suéltalo.

Elisabet lo meditó. Parecía una tontería. Quizá por ello de pronto lo consideró importante.

—Era guapo.

—Vaya por Dios.

—No, no es eso. Era tan atractivo que... casi

dolía mirarlo, ¿sabes? Te hablo de una belleza irreal, imposible. Sus ojos...

—Sigue.

—Eran como dos ventanas.

—¿Y adónde daban?

—Al infinito.

Eduard sostuvo su mirada.

—Estás como una cabra. —Forzó una sonrisa fría.

—Nada tiene sentido —repuso ella—. El abuelo no era un hombre misterioso.

—Que sepamos.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que raro sí era.

Y como anticuario manejaba muchas piezas únicas, antigüedades, cosas por las que museos y particulares pagaban fortunas.

—¿Insinúas que podía estar metido en algo... ilegal?

—No. —Su gesto fue de desagrado—. No era de esos. Siempre nos decía que la ambición mata las ilusiones, y lo predicaba con el ejemplo. No le daba valor a lo que tenía, sino a los sueños.

—A veces parecía un niño grande. —Elisabet sonrió.

—¿Vamos a su despacho a ver si damos con ese tal Gerard de Villiers?

—Mañana, por favor. —Ella se vino abajo—. Mañana.

—Es el único que quizá pueda interpretar esto — insistió Eduard—. Y el abuelo lo marcó con tres signos de admiración. Máxima urgencia. ¿Te recuerdo que tu amigo de ojos transparentes ha matado por ello?

Su hermana daba la impresión de haberse quedado dormida de pronto en la butaca.

—De acuerdo —dijo él—. Ya lo hago yo.

Nada más incorporarse, Elisabet hizo lo mismo.

Y los dos se dirigieron al despacho que Enric Ardiach tenía en su casa.



El despacho era un santuario. Forrado con madera de caoba, resultaba tan acogedor como



abigarradas estaban las paredes y el espacio. Allí también había libros, aunque en menor cantidad. Un retrato del padre de su abuelo, Saturní Ardiach, presidía el lugar. Había fotografías familiares a montones, a través de los últimos cien años de los Ardiach, o al menos desde que se habían inventado las cámaras. No faltaban piezas de museo, de los cinco continentes, una máscara azteca o maya, un camafeo chino, algunos vestigios de viejas civilizaciones

mesopotámicas o egipcias, un pequeño Picasso iluminado cenitalmente y que, pese a su cubismo, resultaba ser el retrato de Assumpta Galvany, la esposa de Saturní Ardiach. Tesoros muy concretos, cada uno con su pequeña gran leyenda a cuestas. Por eso estaban allí, en el corazón de la casa. Una chimenea de piedra y la mesa, egregia, con tres siglos de historia, formaban lo más destacado del mobiliario, amén de los muebles que contenían los libros, las mesitas y las

butacas para descansar. Lo más moderno era el ordenador.

Eduard lo puso en marcha mientras Elisabet abría los cajones de la mesa.

Veinte minutos después, el nombre de Gerard de Villiers todavía no había aparecido por ningún lado, ni en los papeles y documentos, ni tampoco en los archivos del ordenador, por otra parte muy parcos.

—¿Alguna ventana oculta? —sugirió ella.

—Si la tiene, no va a

ser fácil dar con ella. —Miró la pantalla desalentado.

Ni por el buscador, ni por ningún atajo, el aparato había hallado rastro del nombre.

—¿Qué hacemos? —preguntó Eduard.

—¿La guía telefónica?

—¿Así de fácil?

—¿Por qué no?

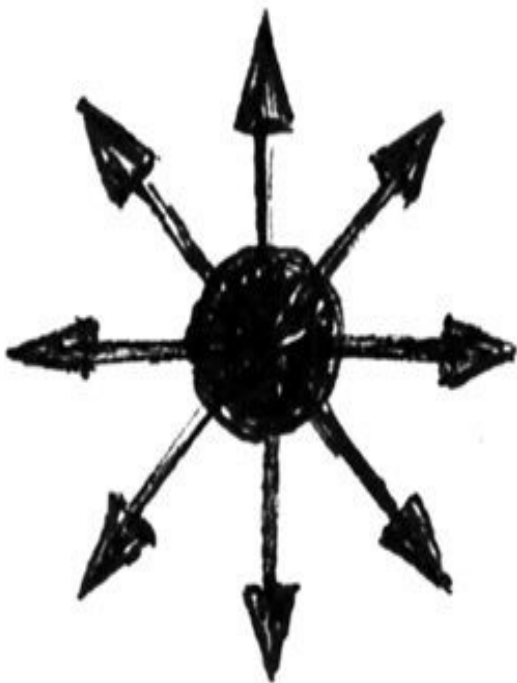
No encontraron ninguna allí. Elisabet fue a buscarla mientras Eduard se ponía en pie y curioseaba los libros una vez más. A él no le interesaban. Nunca le habían interesado, pero a su

padre y a su abuelo...  
Andaban locos con ellos.  
Era algo más que una  
pasión. Paseó la mirada por  
uno de los estantes hasta que  
de pronto...

Uno de los libros tenía  
en su lomo el mismo signo o  
símbolo que figuraba al pie  
de la breve nota de  
despedida de Enric Ardiach.

Lo cogió para  
examinarlo. El círculo negro  
con las ocho flechas o  
puntas se repetía en la  
cubierta. El título era  
significativo: *La magia del  
caos*.

El símbolo era La  
Estrella del Caos o Caosfera.



Leyó la contraportada.

«La magia del caos es una rama de la tradición mágica moderna que enfatiza el uso pragmático de sistemas de creencia y la creación de métodos nuevos y no ortodoxos...»

—No hay ningún Gerard de Villiers en la guía telefónica —lo interrumpió Elisabet entrando de nuevo en el despacho—. ¿Qué miras?

—Esto. —Eduard le pasó el libro haciéndole notar el dibujo.

—¿Es lo que dibujó el abuelo después del «Os

quiero» final!

Contempló el libro impresionada. Luego lo ojeó.

—¿Tendremos que leerlo todo para saber...? — vaciló indecisa—. ¿Dónde estaba?

—Ahí. —El chico señaló el hueco de la estantería de donde lo había sacado.

Elisabet lo volvió a ojear, unos segundos, leyendo párrafos al azar. Luego lo guardó en su sitio.

—Más misterios — musitó.



—Al abuelo le interesaban cosas bastante curiosas —reconoció Eduard.

—Va a resultar que no le conocíamos en absoluto —lamentó ella.

—Todos tenemos secretos, ¿no?

Seguían en un callejón sin salida.

—¿Por qué nos diría que buscáramos a un hombre del que no sabemos nada ni hay el menor rastro en la casa?

—Si fuera fácil...

—O sea, que es difícil

porque se trata de algo importante.

—Probablemente.

—Vallbona tiene razón, aunque no por el mismo motivo: tenemos que hablar con esa persona, la del asiento contiguo al del abuelo en el avión. Quizá pueda decirnos algo.

—Sí —convino él—. Estoy de acuerdo.

—Se me ocurre algo más —dijo ella.

Tampoco había teléfono allí. Elisabet sacó el suyo. No tuvo que buscar el número porque lo tenía en la

memoria. De todas formas, antes de marcarlo se dio cuenta de la hora.

—La tienda ya ha cerrado hace rato. —  
Chasqueó la lengua.

—Alícia Ventura, claro —  
—asintió su hermano.

Encontraron el número particular de la encargada de la tienda de antigüedades en el ordenador. El de su casa y también el del móvil. Elisabet marcó el primero sin éxito. Luego probó con el segundo.

—¿Diga?

—Alícia, soy Elisabet

Ardiach.

—Oh, dime, querida —  
se apresuró a reaccionar la  
mujer.

—Solo quería hacerle  
una pregunta, perdone la  
hora.

—No, adelante, por  
favor.

—¿Conoce a un tal  
Gerard de Villiers?

—No, ¿por qué?

—¿Podría mirar  
mañana en los archivos? —  
preguntó haciendo caso  
omiso de su interés.

—Sí, por supuesto.  
¿Gerard de Villiers? Un

momento, que lo anoto. Tal y como suena, ¿no?

—Mañana pasaremos a verla.

—Sí, me gustaría hablar con vosotros. —En la voz había un deje de dolor.

—Buenas noches, Alicia.

Volvieron a quedarse solos y en silencio. El despacho del abuelo era el único lugar de la casa en el que no habían jugado de niños. Terreno prohibido. Ahora se sentían como intrusos. Podían hacer lo que quisieran allí.

Elisabet miró el retrato de Assumpta Galvany, con su único ojo y el rostro poblado de cubos de colores.

Había sido una mujer preciosa.

—¿Le preguntamos a Amàlia? —sugirió Eduard.

—Acabo de hacerlo yo, descuida. Tampoco le suena.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—¿Dormir?

—¿A pesar de lo sucedido?

—Sí, a pesar de lo sucedido. —Fue categórica—. Todos los sistemas de

seguridad funcionan, las alarmas están conectadas. Sabes que esto es un fortín. Nadie va a entrar aquí dentro.

—¿Quién guarda esa hoja de papel con el pentágono y lo que escribió el abuelo?

—Vamos a hacer una fotocopia. Llevaremos una cada uno encima.

Salieron del despacho de su abuelo.

Sus habitaciones estaban al final del largo pasillo superior. Una frente a la otra.

—Sea como sea, me parece que esto va a resultar muy largo —dijo Eduard.

Elisabet se mordió la lengua.

No expresó en voz alta lo que estaba pensando.



Elisabet se desvistió a oscuras.

No quería encender la luz. No quería verse reflejada en el espejo. No quería tener aquella sensación de que alguien la estaba observando, allí



mismo, en su habitación.

Y, sin embargo, la sensación persistía.

Su desnudez...

Tan vulnerable...

Se cubrió el cuerpo con las manos, como si todo lo que la rodeaba tuviera ojos, y se puso el pijama con movimientos medidos y el corazón laténdole muy aprisa en el pecho. Aun con él, siguió experimentando la misma desnudez, no física, pero sí anímica. Los pantaloncitos eran mínimos, muy cortos. La parte superior se ajustaba a su

talle, aunque con cierta holgura. Su cuerpo de bailarina era hermoso. Solían decírselo. Un cuerpo esbelto, trabajado, joven, coronado por un rostro abierto y expresivo.

Agitó su largo cabello.

Lo acarició.

¿Por qué se sentía nerviosa, agitada...?

¿O la palabra era «excitada»?

Caminó hasta la ventana y se asomó al exterior. Desde allí, con la casa protegida por el jardín, el muro y la distancia que la

separaba de la ciudad, el mundo parecía un lugar lejano, un lugar oscuro invadido por el mal y el dolor de la muerte. Las sombras tenían vida, se movían. Sombras de árboles mecidos por la brisa, quizá de parejas ocultas bajo ellos, tal vez de misterios y secretos convertidos en susurros. Sombras poderosas hechas de miedos y dudas.

Una parte de ella quiso dar media vuelta para meterse en la cama.

Una parte muy fuerte.

La otra lo era más.

La vencían el sueño, el cansancio, el dolor acumulado por la muerte de su abuelo y el entierro de la mañana, más el insólito suceso del intento de robo del maletín y la aparición de su salvador.

Su salvador.

¿Lo era?

Los ojos de Elisabet perforaron las sombras.

La luna salió por entre unas nubes muy blancas iluminándola como si fuera un foco exclusivamente dirigido a ella.

Fantasmal.


Turbadora.

Siguió sin moverse.

Continuó mirando las  
sombras.

Y de pronto todo su  
cuerpo se convirtió en fuego.

Un fuego que la devoró  
sin abrasarla, que la hizo  
llorar sin lágrimas, que la  
hizo estremecerse sin frío,  
que la hizo gritar sin abrir la  
boca.



Él la vio temblar.

Aferrada a la ventana,  
blanca, pura, celestial,

mágica, viva y convertida en una especie de bandera que ondeaba en lo alto de la casa.

Una bandera que se agitaba en su libertad.

No parpadeó. Sus ojos transparentes, de mirada limpia, la atravesaron. Pudo sentirla, igual que si la poseyera de una forma brutalmente hermosa. Pudo sobrevolar sus pensamientos. Pudo mecerse en su alma. Un rápido viaje de ida y vuelta.

Porque ella sabía que estaba allí.

Oculto bajo las  
sombras.

Por eso siguió en la  
ventana.

Ofreciéndose.

Hasta que él bajó la  
cabeza, un segundo o una  
eternidad después, y cerró  
los ojos para ocultarse en su  
negrura interior.

La brisa agitó su  
cabello.

La noche, silenciosa, le  
atrapó bajo su manto.

Tantas vidas unidas en  
el momento final...

Cuando volvió a  
levantar la cabeza y abrió los

ojos, ahora sí, Elisabet había  
desaparecido de su  
horizonte.



## DÍA 9

Gabriel Mendieta ya no estaba en la UVI, sino en una habitación normal de la séptima planta del hospital. Y, además, se trataba de una habitación individual, quizá por su condición de accidentado privilegiado, superviviente de la mayor tragedia aérea sucedida en Barcelona en toda la historia. La curiosidad y el morbo despertados por la

noticia aconsejaban protegerlo hasta su reingreso en el mundo de los vivos. Ninguna televisión, ningún periodista. Absoluto aislamiento. La familia había accedido a que le visitaran en atención a que se trataba de los nietos del hombre que murió a su lado, y porque los psicólogos, tras una rápida consulta, habían dado el pertinente permiso.

Gabriel Mendieta regresaba del lado oscuro para permanecer en este mundo, aunque fuese por azar, suerte, el destino...

Era un hombre de unos cuarenta años. Las huellas de la tragedia, sin embargo, le hacían parecer mayor. Tenía la cabeza vendada y ojeras profundas, aunque los ojos no mostraban cansancio, al contrario. Las pupilas le brillaban. Según los periódicos, le habían encontrado a unos metros de la parte delantera del avión con las piernas rotas, la pelvis machacada y el brazo izquierdo convertido en un guiñapo. En la cama del hospital, su brazo derecho aparecía asaeteado por un

sinfín de agujas conectadas a sueros y demás aparatos con los que se medía su estado, aunque ya estuviese fuera de peligro.

Antes de entrar, las indicaciones fueron precisas:

—Cinco minutos. Nada de preguntas dolorosas, no le hagáis emocionarse, sed prudentes.

El hombre les miró con ternura.

—Nunca pensé que os conocería —fue lo primero que les dijo.

—¿Le habló el abuelo de nosotros? —vaciló

Elisabet.

—Sí, en la sala VIP, mientras aguardábamos. Ya era tarde, el vuelo llevaba retraso. Le dije que mis hijos me esperaban para cenar y una cosa llevó a la otra. Él me contó que tenía dos nietos que estaban a su cargo, que tú estudiabas en Londres y tú en Madrid...

—Nos han dado solo cinco minutos, señor Mendieta.

—¿Qué queréis saber?

—Lo que sucedió.

—El avión...

—No, lo que le sucedió

al abuelo —le interrumpió  
Eduard.

—Claro.

El medidor del aparato  
que controlaba sus  
pulsaciones se aceleró un  
poco.

—Por favor... —  
suplicó ella.

—Estoy bien. —Hizo  
un gesto firme con los labios  
—. Y me parece perfecto  
que estéis aquí. Querer saber  
cómo fueron sus últimos  
minutos os honra. En medio  
de aquel caos, tanto  
pánico... Cuando pienso en  
vuestro abuelo, escribiendo,

actuando como lo hizo... A mí me pareció asombroso, por supuesto, pero ahora todo aquello forma una película en cierto modo abstracta, irreal. Una película que no para de pasar por mi cabeza, una y otra vez, una y otra vez.

—¿Cómo supieron que...?

—Por el comandante del avión. Había turbulencias por el viento, pero de pronto el aparato tuvo una caída seguida de un bandazo tremendo. Entonces creo que perdimos potencia.

El ruido de los motores cambió de golpe. Fue cuando el piloto nos dijo que había problemas, que permaneciéramos sentados con el cinturón de seguridad abrochado y que nos preparáramos para un aterrizaje de emergencia.

—¿Qué hizo nuestro abuelo?

—Yo... le vi coger el maletín que llevaba bajo el asiento, no en el portaequipajes, donde sí dejó su equipaje de mano, y recuerdo que lo vació, tiró todo su contenido a un lado,



mapas y cosas así. Entonces se puso a escribir algo.

—¿Esto?

Elisabet le mostró la estrella de cinco puntas con las cinco líneas escritas a mano al pie y los dibujos y formas geométricas de cada extremo.

—¡Sí! ¿Dónde...?

—Encontraron el maletín.

—¿Y a él?

—También. Lo tenía aferrado a su mano.

—¿A pesar del impacto...?

—Sí, no lo soltó.

—Dios... —La

emoción hizo que los dígitos que controlaban sus pulsaciones volvieran a aumentar.

—Escuche —intentó contenerle Elisabet—, esta estrella ya estaba impresa. Él la aprovechó para el resto, para dibujar esos dos círculos, la cruz, el rectángulo y el hexágono, y luego esas líneas. ¿Le comentó algo?

—¿En aquellas circunstancias? No. Ya no volvimos a hablar. Cada cual vivió su propio drama. Pero

sí le oí decir algo.

—¿Qué fue?

—Primero caímos rápido pero sin brusquedades. Él terminó de escribir en esa hoja. Luego tomó otra, cuando ya nos desplomábamos, y escribió algo más, de forma atropellada.

Elisabet le mostró la segunda hoja.

«¡¡¡Buscad a Gerard de Villiers!!! ¡¡¡Os quiero!!!»

—Sí —suspiró Gabriel Mendieta.

—¿Qué es lo que le oyó decir?

—«Tienen que saberlo.» —Lo pronunció despacio, como en una oración—. Se lo oí dos o tres veces: «Tienen que saberlo o no los encontrarán nunca».

—¿Está seguro?

—Creí que se había vuelto loco, como cualquiera allí dentro.

—¿Y luego?

—Eso es todo. Un instante antes del impacto, yo no lo resistí más y me puse en pie. Ya ve, una estupidez, pero resulta que eso fue lo que me salvó. Estaba en el asiento dos 2B,

junto al pasillo. No di más de dos o tres pasos, de subida, porque el morro ya estaba muy inclinado. Lo último que recuerdo fue el impacto, brutal, y después... nada. Nada en absoluto hasta que me desperté aquí.

—Ha dicho antes que nuestro abuelo vació el maletín y ha hablado de mapas —tomó el relevo Eduard.

—Sí, eso. En nuestra charla de la sala VIP me dijo que venía de Soria. Yo soy de Salamanca. Uno de los mapas, o quizá todos, era de

Soria, seguro.

—¿Recuerda algo más?

—Solo una cosa.

—¿Qué?

—Vuestro abuelo parecía... inquieto, algo nervioso. Primero se mostró esquivo, huraño. Después, cuando empezamos a hablar, se tranquilizó, pero le vi mirar varias veces a nuestro alrededor. No sé, tal vez no sea más que una percepción extraña, o motivada por lo que sucedió, como si de pronto todo se magnificara, pero entonces tuve esa sensación, sí.

La esposa del herido apareció en la habitación.

—Por favor... —se dirigió a ellos indicándoles que sus cinco minutos habían terminado.

Elisabet se mordió el labio inferior.

Tenía cien preguntas, la mayoría absurdas.

Cien preguntas, como si su abuelo había tenido miedo en el instante final.

«Tienen que saberlo o no los encontrarán nunca.»

Se refería a ellos.

Sus últimos pensamientos habían sido

para ellos.

Los mensajes lo probaban.

—Gracias, señor Mendieta —se despidió Eduard.

—Hijo, yo...

—Gabriel, que te va a dar algo —le previno su mujer.

—¿Podría darnos un teléfono por si necesitamos volver a hablar con usted? —dijo Elisabet.

El herido miró a su esposa.

—Por favor —suplicó la chica.



—Claro, toma nota de mi móvil —dijo el compañero del último viaje de Enric Ardiach con una dulce sonrisa de ternura cincelada en los labios.



Tomaron un taxi a las puertas del hospital y le dieron las señas de la tienda de antigüedades. Eduard fue el primero en romper el silencio marcado por el impacto de aquella visita.

¿Se habría salvado su abuelo de haber viajado él

en el asiento 2B del vuelo?

¿La suerte dependía de que una persona, en un mostrador, asignara a un pasajero un lugar u otro?

—Soria —exhaló.

—¿Qué tiene de raro? El abuelo viajaba mucho, iba siempre de un lado a otro, porque energía no le faltaba. Y más si se trataba de una pieza especial. ¿Es que no puede haber nada excepcional en Soria?

—No sé.

—El mundo es grande, ¿sabes?

—No lo decía por eso.

Ya sé que nunca viajaba por placer ni hacía vacaciones. Lo que pasa es que todo esto está empezando a inquietarme. Lo de que parecía nervioso... Nunca vi al abuelo nervioso por nada. Era el tío con más aplomo y control que recuerdo. Se sentaba, te miraba, hablaba...

—Una vez te hiciste pipí encima.

—No me lo recuerdes. ¡Se paró la tira, con sus ojos fijos en mí! Y como la había cagado...

Se dejaron envolver por

sus sonrisas. El taxi se detuvo en un semáforo y el taxista, por segunda vez, dirigió una mirada subrepticia a su pasajera femenina. Elisabet se sintió incómoda. Eduard contemplaba la calle, el tráfico.

—Sea como sea, lo que fuera que hizo en Soria tiene que ver con esto, seguro — insistió.

Llegaron a su destino sin hacer ningún otro comentario. Elisabet pagó sin dejarle propina al mirón. Luego le dio la espalda

todavía molesta. La tienda, añeja, con sabor a centenaria, tenía un único rótulo en la parte superior: «Antigüedades Ardiach». La fachada era de madera y estaba muy cuidada. La puerta parecía arrancada de la mismísima casa Batlló, en el paseo de Gràcia, casi más conocida como Casa de los Huesos, porque en ella no había ninguna línea recta. Los escaparates, dos, uno a cada lado de la entrada, mostraban una profusión abrumadora de objetos de todos los tamaños y épocas,

desde relojes hasta bolsos, camafeos, jarrones, estatuas, cuadros, muebles y cornucopias. Creyeron que la tienda ya estaría cerrada, pero no era así. Abrieron la puerta y una campanilla tintineó advirtiéndoles de su presencia. Ya ni recordaban cuándo había sido la última vez que estuvieron allí, pero desde luego hacía años de ello.

Alicia Ventura fue a su encuentro nada más verles. No había ninguna otra persona en aquella especie de museo vivo.

—Elisabet, Eduard...

¿Cómo estáis?

—Bien, en serio. —La chica correspondió a su afecto con sendos besos en las mejillas.

Eduard vaciló, pero acabó imitándola.

—Esta mañana, nada más llegar, he mirado lo de ese nombre —les informó antes de que lo preguntaran.

—¿Y?

—Nada. —Tras captar el desánimo de los dos, se apresuró a agregar—: He inspeccionado los libros, por si era un cliente, y también

los restantes listados, proveedores, contactos... En papel y en el ordenador. Incluso he echado un vistazo al personal de diversos museos de todo el mundo o tiendas como la nuestra. Ningún Gerard de Villiers, lo siento. Debe ser un amigo personal. ¿De dónde habéis sacado ese nombre?

—El abuelo lo escribió antes de morir en un mensaje dirigido a nosotros.

—¿Que lo... escribió?

—Alicia, ¿sabe qué significa esto? —Elisabet le mostró el pentágono.



La mujer frunció el ceño.

—No.

—¿Seguro?

—¿Por qué? —Se agitó como si la hubiese zarandeado.

—Perdone. Creí que al ser tan buena colaboradora del abuelo...

—Yo le quería mucho.

—Sus ojos estaban al borde de las lágrimas—. Después de tantos años... Precisamente es de lo que quería hablaros, a los dos.

Elisabet se guardó la hoja de papel. Ya no le

mostró la nota de despedida, con el círculo negro y las ocho flechas al pie.

No le gustaba darse contra un muro de silencio.

—¿De qué se trata? — quiso saber.

—De la tienda. —La encargada la abarcó con las dos manos—. El señor Vallbona me dijo que la cerraríais.

—Sí.

—¿Es vuestra decisión?

—No. —Percibió más y más su dolor—. También nos lo comentó a nosotros, pero ni siquiera hemos

pensado en ello. Habló de hacer inventario y luego... No sé, Alícia. Son demasiadas cosas, y todas muy repentinas. ¿Por qué?

—Dejádmela a mí.

—¿Quiere seguir con ella? —inquirió Eduard.

—Conozco el negocio, y creedme, tantos años con vuestro abuelo dan para mucho. Me enseñó, lo aprendí todo. Sé que soy capaz de llevarla y sacarla adelante aunque no esté él. Por favor... —su tono se hizo suplicante—, si algo va mal, si en un mes hay

pérdidas, lo que sea, siempre estáis a tiempo de cerrarla. Pero ahora os pido una oportunidad. Este es mi mundo. Esta es mi casa. Los abogados siempre toman decisiones rápidas, no atienden a otra razón que no sea el dinero y la comodidad. Sin embargo, detrás de cada cosa hay personas, sentimientos. No os pido que hagáis una obra de caridad: solo que me dejéis demostraros que puedo.

Eduard y Elisabet intercambiaron una mirada.

—Hablaemos con Vallbona —dijo ella.

—Es algo más que hablar —insistió la encargada de la tienda—. No sé si además de vuestro abogado se convertirá en vuestro consejero. Sea como sea, no depende de él. Depende de vosotros. Conrad Vallbona querrá quitaros todos los problemas de encima, ponéroslo fácil, vender esto y aquello. Pero si respetáis la memoria de vuestro abuelo, tenéis que saber que este era su mundo, y lo amaba. Tenía muchos

negocios, sí, pero por encima de todo era anticuario. Y no olvidéis algo más: esta tienda la abrió su propio abuelo, la llevó su padre y luego él. Una parte de la vida de los Ardiach está aquí.

Sabía hablar.

Y lo que decía tenía sentido.

Elisabet sintió un nudo en la garganta.

—El abuelo nos dijo que usted tenía muy buen ojo para las antigüedades. Y gusto. —Eduard fue sincero.

—Yo llevaba el

negocio. Él viajaba cada vez más. Confiaba en mí.

—¿Sabía que fue a Soria en este último viaje?

—Sí.

—¿Con qué motivo?

—Eso lo ignoro. No era su secretaria. Las cosas más personales las llevaba él mismo.

Un hombre importante sin secretaria. Como mucho, allí estaba Conrad Vallbona.

*Una rara avis.*

—Le prometo que no tomaremos ninguna decisión sin...

Elisabet dejó de hablar

cuando sonó su móvil. Se llevó la mano al bolsillo y lo extrajo. No reconoció el número en la pantallita. Cuando abrió la comunicación se apartó un poco de su hermano y de la encargada de la tienda para concentrarse en la llamada.

Se puso rígida al reconocer la voz del comisario de policía.

—¿Señorita Ardiach?

—Sí.

—Soy Senén Molas. —

El tono era cortante—.

Ayer...

—¿Alguna novedad?



—le interrumpió ella.

—¿Pueden pasar a verme ahora mismo?

No era una pregunta. El tono equivalía a una orden.



Nada había cambiado en el despacho de su interlocutor en relación con el día anterior. La comisaría era un universo endógeno, con leyes propias, misterios, secretos, luces y sombras. De no ser por los uniformes, habrían podido creer que se encontraban en una simple

oficina. Y bastante siniestra. Ni siquiera sabían qué diferencia había entre un comisario y un inspector, si es que había alguna. Lo único que percibían por segunda vez era que aquel hombre tenía peso, experiencia, y que hablaba con el deje de los que siempre dan órdenes y casi nunca las reciben. Tal vez un robo y una muerte derivada de él, en pleno centro de Barcelona, fuesen un tema demasiado importante para dejarlo en otras manos. Cuando se

sentaron delante de la mesa atiborrada de papeles, como si no existieran los ordenadores o los discos, casi se sintieron culpables de algo.

Senén Molas les dirigió una mirada grave.

—¿Qué es lo que sucede? —quiso saber Elisabet.

El hombre cogió una fotografía situada a su derecha. La colocó frente a ellos.

Reconocieron al muerto.

El tipo que había

intentado quitarles el maletín.

—Se llama Manfred Guntz —les informó—. Nacido en Essen, Alemania, hace treinta y dos años. Tenía una agencia de viajes regentada con su hermano mayor y heredada de sus padres. Detenido dos veces en su país por radical, ideas conservadoras, ideología fascista, xenófobo y otras lindezas, y también una vez, en la adolescencia, por pertenecer a grupos neonazis activos. Separado y sin hijos. ¿Habíais visto alguna

vez esta marca? —Les  
mostró una segunda  
fotografía, centrada en la  
muñeca del muerto, en la  
que se veía un tatuaje.

Un águila con las alas  
extendidas.

—No —dijeron los dos  
al mismo tiempo.

—¿Seguro?

—Seguro —tomó la  
palabra ella.

—Hay algo más. —  
Dejó las fotos frente a ellos  
—. Y, cuando menos,  
resulta... extraño. O quizá  
deba decir preocupante.

—¿Qué es?

—¿Queréis beber algo?

La pregunta les sorprendió. De pronto el comisario descendía un par de peldaños en su posición de hombre fuerte y se convertía en un anfitrión casi afable.

Casi.

—No, gracias —dijo Eduard.

Elisabet movió la cabeza de lado a lado.

Senén Molas se echó hacia atrás y pareció buscar las palabras más adecuadas para lo que tenía que decir.

—Hemos dado con él

porque en el hotel en el que se hospedaba lo han identificado —comenzó a decir despacio, como si se preparara para algo más importante—. Dado su aspecto, y las marcas de su ropa, pensamos que era extranjero. No nos ha costado mucho localizarle. Pero cuando hemos registrado su habitación...

—¿Qué? —le apremió Elisabet con los nervios en tensión.

—Manfred Guntz tenía datos e informes de vuestro abuelo, vuestros padres y

vosotros.

—¿En serio?

—¿Cómo murieron  
vuestros padres?

La pregunta, o más bien  
el giro de los  
acontecimientos, les empujó  
un poco más hacia el  
desconcierto.

—Se ahogaron en el  
lago Di Garda, en Italia —  
respondió la chica.

—Raro, ¿no?

—La teoría es que mi  
madre se cayó al agua, y mi  
padre, al intentar salvarla...

—Tuvo que tragar saliva  
porque le costaba expresarlo



con palabras.

Eduard estaba pálido.

—La ficha policial de Manfred Guntz es muy interesante. —El comisario retomó la palabra empleando su tono más comedido—. Pero nosotros hemos hecho los deberes. He tenido que investigar un poco en torno a los Ardiach...

—¿Lo ha hecho?

—Sí.

—Si sabía que nuestros padres murieron ahogados, ¿por qué lo ha preguntado? —inquirió Eduard con voz más bien fría.

—Hay cosas difíciles de decir, hijo —se sinceró el hombre empleando por primera vez una palabra afectuosa.

—¿Como cuáles? —preguntó Elisabet.

El comisario alargó la mano para recoger algo más de su derecha. En este caso un mapa. Era del norte de Italia. Allí estaban los dos grandes lagos, el de Garda y el de Como. Una vez desplegado frente a ellos, puso su dedo índice en la vertical de un nombre: Bardolino.

—Manfred Guntz tuvo un accidente de coche aquí, en esta localidad, la noche del día en que murieron vuestros padres.

La revelación les cayó encima como si pesara una tonelada.

Tardaron en reaccionar.

—Conducía muy rápido —continuó el comisario—. Atropelló a un perro y el dueño se le echó encima. Nuestro amigo casi le mata a palos. Bueno, a golpes. Lo mandó al hospital. Al final todo se arregló con dinero, pero

pasó un par de noches en la cárcel, y dados sus antecedentes fue fichado también en Italia. En casos de personas así, vínculos con grupos de extrema derecha, terrorismo y demás, el tema pasa a la Interpol, por eso hoy lo sabemos todo acerca de él.

—Papá y mamá murieron en la parte del lago situada en Torri del Benaco. —Elisabet puso el dedo un poco más arriba de Bardolino.

—Usted no cree en las casualidades, ¿verdad? —

dijo Eduard.

—No, no creo en ellas.

—Pero lo de nuestros padres sucedió hace cinco años, por Dios —exclamó la chica—. ¿Cinco años y ahora ese hombre... reaparece aquí, en Barcelona?

—¿Habían tenido antes algún problema?

—No.

—¿Temas legales, contactos...?

—¡No! —gritó el chico—. ¡Mi padre era un Ardiach!

Más que por el estallido

emocional, lo que hizo que Elisabet le mirara impresionada fue el orgullo con que lo dijo.

Un orgullo oculto en lo más secreto de su ser.

—Nuestro padre era economista, comisario. Y lo mismo mamá. Nada de esto tiene el menor sentido — quiso dejar claro Elisabet—. Y mucho menos para nosotros.

—¿Vuestro abuelo...?

—Si le ha investigado como dice, sabrá que era un hombre importante, pero básicamente volcado en

cosas como las antigüedades, los libros... El resto de las empresas Ardiach funcionan por sí solas, con directores, consejos de administración y todo lo demás. Era un hombre altruista y generoso. La muerte de su único hijo hizo que se apartara aún más del mundo de los negocios. Creo que si fue tan fuerte como para resistirlo y soportar el dolor, fue por nosotros.

Eduard tenía la vista gacha. Elisabet alargó una mano para presionarle el

brazo.

Nadie había hablado de «asesinato», pero la palabra flotaba entre los tres con toda su gravedad.

Quizá no habían muerto tan accidentalmente.

—¿Algo de ese tal Gerard de Villiers? —El policía retomó su tono más profesional.

—No.

—¿Y de esos signos y esas cinco líneas?

—Tampoco. Parecen cosas esotéricas, es cuanto podemos decirle.

—Manfred Guntz se



tomó muchas molestias para hacerse con ese maletín. Tuvo que seguimos, o saber que había aparecido entre los restos del avión...

—Tendrá expertos que sabrán descifrar ese galimatías, ¿no?

—Me da en la nariz que no.

—¿Por qué?

—Porque si vuestro abuelo os dejó ese mensaje y os confió lo que sea que os confiase en él, está claro que esto depende de vosotros.

—Pues no tenemos ni idea de qué va esto.

—¿Queréis protección?

—¿Por qué? —se

extrañó Elisabet.

—Por si Guntz tenía cómplices.

—No sea absurdo.

Todo parecía dicho. O casi. La mayoría de las preguntas carecían de respuesta, y el comisario lo sabía.

Ahora ellos tenían que enfrentarse a lo que acababan de conocer acerca de la muerte de sus padres.

Y eso sí era duro.



Casi no pudieron esperar a llegar a la calle.

Eduard estalló a dos metros escasos de la puerta de la comisaría.

—Joder, Elisabet...

—Vamos a tranquilizarnos, por favor.

—¿Que nos tranquilicemos? ¿No has oído lo que ha dicho ese poli? ¡Todo encaja, las fechas... todo! ¿Tú crees en las casualidades?

—Como estas no.

—¡Mataron a papá y a mamá!

—Todavía no... —  
intentó hacer de abogado del  
diablo sin éxito.

—¡Hace cinco años  
estaba allí, y ahora reaparece  
aquí! ¿Por qué? ¿Por qué?  
¿Por qué?

—Cálmate, por favor.

—¿Que me calme?  
¡Mierda, Elisabet! ¿Qué está  
pasando? ¿De qué va todo  
esto? ¡Si tu amigo no le  
hubiera matado, ahora al  
menos sabríamos...!

—No es mi amigo —  
recalcó ella—. Solo le vi en  
el cementerio. Nada más. Y  
de no ser por él, en este

momento el maletín estaría en su poder, y lo que sea que nos dejó el abuelo.

—Pero ¿qué es? —se desesperó Eduard.

—Está claro que en el aeropuerto tenía miedo, estaba nervioso... Si pensó que iba a morir al caer el avión, y creo que sí lo entendió así, no iba a ponérselo fácil a nadie. Tenemos que descifrar esos códigos o lo que sean.

—Todo esto es muy oscuro y tenebroso. —El rostro del chico reflejó la angustia que sentía—. El

abuelo era un anciano; papá y mamá, dos adultos. Nosotros...

—Nosotros no somos mancos —lo interrumpió ella con determinación.

—Ni siquiera sabemos contra qué o quiénes luchamos.

—Alguien sí lo sabe.  
—Elisabet miró a su alrededor con disimulo.

—¿Crees que el de los ojos transparentes nos vigila?

—Sí.

—Díselo a la policía.

—¿Y parecer

paranoica, dar más explicaciones, que nos pongan a un desconocido pegado al trasero y dando el cante? Ni hablar. Además, nos salvó.

—Él quería el maletín, no te engañes.

—Hay algo en él que...

—Es guapo. Tú lo dijiste.

—No seas memo, Edu —se picó su hermana.

—De acuerdo: hemos de encontrar a Gerard de Villiers. ¿Se te ocurre algo?

—Puede que no debamos buscarle.

—¿Qué quieres decir?

—Que si él sabe algo... aparecerá, tarde o temprano.

—¿No es muy arriesgado esperar? ¿Y si ignora que el abuelo ha muerto o vive en otra parte del mundo o... qué sé yo?

—Vamos a comer algo  
—suspiró Elisabet.

—¿Qué?

—Nada de escondernos. No vale la pena. Actuaremos como si no pasara nada, como si no supiéramos nada. Somos dos adolescentes abatidos por la fatalidad, ¿de acuerdo?



—No pareces la misma  
—dijo él.

—Tú tampoco.

—Ya. —Bajó la vista al  
suelo.

—Edu, cuando todo  
esto termine... ¿por qué no  
vienes a Londres conmigo?

—¿Y si no termina?

—¿Vendrías? —obvió  
la pregunta de su hermano.

El chico dirigió una  
vaga mirada al tráfico que  
llenaba las calles. El mundo  
danzaba a su alrededor y  
ellos se sentían en el mismo  
centro de algo que no tenía  
ni pies ni cabeza. Algo

irreal.

—No lo sé. —Fue sincero—. ¿Qué se me ha perdido a mí en Londres?

—Lo mismo que aquí, en Madrid o en cualquier otra parte. Pero mamá y papá se alegrarían de saber que estamos juntos, que no vamos a vivir lejos el uno del otro, sin contacto, perdidos.

—¿Te quedarías tú en Barcelona si me quedo yo?

—Sí.

La respuesta fue tan rápida y rotunda que Eduard parpadeó.

—¿Ahora vas a hacer de madre?

—Sabes que no se trata de eso.

—¿Renunciarías a tus sueños por tu hermano descarriado?

—No te hagas la víctima, va.

—¿Lo harías?

—Sí.

—Pues a mí no me echas este marrón encima, ¿vale?

—No es un marrón. Y tú no puedes volver a pasar de todo. No ahora. La muerte del abuelo nos va a

hacer crecer de golpe, lo queramos o no. Tú mismo lo has dicho hace un momento en la comisaría: somos Ardiachs. Lo somos y estamos solos, tú y yo. No hay nadie más, Edu.

Llevaban un par de minutos hablando en la esquina de la calle, inmersos en el comienzo de su nueva vida y abrumados por la revelación final acerca de la muerte de sus padres. La procesión iba por dentro, amenazaba con desbordarles anímicamente. El shock era muy fuerte y necesitaban

digerirlo.

El taxi se acercó por su izquierda.

—Se me están doblando las piernas —dijo Elisabet.

—¿Dónde comemos?  
—preguntó Eduard.



La copia del legado, el pentágono con las formas geométricas de las cinco puntas y aquellas cinco líneas al pie, estaba situada entre los dos, y la mesa, lo suficientemente apartada al

fondo del restaurante para darse cuenta a tiempo de si alguien se acercaba a ellos. Por ejemplo, el camarero. Cada vez que lo hacía, la hoja de papel desaparecía o quedaba cubierta por la servilleta.

Aquello era un galimatías.

—Tenemos que mirar en internet —dijo Eduard.

—Dzyan, Voynich, *Corpus hermeticum*, *La Tabla Esmeralda*, *Los siete principios herméticos...*

—Tienen que ser pistas, pero a mí lo que más

me inquieta son esos dos círculos, el hexágono, el rectángulo y la cruz.

—La palabra «injusticia» sobre ella...

—San Bartolomé, san Medero y san Miguel —suspiró Elisabet—. Más esos números de los círculos...

Casi no les hacía falta mirarlo, porque se lo sabían de memoria.

—Nos estamos fijando en lo que escribió el abuelo —hizo notar él—, pero no en el pentágono que ya estaba impreso en el papel. Todos esos números, uno-

dos y uno-dos-tres, la espada de hoja ondulante, el bastón, las letras que parecen hebreas, el cáliz, los ojos, la estrella de David dentro de un círculo, esto de TE... TRA... GRAM... MA... TON... —Leyó las cinco sílabas despacio—. A mí me parece demasiado.

Cada vez que buscaban indicios, una luz, una revelación, acababan con dolor de cabeza.

—Paga y vámonos, va —se rindió él—. Voy al servicio.

Se levantó mientras



Elisabet le hacía una seña al camarero para que le trajera la cuenta. No era casual que el chico estuviera pendiente de ellos, porque no había dejado de mirarla desde el comienzo, unas veces de soslayo, otras, como ahora, fijamente, cuando ya no había tantos clientes ni prisas.

Eduard se orientó hacia el fondo del restaurante, al otro lado de donde se encontraban ellos. No había nadie más en los servicios, así que se aproximó a una de las pederas adosadas a la

pared. Se alivió con los ojos cerrados, para no pensar en nada. Cuando los abrió de nuevo se encontró con una frase escrita de forma tosca en la pared, en mayúsculas y con rotulador negro: TODO LO QUE SABES ES MENTIRA. Debajo ponía: «Si lo dijo Bono...».

Se refería a U2.

Sonrió sin ganas.

Verdades y mentiras se confundían ahora en su cabeza.

Acababan de saber que a sus padres pudieron matarles.

Eso cambiaba su mundo, lo ponía del revés.

Y les alertaba.

Estaban solos, solos, solos...

Necesitaban asimilarlo, pero también reflexionar. Forzosamente tenía que haber un antes y un después en su vida. De pronto el pasado se volvía oscuro.

No tenían ni idea de quiénes eran ellos.

Enric Ardiach, Vicenç Ardiach, Ariadna Planas...

¿Secretos de familia?

Se subió la cremallera del pantalón y se lavó las

manos. A un lado había una ventanita con láminas de cristal horizontales. Se veía la calle, la gente, el eterno tráfico...

Y allí estaba él.

Vestido de blanco, impecable, con sus ojos transparentes y su edad indefinida, en apariencia muy joven, en apariencia...

Sus miradas se encontraron.

Eduard cerró el grifo del lavamanos y ni siquiera se las secó. Salió del servicio casi arrollando a un hombre rechoncho que se

disponía a entrar en él. Lo esquivó con agilidad y lo dejó atrás, refunfuñando. Cuando cruzó el restaurante miró en dirección a su hermana. Se alegró de que no estuviera pendiente de su carrera. No quería asustarla. Salió a la calle en menos de veinte segundos desde el instante en que lo vio.

Pero ya no estaba allí.

Ni allí ni cerca.

—¡Mierda! —rezongó con vehemencia.

No supo qué hacer.

La impotencia le desarboló más y más.

¿Quién era? ¿Qué  
quería? ¿Por qué...?

Despacio, muy  
despacio, acompañó su  
respiración para no alarmar  
a Elisabet. Luego entró de  
nuevo en el restaurante.

Su hermana había  
pagado la cuenta.

—¿Nos vamos? —Ella  
le sonrió con ternura al verle  
aparecer.



Todas las fotos  
familiares, de pronto, tenían  
otro significado.

Como si fueran puertas o ventanas que condujesen al mundo secreto de sus mayores.

El abuelo y la abuela, su padre y su madre. De niños, de jóvenes, de adultos... Solo los cuatro, más Eduard y ella. Ni primos ni nada. Por parte de Ariadna Planas, su madre, no existía ninguna otra familia. Los abuelos maternos jamás fueron reales. Ella se había criado prácticamente sola, con una tía. Había sido hija ilegítima y su madre no sobrevivió al

parto. Pese a todo, pese a que esa tía había muerto siendo muy joven, la rebelde Ariadna no se rindió. Trabajó, acabó la carrera, conoció al joven Vicenç Ardiach y se casó con él. Un matrimonio perfecto, feliz.

Hasta su muerte.

¿Quién y por qué habría querido matarlos?

¿Qué relación guardaba el mensaje de su abuelo con ello, puesto que aquel hombre, Manfred Guntz, formaba parte del pasado y del presente?

Elisabet siguió mirando



las fotos.

Si buscaba mensajes ocultos, signos secretos, se equivocaba.

Allí no había nada.

Nada salvo los recuerdos, de pronto muy dolorosos.

Las últimas fotos, las del lago Di Garda, aparecidas en la cámara que la policía italiana les devolvió junto a las pertenencias de sus padres.

Tuvo que apartarlas para que las dos lágrimas que le cayeron no las manchasen.

—Papá, mamá... —

gimió.

¿Qué tenían en común el abuelo y su padre, además del apellido? Sin duda, su pasión por los libros. Los libros antiguos. Eran capaces de cruzar medio mundo por un ejemplar, y pagar lo que les pidieran sin regatear. Ni siquiera era coleccionismo. Hablaban con algo más que fascinación, y en ocasiones parecían saberlo todo, todo y más acerca de sus misterios y secretos.

El abuelo solía decirle a

Eduard:

—Cada libro es un mundo, un agujero negro que nos conecta con el pasado y el futuro. Un día lo sabrás. Ahora eres demasiado joven. A los veinticinco años, aunque antes tendré que prepararte desde los veintiuno.

¿Veinticinco?

¿Veintiuno?

¿Saberlo?

¿Prepararle?

Cada palabra cobraba un nuevo significado.

¿Y por qué a Eduard, que no manifestaba ningún amor por los libros, y no a

ella?

Dejó las fotografías sobre la mesa del despacho y contempló las estanterías.

El libro con el círculo negro y las ocho flechas.

*La magia del caos.*

¿Por qué había dibujado el abuelo ese símbolo al pie de su nota de despedida?

«¡¡¡Buscad a Gerard de Villiers!!! ¡¡¡Os quiero!!!»

Tomó el libro en el mismo instante en que Eduard entraba por la puerta.

—¿Algo nuevo? — preguntó el chico.

—No.

—Yo he impreso parte de lo que he encontrado en internet. —Le mostró un pliego bastante grueso de papeles—. No veas la de literatura y páginas que hay acerca de todo lo que escribió el abuelo.

—¿Algo en claro?

—De momento me suena a chino. —Le mostró algunas páginas—. Lo de Voynich es por un manuscrito encontrado en el siglo XVII, al que le faltan las primeras veintiocho páginas y que ni siquiera

está traducido del todo porque no es más que un galimatías. Ni los ordenadores más potentes pueden con él. Se dice que contiene «secretos demasiado peligrosos». — Sostuvo la mirada de Elisabet para demostrarle que hablaba en serio—. Lo de Dzyan es por otro libro, *Las estancias de Dzyan*. Este resulta que es uno de los volúmenes esotéricos más temidos, perseguidos y escondidos por los ocultistas debido a su origen ignoto. Al parecer, el original está

protegido en una Gran Biblioteca Universal situada a doscientos cincuenta metros de profundidad en algún lugar del Tíbet y que es propiedad del Rey del Mundo.

—Pero eso no son más que leyendas —objetó Elisabet.

—Yo solo te cuento lo que he encontrado en internet. —Se encogió de hombros—. *La Tabla Esmeralda* es el libro básico de la alquimia en el medioevo. El *Corpus hermeticum* resume una

colección de textos mágicos. Finalmente, *Los siete principios herméticos* son algo así como siete normas del saber humano que escribió un tal Hermes, el Padre de la Sabiduría, fundador de la astrología y descubridor de la alquimia. ¿Sabes por qué se dice que algo es hermético? Pues porque todas sus enseñanzas se guardaron de manera secreta y únicamente fueron reveladas a unos pocos elegidos. Al parecer, el que comprende sus siete principios posee la llave



mágica ante la cual todas las puertas del templo se abrirán de par en par.

—Genial. —Elisabet chasqueó la lengua—. Eso deben de ser miles de años de secretos esotéricos. ¿Crees que vamos a resolverlo sin tener ni idea?

—Está claro que tú y yo no, pero Gerard de Villiers...

—¿Qué más has encontrado en internet?

—Voynich, Dzyan, *El Kybalión*, que contiene los siete principios... Todos son Libros Malditos. Se llaman

así porque han sido  
perseguidos, destruidos y  
prohibidos durante siglos.

—¿Por la Iglesia?

—Y los hombres de  
negro.

—¿Eso no era una  
película de ciencia ficción?

—También, pero no. Te  
leo. —Buscó una de las  
últimas páginas impresas—.  
«Los hombres de negro  
representan a una sinarquía  
que tiene como centro de  
todo su universo la búsqueda  
y desaparición de los libros  
que hablan de los secretos de  
la naturaleza, el lenguaje de

los animales y las fuentes del saber desconocidas que se encuentran latentes en el ser humano. La conspiración se ha mantenido constante a lo largo de los siglos.»

—Esto es una pesadilla.

—El abatimiento de Elisabet se acentuó—. ¿Has encontrado el pentágono?

—Algunos parecidos, pero no ese. Desde luego, es un símbolo mágico.

—Magia, esoterismo, ocultismo... Es increíble, ni siquiera puedo imaginarme al abuelo metido en todo esto.

—Sabes que es cierto.

—Pero ¿tanto?

—¿Tú has encontrado algo? —Eduard señaló el libro que todavía sostenía entre las manos.

—No, acabo de cogerlo. Me temo que habrá que leerlo en busca de claves.

—¿Y si no es el libro en sí?

—¿A qué te refieres?

—¿Y si es una pista?

Elisabet pasó las hojas, por si entre ellas se escondía algo o veía una anotación a mano. Luego observó los

dos libros que lo flanqueaban en la librería. Uno estaba escrito en latín. El otro era un tratado de astronomía.

Cuando los retiró de la estantería, a la altura de los ojos, descubrió el resorte del fondo.

—No puede ser... — susurró.

Fue Eduard el que metió la mano y lo presionó.

Oyeron dos chasquidos.

Uno, procedente de la puerta del despacho, que se cerró automáticamente para que nadie pudiera

sorprenderles. El segundo, de la propia pared llena de libros, que súbitamente y en silencio se corrió hacia un lado.



Cuando la librería se detuvo, frente a ellos quedó un espacio de aproximadamente setenta centímetros de ancho. Una puerta. Tras ella se iluminó de forma automática una cámara no muy grande, como de tres metros de lado y con el techo muy bajo, apenas unos

centímetros por encima de sus cabezas. La cámara tenía una mesa y dos sillas por todo mobiliario. Al fondo, en la pared frontal, vieron otra puerta, más pequeña, metálica, sin ninguna cerradura, con un cuadro de mandos a su izquierda.

Un cuadro con las letras del alfabeto en un teclado y los diez números del cero al nueve en otro. También había diez ventanitas.

El equivalente a otros tantos dígitos.

Tuvieron miedo de

meterse allí dentro los dos juntos, porque si se cerraba la puerta igual quedaban encerrados.

—Ya entro yo —dijo Elisabet—. Tú quédate aquí por si acaso.

El lugar estaba vacío. Pasó una mano por la mesa, por las sillas, por las paredes... Cuando se detuvo en el cuadro operativo pulsó una letra al azar.

La letra quedó fijada en la primera de las ventanas cuya combinación abría aquella puerta metálica.

—¿Qué habrá ahí



detrás? —Oyó la voz de Eduard.

—Sea lo que sea, lo tiene muy bien protegido, ¿no crees? El despacho, esta cámara, la siguiente... ¿Lo que has impreso de internet dice algo de puertas secretas o combinaciones de letras y números?

—No.

—El abuelo nos marcó el camino con ese símbolo, La Estrella del Caos. ¿Por qué no escribió el siguiente paso?

—¿Y si no tuvo tiempo?

El avión quizá se había estrellado antes.

Tenía sentido.

—Un número de móvil tiene nueve cifras, una fecha de nacimiento un máximo de ocho...

—Será mejor que salgas. —Su hermano se puso nervioso.

—No creo que pase nada. Fíjate bien que al accionar el resorte la puerta del despacho se ha cerrado de inmediato, para aislarlo todo. Aquí dentro no hay nada. Esto parece una cámara para estudiar, leer o

examinar lo que haya ahí dentro.

—¿Es de hierro?

Elisabet presionó la puerta metálica. Luego la golpeó con los nudillos.

—Es muy sólida.

—Bueno, por lo menos hemos llegado hasta aquí. Supongo que con un soplete...

—¿Sin saber qué hay al otro lado? No seas bruto.

—Pues ya me dirás qué hacemos.

Elisabet salió de la cámara y Eduard presionó el resorte. La librería volvió a

correrse silenciosamente. Cuando quedó fijada en su lugar, otro chasquido liberó el cierre de la puerta del despacho.

—Nunca hubiera creído que esto pudiera suceder en la vida real. —El chico se rascó la cabeza—. ¿Qué hacemos ahora?

—Déjame ver eso que has impreso de internet.

Se sentaron en las butacas. Eduard ya lo conocía, así que se repantingó en la suya y puso los pies encima de la mesita de centro. Su hermana no le

dijo nada. Comenzó a pasar hojas sueltas, leyendo fragmentos de los textos al azar. Las primeras cuarenta páginas correspondían a lo que se sabía del Manuscrito Voynich, otras treinta a *Las estancias de Dzyan*. Había menos literatura para *La Tabla Esmeralda*, el *Corpus hermeticum* y *Los siete principios herméticos*, unas diez hojas para cada uno.

—Esto es... demencial.

—Empezó a sentirse más y más abrumada.

—Ya te digo.

No pudo evitar leerlo

en voz alta.

—«En 1912 el librero neoyorquino Wilfrid Voynich descubrió en una vieja biblioteca del colegio de los jesuitas de Mondragone, cerca de Roma, un extraño y curioso documento, un manuscrito depositado allí doscientos cincuenta años antes por el criptólogo Athanasius Kircher. A falta de las veintiocho primeras páginas, el contenido es quizá un compendio acerca de cómo usar la energía, estelar o atómica, escrito en un

sistema criptográfico que todavía hoy sigue siendo un misterio. Pero se sabe que su base habla de una Tercera Organización Cerebral...»

—Pasó algunas páginas hasta llegar a *Las estancias de Dzyan*—. «Los Hombres de negro consiguieron derrotar a Helena Petrova Blavatsky en su afán por interpretar y dar a conocer el contenido del libro. Antes de su muerte, ella misma lo certificó. De esta forma, la conspiración contra el conocimiento oculto continuó y quizá nunca

termine. El hombre del siglo XX perdió la oportunidad y la capacidad de luchar por lograr la evolución perdida, aquella que nos habla o nos enseña a recuperarla en el libro por el que la mataron...» —Hizo un gesto de furia—. ¿Por qué el abuelo nos dejó pistas con libros ilegibles o que no existen?

—Existen, hay copias de unos o se sabe de los otros. Todo está ahí —dijo Eduard—. Yo también he terminado con la cabeza como un bombo tratando de



leer algunas de esas cosas. Ahí se habla de Biblias prohibidas, libros malditos, la Inquisición, invocaciones al diablo, poderes ocultos, magia, brujería, extraterrestres... Hay una base real: todos los grandes libros del pasado fueron destruidos, y con ellos las bibliotecas que los conservaban. Según eso, para conquistar no hay que tener armas, solo matar la cultura y convertir el saber en algo peligroso. El *Corpus hermeticum* y *La Tabla Esmeralda* también hablan

de lo mismo. Mira la página en la que sale Cervantes.

Elisabet la buscó.

—«En 1640 y por una sola frase de su inmortal Quijote, la novela fue censurada y colocada en la lista de libros prohibidos, acusados ella y su autor de poner en peligro la fe católica.» —Miró a su hermano—. Nos habríamos ahorrado leerla en la escuela.

Eduard no se rió.

—El *Índice de los Libros Prohibidos* continuó vigente hasta 1966. —Apuntó el pliego de páginas

impresas una vez más—. Eso fue en plena beatlemania, hace cuatro días, te recuerdo. Estamos en el siglo XXI pero me parece que hay cosas...

Unos quedos golpecitos en la puerta interrumpieron su charla. Elisabet ordenó las páginas instintivamente.

—¿Sí?

La puerta se abrió y por el hueco apareció la cabeza de Amàlia.


—Alguien quiere veros —les informó.

—Lo que faltaba —expresó su desagrado él.

—¿Quién es? —

preguntó la chica.

—Me ha dicho que se llama Gerard de Villiers —  
dijo su asistente.



Era el sacerdote del entierro, el que había asistido como amigo a las exequias de su abuelo. Vestía traje oscuro, chaqueta y pantalones, no sotana. Su rasgo identificativo era el alzacuello blanco. Tendría unos cuarenta y pocos años, aunque les costó precisarlo.

Un aparatoso crucifijo colgaba de su cuello y centelleaba como una coraza en su pecho. Nada más verles se levantó con la mano extendida.

—Elisabet, Eduard...

—expresó con emoción.

Se la estrecharon mientras escrutaban su rostro.

La primera pregunta era simple.

¿Por qué no se había identificado en el cementerio?

—Señor De Villiers...

—dijo ella sin saber si

llamarle «padre».

—¿Cómo estáis? Esto debe de ser muy duro para vosotros, ¿verdad?

—Sí, lo es —certificó la chica...

—Si puedo hacer algo..., lo que sea.

El nombre era francés, pero el acento, italiano.

—¿Usted y nuestro abuelo eran amigos, colaboraban en algo?

—Éramos amigos. Muy buenos amigos. Y no es que fuese un hombre religioso —sonrió—, pero eso lo teníamos superado.

Solíamos discutir mucho, siempre acerca de libros. Formábamos un buen equipo. Enric creía en unas cosas y yo en otras, pero nos hermanaba nuestro amor por ellos.

—Se refiere a libros antiguos.

—Sí, claro.

—¿Por qué no nos dijo quién era en el cementerio?

—No era el momento. Incluso me resistí a venir ayer. ¿Por qué lo preguntáis?

—Nuestro abuelo mencionó su nombre antes de morir.

—¿En serio? —El sacerdote pareció aliviado—. ¿Cómo sabéis eso? ¿Acaso dejó algo...?

—Nuestro abuelo llevaba un maletín con dos mensajes, uno indescifrable de momento y una nota diciendo que se lo entregáramos a usted.

—¿Un mensaje? ¿Nada más? —pareció desilusionarse.

—Bueno, vació su maletín para dejar solo eso, así que podría ser importante, ¿no cree?

—Sí, sí. —El hombre



hizo un gesto con ambas manos y cerró un momento los ojos, como si ordenara sus ideas. De pronto le notaron inquieto y precipitado—. Deduzco que ese maletín se salvó de la catástrofe.

—Era ignífugo.

—¿Las autoridades no os han dado nada más?

—No. Se identificó al abuelo con suerte, eso es todo.

—¿Restos de... papiros...?

—¿Papiros? —le tocó el turno a Eduard—. No.

¿Cómo iba a haber restos de algo así cuando el avión se incendió?

—¿Puedo sentarme? —

Fue una súplica más que una petición.

—Sí, por supuesto. Perdone. —Elisabet le invitó a hacerlo—. ¿Quiere un vaso de agua?

—Por favor.

Ella misma salió de la sala y llamó a Amàlia. La asistente se dirigió a la cocina. Elisabet no la esperó y regresó junto a su hermano y su visitante en el momento en que Eduard le mostraba el

texto manuscrito de su abuelo.

—«¡¡¡Buscad a Gerard de Villiers!!! ¡¡¡Os quiero!!!» —leyó el sacerdote—. Extraordinario.

—Sus ojos se posaron en la parte inferior, donde estaba el símbolo del caos—.

¿Sabéis qué significa esto?

Eduard frunció el ceño.

—¿No lo sabe usted?

—Enric era muy dado a los mensajes misteriosos. — Eludió la respuesta—. La otra nota...

La hoja con la estrella de cinco puntas, las figuras y

las citas a Voynich, Dzyan, *La Tabla Esmeralda*, *Los siete principios herméticos* y el *Corpus hermeticum* fue depositada sobre la mesita, frente al sacerdote.

Su rostro quedó galvanizado.

Miró atentamente todo aquello y pareció dejar de respirar.

—¿Eso es todo? —su voz fluyó exhausta.

—Sí.

—Pero...

—¿Qué?

—No, nada. —Gerard de Villiers cogió la hoja con

la mano y la examinó de cerca, más y más abatido—. Esto es... una fotocopia.

—El original se lo quedó la policía —mintió Elisabet.

Eduard la miró.

La hoja tembló en la mano del sacerdote. Se pasó la otra por los ojos. En ese momento entró Amàlia en la sala, con una bandejita en la que llevaba una jarra de agua y tres vasos. Lo depositó todo sobre la mesita con parsimonia. Ella misma sirvió el agua y luego se retiró.

Gerard de Villiers  
apuró su vaso de golpe. De  
tres tragos.

—¿Entiende algo? —  
quiso saber Elisabet.

—No.

—¿Usted trabajó aquí  
con el abuelo? —preguntó  
Eduard.

—Sí, algunas veces.

—¿Sabe que en su  
despacho...?

—Eduard —lo detuvo  
ella—, deja que hable el  
señor De Villiers. Parece  
que esto no es lo que  
esperaba. —Señaló la  
fotocopia del mensaje

dejado por su abuelo antes de morir.

—Tendría que estudiarlo —reconoció el hombre—. Enric y sus juegos...

—No quería que esto terminara en manos extrañas, según parece.

—Estas claves son... ambiguas. —Miró las cinco líneas inferiores—. Por supuesto, tendré que llevarme este papel y trabajar...

El móvil de Elisabet atronó en medio de la calma de la sala. Lo sacó de su

bolsillo y contempló la pantalla. Otro número desconocido. No quiso hablar allí en medio, fuese lo que fuese, y se levantó para salir de la sala de nuevo al tiempo que abría la comunicación.

—¿Sí?

La voz de un hombre, este sí con acento francés, atravesó su cerebro.

—¿Elisabet Ardiach?

—Sí, ¿quién es?

—Perdona que te moleste, quizá ni siquiera hayas oído hablar de mí, pero es muy urgente que



pueda verte hoy mismo, sin falta. Urgente y necesario, créeme. Mi nombre es Gerard de Villiers y...



Elisabet se estremeció.

—Perdona, ¿cómo has dicho que te llamas?

—Gerard de Villiers.

—¿En serio?

—Nos vimos en el entierro de tu abuelo. Yo estaba en la parte de atrás, cabello castaño, nariz grande...

El más joven, como de

veinticinco años. El que les miraba tan fijamente.

Elisabet sintió una opresión en la cabeza.

—Gerard de Villiers — repitió agotada.

—Tenía que haberte dicho algo ayer, pero pensé que no era el momento. La situación, la gente... ¿Os habló alguna vez tu abuelo de mí?

—No. —Miró la puerta de la sala en la que esperaban Eduard y el primer Gerard de Villiers.

Aquello era de locos.

—Elisabet, no estoy

muy lejos. Podría llegar a vuestra casa en menos de diez minutos. Te aseguro que es algo de vital importancia. Algo por lo que tu abuelo daría otra vez la vida si...

—¿Cómo sé que eres quien dices ser? —le detuvo la chica.

—No te entiendo.

—Me llama un desconocido, me dice que es Gerard de Villiers, quiere venir a mi casa... ¿Cómo sé que no mientes?

—¿Por qué habría de mentir?

Elisabet se asomó a la puerta de la sala. Se mordió el labio inferior cuando vio al sacerdote mirando absorto el dibujo hecho por su abuelo.

No había reconocido el símbolo del caos.

Extraño.

Eso y su instinto, que llevaba rato alarmándola en silencio.

—Dime una cosa: ¿trabajabas con mi abuelo?

—Nos conocíamos. Su amigo es mi padre.

—¿Quién es tu padre?

—Ferdinand de

Villiers.

—Esos nombres no me dicen nada.

—¿Por qué no me dejas que te lo explique en persona? Es largo y complejo. ¿No te va bien hoy? ¿Es eso? Puedo esperar, por supuesto, pero es posible que el tiempo empiece a ir en nuestra contra. —Su interlocutor notó el silencio al otro lado de la línea y preguntó—: ¿Elisabet?

—Estoy aquí.

—Escucha... —La respiración se hizo tensa—.

Tu hermano y tú podéis incluso estar en peligro.

—Mira, no sé quién eres —Se cansó del juego—, pero ahora mismo tengo a un hombre que dice llamarse Gerard de Villiers en mi sala.

Al otro lado, la reacción fue muy visceral.

—¡Oh, Dios mío...!  
¡No, no, no!

—Tienes cinco segundos —dijo Elisabet.

—¿No le habréis dado nada ni...?

—Cuatro segundos.

—¡No, espera! ¿Ese

hombre es sacerdote?

—Sí.

—¡Se llama Guido Fontalvo, trabaja en el Vaticano!

—Todavía no me has convencido. Tres segundos.

—¡Os está mintiendo! ¡Elisabet, dile solo que os demuestre quién es! ¡Solo eso! ¡Yo salgo de inmediato! ¡Menos de diez minutos, por favor! ¡Y no le deis nada!

Él mismo cortó la comunicación.

Elisabet se quedó con el móvil en la mano, mitad asustada, mitad enfadada.

Estaba sucediendo algo muy grave en sus vidas y, de momento, eran los únicos que no tenían ni idea de qué era.



El sacerdote mantenía los ojos fijos en la hoja de papel.

Tal vez investigando, tal vez memorizándolo todo.

Elisabet no perdió el tiempo. Antes de sentarse se la cogió de las manos.

Su visitante pareció querer retenerla.



—Vamos a fotocopiar esto para tener un recuerdo del abuelo —dijo intentando que su voz sonara lo más natural posible—. Fue lo último que hizo antes de morir.

—¿Otra fotocopia? — se extrañó el hombre.

—Bueno, usted se llevará esta, ¿no?

—Sí.

—Dado que el original lo tiene la policía...

—Claro, claro.

Eduard la miró muy serio, sin entender por qué mentía.

—¿Vienes? —le dijo a su hermano—. Ya sabes que no me aclaro mucho con la fotocopidora. Siempre se atasca.

El chico se levantó.

—Ahora volvemos. — Su última sonrisa fue fría.

Salieron de la sala, pero no hablaron hasta encontrarse a suficiente distancia. Eduard fue el primero en romper el silencio.

—¿Qué está pasando aquí?

—Acaba de llamarme un hombre por teléfono.

También estaba ayer en el cementerio. Uno joven, nariz grande, pelo castaño.

—No le recuerdo.

—Me ha dicho que se llama Gerard de Villiers.

—¿Qué?

—Uno de los dos es falso. Según él, el cura se llama Guido Fontalvo y pertenece al Vaticano. Ha insistido en que no le diéramos nada.

—Joroba, Elisabet...

—Viene para aquí.

—¿Y qué hacemos?

¿Llamamos a la policía?

—Esto tiene que ver

con el abuelo, Edu. Nos dejó ese mensaje con el pentágono y nos dijo que buscáramos a Gerard de Villiers. Fue su última voluntad y me da en la nariz que se trata de algo gordo, muy gordo. Algo que quizá empezó con la muerte de papá y mamá. Si metemos a la policía en esto quizá nunca lleguemos a saber de qué va todo. Está claro que uno de los dos miente, el sacerdote o el que viene para aquí. Pero el que no mienta tiene que ser Gerard de Villiers. Y él podrá

explicarnos algo.

—De acuerdo —asintió el chico.

—No quiero que la muerte del abuelo haya sido en vano.

Eduard tragó saliva.

—¿Tú crees que los curas mienten?

—No lo sé. De momento hay que distraerle un poco hasta que llegue el que me ha telefoneado. Vamos a avisar a Amàlia.

La encontraron en la cocina. Parecía ser su baluarte. Cocinaba algo en el horno. Tal vez la cena.

—Amàlia, en unos diez minutos o menos vendrá un hombre. Avísame discretamente cuando llegue y que espere en la otra sala, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Gracias.

Volvieron a la sala principal y antes de entrar Elisabet se dio cuenta de que seguía llevando la hoja de papel en la mano.

—Guárdatela. —Se la entregó a su hermano—. Y ahora intenta que no se nos note nada.

Eduard asintió con la

cabeza.

Los dos cincelaron sendas sonrisas de calma cuando reaparecieron ante el sacerdote.

—Se está calentando el tóner o lo que sea —dijo ella—. Cinco minutos.

—Bien —convino el hombre.

—¿Por qué no nos habla del abuelo? —Elisabet se sentó en el mismo lugar—. Creo que de pronto se ha convertido en un gran desconocido para nosotros.

—Bueno... no hay mucho que contar. —Se

encogió de hombros—. Era una persona muy volcada en lo suyo, las antigüedades, los libros.


—Pero su pasión por el ocultismo y todas esas cosas... Eso tiene poco que ver con la Iglesia, ¿no?

El sacerdote deslizó una mirada en apariencia distraída hacia su reloj. Cruzó las piernas y apretó la mandíbula muy rápidamente.

—A veces las cosas son como las dos caras de una misma moneda —comenzó a decir—. Todo depende del



punto de vista, de las creencias de cada cual.



Llevaban siete minutos hablando.

O, mejor dicho, asistiendo a las divagaciones del sacerdote cada vez más y más inquietos.

Cuando su visitante miró el reloj por tercera vez, Elisabet fue más rápida que él.

—¿Cuál es su trabajo, señor De Villiers?

—Soy filólogo,

analista, historiador...

—¿En el Vaticano?

—¿El Vaticano? —Le sorprendió la pregunta—. No, no.

—Creía que estas cosas dependían de la Santa Sede o algo así.

—¿Por qué?

—Libros antiguos...

Todo eso, ya sabe.

El hombre se movió inquieto.

—Hago

investigaciones, viajo mucho. El legado de la historia es impresionante. En él hay tanta oscuridad como

luz. Es un trabajo muy lento pero apasionante.

—Dzyan, Voynich...  
Son nombres vinculados a libros heréticos —habló Eduard.

—Conoce a tus enemigos mejor que a tus amigos —manifestó el hombre—. El mal tiene muchas caras. La verdad solo una.

—¿Cuánto tardará en descifrar el mensaje del abuelo?

—No lo sé. Depende de muchas cosas. Esas figuras geométricas con nombres de

santos...

—¿Quién amenazaba al abuelo para que tuviera que encriptar esas pistas?

—No lo sé.

—¿Por qué ha preguntado antes si habían encontrado restos de papiros entre los escombros del avión?

—Es posible que Enric... —Se detuvo sin completar la frase.

—¿El abuelo llevaba algo valioso encima?

—No lo sé. Tal vez. —Tomó la jarra de agua y se sirvió un segundo vaso—.

Son conjeturas, claro.

Elisabet y Eduard se resistían a mirarse. Las últimas preguntas las había hecho él.

Nueve minutos.

El sacerdote dejó el vaso a la mitad y entonces dijo:

—La máquina fotocopiadora ya estará lista, ¿no?

—Oh, sí, voy a ver. —  
Elisabet se levantó.

—Te acompaño —  
quiso imitarla Eduard.

—No —lo detuvo—.  
Tú quédate con nuestro

visitante. —El tono resultó incluso empalagoso—. Que no se aburra.

El chico le lanzó una mirada de enfado.

Salía por la puerta de la sala cuando Amàlia apareció por el pasillo. La asistenta le hizo una seña.

El hombre del teléfono ya había llegado.

Vaciló un momento y asomó de nuevo la cabeza por la puerta.

—Eduard, perdona, ven.

Su hermano se levantó de un salto. Cuando llegó

hasta ella no tuvo tiempo de protestar.

—No quería que husmeara nada hasta saber si dice la verdad o no —le contuvo ella—. El otro acaba de llegar.

—Entonces terminemos con esto.

—¿Y si es peligroso?

—Jo, Eli.

—Vale, vamos.

Una docena de pasos.

Tomaron aire.

Y entraron en la otra sala.



El nuevo Gerard de Villiers quizá ni siquiera llegara a los veinticinco años. De cerca parecía más joven. Su principal rasgo, la nariz, grande, poderosa, le confería un aire más recio y duro de lo que presumían sus ojos. Tenía los labios carnosos y su estatura era media, así que se encontraba a la altura de Eduard y un par de centímetros por debajo de Elisabet. Vestía con indolencia, vaqueros, zapatillas deportivas y una camisa con el cuello abierto.



Su mano izquierda sostenía una chaqueta primaveral, de hilo. Llevaba el cabello despeinado y su aspecto era como de haber corrido un pequeño maratón.

Los tres quedaron frente a frente, mirándose con fijeza.

—¿Qué está pasando aquí? —Elisabet mantuvo su firmeza.

—Tenía que haber venido antes. Hoy he visto la noticia de lo que pasó ayer, la muerte de ese hombre y... Tenéis que perdonarme. No pensaba...

—¿Por qué resulta que hay dos Gerard de Villiers?

El recién llegado se llevó la mano al bolsillo trasero de su pantalón. Extrajo una cartera, y de ella, en primer lugar, un documento de identidad.

Francés.

—«Gerard de Villiers Aubertin» —leyó ella.

—Puede ser falso —dijo Eduard.

—¿Os ha enseñado él un documento?

—No.

—¿Se lo habéis pedido?

—No.

De la cartera sacó algo más: un pasaporte.

La misma foto, el mismo nombre.

Elisabet soltó el aire retenido en sus pulmones.

—Escuchad, sé que nos os acordaréis de mí, pero estuve aquí, hace cinco años, al morir vuestros padres. Yo vine con el mío, Ferdinand de Villiers. También estaba en el cementerio. El hombre del cabello blanco y el bastón con la cabeza de nácar.

—¿Cinco años?

—Entonces llevaba  
barba.

—Lo siento.

—Da igual. —Se  
guardó la cartera en el  
bolsillo—. Podéis  
preguntarme lo que queráis.

—¿Qué relación tenías  
con nuestro abuelo?

—¿Nunca os habló de  
ello?

—¿De qué?

—De lo que hacíamos,  
nuestra misión...

—No.

—¿Jamás os mencionó  
la palabra... «custodios»?

—No.

—Pensé que al morir vuestros padres habría adelantado materia.

—Oye, ya vale, ¿vas a explicarte? —Elisabet se cruzó de brazos.

—¿Qué es eso de los custodios? —preguntó Eduard.

—Vuestro abuelo, vuestro padre... eran custodios, lo mismo que yo. Mi padre es ahora el Gran Custodio.

—¿Custodios de qué?

—Esperad, esperad...

—Puso las dos manos por delante a modo de pantalla

— Hay tiempo para todo, pero no para lo más importante. ¿Le habéis dado algo a Guido Fontalvo?

— Todavía no, pero lo ha visto.

— ¿Qué es lo que ha visto? — Se tensó aún más.

— El mensaje que nos dejó nuestro abuelo antes de morir en el accidente de avión.

— ¿Puedo verlo?

Eduard le entregó su fotocopia, doblada en cuatro partes. Gerard de Villiers la estudió, primero con extrañeza, después con

dudas, finalmente con la incomprensión tiñendo su rostro.

—Astuto —suspiró.

—¿Sabes qué es esto?

—Un camino que seguir, pero aún no sé hacia dónde. Escuchad. —Le devolvió la fotocopia a Eduard y su tono de voz se hizo apremiante—. Os lo contaré todo luego con calma. Ahora hay que desenmascarar a Guido.

—¿Quién es ese hombre?

—Ya te lo he dicho por teléfono. Es miembro de un

alto organismo del Vaticano, el Santo Oficio de los Libros Prohibidos, aunque esa no es una información que podáis encontrar en internet, porque muy pocos saben de su existencia.

—Así que todo esto tiene que ver con libros.

—No, Elisabet —dijo Gerard de Villiers—. Tiene que ver con el Libro. Esa es la clave. —Y lo repitió de nuevo enfatizando las dos palabras con todo respeto—: El Libro.





Al sacerdote le cambió la cara de golpe.

—Hola, Guido —lo saludó Gerard de Villiers.

El hombre se puso en pie. Abrió la boca, pero no pudo decir nada. Volvió a cerrarla y apretó los puños. Por si quedaran dudas acerca de su mentira e identidad, él mismo las despejó.

—Santo Dios, De Villiers...

—¿No te enseñaron en el seminario que no hay que decir el nombre del Señor en vano?

—Cállate.

—Esta vez te has movido rápido.

—Al parecer, no tanto.

Guardaron silencio. La distancia, de apenas tres metros, no era superior a su animadversión. Los dos parecían ser enemigos forjados a través del tiempo y la distancia.

—Será mejor que te vayas —le dijo el recién llegado.

Guido Fontalvo miró a los dos hermanos.

—No sabéis lo que hacéis —exhaló hundido.

—De momento aquí el único que ha mentido es usted, así que aunque no sepamos lo que pasa, él tiene razón: será mejor que se vaya.

—Hijos, lo que está en juego es muy grande. No tenéis ni idea.

—¿Y qué es lo que está en juego?

El sacerdote tragó saliva.

—La luz... —Su rostro se contrajo en una mueca de dolor.

—Vete, Guido —le repitió Gerard de Villiers.

—¡No! —se resistió el cura.

—Entonces explícales quién eres, qué haces aquí, por qué les has mentado.

—Ya lo harás tú, ¿verdad?

—Sí.

—¡Buscamos lo mismo!

—Pero por distintas razones y con motivos diferentes, como siempre. Igual que hace quinientos o mil años. Ocultar no es lo mismo que investigar.

—¿Ocultar? ¿Por qué no lo llamas proteger?

—Tenéis miedo.

Siempre lo habéis tenido.

—Hay cosas que el ser humano todavía no está preparado para...

—¿Y vosotros sí?

—Sí, nosotros sí —  
asintió vehemente.

—Tantos miles de años perdidos... —lamentó Gerard de Villiers.

—No, perdidos no. Ganados a la vida, al espíritu.

Retornó el silencio.

Breve.

Guido Fontalvo dio el primer paso. No dejó de

mirar a Elisabet y a Eduard, prescindiendo por fin del hombre que acababa de desenmascararle. Pasó por entre los dos y, al llegar al otro lado, se detuvo en la puerta de la sala.

—Que Dios os ilumine  
—les deseó—. Os hará falta.  
Luego salió de allí.

# INTERMEDIO 1

*MÓDENA, ITALIA,*

*1 DE NOVIEMBRE DE 1751,*

*DOCE Y UN MINUTO DE LA NOCHE*

La luz.

No tenía por qué mirarla, y sin embargo...

El muchacho se  
traicionó a sí mismo.

Sus ojos ardieron.

—Quiero ser...

No terminó su petición,  
el deseo, el anhelo que le  
había impulsado a desafiar  
al destino. Las dos palabras  
murieron en el aire igual que  
gorriones sin aliento,  
abrasados por el sol.

La luz penetró en él.

Fría, mortal, viva,  
turbulenta, estremecedora...

Como si un millar de  
vidas pasaran a través de él  
en apenas un instante.

El muchacho cayó de



rodillas, hundió el rostro en el suelo.

Demasiado tarde.

—¡No!

—Lo has hecho —dijo la voz del Averno.

—¡No, no! ¡Perdón!

—Me has mirado. Me has visto. ¿Crees que no hay castigo para tu desafío?

—¡Olvídate de mi deseo! ¡Te pido perdón!

—¿Olvidarme? Me has hecho venir para ello. El infierno está aquí, pero también muy lejos. Tú me has invocado.

La desnudez le hizo

daño.

Su cuerpo comenzó a agitarse.

A cambiar.

Ojos, nariz, boca, frente, mentón...

Aquel dolor...

—¡Perdóname!

El diablo salió de la luz y llegó hasta él.

Puso la mano en su espíritu.

—¡No! —sollozó el muchacho.

—Es lo que deseabas y lo que he venido a darte.

Lo envolvió con la profundidad de su cadencia

aquella voz que, de pronto, no solo surgía de todas partes, sino que estaba en su mismo interior.



Gerard de Villiers cerró los ojos, como si se concentrara, antes de empezar a hablar.

Sabían que, en cuanto lo hiciera, ya no habría vuelta atrás.

—Veréis —dijo despacio—, en primer lugar debo decir que todos nosotros formamos parte de una guerra eterna que lleva

siglos librándose. Cambian los tiempos, los modos, las personas, pero la lucha sigue y, probablemente, seguirá. No se trata de una lucha entre el bien y el mal, porque no es tan simple ni sencillo como eso. Tampoco es una lucha entre la cultura y la incultura. Es una lucha entre lo que fuimos, lo que somos y lo que seremos a través de la historia, a través del pasado que nos forjó y el futuro al que nos enfrentamos, porque ahora mismo lo que está en juego es tan grandioso, tanto, que

tal vez se produzca un giro en esa historia y todo sea distinto, dependiendo de si lo encontramos o no.

—¿Encontrar qué? — preguntó Eduard.

—Lo que buscaba tu abuelo, lo que quizá encontró y escondió, lo que persigue el Vaticano para ocultarlo, lo que quieren los hombres de negro para destruirlo, lo que deseamos proteger nosotros, los custodios.

—¿El Libro?

—Sí. —Su rostro se dulcificó de una forma

extraordinaria al decirlo.

—¿Qué clase de libro es ese, una Biblia original o algo así? —intervino Elisabet.

—No —repuso el joven—. Estoy hablando del primer libro de la historia, del legado que ellos, nuestros antepasados, le dieron a la humanidad hace diez, veinte o treinta mil años. Os hablo del Libro de Thot.

—¡Yo he visto ese nombre en los papeles que he impreso! —dijo Eduard.

—¿Treinta mil años?

—Elisabet arrugó la cara—.  
La primera imprenta se  
inventó hace quinientos.

—El Libro de Thot no  
es un libro al uso, con  
cubiertas, hojas... Yo os  
hablo de tablillas, papiros.

—Por eso Guido  
Fontalvo quería saber si se  
encontraron restos de  
papiros en el avión.

—¿Por qué es tan  
importante ese libro? —  
quiso saber ella.

Gerard de Villiers se  
concentró un poco más.  
Ellos eran profanos, y lo  
sabía. Pareció buscar las

palabras adecuadas para contárselo y, al mismo tiempo, instruirles en algo que, para sí mismo, formaba parte de su vida de una forma singular.

—El Libro de Thot contiene todo el conocimiento humano imaginable. Y también el inimaginable. Vendría a ser algo así como un manual de instrucciones para la vida. Jamás ha sido visto o impreso, tampoco reproducido, y hasta se ignora la forma en que podría consultarse. Pero su



legado se ha transmitido a través de la historia, siempre con descripciones parciales, ideas adulteradas, falsos fragmentos partidistas, interpretaciones erróneas, vestigios deteriorados... Diez, veinte, treinta mil años, ¿comprendéis? —La cifra era tan mareante que les aturdió imaginarla—. Nosotros solo llevamos dos mil años de historia en la actualidad. El auténtico Libro de Thot, el original...

—Nada es capaz de mantenerse tanto tiempo sin deteriorarse o, peor aún,

descomponerse por completo —objetó Eduard.

—Eso os iba a contar. Hablamos del original puro. ¿Creéis que los primeros padres no pensaron en ello? ¡Tuvieron que protegerlo de alguna forma!

—¿Y quiénes son los primeros padres?

—Eduard, hay muchas creencias, muchas teorías. Podría hablaros durante horas sobre ellas, y os aburriría, y, lo que es peor, no hay tiempo. Veréis, según los egipcios, Thot era un escriba atlante al que se

representa como un ser humano con cabeza de ibis, una especie de secretario de los dioses. Inventó la escritura, ahí es nada. Este es el primer indicio hasta que llegamos a Ramsés II. Se sabe por su historia escrita en pirámides y tumbas que este faraón poseía el verdadero Libro de Thot. Con sus enseñanzas se dominaba lo oculto y se descifraban los secretos de la tierra, el mar y el aire, así como el firmamento, el universo entero. A través del Libro se dice que los seres

humanos entendían las voces de los animales, sanaban a los vivos y resucitaban a los muertos, e incluso podían comunicarse mentalmente con otros seres. Así se explicaría el poder del pueblo egipcio y sus vínculos con el más allá y las estrellas por medio de sus ritos mortuorios y sus dioses. Al morir Ramsés, pasó a su hijo Kaunas, que, temeroso de él, trató de quemarlo. Pero el Libro no ardió, era incombustible por ser hijo del fuego, así que lo guardó en el fondo del Nilo,

protegido por tres  
recipientes herméticos y  
custodiado por serpientes  
inmortales.

—Eso suena a  
fanatismo —protestó  
Eduard.

—Todas las leyendas  
tienen una base real. El  
tiempo las adorna, eso es  
todo —prosiguió Gerard de  
Villiers—. Años después,  
otro hijo de faraones, Nefer-  
Ka-Ptah, logró hacerse con  
él. Cuando lo abrió, una luz  
celestial casi le dejó ciego,  
pero no abandonó su tarea.  
Entonces Nefer-Ka-Ptah

pudo hablar con los habitantes de las estrellas más lejanas, conoció el lenguaje secreto de los números, los caminos ocultos entre dimensiones...

—De acuerdo, el Libro de Thot es una llave, una puerta abierta al más allá, pero hablamos de Egipto y de hace miles de años. ¿Cómo desapareció?

—No se sabe.

—¿Y por qué se supone que ha sido encontrado ahora?

—Se dice que el Libro ha permanecido oculto y

protegido por seres  
inmortales, y que no habría  
de ser hallado de nuevo  
hasta el momento en que  
fuera necesario.

—¿Hoy?

—Tal vez.

—Y durante estos  
últimos cientos de años,  
¿qué? —insistió Eduard.

—Hay más pistas y  
vestigios, datos que prueban  
su existencia. Para los  
estudiosos y los iniciados, en  
el año trescientos antes de  
Jesucristo, Thot reapareció  
con otro nombre: Hermes  
Trimegisto.

—¿El del *Corpus hermeticum* y *Los siete principios herméticos*?

—Sí. Hermes, el padre de la Sabiduría...

—Y de la Astrología y la Alquimia, sí —dijo Eduard inquieto—. Todo eso lo he visto en internet—. ¿Por qué el tal Hermes tenía que ser el mismo Thot que miles de años antes entregó el Libro a los humanos o lo recibió de los dioses?

—Hermes afirmó que su saber provenía de un libro, y no podía ser otro que el de Thot. También afirmó



que los egipcios habían construido pirámides y levantado enormes estatuas gracias a los conocimientos y la sabiduría inexplicable hallados en él. Y que recibieron sus enseñanzas de los seres de las estrellas. Hermes dejó una obra extensa y muy importante, con leyes universales como las recogidas en *El Kybalión*.

—¿Por qué nadie habla hoy en día del Libro de Thot?

—Tú lo has dicho: pertenece al pasado. Para la

mayoría, es una leyenda. Para los expertos, no. En la Edad Media muchos magos y brujos aseguraron poseerlo. La magia en el fondo es el primer intento humano por explicar los fenómenos y las leyes que rigen el universo. Por eso la Iglesia se enfrentó siempre a ellos. Ciencia o fanatismo esotérico frente a Dios y su Creación. ¿Acaso el rey Salomón no recibió de su padre, el rey David, los secretos de la cábala y fue el más importante soberano de su tiempo? A veces se habla

de lo mismo con distintas palabras. Otros eruditos manifestaron haber tenido en sus manos el Libro de Thot y que no era para tanto, restándole importancia. Pero ninguno aportó pruebas de que se hallara en su poder. Desde el siglo XVIII hasta hoy, apenas se ha hablado de él como algo real. Y, sin embargo, está presente en nuestra vida.

—Ah, ¿sí?

—De sus láminas surgieron en el 1120, en China, las cartas del Tarot, rápidamente expandidas a

todo el mundo.

—¿El Tarot son las ilustraciones del Libro de Thot?

—Sí. O al menos se inspiraron en ellas.

Elisabet llevaba unos minutos callada.

Cuando recuperó la voz formuló la pregunta.

La clave.

—¿El abuelo... encontró el Libro de Thot?

—Nos reveló que estaba tras su pista, sí. —El joven fue directo.

—¿Cuándo os lo dijo?

—El mismo día que

subió a ese avión. Lo más curioso es que empleó el plural, dijo «He dado con ellos». Cuando mi padre le preguntó, le pidió que tuviera paciencia, que temía que alguien interviniese su móvil.

—¿Y tuvo que morir justo en ese instante?

Los envolvió un extraño silencio, lleno de presagios e inquietudes.

Fue muy rápido.

Un viento voraz que pasó para congelar su espíritu.

—¿Qué son los

custodios? —Eduard lo rompió.



Gerard de Villiers tomó aire.

—Desde tiempos inmemoriales, de forma constante, tres grupos de personas han perseguido los llamados «libros prohibidos», los libros malditos. Por un lado, los hombres de negro, para destruirlos. Por el otro, la Iglesia, para ocultarlos y preservar a la raza humana

de su conocimiento, según ellos, antes del momento adecuado. Por último, estamos nosotros, los custodios, los encargados de salvarlos y estudiarlos.

—Pero tampoco los dais a conocer —dijo Elisabet—, porque en tal caso se sabría.

—¿Sois una sociedad secreta? —Eduard puso los ojos como platos.

—Secreta, sí; pero a diferencia de la Iglesia no los ocultamos para evitar el dolor del conocimiento a la humanidad, sino para dejar

un legado cultural.

—Guido Fontalvo dijo que erais las dos caras de la misma moneda, que todo dependía del punto de vista y las creencias de cada cual.

—Elisabet, una cosa es salvar un manual de brujería del siglo XV, que ante todo es un legado de la historia y nos ayuda a entender esa época pero poco más, y otra muy distinta dar con el Libro de Thot.

—¿Lo daríais a conocer a la opinión pública?

—No lo sé. No depende de mí. Hay un consejo



formado por siete  
prohombres.

—Cuyo Gran Custodio  
nos has dicho que era tu  
padre.

—Sí.

—¿Tantos libros  
prohibidos hay? —preguntó  
Eduard.

—Cientos, miles. —  
Gerard de Villiers se dirigió  
a él—. La mayoría de las  
grandes obras del saber  
humano, sean tratados de  
magia o libros científicos,  
desaparecieron por la  
barbarie del pasado. Todavía  
hoy los gobiernos y los

estados prohíben, queman, censuran o secuestran los libros, porque estos transmiten el conocimiento y la libertad, algo que no ocurre con ninguna otra forma de comunicación. ¿Olvidáis en qué país vivís? Tomás de Torquemada creó la Inquisición española. Primero ardieron varios miles de libros, pero dos años después el cardenal Cisneros llevó a la hoguera más de un millón, entre ellos todos los de la biblioteca de la Alhambra. Alejandría, Constantinopla, los códices

mayas y aztecas... Cuando se destruye una biblioteca, se mata el alma de un pueblo, todo lo que es. Quemar un libro es asesinar algo más que la raíz de la humanidad. España se convirtió en la adalid de la represión cultural. La Inquisición nació en 1483, y en 1540 apareció la primera relación de obras prohibidas. Ocho años después, la Santa Sede fundó la Congregación del Santo Oficio. La caza de libros se generalizó y toda Europa se vio arrasada. Entonces aparecieron los

primeros custodios.

—¿Hace quinientos años?

—Sí.

—¿Y dónde se guardan los libros rescatados?

Gerard de Villiers sostuvo sus miradas.

—Eso lo sabemos muy pocos, entre ellos los siete miembros del consejo.

—¿El abuelo...?

—Era uno de ellos.

—Nunca nos dijo nada.

—Porque aún no era el momento, aunque tras la muerte de vuestro padre pensé que os habría

adelantado algo. Al menos a ti, Eduard.

—¿No hay mujeres entre los custodios? — protestó Elisabet.

—En el consejo, no. Hasta ahora. Pero hay una candidata.

No dijo lo que pensaba. No era el momento. Todavía quedaban tantas preguntas que no sabía ni por dónde empezar.

—Leí que en 1966 acabaron todas las secuelas de la Inquisición —dijo Eduard.

—Hubo un nuevo

índice en 1917, en plena Primera Guerra Mundial, y otro en 1930. En el 66 sí, al menos oficialmente, pero el espíritu no ha muerto. De hecho, se mantiene intacto en la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe.

—¿Guido Fontalvo pertenece a ella?

—No. Él trabaja en la biblioteca vaticana. Digamos que forma parte de un grupo que funciona por libre. Buscan, encuentran, protegen... Nosotros y ellos somos como dos coleccionistas que pugnan

por lo mismo aunque con distintos objetivos. La Iglesia no quiere que nada cambie. Nosotros asimilamos el cambio. La mayoría de los libros prohibidos o malditos no pasan de ser tratados de alquimia, brujería o magia, ya os lo he dicho. Pero hay algunos...

—El Manuscrito Voynich, *Las estancias de Dzyan*...

—Se cree que Voynich habla de la energía y de cómo usarla. Un manual atómico. Dzyan esconde

conocimientos peligrosos. Pero el Libro de Thot es mucho más que todo eso. Si por un simple libro de sortilegios mágicos han muerto miles de personas o se ha quemado a mujeres acusadas de brujas, imaginaos lo que habría sido de la historia en el caso de que el Libro de Thot hubiera dejado de ser una leyenda. Quizá el devenir de estos últimos veinte siglos habría sido diferente. Creo que la gente no sabe o ha olvidado hoy en día el poder de un libro. La revolución cultural



china se llevó a cabo con el *Libro rojo* de Mao. En el siglo XV, uno titulado *Malleus maleficarum*, algo así como «El martillo de las brujas», significó la muerte de nueve millones de personas. —Dejó que la cifra los abrumara—. Era una guía de inquisidores y en él se describían las torturas que debían infligirse a brujas, magos y hechiceros para que confesaran sus pecados antes de matarlos. ¿Queréis más ejemplos?

No tenían estómago para ello.

Estaban aplastados en sus butacas, sin fuerzas, o casi.



El chico sostuvo su mirada.

—Suenan a novela de ciencia ficción.

—No te rías. Cada vez que te sientas escéptico o te dé por dudar, vacilar o no creer, piensa en tu abuelo.

—Eso no es justo — dijo Eduard.

—Consagró su vida a ello. Y lo mismo hizo tu

padre.

Elisabet bajó la vista.

—¿Y por qué tienen que ser extraterrestres? — insistió Eduard—. ¿Solo porque hay tradiciones en muchos lugares de la tierra o porque eso resolvería el eterno dilema de saber de dónde venimos? Que haya extraterrestres no excluye que exista Dios.

—Cierto —convino su invitado—, pero una cosa es la idea de un dios creador de todo, el universo, la vida, y otra la idea de un dios que primero haya insuflado su

divinidad a otros y que esos otros hayan sido los mensajeros o enviados para alentarnos a nosotros. Volvemos a lo mismo: ciencia y religión, lógica contra fe, la teoría darwiniana de la evolución frente al creacionismo integrista y radical.

—¿Los hombres de negro de dónde salen en la actualidad?

—De todas partes, Elisabet. Igual que nosotros. Aparecen allí donde hay un indicio. Ni siquiera sabemos cómo actúan, cuáles son sus

fuentes, de qué manera tienen noticia de la aparición de un libro. Pensamos que tienen contactos en muchas esferas, espías por todas partes. Su objetivo es destruir, nada más. Son muy peligrosos. Su teoría es que el bien de la humanidad reside en la ignorancia. Cuanto menos sepamos, más felices seremos. No hay peligro en ello.

—Entonces el que nos quiso quitar el maletín era uno de ellos. —La chica miró a su hermano.

—¿Quién os quiso

quitar qué? —Gerard de Villiers se puso rígido.

—El mensaje que te hemos enseñado antes. Estaba dentro de un maletín que se salvó del accidente de avión. La policía nos lo entregó ayer, después del entierro, y nada más salir de la comisaría un hombre nos lo arrebató.

—¿Cómo lo evitasteis?

—Apareció otro hombre, creo que muy joven, solo dos o tres años mayor que yo —dijo ella—. Le mató.

—Ese iba de blanco —

apuntó Eduard.

—¿Que le mató?

—Todo fue muy rápido  
—continuó Elisabet—. Nos  
quitó el maletín y de pronto  
surgió él. Estaba en el  
cementerio por la mañana,  
quizá le viste. Alto, muy  
guapo...

—No, no le vi, o al  
menos no le recuerdo.

—Saltó sobre el ladrón,  
pelearon y le hundió la nuez  
con un simple golpe de  
kárate o lo que sea eso.

—Se habría llevado el  
maletín y su contenido de no  
ser porque yo lo atrapé antes

—dijo el chico.

—Extraordinario —  
suspiró Gerard de Villiers.

—¿No te suena?

—No, para nada.

—Entonces hay alguien  
más que va detrás del Libro  
de Thot.

La idea no le gustó. El  
joven quedó desplomado en  
la butaca.

—El muerto llevaba un  
tatuaje en la muñeca —  
recordó Eduard—. Un águila  
con las alas desplegadas.

—Sí, era un hombre de  
negro —certificó él.

—Se llamaba Manfred



Guntz —dijo Elisabet—. Según la policía, estuvo en el lago Di Garda hace cinco años, el mismo día que murieron nuestros padres.

Gerard de Villiers cerró los ojos.

—Siempre se dijo que fue un accidente —musitó desconcertado.

—¿Por qué querrían asesinarles?

—No lo sé, pero esto... se está volviendo demasiado incierto y peligroso. —Les abarcó con la mirada—. No tenéis ni idea de cuánto.

—Nosotros no

sabíamos nada.

—Eso ellos lo ignoran, y desde luego son de los que no se detienen.

—¿Estamos en peligro?

—Creo que sí.

Tragaron saliva al unísono. Eduard emitió un sonido gutural al hacerlo.

Todo su mundo se venía abajo de golpe.

—Ese hombre, el que evitó el robo del maletín...

—comenzó a decir ella—, creo que nos está siguiendo.

A veces... es como si notara su presencia. Pero hay algo en él que...

—¿Qué?

—No lo sé. No inspira miedo. Es algo muy extraño. Sus ojos...

—¿Qué les pasa a sus ojos? —inquirió el francés.

—Son tan transparentes, tan inquietantes, y él...

—Parece irreal —dijo Eduard.

Por primera vez en mucho rato, Gerard de Villiers no dijo nada.

Elisabet se dio cuenta.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Vamos, te has

quedado en suspenso de pronto. Antes has dicho que no te sonaba y ahora...

—Probablemente es una casualidad.

—¿Con todo lo que está sucediendo crees en las casualidades?

—Existe una leyenda, una más. —Habló con suma cautela—. Se dice que hay un justiciero, un exterminador, un ser superior enemigo de los hombres de negro, un buscador de ciertos libros prohibidos...

—Quizá vaya por libre.

—Esta leyenda tiene más de doscientos años, Elisabet —suspiró Gerard de Villiers—. Hay indicios de su presencia en el siglo XVIII, el XIX, el XX... Siempre el mismo. Exactamente como lo has descrito. Si fuera verdad, ese hombre no sería humano. Quizá por eso se refieren siempre a él con un nombre.

—¿Cuál?

—El ángel.



Elisabet sintió un

escalofrío recorriéndole el cuerpo.

En el cementerio, al verle por primera vez; en la calle cuando apareció para evitar que les robaran el maletín; incluso la otra noche, en la ventana, como si estuviera allí, muy cerca, observándola desde las sombras...

—No es más que una leyenda —repitió Gerard de Villiers.

Eduard miraba a su hermana.

—Tú me has dicho que parece un tipo irreal —

mencionó.

—Por su atractivo, esa piel blanca, esos ojos... — Cerró los suyos para apartar la imagen de su mente—. Ya solo faltaría eso.

—Sin embargo, no sabemos quién es —dijo su visitante.

—Reaparecerá, seguro —afirmó Eduard—. De pronto nos hemos hecho muy populares.

—El ojo del huracán —mencionó ella.

—Puedo ayudaros, si me dejáis —se ofreció el francés.

—Bueno, el abuelo nos dijo que te buscáramos. Nos alegra no tener que enfrentarnos a todo esto solos. Para un par de días es demasiado, un cura del Vaticano, un hombre de negro que tal vez mató a nuestros padres, los custodios, un ángel...

—Hablamos de la fuerza más poderosa que tiene la humanidad para entenderse, saber, perpetuarse, avanzar —dijo Gerard de Villiers—. Hablamos de los libros, y en este caso del presunto



primer libro que hubo en la Tierra.

—Has dicho antes que el abuelo os llamó para deciros que estaba tras su pista —reflexionó Eduard.

—Sí.

—Y que empleó el plural.

—Es posible que el Libro de Thot no sea una sola pieza, sino varias.

—Papiros, pergaminos...

—Sí.

—Todavía no está claro si el avión sufrió un accidente o fue otra cosa.

—Lo sé.

—¿Piensas que pudieron matarlo?

—Al contrario. Los hombres de negro quieren encontrar el Libro tanto como nosotros o el Vaticano. No tendría sentido matar a la única persona que parecía haberlo encontrado.

—Pero sabían que estaba tras su pista.

—Eso me temo —dijo con un tono triste—. Por fuerza tiene que haber un topo, un traidor entre nosotros. O eso o tenemos los teléfonos pinchados...

La idea del traidor es muy dura, porque para pertenecer a los custodios hay que pasar muchos filtros. Sin embargo... —Hizo un gesto de impotencia—. También es cierto que si hubiera un topo tal vez habrían asaltado ya nuestra biblioteca.

—¿Tenéis todos los libros en un solo lugar?

—Sí.

—¿El tesoro de tantos siglos? —Eduard no podía dar crédito.

—Así es.

—¿Cuánto llevaba el abuelo buscando el Libro de

Thot? —preguntó Elisabet.

—Casi toda su vida.

La respuesta fue un aldabonazo.

—¿Y nuestro padre?

—También.

—Qué locura... —  
exhaló ella.

—Depende del fin.

Consagrar una existencia a un objetivo es bueno o malo según ese objetivo. Todo comenzó en el Tíbet, hace años, cuando un monje parece que dio con él.

—¿Estaba en el Tíbet?

—Tiene sentido. Hay textos que hablan del sur de

América... cuando todavía no se había descubierto el Nuevo Continente. Otros citan expresamente el Himalaya, el techo del mundo. Hasta bien entrado el siglo XX era un lugar casi inexpugnable, aislado. Sea como sea, se sabe ahora que apareció allí y fue hallado de casualidad. No hay muchos más datos. Ni siquiera su forma o tamaño. Más misterios. Pero años después, cuando el rumor se extendió...

—¿Puede esconderse tanto una cosa así? —se

extrañó Elisabet.

—Sí. ¿No se blindan y protegen cuadros famosos como la *Mona Lisa* o el *Guernika* en sus museos? El poder del Libro de Thot es tal que desde siempre los que hayan podido tenerlo han preferido ocultarlo, por seguridad propia, amén de la suya. ¿Recordáis *El señor de los anillos*, la trilogía de Tolkien? —Continuó sin esperar su asentimiento—: Ese anillo cambiaba a todos los que lo poseían. Enloquecían con él. Tenerlo era... grandioso, sublime;

perderlo, terrible. Entre ambos extremos, todo un universo movido por el miedo. La energía no crece ni disminuye, solo se transforma, como nos enseña la ciencia. Y hablamos de la más fabulosa fuente de energía jamás imaginada.

—Si lo encontráis, también lo ocultaréis —dijo Elisabet.

—Si lo encontramos —le recordó Gerard de Villiers—. Ahora tú también formas parte de todo esto, lo quieras o no.

—¿Y cómo trascendió su existencia o su hallazgo?  
—inquirió Eduard.

—China invadió el Tíbet en 1950. Nueve años más tarde, el dalái lama partió al exilio, en el que sigue. El libro viajó con él hasta su refugio, al norte de la India. Es cuanto se sabe. Un día desapareció. Se ignora cómo, cuándo, quién... Desapareció. Pero ya se sabía que estaba en alguna parte, y los más grandes investigadores comenzaron a buscarlo en secreto, por la India, por la



antigua Ceilán, hoy Sri Lanka, por Egipto, Grecia y, finalmente, España.

—¿El Libro está aquí?

—Eduard no daba crédito.

—Es posible. Todo son rumores. Escuchad —Gerard de Villiers dio la primera muestra de cansancio—, ¿podría ver de nuevo lo que os dejó vuestro abuelo? Parece que llevemos horas hablando y a fin de cuentas puede que todo esté ahí.

—Perdona —se excusó Elisabet—. ¿Prefieres el original?

—Sí.

Era el suyo.

La hoja de papel pasó a manos de su nuevo amigo.



Transcurrió casi un minuto.

Elisabet se mordió una uña. Eduard, el labio.

—Si es el camino para llegar al Libro... lo hizo complicado —dijo Gerard de Villiers—. Pero no puede ser otra cosa.

—¿Qué es ese pentágono?

—No es un pentágono,

sino un pentagrama. Se llama Tetragrammaton, «El nombre del Señor», y es uno de los principales símbolos de la magia. Expresa la dominación del espíritu sobre los elementos de la naturaleza. Si tiene una sola punta hacia arriba, como aquí, representa la teúrgia, la magia blanca, en la que el mago actúa únicamente como instrumento de Dios. En la magia negra el mago es el que se cree el centro de todo y atesora el máximo poder. Es él quien hace las cosas. El teúrgo es sencillo y

humilde. El mago negro es orgulloso y capaz. Cada parte y cada dibujo del Tetragrammaton significan algo, pero aquí lo importante no es él, sino lo que dibujó vuestro abuelo, esa cruz, ese rectángulo, ese hexágono y los dos círculos. Tiene que haber una relación entre ellos y las cinco pistas de abajo. Puede que incluso cogiera esa hoja con el pentagrama por azar, aunque...

—¿Qué? —le apremió Elisabet.

—Un instrumento del

Señor.

—¿El abuelo?

—¿Y si nos dice que no es más que el mago blanco, una alegoría, una manera de ser humilde ante el gran momento de su vida?

—Me sonaría raro — dijo Eduard.

—Conocías al abuelo, el ser que te amaba, tierno y bondadoso, no al hombre, ni al custodio —le hizo ver Gerard de Villiers—. Hasta el mayor de los ateos puede que piense en Dios y en la posibilidad de un más allá en la hora de la muerte, cuando

hay que aferrarse a toda esperanza para no sentir que con el aliento final llega el olvido eterno.

A veces no recordaban que Enric Ardiach estaba muerto.

Eduard sintió el peso en su alma.

Estaban solos. No les quedaba nadie. Su abuelo ya no estaba allí.

—Guido Fontalvo ha visto esto. —Elisabet mantuvo los cinco sentidos en lo que estaba pasando—. ¿Puede recordarlo todo?

—Es posible, pero no

lo creo. —Dejó el papel a un lado—. Es demasiado complejo, y vuestro abuelo no iba a ponerlo fácil, por si caía en malas manos. Si os dijo que me buscarais es por algo, aunque voy a necesitaros igual. Esto, por sí solo, no me dice demasiado, al menos sin estudiarlo, sin ver qué dice el precepto IV de *La Tabla Esmeralda*, el XIII-7 del *Corpus hermeticum*, el 8 de Dzyan... ¿Conocéis bien la casa?

—Sí.

—Pero vuestro abuelo

no os habló nunca de la cámara secreta, ¿verdad?

El intercambio de miradas fue rápido. Gerard de Villiers no se dio cuenta. Había cogido la segunda hoja, la que Enric Ardiach había escrito a toda velocidad mientras el avión se caía.

—¿Habéis visto este signo en algún lugar de la casa? —Señaló el símbolo del caos.

—¿Por qué?

—Es la entrada de la cámara secreta. Todos los custodios tienen una, y esa



es la llave.

Elisabet y Eduard volvieron a mirarse, esta vez sin disimulo.

No era necesario que hablaran.

Tenían que confiar en alguien.

—¿Qué os sucede? —  
Su visitante frunció el ceño.

—¿Qué hacemos? —El  
chico se encogió de hombros  
sin apartar los ojos de los de  
su hermana mayor.

—Si el abuelo era un  
custodio, ¿por qué no sabes  
dónde está su cámara  
secreta? —preguntó

Elisabet.

—No es mi casa. Os repito que el símbolo del caos es la llave y cada... — se defendió el francés—. Pero eso significa que... ¡sabéis dónde está!

La última resistencia.

—Ven. —Elisabet se puso en pie la primera.

Subieron al primer piso y llegaron al despacho de su abuelo. La chica extrajo el libro de la estantería, introdujo la mano por el hueco y presionó el resorte que cerraba la puerta y franqueaba el paso a través

de la librería. Al otro lado, la cámara se abrió ante sus ojos, con la mesa, las dos sillas y la otra puerta, la de metal, hermética y sin fisuras, con el sistema de apertura a un lado.

—Asombroso —  
exclamó Gerard de Villiers.

—No hemos pasado de aquí —dijo Eduard—. ¿Tenéis la misma combinación todos los custodios?

—Esto es nuevo para mí. —El joven puso las dos manos en la plancha de hierro—. Ni mi padre tiene

algo parecido.

—Pues ahí hay diez ventanitas —indicó Eduard—. Si cada una equivale a un número o una letra...

—¿Habéis probado...?

—No.

Elisabet se acercó al teclado.

Varios minutos después, tras probar con todos los cumpleaños y números que se les ocurrieron a ella y a su hermano, desistió del intento.

Le dolía la cabeza.

—Es tarde —advirtió

mirando su reloj de pulsera  
—. Y ha sido un día...  
demoledor. —Recordó su  
visita a la comisaría para  
enfrentarse a la posibilidad  
de que Manfred Guntz  
hubiera matado a sus padres  
—. Me siento incapaz de...

—Escuchad —Gerard  
de Villiers les puso una  
mano a cada uno en el  
hombro—, no quiero  
alarmaros, pero... estáis en  
peligro. No podéis quedaros  
aquí solos. Tenéis esas pistas  
que os dejó vuestro abuelo,  
pero si ellos creen por un  
momento que sabéis algo

más...

—¿Qué propones?

—Que os vengáis conmigo.

—¿Adónde?

—De momento a casa de mi padre, en Saint-Girons.

—¿Y eso dónde está?

—En el sur de Francia, cerca de Andorra.

—Pues sí que... —  
rezongó Eduard.

Elisabet mantuvo la vista fija en su nuevo e inesperado amigo. Tuvo ganas de llorar. En apenas unos días su vida había dado

un giro de ciento ochenta grados. Londres y sus sueños se alejaban. Su presente era todo aquel inmenso lío.

Eso y Eduard.

Se dirigió a él al hablar.

—El abuelo ha muerto por todo esto —le dijo.

—El abuelo, papá, mamá... —A su hermano se le iluminaron los ojos.

—Creo que Gerard tiene razón.

—Entonces, ¿huimos?

—No, no huimos. Solo tomamos precauciones. Nos toca seguir y buscar el libro.

No había mucho que discutir.

—Está bien —se rindió el chico.

—Hacéis lo correcto —dijo el francés—. Regresaré mañana por la mañana temprano.

—No. —Elisabet fue rápida—. Quédate a dormir aquí esta noche. La casa es grande, no hay problema. Todos nos sentiremos más seguros, ¿no?

El cruce de miradas final.

El pacto.

Salieron de la cámara y



del despacho en silencio.

# DÍA 10

Las tres de la madrugada y no podía dormir.

La cama se había convertido en un campo de batalla, o mejor dicho, en una ratonera. Vueltas y más vueltas. Le resultaba imposible dejar de pensar, buscar un recoveco en el que sentir paz y relajarse.

Gabriel Mendieta,  
Manfred Guntz, Guido

Fontalvo, Gerard de  
Villiers...

El ángel.

—Maldita sea... —

Apartó de golpe la sábana con la que se cubría pese al calor.

Pasaría la noche en blanco.

Prefería estar de pie, moverse, hacer algo, lo que fuera.

Bajó de la cama y salió de la habitación, descalza, con su liviano pijama. Pensó en ir a la cocina, beber algo, tomar una aspirina, pero lo que hizo, de manera

maquinal, fue caminar hasta el despacho de su abuelo.

Cantos de sirena.

Encendió la luz y cerró la puerta.

Luego llegó a la estantería, al libro del caos, presionó el resorte y entró en la cámara secreta, o más exactamente la antesala.

¿Por qué el abuelo tomaba tantas precauciones?

¿Qué habría al otro lado?

¿El Libro de Thot?

Se sentó en una de las dos sillas y contempló la hoja de metal.

Había probado un sinfín de combinaciones, sin éxito. No le quedaban cifras ni aniversarios ni...

—Vamos, abuelo —le dijo a la puerta—. Tú no me lo habrías puesto tan difícil.

Cerró los ojos y pensó en él.

No en el custodio, el nuevo hombre surgido tras su muerte, sino en el de siempre, el abuelo-padre tras la muerte de los suyos, y antes, el ser tierno que les llevaba de paseo, les contaba historias, les enseñaba a amar los libros, les leía

cuentos...

Cuentos.

Se vio a sí misma en el despacho, sentada sobre las rodillas de su abuelo, sola o con Eduard.

Cuentos.

Su favorito...

*Ali Babá y los cuarenta ladrones.*

Una y otra vez.

«Elisabet, cada puerta tiene su llave, pero solo una abre todas las puertas.»

Las palabras resonaron en su cabeza.

«¡Abrete, Sésamo!»

Ellos lo gritaban, sin

cansarse, felices, siempre que en el cuento Ali Babá quería entrar o salir en la cueva.

Tan simple.

¿Tanto?

Miró la puerta metálica, el panel, el teclado.


Y se levantó.

Lentamente tecleó las seis letras.

SÉSAMO.

Pulsó «Intro» con suavidad.

Con un leve zumbido, la placa de hierro se abrió muy despacio.



Al otro lado, el espacio era bastante mayor que el de la primera cámara, pero al estar repleto de libros la sensación era de angostura. La hoja metálica, de unos cinco centímetros de espesor, parecía muy consistente. Su engarce con el marco era perfecto y tenía barras laterales de fijación. Las luces, encendidas de manera automática, iluminaron decenas de obras añejas, algunas más que milenarias, porque estaban recogidas en



tablillas, papiros, pergaminos y otros soportes, como piedras, telas, lienzos o códices. Mientras pasaba los ojos por aquel entorno mágico y maravilloso, vio jeroglíficos, caracteres chinos, árabes, africanos y otros irreconocibles, palabras en latín, griego, hebreo y más. Había un regulador de temperatura y distintos medidores, de humedad, presión...

Por un momento pensó que el escondite de los custodios era ese, que allí estaban los libros prohibidos

de la historia.

Luego comprendió que no, que allí no había tantos.

Solo algunos elegidos por y para Enric Ardiach.

Su propio tesoro personal.

Se fijó en otro detalle: un reloj digital que marcaba una cuenta atrás de tres minutos.

Allí, por razones de temperatura, la condensación de su respiración, calor y demás variables termoambientales, no se podía permanecer más allá de ese margen de

tiempo, de ahí la mesa y las dos sillas de la primera cámara.

No sabía qué hacer o buscar.

Hasta que lo descubrió.

Precisamente por ser diferente.

El único libro moderno, grueso, con exquisitas cubiertas rojas, reposaba a un lado de la puerta. Y no era exactamente un libro, sino un diario.

El diario de Enric Ardiach.

No sabía si la puerta se cerraría también

automáticamente a los tres minutos o si sonaría una señal. No quiso arriesgarse. Cogió el diario y salió de la cueva del tesoro. Nada más hacerlo, el reloj digital se quedó a cero, como si unos sensores invisibles fueran capaces de captar hasta la menor alteración de aquel espacio. Iba a sentarse a la mesa de la primera cámara cuando oyó unos golpes en la puerta del despacho.

Se encaminó hacia ella.

—¿Elisabet? —oyó la voz de Eduard.

—Espera —

correspondió con un susurro.

Intentó abrirla, pero no pudo. No con la puerta de la cámara secreta al descubierto. Regresó a la librería, presionó el resorte, y una vez cerradas las dos cámaras simultáneamente se oyó el chasquido pertinente en la puerta del despacho. Eduard se coló dentro de inmediato.

Excitado.

—¡Creo que ya sé cómo entrar en ese sitio! —gritó con los ojos abiertos de par en par.

—Yo también —dijo

ella.

—¡El abuelo nos contaba siempre el cuento de Ali Babá...! —Aunque un poco tarde, su mente reaccionó a las palabras de su hermana—. ¿Qué has dicho?

—Sésamo. —Elisabet sonrió.

—Vaya, qué lista —suspiró el chico.

—Somos listos. —Mantuvo su sonrisa—. Los dos. Ven.

Repitió la operación, pulsó el resorte, penetraron en la primera cámara y luego

tecleó la palabra que permitía el acceso a la segunda. Cuando la puerta metálica se abrió, dejó que Eduard entrara el primero.

Su hermano ya no pudo cerrar la boca.

—Impresionante, ¿no?

—Esto es... increíble.

—Increíble y grandioso a la vez, Edu.

—¿No estará aquí el Libro de Thot?

—No, ya lo he pensado. No tendría sentido. Pero sí he encontrado algo muy importante. Iba a echarle un vistazo cuando

has llamado.

—¿Qué es?

—Salgamos fuera. No podemos estar aquí mucho tiempo. —Señaló el reloj, que ahora, con ellos dos dentro, corría mucho más rápido.

Una vez en la primera cámara, Eduard vio el libro sobre la mesa, inadvertido a la entrada por la excitación del momento.

—Es el diario del abuelo —dijo Elisabet.

Eduard lo tocó como si fuera a romperse. Fue más una caricia. Luego lo abrió



por una página al azar. La letra menuda, preciosa y elegante de su abuelo llenó sus ojos. No era un día a día constante y minucioso, pero sí una ventana a través del tiempo asomada a la vida del hombre del que estaban descubriendo tantas y tantas cosas en las últimas horas. Le quedaban muy pocas páginas en blanco. La primera anotación era de nueve años atrás. Probablemente en la cámara sellada hubiera otros diarios guardados.

—¿Qué hacemos? —

musitó Eduard.

—¿A ti qué te parece?  
Leerlo. Puede ser la clave de  
todo.

No mostró entusiasmo.

—¿Qué te pasa? —se  
extrañó ella.

—No lo sé.

—Sí lo sabes.

—Uno cuenta en los  
diarios lo que no se atreve a  
decir de viva voz.

—¿Temes que hable de  
ti?

Su hermano no  
respondió a la pregunta.  
Permaneció de pie, inmóvil,  
acariciando aquellas páginas

reveladoras.

—Yo voy a leerlo. Ya te contaré si...

—No, no, da igual. —  
Eduard ocupó una de las sillas.

Pero dejó que fuera ella la que se encargara de manipular el diario.

Elisabet buscó la última página escrita.

Y leyó:

«¿Será posible? ¿Lo habré encontrado? ¿Tantos años de paciente búsqueda habrán dado al fin sus frutos? Hoy me ha llamado, por fin. ¡Lo ha hecho! Ernest

Masolivé Palau lo ha confesado después de veinte años, confirmando todas mis sospechas de estos últimos meses. Me ha pedido que vaya a verle. Me ha dicho que se muere. ¡Se muere! Ha tenido que ser en la hora final cuando ha comprendido que algo así es mucho más de lo que un ser humano puede llevarse a la tumba, porque algo así no es un legado, es un peso. Me ha dicho que son cinco, ¡cinco partes!, que me entregará una, la única que ha mantenido en su poder en

este tiempo, y que me revelará dónde escondió las otras cuatro. Así pues, estoy a unas pocas horas de poder tocar, ver, sentir entre mis manos mortales el Libro de Thot. Ernest Masolivé Palau ha poseído el más importante hito de la historia bajo un secreto quizá atroz. Dice que separó así los cinco rollos de papiro para protegerlos y que han estado a salvo todos estos años. Me pregunto dónde habrá podido esconderlos y conservarlos. Me pregunto cómo iré a por ellos. Solo

espero llegar a tiempo, pues si muriera antes... No quiero ni pensarlo. Me siento tan cerca de la hora final, del cenit de mi propia vida. La emoción me domina. Escribo esto temblando. Y pienso en él, en ese hombre. ¿Cómo habrá sido su vida poseyendo tal tesoro inconmensurable? ¿Se haría acaso tan rico gracias a él o pudo hacerse con él gracias a serlo? Da lo mismo. Huelgan las preguntas. Me ha hablado de respeto, de miedo. Respeto por el libro. Miedo por los hombres de

negro que podrían haberles matado a él y a los suyos en caso de haber hecho pública su posesión. Ernest Masolivé Palau es un hombre temeroso de Dios, tan religioso, con una fe y unas convicciones tan profundas, que no sé cómo no ha preferido entregar su tesoro al Vaticano. Incluso me ha dicho que las cinco cajas están protegidas por Dios al margen de la Iglesia, para que el mal no las descubra. ¿Deliraba? No sé qué habrá querido decir con eso. Tengo tantas

preguntas... Pero sabe que nosotros lo conservaremos. Lo conservaremos y esperaremos, esperaremos...».

«Me pregunto hasta cuándo.»

«Todos los tiempos son difíciles, oscuros. La luz no puede ser dañina. Nos falta tanto por comprender...»

«Mañana viajaré a Madrid. Tengo que regresar a Barcelona de inmediato, qué mala suerte, no puedo faltar, pero esto es demasiado importante. Iré con las manos vacías y



volveré con una de las cinco partes del Libro. Alucinante. ¿Las otras...? No, no creo que estén en su casa, ni en Madrid. Tiene que haberlas repartido por diversos lugares. Ha dicho que eran cajas de metal, herméticas, para que no se dañe su contenido. Tendré que regresar en tren. No podré llevar algo así en un vuelo, ni quiero facturarlos, ¡qué locura! Facturarlos tal y como tratan los equipajes en los aeropuertos...»

«Me cuesta dejar de escribir. Estoy excitado. Mi

próxima anotación será la más crucial de mi existencia.»

Elisabet dejó de leer.

—No hay más —dijo.

—La próxima anotación —repitió Eduard.

—Esto confirma todo, pero también abre nuevos interrogantes.

—¿Como cuáles?

—¿Por qué viajó en avión? Aquí dice que pensaba tomar el tren, el AVE, porque no podía llevar esa caja encima, en cabina, no estaba dispuesto a facturarla. Y siendo así...

—¿Qué hizo con la caja?

—Si es que ese hombre se la dio.

Guardaron silencio.

Los ojos fijos en el diario.

—Leer esto nos llevará horas o días —argumentó él.

Otra pausa.

—Tenemos que decírselo a Gerard —convino ella.

Tardaron todavía unos segundos en reunir el ánimo o las fuerzas para moverse.



Ya no pensaban en dormir. Había amanecido hacía poco y en el despacho la actividad era febril. Gerard de Villiers lo había examinado todo, entrando y saliendo de la segunda cámara a cada intervalo de tiempo, solo para constatar lo que ya imaginaban.

—Es un tesoro, hay piezas de incalculable valor, únicas, pero más a nivel arqueológico y personal que otra cosa. Ningún libro prohibido. Los habría entregado de inmediato.

Cualquier museo pagaría una fortuna por lo que hay aquí.

Elisabet no se movía de su lado. Eduard había ido a investigar en internet. El nombre de Ernest Masolivé Palau no les decía absolutamente nada.

—¿Solo habéis mirado la última página? —El francés señaló el diario.

—Sí.

—¿Puedo...?

—No, lo haré yo.

—Perdona.

Tomó aquel libro tan especial, para ella el más

valioso de todos, porque contenía el alma de su abuelo, y ojeó las páginas anteriores a la de la última anotación.

Nada.

Por lo menos nada relativo al gran tema.

Pensamientos, reflexiones, divagaciones, algo en torno a su propia salud, un par de comentarios no exentos de preocupación acerca de ellos.

«Es su vida, tienen derecho a vivirla, pero siento que aún son demasiado jóvenes, que tendría que

estar más cerca de ellos aunque no lo quieran. Sin padre ni madre son vulnerables. Han crecido rápido. Demasiado. No quiero ponerles detectives siguiéndoles, no me lo perdonarían, ni siquiera para protegerles. Pero sus silencios me atormentan, sobre todo los de Eduard. Elisabet sabe mantener el equilibrio. Él no. ¿Por qué no entiende que soy su amigo?»

«Un amigo tan viejo...»

—Ni una palabra del

Libro de Thot.

—¿Y de la muerte de tus padres?

Lo había pensado, pero aún no se atrevía a tanto.

—Entiendo —dijo Gerard de Villiers ante su silencio.

Eduard apareció en ese instante. Llevaba otras cuartillas impresas. Comenzó a contarles lo que sabía sin esperar.

—Ernest Masolivé Palau es uno de los hombres más ricos de España —fue lo primero que les dijo—. No es famoso ni popular, no



tiene rollos con modelos, no preside un banco ni sale cada dos por tres en los telediarios, pero lo que es dinero... por un tubo. Fama de reservado, alergia a los medios de comunicación, discreto, profundamente religioso, y es un gran coleccionista de arte. Podría abrir dos museos con lo que tiene en sus casas. Ha llegado a pagar no sé cuántos millones por un montón de cuadros.

—¿Ha muerto, como dice el abuelo?

—Al día siguiente de

caer el avión.

—Puerta cerrada.

—Da lo mismo —  
manifestó Gerard de Villiers  
—. Lo que os escribió  
vuestro abuelo prueba que le  
dijo dónde estaban esas  
cajas con los rollos de  
papiro. El pentagrama, sus  
cinco puntas, sus formas  
geométricas y las cinco  
anotaciones son las cinco  
pistas de las cinco cajas.

—¿Y la que se supone  
que le dio en persona?

—Tuvo que esconderla,  
guardarla en alguna parte  
antes de coger ese avión.

—¿Y por qué el avión?

No tiene sentido. Si cogía el tren podía llevarla consigo.

—El diario dice:

«Tengo que regresar a Barcelona de inmediato, qué mala suerte, no puedo faltar, pero esto es demasiado importante».

—Hay una forma de saber algo más acerca de este asunto. —Elisabet comprobó la hora.

Sacó su móvil y marcó un número.

—¿A quién llamas? — le preguntó su hermano.

—A... —no terminó la

frase, pero no fue necesario hacerlo. Dijo el nombre nada más escuchar la respuesta al otro lado—. ¿Alicia? Perdón que la llame tan temprano, ¿la he despertado?

La encargada de la tienda de antigüedades se apresuró a tranquilizarla.

—No, soy como las gallinas. Abro un ojo con la primera luz del día y no me gusta trasnochar.

—Me gustaría preguntarle algo, no sé si...

—Adelante.

Elisabet puso el manos

libres, con el altavoz del móvil al máximo, para que Eduard y Gerard de Villiers pudieran escuchar la conversación.

—El día que el abuelo fue a Madrid pensaba volver en tren y en cambio no lo hizo. ¿Sabe el motivo?

—Ese día hubo una huelga en Renfe.

La noticia les cogió de improviso.

Como un mazazo.

—¿Me está diciendo que...?

—Yo también me lo repito una y otra vez. —La

voz de la mujer se llenó de angustia—. Es tan injusto, tan difícil de creer...

Enric Ardiach estaría vivo de no haber sido por esa huelga.

Tendrían el Libro de Thot.

Ella estaría en Londres y Eduard...

Miró a su hermano.

A veces las cosas no sucedían porque sí.

—¿Por qué regresó el abuelo esa noche? En su dietario dice que no podía faltar a no sé qué.

—Una reunión, sí.

Estaba concertada desde hacía días, con banqueros, gente de Estados Unidos, Canadá, Brasil, Arabia Saudí... Negocios.

—¿Mucho dinero en juego? —vaciló.

—No, solo hablar de estrategias y... Bueno, no sé. A mí me lo comentó de pasada, nada más.

—¿Le dice algo el nombre de Ernest Masolivé Palau?

—Sí, claro. Era un buen, muy buen cliente. Y amigo de tu abuelo. Le compró piezas por valor de

varios millones de euros. Así, en plural: varios y millones. Eso sí, amigos y todo, pero discutían... Yo creo que les encantaba. Tal para cual. Sobre todo de historia y religión. Cada uno en un extremo, claro.

—¿Sabe que el abuelo fue a ver al señor Masolivé?

—No, no lo sabía.

—¿Tiene sus señas en Madrid?

—Sí. Ahora mismo te las doy, querida.

Elisabet esperó. No hablaron. Cogió un bolígrafo y una hoja de papel. Eduard



se sentó y abrió el diario de Enric Ardiach. Su hermana no dijo nada, ni siquiera cuando le vio pasar algunas páginas en busca de fechas concretas.

Imaginó cuáles.

—¿Tomas nota? —La voz de Alícia Ventura resurgió.

Le dio la dirección y todos los teléfonos posibles: de la casa de Madrid, de la montaña, de la playa, del despacho, el móvil personal...

—Gracias, Alícia —se despidió de ella.

—¿Sabéis algo de...?

—No, pero tranquila.

La mantendremos informada. De momento todo seguirá igual, no se preocupe.

La respuesta fue el silencio.

—¿Alícia?

—Sí, sí, está bien, está bien.

—Tiene mi móvil. Si hay algo...

—De acuerdo, buenos días.

Cortaron la comunicación. El tono de la encargada había sido muy

triste en la despedida.  
Demasiado. Pero cada cosa a  
su tiempo. Tenían que  
asimilar un nuevo golpe: lo  
del AVE.

Gerard de Villiers tomó  
las hojas impresas con los  
datos de Ernest Masolivé  
Palau, para informarse  
acerca de él o evitar hacer  
más comentarios con ellos.

Elisabet se fijó en su  
hermano.

Los ojos enrojecidos.

—¿Qué lees? —se  
atrevió a preguntarle.

—Nada —articuló él  
con dificultad.

—¿El día que te escapaste? ¿El día de la pelea? Vamos, Edu.

El chico la atravesó con una mirada cargada de dolor.

—¿Tan malo es? — preguntó ella.

Le tendió el diario. Elisabet lo tomó con manos trémulas. No tuvo que mirar la fecha, no era necesario.

Leyó en silencio:

«Eduard me recuerda a mí. Ni siquiera es como su padre. Soy yo a su edad. Terco, imprevisible, duro y tierno a la vez, vulnerable, inteligente sin que se dé

cuenta de ello, todavía preso de los temores y las dudas de la adolescencia, generoso, con un corazón de oro, pero dispuesto a conseguir que lo odien antes de buscar que le amen. Por eso le entiendo. Por eso valoro su lucha, solo, sin un padre que le guíe. Por eso le respeto y le busco el lado positivo a cuanto hace. No es fácil para él. Llenar todos los huecos que han dejado las fatalidades del pasado no le será fácil. Y sé que puede perderse, me consta, pero al mismo tiempo poseo la

absoluta seguridad de que no lo hará y encontrará su camino. Necesita un punto de apoyo. Cuando lo encuentre, se comerá el mundo, porque, lo quiera o no, es un Ardiach. No le veo convertido en un chico ocioso, millonario, capaz de desperdiciar su vida. Ya falta poco para que le hable de lo que hacía su padre, lo que hago yo. Falta poco para que le haga partícipe del secreto de los Ardiach. Y no temo ese momento. Quiero a ese chico más que a mi vida. Bueno, les quiero a los dos,

pero Elisabet es distinta. Ella ya sabe qué quiere y va a por ello. Su voluntad hará lo demás. Eduard vive los días más peligrosos de su vida. Ojalá me deje estar cerca. Ojalá me deje darle solo una pequeña parte del amor que me invade. Ah, querido nieto...».

Elisabet tragó saliva.

Ni siquiera se había dado cuenta de que su hermano ya no estaba allí.



Gerard de Villiers

señaló el diario.

—Esas cosas suelen ser demoledoras —dijo.

—Lo sé —admitió ella.

—Uno se vuelca en sus páginas, con toda libertad y sinceridad, por la propia necesidad de estar en paz consigo mismo o autoexplorarse. Nadie piensa que pueda llegar a ser leído por otros.

—Es como asomarse al alma de una persona.

—¿Alma? ¿Eres creyente? —preguntó el francés.

—No lo sé. Nunca lo



he pensado detenidamente.  
Una cosa es creer y otra...

—Yo sí —manifestó con dulzura—. Si no lo fuera, todo esto me parecería... una locura. —Abarcó el mundo con las dos manos abiertas.

—Es una locura —dijo Elisabet.

—Alguien dijo una vez que la vida es el ruido entre dos silencios.

—Pues acertó.

—Este es nuestro ruido.

—Supongo que sí. —

La chica guardó el diario en una bolsa de tela y cambió el

sesgo de la conversación—. Escucha, me parece que puedo saber qué hizo mi abuelo antes de morir, y lo más importante: dónde estuvo. Podemos seguirle la pista.

—¿Cómo?

—Nunca llevaba dinero encima. Era un caso. Hasta para comprar el periódico utilizaba su tarjeta de crédito.

Gerard de Villiers abrió los ojos.

—¿Has dicho... seguirle la pista?

—Sí.

—¿No quieres quedarte a salvo en nuestra casa?

—¿Te quedarás tú?

—Yo tengo que buscar el Libro de Thot.

—Entonces iremos todos —fue categórica—. No voy a esconderme en una casa hasta Dios sabe cuándo. Era mi abuelo, y la nota decía «Buscad a Gerard de Villiers». —Lo repitió—: «Buscad». No dice nada de pasar luego del tema.

—¿Sabes que es un riesgo?

—Vale, ¿y qué? —Se encogió de hombros—. Esto

comenzó a dar vueltas desde el mismo momento en que se cayó ese avión y el abuelo escribió sus mensajes. No voy a bajarme en marcha.

—¿Tu abuelo recibía aquí el correo?

—No lo sé.

Buscaron la correspondencia. Amàlia les indicó dónde solía dejarla. Nada de bancos. Nada de facturas. Registraron el despacho, la biblioteca y la habitación. Fue extraño revolver las pertenencias de su abuelo, descubrir sus secretos, qué clase de ropa

interior llevaba y todo lo demás. Eduard se sumó a ellos casi al final.

—Habrá que ir al banco en persona —reflexionó.

—¿Os darán esos datos? —dudó Gerard de Villiers.

—El abuelo hizo registrar nuestras firmas, por si acaso —le informó Elisabet.

—Un hombre previsor.

—Sí.

—Recoged ropa, lo más básico, y que quepa en una bolsa de mano o una mochila —les aconsejó—.

Yo voy a telefonar a mi padre.

—Bien. —Se pusieron en marcha.

Fueron a sus respectivas habitaciones e hicieron lo que les había dicho el francés. Mudas para unos pocos días, unos vaqueros de recambio y un par de camisetas. Por suerte hacía calor. No era necesario cargar con ropa de abrigo. Eduard también cogió el ordenador portátil, para estar conectados a internet. Cuando se reunieron con Gerard de Villiers, este

todavía hablaba con su padre.

—Quiere decirnos algo.

—Les pasó el móvil.

Lo tomó Elisabet.

Al otro lado escuchó una voz serena, plácida, con el mismo acento francés que su hijo. La voz del hombre que en el cementerio les había dado su pésame con la gravedad del momento.

Ferdinand de Villiers.

El Gran Custodio.

—¿Cómo estáis?

—Bien, señor.

—Os espera una misión muy difícil. —Hablab

como un general orgulloso de su tropa—. Gerard cuidará de vosotros, no os preocupéis. Es joven, pero sabe lo que se hace. Confíad en él. Yo... soy viejo, y es mi único hijo, pero sé que también le ayudaréis. Os enfrentáis no solo a un enemigo tenaz y poderoso, sino a fuerzas extraordinarias. Fuerzas que vienen del más allá y que a nosotros, simples mortales, se nos escapan. Elisabet, tenéis que creer en lo que hacéis.

—Claro, señor.



—No vamos a permitir que Enric muriera por nada.

No hizo falta que ella dijera nada más.

—Que Dios os bendiga, hijos —se despidió Ferdinand de Villiers.

Dios empezaba a estar en todas partes.

Si existía, ¿por qué lo complicaba todo tanto?

Le devolvió el móvil al hombre al que habían conocido hacía tan solo unas horas y que, de pronto, se iba a convertir en su sombra.

—¿Listos? —dijo Eduard.



En el banco sabían muy bien quiénes eran. Nada más dar el nombre, la oficina se puso patas arriba. Muerto Enric Ardiach, ellos eran los herederos. Una cuenta demasiado importante como para arriesgarse a perderla. El mismo director, un hombre de empaque, habituado a tratar con gente importante, salió a su encuentro. Tras darles el pésame cuatro veces, se puso a su disposición. Solo

le faltó doblarse a la japonesa, con respeto y devoción. Él mismo examinó la cuenta de su abuelo, especialmente los movimientos de su tarjeta de crédito. La mayoría eran del día de su muerte.

Les imprimió la hoja y se la entregó.

Por quinta vez, les dijo cuánto sentía lo sucedido y les reiteró que todo, todo, todo lo que estuviera en su mano, lo haría sin vacilar, por la memoria de su gran amigo.

Prefirieron examinar el

extracto bancario en la calle. Se sentaron en la terraza de un bar.

Ni siquiera habían desayunado.

—Pagó un billete de AVE —fue lo primero que señaló Elisabet—. Después alquiló un coche, comió en dos restaurantes, abonó una noche de hotel en el Parador de Soria, compró un billete de Iberia, hizo algo en SEUR...

—Soria —repitió Eduard.

—¿Qué pasa con Soria? —quiso saber Gerard de

Villiers.

—Le comentó que venía de Soria al hombre que iba sentado junto a él en el avión. Y llevaba mapas. El hombre los vio.

—O sea, que podemos reconstruir sus pasos. —El francés se ciñó a los hechos —: Compró un billete de AVE, probablemente de ida un día y regreso al otro, sin saber lo de la huelga del día siguiente, alquiló un coche en la misma estación, estuvo en Madrid, con Ernest Masolivé Palau, fue a Soria, pasó la noche en ese hotel, al

día siguiente comió en el restaurante El Altillo, mandó algo por SEUR y se fue a coger el puente aéreo para llegar a Barcelona esa noche.

Elisabet y Eduard asintieron con la cabeza.

—¿Qué mandaría por SEUR? ¿El Libro?

Se les antojó de lo más absurdo.

—Lo primero que tenemos que hacer es ir a Madrid —dijo Gerard de Villiers.

—Pero ese hombre ha muerto —objetó Eduard.

—Tendrá viuda,  
hijos... Hay que intentarlo.  
El nombre de Enric Ardiach  
nos abrirá todas las puertas,  
ya lo veréis.

Elisabet cogió su  
móvil.

—¿A quién llamas? —  
le preguntó su hermano.

—Quiero saber algo...  
—Esperó y cuando se abrió  
la comunicación pronunció  
el nombre—: ¿Conrad? Soy  
yo.

—Dime, querida —se  
apresuró a prestarle atención  
el abogado.

—Le voy a hacer una

pregunta directa, y quiero una respuesta directa. Ahora es nuestro abogado, no tengo que recordárselo.

—¿De qué se trata?

—¿Sabía que el abuelo era un custodio?

El silencio fue más revelador que las palabras.

—De acuerdo —  
suspiró Elisabet.

—Me lo confió hace unos meses. Yo no... —El hombre se mostró aturdido —. Dijo que si un día le sucediera algo, una muerte violenta...

—¿Temía por su vida?



—No lo sé. Me pareció un simple comentario. No pensé en nada malo.

—¿Por qué no nos lo contó?

—Sufrió un accidente de avión —se excusó—. De todas formas, pensaba hacerlo, cuando todo se calmara, después de la lectura del testamento... No creí que fuera algo trascendente en estos momentos.

—El abuelo iba tras algo muy gordo. Por eso fue a Madrid primero y luego a Soria.

—¿Soria?

Todo el mundo se  
extrañaba.

—Estaremos en  
contacto —se despidió ella.

—Espera, espera,  
¿adónde vais?

—A reconstruir los  
últimos pasos del abuelo.

—Pero...

—Tranquilo, tendremos  
cuidado. Usted esté alerta  
por si acaso.

—Eli...

—*Ciao*, Conrad.

Cortó la comunicación  
y se guardó el móvil. El  
camarero les llevó la cuenta.

Entonces recordó algo.

—Teníamos que haber sacado dinero del cajero automático.

—No os preocupéis por eso. Yo siempre llevo algo encima, y desde luego también tengo mis tarjetas de crédito.

—Bien.

—¿Nos vamos a Sants?  
—preguntó Eduard.

—Sí.

Tomaron un taxi. Veinte minutos después hacían cola en las taquillas de la estación. El primer AVE para Madrid salía en

veinte minutos. Esperaron en la sala, sin bajar al andén. Fue Eduard el que sacó su fotocopia con las pistas de su abuelo y se la colocó a Gerard de Villiers sobre las rodillas.

—¿Qué es todo esto?

—se interesó por el Tetragrammaton.

—¿De veras quieres que te llene la cabeza con cosas raras? —dudó su compañero.

—¿Tienes algo mejor que hacer?

El joven se resignó y se dispuso a darle otra lección

al iniciado. Elisabet dejó de mirar a su alrededor para atender también a sus explicaciones. Gerard de Villiers tomó primero aire.

Después...

—Como os dije, el pentagrama es el más poderoso de los símbolos mágicos. En las escuelas gnósticas se le conoce con el nombre de «La Estrella Flamígera», porque representa la autocracia intelectual y la omnipotencia. También es el signo del Verbo hecho carne y, según su posición, con

una punta hacia arriba o hacia abajo, representa el bien o el mal, el orden o el desorden, la iniciación o la profanación, la estrella matutina o la vespertina, Lucifer o Vesper. La inteligencia total del pentagrama es la clave de los mundos, ya que equivale a la filosofía y la ciencia absoluta. Así pues, todos los misterios de la magia, todos los símbolos de la gnosis, todas las figuras del ocultismo, todas las claves de la cábala y sus profecías, convergen en él.

—¿Y todo eso se lo cree alguien? —comentó Eduard.

—No te burles de lo que no comprendes —le previno el joven.

—Sigue.

—Aquí arriba —el improvisado maestro señaló el vértice superior—, encontramos el signo de Júpiter, que representa al padre de todos los dioses y la ascendencia del espíritu. Bajo él, los ojos de ese espíritu, la vigilancia invisible presente en todo. En el extremo de los dos

brazos, a derecha e izquierda, tenemos a Marte, que simboliza la fuerza, y en el centro a Mercurio y a Venus unidos, alegorizando al hermafrodita, pues todo ser tiene una parte masculina y otra femenina. Las dos alas representan el ascenso del fuego sagrado a lo largo de la espina dorsal. Abren las siete iglesias del Apocalipsis de San Juan, los siete chacras. Luego tenemos el caduceo de Mercurio, que se encuentra en forma de dos serpientes enroscadas en una varilla



característica de los monumentos egipcios. Este caduceo, también llamado de Hermes, es un símbolo cósmico y astronómico, filosófico y espiritual. A nivel metafísico supone la conversión de toda materia en materia terrena. Si hablamos a nivel astronómico, la cabeza y la cola son los puntos de la elíptica en la que los planetas se juntan. Filosóficamente simbolizan la vuelta al equilibrio perdido entre la vida y las corrientes vitales que activan

el cuerpo humano.

—¿Todo eso está ahí?

—Hay más —continuó Gerard de Villiers—. Estos caracteres de los dos brazos superiores son hebreos. En la derecha aparece escrito el nombre de Adán; en la izquierda, el de Eva. Ellos son los pilares sobre los que descansa la humanidad. El cáliz simboliza el yoni, el órgano femenino, la mente cristalizada que contiene el vino de la luz. El cetro es la vara de los patriarcas, pero también representa la columna vertebral. La

espada flamígera guarda el Edén. Finalmente, abajo están el sello y la llave de Salomón y el signo de Saturno de Cronos, el tiempo creado por el hombre.

—Demasiado —dijo Eduard.

—Ah, pero ¿crees que ya está?

—¿Hay más?

—¿Tienes todo el día?

Mira. —Sacó un bolígrafo y encerró el pentagrama en un círculo y este a su vez en un cuadrado—. Esto supone la perfección absoluta. El

cuadrado son los elementos,  
el pentagrama el hombre,  
cabeza, brazos y piernas, el  
círculo el espíritu universal  
y los triángulos la Trinidad.  
TE TRA GRAM MA TON  
es el bendito nombre  
impronunciabile, que en  
hebreo tiene cuatro letras,  
como Dios en casi todas las  
lenguas, Deus, Thor, Dieu,  
Esar, Theo, Ahaa... Los  
números 1 y 2 de la  
izquierda equivalen a la  
divinidad masculina, la  
Cruz, y la divinidad  
femenina, el Verbo. Los  
números 1, 2 y 3 de la

derecha son la Cruz, en este caso el Padre, el Fuego, o sea, la Madre, y el Alma, que equivale al Hijo. Y no solo hablamos de esoterismo, magia... como lo llames. ¿Quieres saber una curiosidad?

—Sí.

—¿De dónde crees que salieron los naipes?


—¿De esto?

—Aquí están los cuatro ases: el cáliz es el as de copas, la espada flamígera el as de espadas, el bastón es el as de bastos, y el sello de Salomón, el as de oros.

Eduard ya no abrió la boca.

Su hermana sí.

—Faltan cinco minutos, andando. —Se puso en pie la primera.



Gerard de Villiers se conectó a internet nada más arrancar el tren de alta velocidad. Ocupaban dos filas de dos asientos, él solo y ellos dos juntos. Tardaron poco en revelar su estado de ánimo.

—Qué locura... —

susurró Elisabet.

—Pues el abuelo estaba metido hasta las cejas.

—Hace diez días mi único problema era saber si actuaría en un musical del West End o no. Parece que haya pasado una eternidad.

Eduard bajó la voz un poco más. Sus palabras fueron un cuchicheo apenas audible para ella.

—¿Confías en él?

—Sí, ¿por qué?

—No lo sé. —Hizo un gesto de desagrado—. De pronto resulta que hay un montón de gente chalada y

un sinfín de fuerzas ocultas por todas partes.

—El abuelo creía en ello —le recordó Elisabet—. Y papá.

—Ya, vale.

—Te tocaba seguir con la tradición.

—¿Y si no hubiera querido?

—No sé. De todas formas, ahora ya no tienes que pensar en ello.

—¿Cómo no voy a pensar en ello si vamos tras ese libro de película? ¿Recuerdas *En busca del arca perdida*?



—Sí, claro.

—Se matan por ella, y cuando Indiana Jones la consigue... acaba en un gigantesco almacén secreto de Yanquilandia lleno de cajas misteriosas, destinada al olvido.

—Aquello era una película, esto no.

—Es lo mismo. Los curas quieren llevarse el Libro al Vaticano y esconderlo. Los custodios a su refugio secreto de libros ocultos para preservarlo. Los únicos que tienen un objetivo claro son los

hombres de negro: quieren destruirlo.

—No te veo muy convencido.

—No tenía nada mejor que hacer. —Fingió indiferencia.

—¿Sigues peleado con el mundo entero?

—Que no, plasta.

—Lo que escribió el abuelo de ti era precioso. ¿No cuenta eso?

Eduard no dijo nada. Miró por la ventanilla. Barcelona iba quedando atrás.

—Que el abuelo y

nuestros padres estuvieran metidos en esto no significa que no fueran tan fanáticos como todos los demás.

—¡Edu!

—¿Qué quieres? A mí me lo parecen. Hombres de negro, perpetuados desde tiempos inmemoriales, quemando libros para preservar a la raza humana de la verdad; custodios salvadores con una misión para ellos no menos sagrada; sacerdotes velando por la Iglesia, para que nada cambie y sigan teniendo la sartén por el mango... Eso

es fanatismo.

—No seas cínico.

—Llámalo escéptico.

—Hay que creer en algo, y cada cual lo hace a su manera.

Otro silencio. Elisabet le cogió de la mano.

—Por lo menos estamos juntos —susurró.

Eduard no retiró la suya. Dejó que su hermana jugara unos segundos con sus dedos. Luego fue ella la que apartó sus manos.

Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

El chico continuó muy

quieto.

Elisabet movió la cabeza para mirar hacia atrás.

—Otra vez —dijo Eduard al notarlo.

—¿Qué?

—¿Crees que nos siguen?

—No lo sé. —Se sintió descubierta.

—Lo has hecho varias veces.

—Es que siento... —  
Movió la mano derecha por encima del estómago, como si lo tuviera descompuesto.

—¿Él?

—Sí.

—Si no es un hombre de negro, ni pertenece al Vaticano ni está con los custodios, ¿qué es? ¿Un ángel?

—No seas burro.

—No me negarás que no tiene un aspecto de lo más raro.

—Bastante extraño es todo esto como para encima pensar en ángeles o demonios.

—Ya aparecerá.

—¿Tú crees?

—Sí. Todos vamos tras lo mismo. Esto no ha hecho

más que empezar.

—Pues sí que me das ánimos.

—De momento tienes a un héroe.

—¿Quién? —Elisabet abrió los ojos de par en par.

—Don Salvador. —Eduard movió la cabeza en dirección a Gerard de Villiers.

—Pero ¿qué dices?

—Parecerá un intelectualillo, pero te mira...

—¡No es cierto!

—Ah, no.

—¡Te lo estás

inventando!

—Oye —se enfrentó a ella con las cejas alzadas—, todos mis amigos han babeado por ti en estos últimos años y han dicho siempre que eres una chica potente, lo cual no dice mucho de su buen gusto, pero...

—¡Quieres callarte! —  
Le dio un codazo.

—Te digo lo que hay. Ese está en las mismas. —  
Apuntó a Gerard de Villiers disimuladamente—. Es un tío. Y como es un tío, te mira. Que tú estés en Babia,



preocupada por lo que pasa,  
no significa que también lo  
esté yo. ¿Te gusta?

—¡No!

—Pues entonces  
tranquila. Nosotros, a lo  
nuestro.

Lo dejó por imposible.  
No sabía si discutir con él o  
pasar.

Decidió esto último.

—A veces te asesinaría.

—No eres la primera.

—Se encogió de hombros su  
hermano.



Ellos ocupaban el vagón número 2.

Con una gorra calada hasta la frente, gafas de sol grandes y oscuras, una chaqueta con el cuello levantado pese al calor y una bolsa de viaje colgada de los portaequipajes superiores, él les miraba atentamente desde el número 3.

El tren no iba a detenerse hasta Tarragona, así que lo aprovechó para levantarse y caminar hasta el lavabo.

Cuando entró en el pequeño cubículo se apoyó

en el lavamanos y se miró en el espejo, primero con las gafas, después sin ellas, enfrentándose a sus propios ojos, a veces casi tan blancos que más parecían los de un ciego.

No se movió durante un largo minuto.

Hacía mucho tiempo, años, que no se sentía tan solo.

Tan cansado.

Tan extraño.

De pronto cerró los ojos y rompió a llorar.

Sin lágrimas.

Porque no tenía.

El suyo era un llanto interior, desgarrado. Un llanto que procedía de su corazón roto, de su mente saturada, de su cuerpo vivo pero agotado aun sin conocer el peso de los años ni sus consecuencias.

Tanto dolor.

Invisible.

Alguien trató de entrar en el servicio. Se puso rígido. Se preparó, con los músculos en tensión.

—Ocupado —dijo.

Una voz de mujer se excusó y él se relajó. Abrió el grifo, dejó correr el agua

sobre sus manos, se mojó la cara. Luego vio cómo las gotas de agua se secaban solas.


Solas.

Volvió a colocarse las gafas y salió afuera. La mujer, de unos treinta años, muy atractiva, cabello largo, rostro expresivo, se lo quedó mirando como si se hubiera olvidado de su prisa por entrar en el baño.

Él se apartó de su lado sin más.

Regresó a su sitio y continuó centrando su atención en Elisabet, Eduard

y Gerard de Villiers.



El vuelo Alitalia AZ 75 procedente de Barcelona tomó tierra en el aeropuerto de Fiumicino, en Roma, a las 12.39 del mediodía. Guido Fontalvo no tuvo que esperar ninguna maleta. Salió de la terminal con su equipaje de mano y tomó un taxi tras hacer una breve cola de siete minutos en la parada.

—Ciudad del Vaticano  
—le dijo al taxista.

«Ciudad del Vaticano.»

Prefería expresarlo así. Mucha gente decía simplemente «Vaticano», como si fuera un lugar concreto, perdido entre tantos. Y no lo era. Se trataba de un Estado. El más pequeño del mundo. El más poderoso.

—¿De dónde viene? — le preguntó el taxista, deseoso de entablar conversación.

—De Barcelona —dijo él.

—¡Ah, Barcelona! Yo era un niño cuando Italia

ganó el campeonato del mundo de fútbol en España en el 82. ¡Inolvidable! Un día quiero ir con mi esposa.

Lo dejó hablar, sin responderle, hasta que el hombre se cansó y guardó silencio.

Guido Fontalvo contempló el agitado tráfico romano. Una guerra diaria, sin vencedores, solo vencidos. Atascos, nervios, imprecaciones, el sonido de las bocinas hiriendo el aire. Cuando el taxista detuvo su vehículo ya tenía el importe preparado. Se despidió de él



y cruzó la *piazza* a buen paso.

Tres minutos más tarde subía aquella escalinata.

Se detenía frente al padre Lucca.

—¿Está monseñor?

—Sí, sí, puede pasar. ¡Qué sorpresa! Le hacía de viaje...

Atravesó la puerta de su otro mundo y se encontró con Carleto Murano sentado en su despacho, como si flotara en aquella inmensidad repleta de libros y pinturas. Libros en las paredes y pinturas en el

techo. Su superior leía unos documentos con las gafas caladas. Al verle aparecer, no ocultó su extrañeza. Se echó hacia atrás y se quitó los anteojos.

—Padre Fontalvo... ¿Qué está haciendo aquí? — No hizo ademán de ir a extender su mano para que le besara el anillo.

—Yo...

—Siéntese, por Dios. ¿Sucedo algo?

El recién llegado obedeció sus órdenes. De pronto se sintió muy cansado. Infeliz. Zarandeado

por los oscuros dedos del destino. Carleto Murano esperó sus palabras.

—He fracasado, eminencia. —Bajó los ojos al decirlo.

—No esperaba que fuera sencillo —dijo el hombre—, pero la palabra «fracaso» es demasiado dura. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Gerard de Villiers me descubrió.

—¿Él?

—Sí.

—¿Y ha dejado solos a esos dos jóvenes?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Cree que podía seguirles sin que me vieran?

—Entonces solo podemos esperar que nuestro amigo nos cuente dónde están, qué hacen y, lo más importante, si han conseguido dar con el Libro.

—Estamos en sus manos.

—No, estamos en las manos de Dios, como siempre. Nuestro amigo, nosotros solo somos sus instrumentos.

—Eminencia...

—Lo más triste es que pueden morir —suspiró Carleto Murano.

—Su abuelo les dejó un mensaje. Pude verlo. Marcaba un camino que seguir. Casi conseguí llevármelo, aunque era ininteligible para mí. Hablaba del Manuscrito Voynich, de *Las estancias de Dzyan*, del *Corpus hermeticum* y *Los siete principios...* Lo mezcló hábilmente con el Tetragrammaton, aunque resultaba evidente que eso no era más que un soporte.

Cada extremo de las cinco puntas tenía una figura geométrica.

—Entonces, esa pista... era real. —El hombre del Vaticano tensó el rostro.

—Creo que sí, monseñor. Si supiéramos qué movilizó a Enric Ardiach...

—No importa el origen, padre Fontalvo. Importa el final.

—¿Por qué ha tenido que aparecer ahora? —El dolor fluyó igual que un río candente por la voz del recién llegado—. ¿Acaso es

por lo convulso de estos tiempos? ¿Un azar?

—¿Cuándo no han sido convulsos estos u otros tiempos? —Movi6 la mano de forma ambigua—. No sea simple. Si todo obedece a un plan divino, quiz6 sea el momento. Dios nos pone a prueba. Conseguir ese libro ser6a un acto de fe.

—Entonces... ¿qu6 hacemos?

La respuesta pareci6 evidente.

—Esperar a que 6l vuelva a llamarnos, por supuesto.

—¿Y si no lo hace?

—Lo hará. Lo ha estado haciendo, ¿no? ¿Por qué habría de fallar ahora?

—¿Confía en él?

—Sí. —Fue categórico en su respuesta—. Ha visto la luz. Ya no va a perderla.

—Dios le escuche, eminencia.


—Me escucha. Y lo sabe por sí mismo.

Se quedaron mirando el uno al otro. La inmensidad del despacho les hacía parecer pequeños. Las pinturas del techo, un entramado de ángeles



risueños y rosados que envolvían a una Virgen María de rostro dulce, los convertía en manchas oscuras a ras de suelo, separados por la mesa de madera y envueltos por la enormidad de aquella biblioteca cuyos volúmenes de gruesas cubiertas daban la impresión de no haber sido tocados en muchos años. Como si el mundo quedara al otro lado de sus paredes, y ellos vivieran en una cámara aislada, ningún ruido perturbaba aquella paz sepulcral.

—¿Qué quiere que haga ahora, monseñor? — preguntó Guido Fontalvo.



Eduard parecía haberse apropiado del diario de su abuelo. Sentado en su asiento del tren, o más bien literalmente hundido en su espacio, lo devoraba como si se tratara de la más seductora de las novelas. Elisabet lo miró con irritación, pero prefirió no decir nada. Por un lado, existía el interés, la

curiosidad, tan suya como de él. Por el otro, el miedo. Antes de la muerte de sus padres, Enric Ardiach había sido tan solo «el abuelo». Después se convirtió en mucho más, pero el halo de misterio persistía. Si los hijos lo desconocen casi todo de los padres, ¿cómo saber algo de esas figuras tan difusas como son los abuelos?

Y sin olvidar la tradición.

Los Ardiach.

Lo más parecido a una marca de fábrica.

—Si aparezco yo, dímelo, ¿vale? —no pudo resistirse a comentarle.

Eduard le pasó el diario.

No hablaba de ella, sino de sus padres.

«Vicenç me ha llamado desde Italia. Cree tener un indicio, alguien que sabe algo del Libro. O cree saberlo. Habla de España. Sería asombroso que estuviera aquí. Asombroso y a la vez extraordinario. Ariadna y él viajarán mañana al lago Di Garda. Estuve en él una vez. Lo

recorrí en coche, dándole la vuelta. Un lugar muy hermoso. Un lugar idílico. Esas villas majestuosas, trasnochadas, tan cargadas de historia. No todo es Venecia. Los grandes lagos son monumentos que la naturaleza ha creado para la placidez...»

—¿Eso es todo?

—No, sigue. —Eduard señaló un poco más abajo, en la página frontal.

«¡Cuántos días sin escribir! ¿Cuánto dolor es capaz de resistir un corazón humano? Ni siquiera sé qué

me mueve hoy, ahora, en este instante, para enfrentarme a estás páginas como lo estoy haciendo. Soy un hombre muerto. Soy un hombre vacío. Soy un hombre que se hunde muy despacio, lentamente, en el silencio del futuro. Si no fuera por Elisabet y Eduard, ¿qué me quedaría? Sé que debo ser fuerte por ellos. Me necesitan. ¿O soy yo quien les necesita más? Vicenç y Ariadna ya no están. ¿Es posible? Se han ido, han desaparecido para siempre. Y esa es una palabra atroz.

Todas las palabras absolutas lo son. Siempre, eternidad, fin, muerte... ¿Por qué ha tenido que suceder así? Accidente es otra palabra de incierta resonancia. Un accidente. Un accidente. Un accidente. Ahogados en un lago. ¿Hay mayor contrasentido? Lago es una palabra plácida. Ah... este silencio. Causa más estruendos que mil gritos. Hay tanta angustia en los silencios no buscados. Tantos ecos. Tanto olvido. Las últimas palabras de Vicenç fueron: “Papá, me

siento como si volviera a vivir mi luna de miel. Esto es maravilloso. El cielo”. Y pensé en el cielo como algo tangible, real. Salvo que los cielos en la tierra se confunden con el infierno.»

—Ya —quiso devolver el diario a su hermano.

No lo tomó. Se enderezó y le señaló un párrafo, en la siguiente página, al final de la larga disquisición de su abuelo contando sus sentimientos tras la muerte de sus padres.

«Me pregunto si no habrá algo más. ¿De qué me



sirve todo mi dinero si soy incapaz de llegar a la verdad más simple? Me pregunto si todo fue como me dijeron las autoridades italianas. Un fatal accidente. Pero ¿y si fueron ellos? ¿Y si detrás de la incertidumbre se halla la certeza de que esos malditos hombres de negro pudieron cometer el más atroz de los crímenes? Significaría que Vicenç estaba en lo cierto, en el buen camino, pero también que la vileza de nuestros enemigos ha llegado a su punto más álgido, pues ya no se

contentarían con quemar libros, sino con matar a seres humanos con tal de preservar lo que ellos creen la vida tal y como es, sin preguntas, sin respuestas, fieles a su absurda y demencial devoción. Llevan siglos incansables, son igual que hormigas dañinas para las que no hay justicia.»

Elisabet se llevó una mano a los ojos.

—Es una guerra —dijo Eduard.

Le devolvió el diario. Iba a levantarse cuando Gerard de Villiers apareció a

su lado.

—Ya sé lo que dicen las cinco pistas escritas por vuestro abuelo —les comunicó—. Tengo los textos.

—¿Llevan a alguna parte?

—Todavía no lo sé. ¿Queréis que os las lea?

—Ahora no. —Ella continuó con su gesto—. Necesito beber algo y estirar las piernas.

Se incorporó.

Eduard y Gerard de Villiers la vieron encaminarse al coche bar.



Las gafas eran oscuras.

Sus ojos, no.

Sus ojos veían,  
reconocían, interpretaban.

Y a él le vieron, le  
reconocieron, le  
interpretaron.

Después de todo,  
llevaba dos siglos y medio  
haciéndolo.

Todos eran iguales,  
podía olerlos tanto como  
sentirlos. Clones llenos de  
odio. Simples instrumentos.  
Fanáticos. Máquinas cada

vez más abyectas, capaces de matar por mantener la oscuridad con la que pretendían sumir a la humanidad.

Ocupaba el asiento 9B del coche número 1, vestía con la indolente comodidad de cualquier hombre joven, vaqueros, zapatillas, una camisa. Tendría unos cuarenta años, quizá menos. Llevaba una barba de tres o cuatro días, el cabello corto, un pendiente en la oreja y ni siquiera fingía leer. Desde su posición, junto al pasillo, atisbaba perfectamente el

lugar en el que estaban  
sentados ellos tres.

Apretó la mandíbula.

No le hacía falta  
acercarse, fingir un  
tropezón, mirar su muñeca.

El águila con sus alas  
desplegadas estaría allí.

Marca de fábrica.

Sus ojos grises,  
transparentes, tan profundos  
como dos abismos  
insertados en su rostro,  
quedaron convertidos en dos  
líneas horizontales.

Ahora tenía que decidir  
lo más importante.

Qué hacer.

Continuar en la sombra o descubrirse, ayudarles o dejarles a su suerte.

Pero el éxito de los tres también era el suyo.

El tren ya había alcanzado su velocidad de crucero tras salir de Tarragona. La siguiente estación, Zaragoza, quedaba cada vez más cerca en el tiempo. Si tenía que actuar debía hacerlo de inmediato.

Cuando Elisabet se levantó para ir al bar o al baño, el ocupante del asiento 9B bajó la cabeza.

Él volvió la suya, miró

por la ventanilla, le hurtó su imagen a la muchacha, incluso subió su mano fingiendo rascarse la oreja. La gorra calada y las gafas oscuras cumplieron con su cometido. Ella pasó por su lado y desapareció.

El perseguidor que acechaba en el vagón número 1 no se movió.

Él sí.

Fue tras Elisabet, la vio llegar al bar, acodarse en la barra, pedir un refresco. Desde su nueva posición pudo contemplarla con entera libertad, alta,



hermosa, resplandeciente.

Tan parecida a...

El dolor le atravesó el corazón.

Sí, tan parecida a todas ellas.

Francesca Batturini,  
Carla Verino, Hermione de  
Sauver, Hortense  
Galvenoch, Patricia Hogger,  
Mercedes Ponce, Hildegard  
Koch...

Todas.

Tan hermosas, tan  
enamoradas, tan suyas, tan  
muertas.

Siguió mirando a  
Elisabet, acariciándola con

los ojos, sabiendo que era una más en una lista interminable y amarga, tan dura como el estandarte de su belleza masculina.

Entonces se resignó y dio el primer paso.

Se detuvo a espaldas de su objetivo y ya no hubo vuelta atrás.



Elisabet tomó dos largos sorbos de su vaso de agua mineral. El cosquilleo le picoteó la nariz. Estaba fría, así que el líquido bajó por su

garganta inundándola de frescor. Intentaba no pensar en nada, pero le era difícil. Por un lado, estaba la aventura en sí misma, insólita, desconcertante. Por el otro, la búsqueda de un libro que se convertía en una suerte de Santo Grial. Por último, aquel diario que se introducía de forma directa en la vida y la mente de su abuelo. Tenía que lidiar con todo. Y, además, estaba Eduard, tan imprevisible, tan niño y al mismo tiempo tan necesariamente maduro para lo que se les venía encima.

Ellos más un desconocido en el que no tenían más remedio que confiar.

Suficiente para que, a veces, la cabeza pareciera a punto de estallarle.

Bebió otro sorbo de su vaso.

Entonces oyó la voz, a su espalda, pero tan cerca de su cuerpo que pudo percibir el calor de aquel aliento.

—No te vuelvas, sigue como estás.

El sobresalto fue superior a la cadencia casi hipnótica de aquel susurro.

Quiso girar la cabeza,

pero él no se lo permitió.

—Elisabet, no hay tiempo. Tranquila. Bebe.

Le obedeció.

Nadie miraba hacia ella. Una pareja en un extremo del mostrador, devorando sendos bocadillos. Dos hombres hablando junto a las ventanas con los vasos en la mano. Uno más leyendo un periódico. Ni el camarero le prestaba atención, ocupado en lavar unos vasos.

Se sintió muy sola.

—Escúchame —  
continuó la voz—. Estáis en

peligro. Os sigue uno de ellos. Tenéis que bajaros del tren en Zaragoza. Yo le distraeré...

Un vértigo que le arrebató el aliento la dominó de arriba abajo. Sintió la opresión en el pecho, el estómago, las piernas se le doblaron y la mente penetró en un túnel vacío, ingrávido.

Esta vez, él no pudo impedirlo.

Se volvió en un arrebato.

Pese a las gafas oscuras, vio sus ojos limpios y su piel blanca, aquella

belleza irreal que tanto la había conmocionado la primera vez. Seguía teniendo miedo, pero fue como si, de pronto, se sintiera a salvo, llena de una extraña paz.

—Tú... —susurró.

—Mira mis labios, por favor. —Pareció una súplica—. Si no os bajáis en Zaragoza os hará daño. Confía en mí.

—¿Quién... nos hará daño?

—Coche 1. Asiento 9B. Es uno de ellos.

—¿No...?

—Elisabet, por Dios.

—La sujetó por los brazos. Tenía las manos muy frías pese al calor—. Tienes que confiar en mí. Es uno de ellos, un hombre de negro. No tenemos mucho tiempo. Sácalos de aquí cuando el tren se detenga. Yo evitaré que baje.

—¿Cómo sabes tanto?

—No importa.

—¿Y por qué debería confiar en ti?

—Tú sabes que tienes que hacerlo.

—Yo no sé nada.

—Mírame, pero sobre



todo siénteme. Tu corazón te dirá la verdad.

Tuvo que parpadear. No podía mirar fijamente aquellos ojos. Eran magnéticos. Fue como si cortara una corriente energética durante una fracción de segundo. Su interlocutor seguía sujetándola por los brazos.

Tiritó.

—Tú... también querías el maletín —musitó débilmente.

—Trataba de evitar que cayera en sus manos.

—¿Quién eres?

—Qué más da.

—¡No puedes aparecer así, sin más, pedirme que confíe en ti y luego... desaparecer! ¿Desde cuándo me sigues?

—Lo único que tienes que saber es que estoy contigo, con vosotros.

—¿Cómo te llamas?

—Vincenzo di Angelis, aunque todos me llaman Enzo.

—Dime...

—No, ya no. Vuelve con tu hermano y con Gerard. No hagáis nada. Cuando el tren se detenga en

Zaragoza levantaos y salid corriendo. Yo haré el resto.

—¿Vas a matarle?

—No soy un asesino.

Lo de Manfred Guntz fue un accidente. Se trataba de él o yo. Sucedió y fue inevitable.

—Sabes incluso cómo se llamaba ese hombre. —  
Volvía a sentirse atrapada por la transparencia de aquellos ojos singulares.

Enzo tocó su mejilla.

Hielo en el tacto. Fuego en los ojos.

—Vete ahora, ya. —Su voz fue contundente—. Vete o será tarde para todos.

Se apartó de su lado y se alejó por el vagón.

Lentamente, el mundo volvió a moverse alrededor de Elisabet.



Enzo di Angelis no regresó a su lugar en el vagón 3. Con la gorra aún más calada, las gafas ocultando sus ojos y el cuello levantado por encima de la barbilla, caminó hasta el vagón 1 y se sentó detrás del asiento 9B.

Su objetivo fingía leer. O tal vez lo estuviera

haciendo.

Tensó los músculos y esperó.

Por la megafonía del tren se avisó a los pasajeros de que la siguiente parada era la estación Zaragoza-Delicias. Aquellos que no bajasen debían quedarse en sus asientos, pues la pausa sería breve.

El hombre de negro levantó la cabeza y vio a sus tres objetivos hablando entre sí. Lo hacían con viveza, como si discutieran algo. Cuando uno de ellos, el más joven, pareció mirar en su

dirección, se concentró en el libro.

Casualidad.

El tren traqueteó por encima de las vías al entrar en la ciudad, aminorando la velocidad hasta convertirla en un simple movimiento de aproximación, casi a cámara lenta. Los pasajeros que se quedaban allí ya recogían sus pertenencias, bultos, bolsas, mochilas, maletas. Un grupo de jóvenes excursionistas bromeaba a voz en grito. Eran tres chicas y tres chicos, de entre diecisiete y veinte años.

Enzo di Angelis los miró con simpatía.

Fue en el momento en que Elisabet, Eduard y Gerard de Villiers se levantaron y corrieron hacia la puerta de su vagón cuando el hombre del asiento 9B del coche número 1 intentó reaccionar.

Y no pudo.

La mano de Enzo surgió por encima de su cabeza, veloz, precisa.

Nadie reparó en ellos.

Todo fue muy rápido.

La mano le alcanzó el cuello. Su dedo corazón

presionó un punto concreto situado en la base. Ni siquiera tuvo que hacer una fuerza excesiva. Bastó la pulsación.

El hombre se quedó sin energías.

Volvió a hundirse en su asiento.

Dormido.

Enzo di Angelis vio a Elisabet, Eduard y Gerard de Villiers en el andén, corriendo sin volver la vista atrás.

Sonrió.

Tuvo el tiempo justo de ver la muñeca del dormido,



con el águila de alas extendidas, cogerle la cartera, abrirla y echarle una ojeada a su documentación, torcer el gesto, recoger su bolsa de la parte de arriba y caminar hasta la puerta de su coche para abandonar el tren de alta velocidad en su camino a Madrid, donde el dormido despertaría, donde quizá le esperasen otros, donde la persecución seguiría...

Como siempre.

El eterno juego entre el bien y el mal.

Unos y otros.

Despacio, con la cabeza baja, sabiendo que no era necesario pegarse a ellos, el joven de los ojos transparentes echó a andar siguiendo las huellas de sus tres protegidos.

Porque ahora, en cierta forma, eran eso: protegidos.



Ya no discutieron entre sí hasta sentirse a salvo después de alquilar un coche en la estación de Zaragoza. Gerard de Villiers volvió a ocuparse de ello, aunque

Elisabet tenía su propia tarjeta de crédito. Con el francés al volante, a medida que el automóvil ganaba velocidad saliendo de la ciudad, retornaron las discusiones.

Tan encendidas como en el tren, antes de que ella les convenciera de que lo abandonaran.

—¿Cómo sabemos que está de nuestra parte?

—¡No lo sé, Gerard! — se crispó—. Lo único que puedo decirte es que... ¡le creo!

—¿Y por qué le crees?

—Tú no has hablado con él, Edu.

—¡Quiere lo mismo que todos, el Libro!

—¡No grites!, ¿vale?

—¡Es que esto no tiene sentido! ¡Vamos en tren, ahora en coche...! ¿Qué será luego? ¡Es como si no moviéramos los hilos nosotros!

—¿Te ha dicho algo más? —preguntó Gerard de Villiers.

—Su nombre.

—¿Y cuál es?

—Vicenzo di Angelis.

Bueno, Enzo.

—¿Di Angelis? —Las manos del francés se aferraron al volante.

—Sí, ¿te dice algo?

—No, pero... tal y como lo describes, con esos ojos... Di Angelis. — Agregó una última palabra a su razonamiento—: Ángel.

Se hizo un extraño silencio, hasta que Eduard lo rompió.

—No irás a creer en eso, ¿verdad?

—Yo ya no sé nada — admitió su compañero—. Pero he oído testimonios, he hablado con ancianos, me

han contado cosas y, sobre todo, he leído libros...

—¿Como cuáles?

—Libros antiguos en los que se hablaba de él.

—¿Otra vez con leyendas y chorradas?

—Eduard, los libros son poderosos. Y no olvides que toda leyenda parte de una verdad.

—Los libros no son más que papeles que alguien llenó de fantasías.

—Son mucho más que eso, te lo aseguro.

—La misma historia la escriben y tergiversan los

que ganan las guerras.

—Eso sí es cierto, pero te equivocas al generalizar. Los miles de libros que salvamos y tenemos ocultos son un legado de lo que fuimos, y una puerta abierta a lo que seremos. El pasado, el presente y el futuro se conectan, forman un círculo perfecto. Fíjate en lo que estamos buscando. El Libro de Thot puede ser la prueba de muchas cosas, y también una fuente de energía, un transmisor. Si marcas un número de teléfono, alguien contesta al otro lado del

mundo. Pues bien, si pronuncias unas palabras determinadas, alguien puede oírte, por lejos que esté, aunque se halle al otro lado del universo.

—Estás loco. —El chico hizo un gesto de desprecio.

—No, no lo estoy —afirmó con rotundidad—. Los custodios no solo han conservado ese legado, también han sido testigos de grandes hechos inexplicables que han transmitido de unos a otros. Creemos que en el espacio el



bien y el mal coexisten igual que aquí, pero de una forma mucho más hábil, inteligente. Al bien puedes llamarle Dios y al mal Diablo, no importa el nombre. Las dos fuerzas forman el equilibrio natural del universo. Una no puede vivir, ni existir, sin la otra. No hay victoria final. Unas veces gana uno y todo se hace luz, y otras gana otro y la perversidad oscurece la existencia y sus confines cósmicos. Hay libros para invocar al Diablo y otros para hablar con Dios, libros

para vivir en la muerte y libros para morir en la vida. Los seres humanos han transmitido sus ideas a través de ellos. El Libro de Thot es el libro de los libros, un paso hacia la luz total, la plenitud.

—¿Tantos miles de años después?

—El tiempo no se mide igual aquí que en las estrellas. Puede que treinta mil años en la Tierra sean treinta segundos en el espacio. ¿Y qué? Alguien pobló un día nuestro mundo, le insufló vida y se fue. El

Libro de Thot es el nexo.

—Y si damos con él,  
¿qué haremos?  
¿«Llamamos»?

—No lo sabemos —  
habló en plural—. Habrá que  
estudiarlo, y no será fácil.  
Quizá nos lleve años. Quizá  
fracasemos. Quizá en el  
futuro haya una generación  
mejor para comprenderlo o  
la humanidad esté realmente  
preparada para ello.

—Eres tan fanático  
como todos —se desesperó  
Eduard.

—No lo soy.

—Crees en algo que ni

siquiera sabes si existe.

—Me duele que hables así.

Gerard de Villiers miró a Elisabet en busca de apoyo, pero ella, de pronto, parecía ajena a todo, con la mente muy lejos de allí. Su rostro era sereno, plácido, como si en lugar de huir de un peligro fueran de excursión.

Probablemente, ni siquiera les estuviese escuchando.



Cuando llegaron a Madrid ya era un poco tarde para llamar a la familia de Ernest Masolivé Palau, máxime habiéndolo enterrado hacía poco. Se encontraron en plena capital sin saber qué hacer.

—Da lo mismo un hotel que otro, ¿no? —  
Eduard seguía de mal humor.

—No —objetó Gerard de Villiers—. El entorno es importante, y dormir bien aún más. Voy a llevaros a la Gran Vía, a un hotel muy

especial, el Hotel de las Letras. Está decorado con fragmentos de libros de los más grandes escritores.

—Lo que faltaba — rezongó el chico.

—Ya vale, Edu —le pidió su hermana.

Dejaron el coche en el parking de la plaza del Carmen y caminaron hasta la Gran Vía. No discutieron el número de habitaciones que necesitaban hasta llegar a la recepción. ¿Dos, para los dos hombres por un lado y ella por el otro? ¿Dos, para Gerard una y para los dos

hermanos la otra? Eduard puso reparos a las dos fórmulas y acabaron con tres habitaciones. Por suerte había disponibles. Subieron a la tercera planta y se dispusieron a separarse por primera vez. Las habitaciones no eran contiguas.

—¿Nos vemos abajo para cenar? —preguntó el francés.

No hubo mucho entusiasmo.

—No tengo hambre —admitió Elisabet.

Eduard no quería cenar

solo con Gerard.

—Pediré algo al servicio de habitaciones — dijo.

—No se te ocurra llamar a tus amigos —le recomendó su hermana—. Es mejor que nadie sepa que estamos aquí.

—Ya lo sé, no soy tonto.

Se miraron por última vez en el pasillo.

—Si sucede algo... — les advirtió Gerard de Villiers.

—Descuida. —La chica introdujo su llave electrónica



en la cerradura—. Que descanséis.

Cuando se quedó sola en la habitación sintió todavía más aquel peso que la aplastaba contra el suelo.

Se tumbó en la cama, boca arriba.

Luego cerró los ojos.

Y le vio, allí, en su cabeza, tan real...

Enzo.

¿Por qué era tan cálido y al mismo tiempo sus manos estaban tan frías? ¿Por qué asomarse a sus ojos era como columpiarse en el espacio con los pies

colgando del infinito? ¿Por qué su voz era como una seda envolvente que nublaba los sentidos? ¿Por qué su belleza parecía tan irreal? ¿Por qué la leyenda del ángel la hacía estremecer?

Un ángel.

No, los ángeles no existían. No eran más que una parte celestial de la religión católica. Un mito. Personajes de ficción novelesca, como antes lo habían sido los niños magos o los vampiros. Ángeles y demonios representaban la mitología del cielo y el

infierno.

Absurdo.

Y, sin embargo, sabía que él era distinto.

Diferente.

Especial.

—Enzo... —dijo su nombre a media voz.

Tan hermoso que dolía, porque para muchos artistas, la belleza era dolor. Significa el peso y el paso del tiempo. Hasta lo más bello estaba condenado al olvido, la pérdida, la vejez, la muerte.

No, Enzo no parecía humano.

Qué absurdo.

Diez, quince, veinte minutos después se dio cuenta de que no iba a poder dormir, pese a que lo necesitaba después de la noche anterior, casi en blanco, más el viaje, el susto del tren y todo lo demás.

Tampoco era muy tarde.

Acababa de ponerse el sol sobre la primavera de Madrid.

Siguió en la cama, quieta, buscando una relajación imposible, sin conseguir apartarlo de sus

pensamientos. Con cada recapitulación aparecía él. Evidentemente les seguía. ¿Desde cuándo? Qué más daba. Les seguía. Estuvo en el cementerio, evitó que les robaran el maletín con el mensaje del abuelo, les apartó de su perseguidor en el tren.

Y si les seguía...

Tenía que estar allí, cerca.

Él también habría bajado en Zaragoza, o en caso de continuar en el AVE...

Elisabet se levantó y

caminó hasta la ventana. La suya no daba a la Gran Vía. Pensó en ir a ver a Gerard de Villiers, que ocupaba una habitación en la parte frontal del pasillo, pero con ello tendría que darle unas explicaciones que no deseaba, o quizá él pensase otra cosa. Tenía que ser prudente, ir con pies de plomo. Si Eduard llevaba razón en lo de que el francés la miraba como hombre, no como amigo o compañero...

Recogió su llave electrónica y salió de la habitación muy despacio,

tratando de no hacer ruido. Cuando llegó a la planta baja se dirigió a la recepción.

—¿Puedo ayudarla? — se ofreció solícito el recepcionista, completamente vestido de negro.

—¿Se ha hospedado aquí un joven de unos veinte años, ojos grises, transparentes, muy atractivo...?

—No, lo siento. Llevo toda la tarde y nadie así se ha registrado hoy.

—Gracias.

Miró la Gran Vía.

—¿Es la única salida del hotel? —volvió a preguntar.

—También se accede al exterior por el restaurante —la informó el recepcionista.

—Gracias —le dijo por segunda vez.

Caminó a través del restaurante. Varias parejas cenaban con toda intimidad, y también algunos hombres y mujeres, solitarios, sumidos en sus propias vidas. Se alegró de que Gerard no estuviese allí. Salió a la calle y rodeó el edificio hasta desembocar en



la Gran Vía.

Tuvo suerte.

Ni siquiera se vio en la necesidad de buscar o esperar o...

Le vio en la esquina, indolente, apoyado en la pared, todavía con las gafas oscuras, pese a lo cual las mujeres que pasaban se lo quedaban mirando obnubiladas. Ellas y algunos hombres.

Un anuncio navideño de perfume en vivo.

Vincenzo di Angelis.

Enzo.

Podía regresar a su

habitación y sentirse a salvo. Podía darle la espalda y marcharse con su miedo. Podía ser valiente y dar el paso decisivo.

Hizo esto último.

Se le acercó por detrás y luego se tomó su tiempo.

Cuando él la presintió y se dio la vuelta, lo saludó.

—Hola, Enzo.



Por primera vez, el sorprendido fue él.

Recibió el impacto de su presencia, lo calibró y

mantuvo la calma.

Elisabet se alegró de llevar la iniciativa.

—¿Vas a contarme qué está pasando?

Su voz fue dulce.

—¿Es que no lo sabes?

—No del todo.

—Por lo menos, sí sabes que estás en peligro.

—Eso sí.

—¿Y qué más?

—Sé que los hombres de negro, los custodios y tú queréis lo que encontró mi abuelo.

—¿Lo encontró? —En su tono titiló un deje de

ansiedad.

—Creemos que sí.

—¿Solo lo creéis?

—Dejó una serie de pistas antes de morir.

—¿En el maletín?

—En el maletín.

—¿Podría verlas?

—Si vienes con nosotros, sí.

—No, Elisabet, no.

—¿Por qué? Presumo que estamos del mismo lado, aunque no tengo ni idea de para qué quieres el Libro.

—No lo quiero —dijo él—. Solo lo necesito. Tengo que ver una parte.

Leer algo. Nada más.

—¿Nada más? —

Mostró su perplejidad.

—Así es.

—¿Y cómo vas a leerlo? ¿Acaso sabes...?

Se encontró con aquella mirada líquida y naufragó en ella.

Sí, tendría unos veinte años, pero a veces parecía mayor, mucho.

Viejo.

—¿Eres un genio o algo así? —Habló por hablar ante su silencio.

Enzo continuó callado.

—Deja de mirarme,

¿quieres? —Elisabet apartó la vista un momento—.

¿Qué edad tienes?

El mismo silencio.

—¡Vamos!, ¿qué te pasa?

—Diecinueve.

—¿Tienes diecinueve años?

—Sí.

—¿Y sabes interpretar un libro que tal vez tenga treinta mil años de antigüedad?

Una vez más, su pregunta se desvaneció como una neblina fugaz.

—Veo que no voy a

sacar mucho de ti. —Se cruzó de brazos suspirando.

—Lo siento.

—No lo sientas, maldita sea. ¡Háblame! ¿Para qué quieres leer algo del Libro?

—No puedo decírtelo.

—Pero ¡a qué viene tanto misterio! —Se dejó llevar por su enfado—. ¡Te ofrezco venir con nosotros, dices que no, pareces un fantasma andante, la gente te mira...! ¿De qué vas? ¡Ni siquiera sé por qué confío en ti!

—Sigues tu instinto.

—¡Oh, sí, el instinto!  
¡Lo tengo muy desarrollado!

—Elisabet, por favor.

—Mostró un atisbo de  
rendición—.

Nos enfrentamos a una gente ciega y fanática, una gente que lleva mucho tiempo haciendo lo mismo con todos los medios de que dispone, y también a unas fuerzas tan poderosas que ni te imaginas. —Ya no se escudó en el silencio, como si una compuerta se hubiese abierto en su alma—. El hombre del tren se llama Albert Guntz. Es hermano



del que maté en Barcelona.  
Y es peligroso. Un  
verdadero asesino loco.  
Tarde o temprano os  
encontrará y es mejor que yo  
esté cerca, pero no a vuestro  
lado. La distancia es buena.

—¿Le conocías?

—No, pero sé  
descubrirlos. Casi puedo  
olerlos. Le dejé inconsciente  
en el tren y miré su  
documentación. Yo puedo  
protegeros, aunque no sé si  
bastaré contra todas las  
fuerzas oscuras que os van a  
caer encima.

—Me estás asustando.

—Uno no elige su destino.

—No vienes con nosotros porque tienes miedo.

—Yo no...

—Lo tienes. —Fue categórica, si bien lo fueron más sus ojos.

Enzo cerró los suyos.

—¿De mí?

Otra vez aquel silencio, tan lleno de gritos, tan extraño.

—Yo lo tengo de ti —dijo ella—. Y, sin embargo, estoy aquí.

Enzo di Angelis se

quitó las gafas.

El efecto fue demoledor.

—¿Qué ves? —le preguntó.

Elisabet tragó saliva.

—Amor, dolor, pasión, vida... —Se quedó sin aliento y repitió una de las palabras—: Dolor...

—¿Sabes que hay un dolor superior a todos los demás?

—No.

—El dolor invisible. El dolor del alma.

—¿Por qué lo sientes tú?

Volvió a ponerse las gafas.

—Buscad ese libro — dijo—. Encontradlo y todo terminará, te lo aseguro.

—¿Y si no damos con él? El hombre que lo tenía lo dividió en cinco partes, cinco cajas. Son cinco rollos de papiro o algo así. Cada uno está oculto en un lugar. Es todo lo que sabemos. ¿Por qué no nos ayudas a seguir las pistas que dejó el abuelo?

—Porque yo no sé nada.

—¿Puedes leer o

interpretar el Libro, pero no sabes nada?

—Sé otras cosas.

—¿Como cuáles?

—Hay muchos intereses en todo esto. Sé que tu abuelo llamó a los custodios. Sé que los hombres de negro tienen a un espía infiltrado en el grupo, aunque dudo que sea de grado alto, y que él les avisó. Sé que el actual líder de los hombres de negro vive en Zúrich y se llama Norman Sizemore. Sé que él alertó a algunos «dormidos» de su organización y los

puso en alerta máxima, una alerta como jamás había sido dada. Sé que todo está en peligro, Elisabet. Por eso debemos mantener la cabeza fría, actuar con tacto.

—¿Y cómo sabes tú todo eso?

—Yo también tengo contactos. Me avisaron de que algunos «dormidos» se habían activado. Objetivo: tu abuelo. Cogí a uno y le sonsaqué información.

—¿Le mataste?

—¡No, no soy un asesino! Lo que hago es...

—Sigue, ¿por qué lo

haces?

—No necesitas saberlo.

—¿Otra vez con secretos? ¡Tú eres el que no confía en mí!

—No siempre es bueno estar enterado de todo.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Te pasarás la noche aquí fuera, vigilando?

—Sí.

—¿Es que no duermes nunca?

—No —dijo Enzo—. No duermo nunca.

Elisabet supo que era cierto, que no hablaba en sentido figurado.

Lo supo y quedó aturdida.

—¡Todo el mundo duerme!

Por primera vez en todo aquel rato, Enzo sonrió.

Una sonrisa luminosa aunque cansina, tan hermosa como él. Un amanecer poblando de vida un rostro puro.

—Eres tan extraño...

Aparecieron un alud de sentimientos y emociones. Un tropel a la desbandada. Se dio cuenta de que su nombre era italiano, pero hablaba perfectamente el



castellano, sin acento de ningún tipo. Se dio cuenta de que en el fondo de aquellos ojos latía una calidez infinita. Pero cuando de pronto él levantó una mano y le acarició la mejilla, volvió a sentirla fría.

Un frío espectral.

La descarga energética la atravesó.

Su mente quedó inundada por aquella luz.

—Tienes que descansar  
—susurró él.

—No podré.

—Lo harás.

—No, por favor,

quédate.

—Ve.

—Enzo...

—Ve, tranquila.

La caricia final.

Su dedo pulgar recorriendo la piel de su mejilla.

Antes de obligarla a dar media vuelta y moverse en dirección al hotel, como una autómatas, incapaz de resistirse o rebelarse a sus palabras.

# DÍA 11

Ernest Masolivé Palau vivía en Somosaguas, en una finca de impresionante línea arquitectónica visible desde la calle y a través del seto y la verja que la protegía. Tenía un guardia de seguridad apostado en la entrada y diversas cámaras apuntando a la puerta. Tuvieron que dejar el coche en la calle. Luego esperaron a que el celador anunciara

los nombres de los visitantes. El apellido Ardiach fue la llave.

—Adelante, por favor.

—El hombre les franqueó el paso.

Caminaron por el breve sendero de grava que serpenteaba por entre los cuidados parterres y los árboles hasta la escalinata que conducía a la casa. Antes de llegar a ella apareció una mujer de unos cincuenta y muchos años, completamente enlutada. Llevaba el cabello recogido en un moño y su rostro tenía

marcadas ojeras. Por un momento pensaron que se trataba de la esposa del millonario, aunque fuera mucho más joven que el octogenario anciano fallecido.

—¡Elisabet, Eduard! —

Los abrazó como si les conociera de toda la vida—. ¡Vuestro abuelo me hablaba tanto de vosotros!

Se dejaron estrujar y besar. Tuvieron que presentarle a Gerard de Villiers. La mujer no alteró para nada sus facciones al oír el nombre. Los hizo

pasar y los condujo a una sala situada en la parte izquierda. Una sala suntuosa, acogedora, en la que destacaban diversas piezas de arte, varios cuadros notables, esculturas y objetos.

—Mi madre está muy delicada, me temo. Con ochenta y cinco años y toda la vida con mi padre... —les aclaró—. No me atrevo a molestarla, y más teniendo en cuenta la tragedia de vuestro abuelo. —Se llevó las manos a la cara—. Dios, pensar que estuvo aquí,

hablando con papá, y que a la noche siguiente... Es increíble.

—Por eso hemos venido a verla —dijo Elisabet—. Estamos tratando de reconstruir lo que hizo nuestro abuelo esos días.

—Por favor, Renata. No me habléis de usted. ¿Queréis tomar algo?

Negaron con la cabeza al unísono. Además de afectada, la hija de Ernest Masolivé Palau era puro nervio, con la atención dispersa, como si quisiera controlarlo todo.

—¿Reconstruir lo que hizo esos días? —recuperó el hilo de la conversación—. No entiendo...

—No sabemos si el abuelo llevaba algo encima —mencionó Elisabet—. Pudo perderse con el accidente.

—Llevaba una caja, sí. El impacto les alcanzó a los tres.

—¿Una caja? —La chica siguió dirigiendo la charla.

—De aquí salió con una caja de metal, como de medio metro o sesenta



centímetros de largo, quizá un poco más. El ancho y el alto eran parecidos. Un palmo, más o menos. Parecía pesar un poco y tenía un cierre con una combinación de varias cifras.

—¿Sabes qué contenía?

—No. Nunca la había visto.

—¿Preguntaste?

—Pensé que era un regalo para vuestro abuelo. Un recuerdo o algo así. Mi padre se moría. Era inevitable. Enric Ardiach no fue el único al que llamó

para despedirse. ¿Cómo darles importancia a los detalles?

—Tampoco sabrás de qué hablaron, ¿verdad?

—No. Papá quiso que les dejáramos solos. Estuvieron unos quince o veinte minutos.

—¿No te extrañó?

—¿Con papá? Para nada. Siempre andaba con misterios. Él y vuestro abuelo habían hecho negocios tantos años... —Se miró las uñas, de nuevo afectada, con una sombra de humedad en los ojos—. Y

ahora ya no están —gimió.

No quisieron que cayera en un pozo de lágrimas.

—¿Qué te dijo mi abuelo al marcharse?

—Pues... me abrazó, me dijo que tenía un gran padre, cosas así. Estaba llorando, claro. Llevaba esa caja abrazada con las dos manos como si fuera el mayor de los tesoros.

—¿Y cuándo murió tu padre?

—Al día siguiente, al amanecer. Un poco antes me cogió de la mano y me dijo

que ya era la hora. Yo le contesté que no, muy sobrecogida a pesar de su serenidad, y él dijo que sí, que ya podía marcharse, que finalmente estaba en paz, sin nada pendiente.

—¿Tampoco sabes por qué se expresó así?

—Pensé que hablaba de Dios, como siempre. Sus últimas palabras fueron: «Él me espera». —Exhaló una bocanada de aire y se pasó la mano por la parte inferior de los ojos—. Esa caja y su contenido debieron de perderse con el accidente,

claro. ¡Qué pena!

—¿Puedo preguntarte algo personal?

—Sí, claro. —No lo dijo muy convencida.

—¿Tu padre era un custodio?

—¿Un qué?

—No, nada. —Buscó una excusa plausible—. Es una palabra que hemos encontrado en el diario del abuelo y no sabemos qué significa.

—Has dicho que se despidió de algunas personas —intervino Eduard—. ¿Le dio algo a alguien más?

—No, solo a tu abuelo.

Supongo que al ser los dos tan coleccionistas y amantes de las cosas antiguas... Dios

—Su tono se afectó de forma considerable—, ¡vamos a tener que donarlo todo a algún museo, o construir uno propio! ¡Un museo o una iglesia! ¡Todas las casas están llenas de cosas! ¡Todas! ¡Casas e iglesias! ¡Desde luego tenía el cielo bien ganado!

—¿Era muy religioso?

—¡Uf! —Alzó la mirada—. Mamá también lo es, y mis hermanas y

hermanos, y yo, pero él... Tendrían que hacerle santo. Aquí hay una capilla, y lo mismo en las demás casas, la de la sierra, la de la playa... Lo que se llevó vuestro abuelo, fuera lo que fuese, lo tenía escondido en la cripta de aquí. Papá ha financiado más obras y más restauraciones en iglesias y ermitas de media España que el ministerio. Se lo dije hace poco al ministro. De no ser por él... Y eso que algunas de esas ermitas perdidas están abandonadas, no son más que vestigios del

pasado, monumentos hechos en piedra. Pero para papá... Nada, que no quería que se desmoronasen. No había cosa que le doliera más que ver el deterioro de un lugar así. A la que veía una hecha polvo la ponía en pie. Ya os digo: un santo, aunque luego el señor obispo, en su homilía, no fuese especialmente benevolente.

—¿Por qué?

—Bueno, papá era católico acérrimo, creyente hasta la médula, pero también muy crítico con la Iglesia. De los que no se



callaba. ¡Si hasta tuvo unas palabras con el Santo Padre cuando le recibió en audiencia hace tres años! ¡Menudo carácter! ¡Yo no sabía qué cara poner!

—Un hombre de ideas propias.

—Mucho.

—¿Y qué dijo de él el señor obispo?

—Le llamó poco menos que cabezota. De buen rollo —se hizo la moderna—, sonriendo y todo eso, pero se lo dijo. Y con papá delante, en el ataúd. Desde luego...

Elisabet miró a su hermano y a su compañero, por si se les ocurría algo más. Se encontró con su silencio.

No quedaba nada por decir, y menos por preguntar.

—¿Seguro que no queréis tomar nada? — insistió Renata Masolivé, muy puesta en su papel de cortés anfitriona.



Subieron al coche y arrancaron, pero a menos de

cien metros de la casa, y cuando ya no podían verles desde ella, Gerard de Villiers lo detuvo.

Las tres miradas fueron explícitas.

—Le dio una parte — dijo el francés—. Uno de los cinco rollos de papiro iba en esa caja.

—Y el abuelo se fue feliz, llorando, y en este caso no creo que fuera por su amigo —convino Eduard.

—¿Qué hizo con ella? —Elisabet interiorizó su pregunta—. No pudo facturarla, no se habría

atrevido. Tuvo que subirla al avión con él.

Su mirada fue críptica.

—Era lo más importante de su vida, pero quiso regresar a Barcelona, tal vez por miedo — mencionó Eduard.

—Estaba solo —asintió su hermana.

De haber tenido sonido sus pensamientos, el interior del coche se habría convertido en un avispero. Los siguientes segundos fueron tensos, rostros graves, desconcierto.

Elisabet sacó su móvil.

Buscó un número anotado en un papel del bolsillo. En la puerta de la casa también le había pedido el suyo a Renata Masolivé. Ni Eduard ni Gerard de Villiers le preguntaron a quién llamaba.

Una voz de mujer inundó la línea.

—¿Dígame?

—¿El señor Mendieta, por favor?

—Está descansando.

¿Quién le llama?

—Hablamos con él en el hospital. Soy Elisabet Ardiach, la nieta del señor

que iba a su lado en el avión.

—¡Oh, sí, querida!  
¿Cómo estás? Soy su mujer.

—Bien, bien. Lamento molestarla, pero es que tengo una pregunta urgente que hacerle a su marido. ¿Cuándo podría telefonarle?

—Espera, le pregunto. Tú eres especial. Estos días no paramos, ¿sabes? No sé cómo los periodistas se enteran de todo. ¡Hasta del número de su móvil! Más de un amigo debe de estar vendiéndolo porque si no...

—La voz se le ahogó un

poco cuando la mujer se dirigió a su esposo. Elisabet la oyó decir—: Es la chica esa que vino a verte, la nieta del señor que iba a tu lado...

—¡Vaya!

—¡Te lo paso, cielo! — volvió a dirigirse a ella—. ¡Cuídate!

El móvil cambió de mano. Elisabet había oído que en casos de supervivientes de accidentes aéreos, la vuelta a la normalidad era muy difícil. A la mayoría, por no decir a todos, les trataban psiquiatras para ayudarles en

su reincorporación a la vida cotidiana. La gran pregunta era: «¿Por qué yo?». El accidente de Barcelona solo había dejado a cuatro personas con vida, y dos de ellas seguían graves en el hospital.

El «¿Por qué yo?» adquiriría dimensiones de gran interrogante.

La existencia en el filo de la navaja.

Gabriel Mendieta parecía más animado. Su tono de voz tuvo un plus de energía y emotividad.

—¡Hola...! Elisabet,



¿verdad?

—Sí, perdone que le moleste.

—No, no, ¿olvidaste preguntarme algo?

—Sí. —Se mordió el labio inferior—. Siento...

—Tranquila, estoy bien. Me recupero ya en casa, ¿sabes? Duele, pero...

No terminó la frase. No con ella.

—Señor Mendieta, ¿llevaba mi abuelo una caja de metal consigo cuando estuvo con él en la sala VIP de Barajas?

—¿Una caja de metal?

No, aunque si era pequeña y la llevaba en el equipaje de mano o en su maletín...

—Grande. Medio metro o más de largo por veintitantos centímetros de alto y ancho.

—No, no, seguro.

—Gracias. —Movi6 la cabeza hacia un lado mientras miraba a sus dos compañeros—. Ha sido muy amable atendiéndome, de verdad. Espero que se recupere pronto.

—No hay de que. Espero verte, lo digo en serio.

Iba a decirle que viviera por el abuelo, por todos, pero se calló.

Eso hubiera sido una condenación.

Cuando cortó la comunicación no se guardó el móvil. Lo sostuvo en la mano.

—¿Pudo facturarlo pese a todo? —dudó Eduard.

—No, y ya sabemos qué hizo —fue la categórica respuesta de ella—. De todas formas, voy a asegurarme.

Esta vez no tuvo que buscar el número en el bolsillo. Lo tenía

memorizado. Conrad Vallbona se puso al aparato antes de que sonara el segundo zumbido.

—¡Elisabet!

—Hola, Conrad, ¿podría tratar de averiguar algo?

—¿Dónde estás?

—En Madrid, tranquilo. Todo está bien.

—¿En Madrid? ¿Y qué haces en Madrid? ¿Está Eduard contigo?

—Sí.

—¿Y si la policía quiere veros o...?

—Conrad, por favor,

tengo un poco de prisa.

—Vale, vale. —No se quedó tranquilo—. ¿De qué se trata?

—¿Puede preguntar a Iberia si el abuelo facturó algo en su vuelo a Barcelona?

—No tengo que preguntarles. Eso ya lo sé yo —fue rápido—. No facturó nada. Llevaba su equipaje de mano y listos.

—Gracias.

—Elisabet...

—Le llamaré si le necesito —le cortó antes de que siguiera hablando.

Volvió a enfrentarse a Eduard y a Gerard de Villiers.

—La mandó por SEUR —verbalizó sus pensamientos el chico.

—Fue lo último que hizo, según su tarjeta de crédito —asintió su hermana —. No se fió de Iberia, ni de que la caja no sufriera ningún daño.

—Pero ¿sí de una mensajería? —se extrañó el francés.

—Es distinto. Pudo protegerla bien, ponerle el sello de frágil, pagar un

plus... Lo que fuera. Esa maldita reunión del día siguiente tuvo la culpa. — Elisabet apretó la mandíbula —. La gran pregunta es...

—¿A quién se la envió?

Las palabras de Eduard flotaron entre ellos. Por allí ni siquiera había tráfico. Les envolvía un silencio bañado por el sol en un cielo infinitamente azul.

—A mi padre no —dijo Gerard de Villiers—. Ya me habría llamado, y además, de un país a otro, aunque las fronteras europeas sean laxas...

—Se la mandó a sí mismo —manifestó ella.

—A casa no —saltó Eduard.

—¿A la tienda?

Otro cruce de miradas. Por tercera vez abrió la línea telefónica y marcó uno de los números memorizados.

Alícia Ventura tardó un poco más en responder.

—¿Sí?

—Alícia, soy Elisabet.  
—Cerró los ojos y cruzó los dedos de la otra mano—. ¿Ha llegado un paquete de SEUR de tamaño relativamente grande, por lo



menos de medio metro de largo y algo pesado?

La respuesta fue rápida y contundente.

—No, ¿por qué?

—Era... una posibilidad. —Abrió los ojos y descruzó los dedos—. Pensamos que el abuelo podía habérselo enviado a sí mismo desde Madrid.

—¿El día del accidente?

—Sí.

—Pues... no sé.

—¿Se le ocurre a quién pudo mandarle ese paquete?

—¿Qué contenía?

—Algo importante, una antigüedad.

—No, no se me ocurre, lo siento. ¿No estará en vuestra casa?

—No. —Elisabet inició la retirada—. Gracias por todo.

—¿Podríamos...?

—Ahora no —la detuvo—. No estamos en Barcelona. Cuando regresemos iremos a la tienda y hablaremos con Conrad Vallbona, tranquila.

—Él me ha dicho que la decisión está tomada, que vais a cerrar —objetó

imprimiendo a sus palabras un tono dolido.

—No hemos tomado ninguna decisión ni hemos hablado con Vallbona —fue clara—. Esa tienda era la vida de nuestro abuelo. Solo puedo decirle que espere y confíe en nosotros.

Confiar en dos jóvenes, una a punto de cumplir los dieciocho y otro cerca de los diecisiete.

Supo que probablemente no lo haría.

—Está bien.

—Gracias, Alícia —se despidió Elisabet.

Por tercera vez cortó la comunicación y esperó las reacciones de su hermano y su nuevo compañero.

—¿Vamos a una agencia de SEUR y preguntamos? —sugirió Eduard.

—¿Sabes cuántos envíos hace esa gente al día? —objetó ella—. Y hablamos de algo que se mandó hace una semana y media, por Dios. En el peor de los casos ni conservan esos archivos más de dos o tres días después de hacer la entrega. Sin saber desde qué oficina

se hizo... El comprobante de la Visa desapareció con el accidente.

—¿Y la copia del banco?

—No es mala idea. Podemos ir cuando volvamos. Quizá ahí sí que figure ese dato y al menos sepamos desde qué oficina se mandó.

Gerard de Villiers apenas había hablado.

Elisabet movió una vez más la cabeza, arriba y abajo de la calle. El francés se dio cuenta.

—¿Qué miras? —quiso

saber—. No nos sigue nadie, ya lo he comprobado mientras conducía.

—Nada. —Se encogió de hombros.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Eduard.

Gerard de Villiers puso de nuevo el coche en marcha.

—Vamos a algún sitio seguro y tranquilo —dijo—. Es hora de analizar las pistas que nos dejó vuestro abuelo.



Los papeles estaban sobre la

mesa. Nadie se hallaba lo bastante cerca para oírles.

—Tenemos cinco figuras geométricas en los extremos del pentagrama — explicó Gerard de Villiers —. Lo lógico sería que cada una de ellas nos dijera dónde están escondidas las cajas, siguiendo las cinco pistas manuscritas de abajo. Estas cinco pistas están ocultas en *La Tabla Esmeralda*, el *Corpus hermeticum*, *Las estancias de Dzyan*, el Manuscrito Voynich y *Los siete principios herméticos*. —Puso el dedo sobre una

hoja de papel en la que había escrito los textos definitivos.

—Primero tendríamos que saber cuál de ellas corresponde a la caja que le entregó Ernest Masolivé Palau para eliminarla —dijo Eduard.

—Y ver la pauta —puntualizó Elisabet—. Por lo menos nos aportaría algo de luz.

—Estoy de acuerdo —asintió Gerard de Villiers—. Y pienso que vuestro abuelo fue muy listo incluyendo la pista de esa caja con las demás.



—¿Sabremos a quién se la mandó? —preguntó ella, con los ojos desorbitados.

—¡Claro! —saltó Eduard—. ¿Qué más nos da lo de SEUR? Seguro que ahí nos dice dónde está la primera caja.

—Tal vez. —El francés se concentró en los textos de las cinco pistas sin parecer muy convencido—. ¿Queréis que os los lea?

Asintieron con la cabeza y él comenzó la lectura.

—El cuarto precepto de *La Tabla Esmeralda* dice:

«Su padre es el Sol y su madre la Luna. El Viento lo lleva en su vientre. Su nodriza es la Tierra».

—Vaya por Dios —  
suspiró Eduard.

—¿Creías que sería más explícito, como «Ve a tal sitio y abre esa puerta»?

—Sigue —pidió  
Elisabet.

—El apartado siete del capítulo XIII del *Corpus hermeticum* dice: «¿Es que yo no la tengo, oh, padre? / Que no sea así, hijito, atráela a ti y vendrá, quiérela y será. Reprime los sentidos del

cuerpo y se producirá el nacimiento de la divinidad, purifícate del castigo irracional de la materia / ¿Es que tengo un verdugo en mí mismo, oh padre! / Y no pocos, hijito, sino temibles y muchos / Dímelo, padre / El primer castigo, hijito, es la ignorancia, el segundo la tristeza, el tercero la intemperancia, el cuarto el deseo, el quinto la injusticia, el sexto la ambición, el séptimo el engaño, el octavo la envidia, el noveno la traición, el décimo la cólera, el decimoprimerero la

precipitación, el  
decimosegundo la maldad.  
Son doce en número, pero  
en cada uno hay otros  
muchos, hijito, que a través  
del cuerpo prisionero  
obligan a sufrir,  
sensitivamente, en el interior  
del hombre. Se alejan,  
aunque no todos juntas, de  
quien se apiada Dios, y así  
se fundan el modo y el  
sentido de la regeneración».

—Eso no es una pista  
—se desalentó Eduard—. Es  
un trabalenguas con aires  
bíblicos.

—Las pistas no nos

dicen dónde están las cajas —determinó Gerard de Villiers—, sino cómo dar con ellas en el lugar en el que están ocultas.

—¿Y dónde están ocultas?

—En las cinco figuras geométricas.

—San Miguel, san Medero, san Bartolomé y los dos círculos con números —musitó Elisabet.

—*Dzyan* 8. —El francés volvió a leer sus anotaciones—. Se trata de ocho pasajes muy concretos que aparecen en esa obra. Os

los leeré todos para que os hagáis una idea: «1. El Eterno Padre, envuelto en sus siempre invisibles vestiduras, había dormitado una vez más por Siete Eternidades. 2. El Tiempo no existía, pues yacía dormido en el Seno Infinito de la Duración. 3. La Mente Universal no existía, pues no había vehículo para contenerla. 4. No había Desdichas porque no había quien las produjese. 5. Solo había Tinieblas. 6. No había Silencio. 7. No había Sonido. 8. El Uno es Cuatro

y los Cuatro toman para sí los Tres y su unión determina el Siete».

Eduard y Elisabet no dijeron nada.

—«El Uno es Cuatro y los Cuatro toman para sí los Tres y su unión determina el Siete» —Gerard de Villiers repitió la pista dejada por Enric Ardiach.

—Si los que escribieron esas cosas supieran la de horas que la humanidad ha destinado a buscarles significados... ¡lo que se reirían!

—Ya vale, Eduard —le

reprochó su comentario ella.

—¿Vale? Vas a ver tú: ahora viene el cabrón — gruñó el chico, molesto.

—¿Por qué lo llamas así? —se extrañó su hermana.

—Voynich 1-28 — anunció—. ¿Recuerdas lo que te dije que encontré en internet acerca del Manuscrito Voynich? —Se cruzó de brazos—. ¡Las veintiocho primeras páginas no existen!

—Eso es lo que los expertos creen —mencionó su compañero.



Le miraron con los ojos abiertos de par en par.

—¿Existen? —  
preguntó Elisabet.

—Hay un original, sí —reconoció Gerard de Villiers—. Y lo tenemos nosotros.

—Entonces con llamar a tu padre... listos, ¿no?

—Quizá tengamos que ir en persona.

—¿Por qué?

—Hay un espía, ¿recuerdas?

—Maldita sea... —se enfadó aún más Eduard.

—No sé cómo todavía

no lo habéis descubierto — reflexionó ella—. ¿Cuánta gente sabe que mi abuelo os llamó? No creo que la lista sea muy larga.

—Una cosa son los siete que forman el consejo, y otra el resto. Una filtración... El hallazgo del Libro de Thot ha causado una enorme conmoción.

—Si el abuelo era uno de esos siete, ¿ahora qué, os quedáis en seis? —dijo Eduard.

—Habrá una reunión secreta, una asamblea, y se estudiará a los candidatos

que se presenten en razón de sus méritos. Cada uno expondrá sus razones para ser admitido en el consejo. Luego se escogerá al sustituto de Enric Ardiach.

—¿Te presentarás tú?  
—inquirió Elisabet.

—Hay que tener un mínimo de cincuenta y dos años.

—¿Por qué esa edad?

—El trece y sus múltiplos son los números de la creación —le explicó—. El cuerpo humano tiene trece articulaciones, el cuello, los hombros, los

codos, las muñecas, las caderas, las rodillas y los tobillos. Los mayas ya medían el tiempo de esta forma, porque las Pléyades alcanzan cada cincuenta y dos años el cenit en la medianoche y ellos se guiaban por las estrellas. Cincuenta y dos es múltiplo de trece. Luego tenemos muchas más aportaciones: los trece peldaños de la información, los trece principios binarios, los trece rayos galácticos, los trece ciclos de la Luna alrededor de la Tierra, los trece tonos

de la creación, que se corresponden con cada una de las trece articulaciones...

—Explícame eso de los tonos —le pidió ella.

—Los trece tonos son el magnético, el lunar, el eléctrico, el autoexistente, el entonado, el rítmico, el resonante, el galáctico, el solar, el planetario, el espectral, el cristal y el cósmico. Cada uno tiene un nombre, una función, una acción y una articulación. Además de las articulaciones, también cuentan los dedos. Tenemos

veinte entre manos y pies. El trece veinte es el número matemático esencial. De entrada porque la diferencia es siete, el número más cabalístico. Pero si volvemos a los mayas nos damos cuenta de su importancia. Cada una de las eras mayas dura cinco mil doscientos años y el gran ciclo veintiséis mil. Si dividimos un círculo entre trece obtenemos un pentágono de cinco lados de cincuenta y dos grados cada uno. Cinco por cincuenta y dos son doscientos sesenta,

equivalente al círculo maya. También el sol tarda doscientos sesenta siglos en realizar una revolución alrededor de Alción...

—Vale, no sigas. —  
Eduard se cansó de tantos datos—. Ya has comentado las cuatro primeras pistas. Quedan los principios herméticos.



Gerard de Villiers colocó la hoja correspondiente sobre las demás.

—Los siete principios

son la base de toda la filosofía hermética y se les conoce como «los principios de la verdad». Se dice que el que los conozca y comprenda poseerá la clave mágica ante la cual todas las puertas del templo se abrirán de par en par.

—¿De qué templo habla?

—Del conocimiento, Eduard. Se refiere a la sabiduría plena. Al principio todo esto se divulgó de boca en boca, en secreto, de ahí la expresión «hermético». Hermes Trimegisto ha



tenido varias reencarnaciones. Luego esas enseñanzas se recopilaron en *El Kybalión*, que fue redactado por tres iniciados. Hoy en día se piensa que la alquimia no es más que el arte de la transmutación mental mediante el cual se cambian los pensamientos poco profundos por otros de mucho más nivel. ¿Qué sabes de la alquimia en la Edad Media?

—Que buscaba convertir piedras en oro.

—La verdadera piedra filosofal es convertir al ser

humano de plomo en un ser humano de oro. Conocer las leyes del universo nos permite transformarnos a nosotros mismos, y con ello transformar también la materia que nos rodea.

—De acuerdo —  
suspiró el chico—. ¿Qué dicen esos siete principios?

Gerard de Villiers los leyó:

—«El principio del Mentalismo, que dice que el Todo es Mente y el universo es mental. El principio de Correspondencia, que dice que arriba es abajo y abajo

es arriba. El principio de Vibración, según el cual nada está inmóvil, todo se mueve, todo vibra. El principio de la Polaridad, el más complejo, pues asegura que todo es doble, todo tiene dos polos, su par opuesto, y en el que semejantes y antagónicos son lo mismo, los opuestos son idénticos en naturaleza pero diferentes en grado, los extremos se tocan, todas las verdades son semiverdades y todas las paradojas pueden reconciliarse. —Tomó aire antes de continuar—. El

principio del Ritmo, según el cual todo fluye y refluye, todo tiene momentos en que avanza y momentos en que retrocede, todo asciende y descende, todo se mueve como un péndulo y la medida de su movimiento hacia la derecha es la misma que la medida del movimiento hacia la izquierda. El ritmo es la compensación. El principio de Causa y Efecto, que dice que todo sucede de acuerdo con la ley y la suerte no es más que el nombre que se da a una ley no conocida. Hay

muchos planos de causalidad, pero nada escapa a la ley. Y, por último, el principio de Generación, que existe en todas partes, pues todo tiene su principio masculino y femenino manifestado en todos los planos».

Eduard se dejó caer hacia atrás.

—Joder, abuelo. —  
Escupió las dos palabras.

—¿Por qué te enfadas?  
Ya te dije que no iba a ponerlo fácil, por si caía en malas manos.

—¿Y las nuestras qué?

Ni en mil años vamos a descifrar todo esto.

—No estés tan seguro.

—Gerard de Villiers miró con fijeza el pentagrama—. Solo necesitamos tiempo y paciencia, ver lo que no se ve. Has dicho antes que esas cinco pistas nos dirían dónde estaban las cajas, pero está claro que no es así. Esas pistas nos ayudarán a encontrarlas una vez descubiertos sus escondites. La clave son las cinco figuras.

—¿Te ves capaz? —preguntó Elisabet.

—Sí —respondió  
categóricamente.

—Ojalá Enzo nos  
ayudara. Tiene que saber  
más de lo que dice.

Los dos la miraron con  
el ceño fruncido, pero el que  
habló fue Eduard.

—Solo hablaste con él  
un momento en el tren, ¿no?  
¿Cómo sabes...?

La chica bajó los ojos.

—Le vi anoche —  
confesó.

—¿Por qué no nos lo  
has dicho antes?

—¿Cuándo?

—¿Dónde?

—¡Lo que faltaba, Eli!

Resistió el bombardeo de preguntas e imprecaciones hasta que puso ambas manos a modo de pantalla para protegerse.

—Ya vale, por favor.

—¡Esto no tiene sentido!

—¡Sí lo tiene, Edu! —  
Contuvo sus ganas de llorar —. Nos vigila, nos protege, está ahí, en alguna parte. —  
Señaló la calle—. Sabía que estaría cerca, salí del hotel y le sorprendí. ¡Cuidaba de nosotros! Me dijo que él no dormía.



—Todo el mundo duerme.

—No. —Entornó los ojos hasta tensarlos en una mueca alucinada—. Yo creo que es... distinto.

—Quiere lo mismo —dijo Gerard de Villiers.

—No. Me dijo que solo quería ver el Libro, leer algo en él, aunque no me dijo el porqué. Yo le pregunté cómo iba a leerlo siendo tan joven y...

—¿Qué?

—Aseguró que podía.

—¿Qué edad tendrá?

—Según él, diecinueve.

Pero sus ojos...

—No irás a creer la leyenda del ángel, ¿verdad?

—No lo sé. —Hizo un gesto de fatiga—. Le pedí que se uniera a nosotros y no quiso. Insistió en que es mejor que se mantenga al margen, actuando desde fuera. Dijo que ellos no nos dejarían en paz.

—Los hombres de negro.

—Sí, Edu, los hombres de negro. El del tren era el hermano de Manfred Guntz. Se llama Albert.

—¿Por qué confías en

él? —habló el francés.

—Sus ojos no mienten.

—Bueno, nos ayudó en Barcelona, y también en el AVE —convino Eduard.

—Quiere el libro —insistió Gerard de Villiers—. Sabe que nosotros vamos tras su pista y nos ayuda, pero solo para su propio beneficio. Para leer el libro debe tenerlo, y si lo tiene...

—¿Podemos dejar de hablar de él y seguir? —exhaló Elisabet.



Durante dos o tres minutos ninguno de los tres abrió la boca.

Hasta que lo hizo Gerard de Villiers.

—Siete-uno-cuatro — hizo referencia al círculo inferior izquierdo.

—¿Una combinación? —tanteó Eduard.

—No encaja con el texto de la tabla ni con el de Dzyan, y a falta del de Voynich... En el *Corpus* hay doce castigos, pero esos tres números no se corresponden con el séptimo, el primero y el

cuarto de ellos. No dicen nada. En cambio, sí hay una equivalencia con los siete principios.

—¿Cuál? —Elisabet paseó la mirada por el texto.

—El principio séptimo es el de la Generación, el primero el del Mentalismo y el cuarto el de Polaridad. Las iniciales son G, M y P. Sin embargo...

—¿Iniciales? —Eduard no entendió sus razonamientos.

—Hay siete principios, pero ocho iniciales, porque el sexto tiene dos: la C de

Causa y la E de Efecto. Siendo así, la séptima letra sería la E, no la G.

—¿Y eso nos da...? — siguió sin comprender el chico.

—E. M. P. —dijo Gerard de Villiers con una sonrisa.

—¡Ernest Masolivé Palau! —casi gritó ella.

—¡No fastidies! — exclamó Eduard.

—No puede ser casual —quiso argumentarlo—. El millonario le entregó la primera caja con la quinta parte del Libro. Vuestro

abuelo                      quiso                      que  
empezáramos por ahí. Es la  
primera incógnita despejada,  
y quizá algo más.

—¿Qué?

—Tal vez nos marque  
un camino.

—¿Quieres decir que si  
esa es la primera pista... la  
siguiente                      será                      san  
Bartolomé?

—Siguiendo el sentido  
de las agujas del reloj, sí, es  
posible.

—Eso                      parece                      muy  
complicado                      —Eduard  
hundió la cabeza entre las  
manos—, pero ahora resulta

que la primera no ha sido tan difícil, ¿no?

—Es simple, pero brillante. Tu abuelo era muy listo.

—Además, tuvo que ingeniar todo esto muy rápidamente —dijo Elisabet.

—Los grandes hombres tienen sangre fría hasta el final, sobre todo cuando algo merece la pena.

—Lo malo es que eso no nos dice quién tiene la caja —objetó Eduard.

—¿Conocéis todas las casas familiares?

—Sí.



—¿Pudo enviar la caja a otra casa de las suyas, menos conocida, pensando que tal vez a los hombres de negro les diera por asaltar la vuestra o la tienda de antigüedades?

—Habrá que verlo, no sé —reflexionó ella—. Lo que dices tiene lógica, aunque...

—Se nos escapa algo —dijo Gerard de Villiers.

—Concentrémonos en las otras pistas, va —se animó Eduard tras su primer éxito.

Volvió el silencio. A

los dos minutos, el camarero del bar se acercó por si querían algo más. Elisabet pidió una limonada, y Gerard, otro café. El hombre se alejó murmurando algo y pasaron de él.

Cuando regresó con el pedido, seguían sin hablar, absortos en la hoja de papel dibujada y escrita por Enric Ardiach.

—El diario —dijo Elisabet tras dar un primer sorbo a su limonada.

—¿Recuerdas algo en él?

—Lo que escribió

acerca de Ernest Masolivé Palau.

Ella misma lo cogió y buscó la página de referencia. Luego leyó el fragmento en voz alta:

—«Ernest Masolivé Palau es un hombre temeroso de Dios, tan religioso, con una fe y unas convicciones tan profundas, que no sé cómo no ha preferido entregar su tesoro al Vaticano. Incluso me ha dicho que las cinco cajas están protegidas por Dios al margen de la Iglesia, para que el mal no las descubra.

¿Deliraba? No sé qué habrá querido decir con eso. Tengo tantas preguntas...».

—«Protegidas por Dios al margen de la Iglesia» — repitió Gerard de Villiers.

—Y «para que el mal no las descubra» —concluyó Eduard.

—San Bartolomé es una cruz, con esa palabra encima, «Injusticia»; san Medero, un rectángulo; y san Miguel, un hexágono. — Elisabet sintió una rara emoción.

—Ese hombre era muy religioso, católico hasta la

médula, pero capaz de decirle al mismísimo Papa lo que pensaba. Por eso decidió entregarles el Libro de Thot a los custodios antes que al Vaticano.

—Primero lo preservó de los hombres de negro, ahora de la Iglesia.

—Protegidas por Dios...

Dejaron de hablar al sentir un escalofrío.

Más y más fuerte.

Más y más intenso.

—Eso significa que guardó las cinco partes del libro... en lugares sagrados

—exhaló Elisabet.

—¡Son iglesias! —gritó Eduard—. ¡Esos tres santos son nombres de iglesias, y las figuras geométricas, la forma de sus plantas! ¡Tiene que ser eso! ¡Tiene que serlo! ¡La hija del millonario habló de las obras benéficas de su padre! ¡Dijo que había restaurado la tira de iglesias y ermitas medio derruidas!



Eduard fue el que colocó el ordenador sobre la mesa y lo conectó. Mientras la pantalla

se iluminaba, iniciando el proceso de puesta en marcha, volvieron a mirarse con emoción. Era solo un primer paso, pero muy importante. Estaban en el camino.

Eso les llenó de orgullo, sobre todo a los dos hermanos.

—Creo que vuestro abuelo, pese a las circunstancias, meditó muy bien todo este plan —dijo Gerard de Villiers—. El símbolo del caos marcando el lugar en el que se encontraba el resorte de la

cámara secreta, la certeza de que recordaríais que «Sésamo» es la «palabra que abre todas las puertas», el diario que sabía que íbais a encontrar en la segunda cámara, y luego todo lo demás, la pista de Ernest Masolivé Palau...

—Tú —manifestó Elisabet.

—He acelerado un poco las cosas. Es posible que por vosotros mismos...

—No —replicó ella con sinceridad—. Sabes un montón de todo eso. Nosotros no habríamos



podido. Por esa razón nos decía que te buscáramos.

—¿Y si pese a todo nos equivocamos? —se empeñó en aguar la fiesta Eduard.

—Habremos perdido un poco de tiempo y vuelta a empezar. —Elisabet se encogió de hombros.

—Un tiempo que no tenemos —le hizo ver el francés—. No con los hombres de negro persiguiéndonos.

—De momento solo es uno, el del tren, y le dimos esquinazo —recordó el chico.

—No creo que sea tan fácil darles esquinazo — opinó Gerard de Villiers—. Son listos, y diabólicos.

—Pero no serán un ejército, digo yo.

—No lo sabemos.

—¿Y los custodios no podrían enviarnos refuerzos?

—Por Dios, Eduard, ¿crees que nosotros sí formamos un ejército o algo así? Somos pocos, y la mayoría ancianos. Nuestra misión es preservar, no combatir. Nunca nos habíamos encontrado con algo como esto, capaz de

ponernos en el disparadero a unos y a otros. Por lo general, las victorias o derrotas son mínimas, y más con el paso de los años, las décadas. Apenas quedan libros prohibidos por salvar. Ha habido épocas muy largas en las que los hombres de negro parecían haber desaparecido. Thot supone una vuelta a los orígenes.

—Esto ya está —les hizo notar Eduard—. Voy a entrar en internet.

Elisabet se puso a un lado. Gerard de Villiers, al

otro. La conexión a internet fue tan lenta como la puesta en marcha del pequeño aparato. Les consumió la impaciencia hasta que por fin pudieron acceder a la red.

El chico tecleó las palabras «San Bartolomé iglesia» en el buscador.

Aparecieron 790.000 resultados.

Los tres primeros correspondían a los lugares religiosos próximos a San Bartolomé de Tirajana, en Gran Canaria. Se trataba de una iglesia evangélica

alemana, una parroquia en Maspalomas dedicada a san Fernando y una iglesia sueca consagrada a san Agustín.

La segunda entrada fue la que les galvanizó.

—¡Ermita de San Bartolomé... en Soria!

Presionaron el acceso y la pantalla les ofreció un pequeño texto referido a la iglesia, así como varias fotos de sus detalles más relevantes.

—Es esta —dijo Gerard de Villiers—. La planta tiene forma de cruz y la parte superior es circular.

—«La iglesia de San Juan de Otero, ahora dedicada a san Bartolomé, se halla en el interior del Parque Natural del Cañón del Río Lobos, en el término municipal Comunero de San Bartolomé, regentado por los municipios sorianos de Herrera de Soria, Nafría de Ucero y Ucero, en Castilla y León. Fue construida en el primer cuarto del siglo XIII, cuando el estilo románico daba paso al gótico, transición que quedó plasmada en la obra arquitectónica. Formaba

parte de un cenobio templario del que solo se conserva la capilla...» —  
Dejó de leer el resto.

—¿Y lo de «Injusticia» escrito arriba?

—Lo sabremos cuando lleguemos —dijo el francés.

Eduard tecleó «San Medero iglesia» en el buscador.

Otra breve espera.

Ciento treinta y seis mil resultados.

—Ruta Santo Medero... Santo Emeterio, Santu Medero en asturiano... Cuba, Ciudad de

México...

—Abre esta página —  
pidió Elisabet.

Hizo lo que le decía su  
hermana. No había  
imágenes, pero sí un breve  
texto: «San Emeterio, Santu  
Medero en asturiano, es una  
parroquia del concejo...».

—Tenemos que  
encontrar una foto de esa  
ermita —indicó Gerard de  
Villiers sin dejar que  
siguiera leyendo.

—Pulsa aquí —señaló  
Elisabet.

Eduard lo hizo.

En la pantalla



aparecieron algunas fotografías de una sencilla iglesia con cuatro pilares en su entrada. Era muy pequeña.

—Lo tengo —suspiró el chico. Y leyó el texto de un pequeño recuadro—: «Esta pequeña capilla rural es una construcción rectangular...» —Hizo hincapié en la última palabra —: Rectangular.

—Increíble. —Elisabet estaba pálida.

—Una en Soria, otra en Asturias. —Eduard hizo patente su nerviosismo al

equivocarse dos veces cuando tecleó en el buscador el tercer nombre.

—San Miguel.

Le añadió también la palabra «Iglesia» y pulsó «Intro».

La lista era de 3.790.000 resultados.

No se desalentaron.

—¿Cuántas iglesias o ermitas de San Miguel tendrán una planta hexagonal? —destacó

Gerard de Villiers.

Entraron en las primeras. Correspondían a dos parroquias de Tenerife.

La tercera estaba en Pamplona, la cuarta en Carabanchel, la quinta en Madrid... También las había en Zaragoza, Navarra, Vigo...

Ninguna tenía una planta hexagonal.

—Esperad, qué burros somos —dijo Eduard.

Y en el buscador añadió la palabra a las otras tres: «hexagonal».

Surgieron 43.600 resultados, pero el primero...

—¡San Miguel de Arretxinaga, en Markina-

Xemein! —cantó victoria  
mientras abría la página  
correspondiente tras  
descubrir la palabra en el  
breve texto explicativo de la  
web—. ¡Ya está! ¡Es esta!

Una de las primeras  
imágenes era la de su planta.

Hexagonal.

—«La ermita de San  
Miguel de Arretxinaga la  
construyeron en el siglo  
XVIII puesto que la anterior  
estaba en ruinas. Tiene una  
planta hexagonal y el tejado  
es piramidal de seis lados.  
Está construida en piedra sin  
labrar. La cúpula es de seis

nervios unidos en el centro por una clave de decoración vegetal. Las tres grandes rocas que alberga su interior son lo más llamativo. Se sujetan entre sí creando una pequeña capilla en cuyo centro está el arcángel san Miguel. Las rocas tienen más de cuarenta millones de años...»

—Las tenemos. —El corazón de Elisabet galopaba a toda velocidad —. Tres santos, tres iglesias perdidas...

—Tiene que ser eso, ¿verdad? —Eduard miró a

Gerard de Villiers.

—Sí —convino él—.

Tiene que ser eso, seguro.

—¿Y la última pista?

—dijo ella.

Miraron el círculo inferior derecho, con aquellos tres números puestos uno encima del otro: 16, 5 y 23.

—¿Una iglesia redonda?

—En Barcelona hay una —recordó Eduard—. La de San Gregorio Taumaturgo.

—Pero es una iglesia grande, en medio de la

ciudad, y con mucha gente entrando y saliendo. Si pensamos con lógica... — Elisabet no se quedó muy conforme con la posibilidad.

—En el círculo de la izquierda los números están en horizontal, separados por puntos. En este aparecen en vertical. Vuestro abuelo lo hizo así para diferenciarlos. Si uno se correspondía con las letras de los siete principios, el otro...

—¿Una fecha de nacimiento? —propuso la chica.

—¿Vuestro abuelo o

vuestra abuela...?

—Ninguno nació el año 23, no. Y menos al revés, en el 16 —fue su terminante respuesta.

—No pensemos en ello ahora. Vamos a tranquilizarnos. —Gerard de Villiers respiró con fuerza —. Tenemos ya una ruta que seguir, aunque no sigue precisamente el sentido de las agujas del reloj como imaginábamos. El círculo inferior izquierdo marcaba el lugar donde se encontraba la primera caja. La segunda y también la más cercana está




en Soria, la tercera en Asturias y la cuarta en Bilbao. La quinta...

—¿Podemos llegar a Soria antes de que se haga de noche?

—No creo que haya más de tres horas en coche —calculó su hermana.

Eduard tecleó en el ordenador por última vez: «Distancia Soria Madrid».

—Son doscientos veintiocho kilómetros —dijo—. Si comemos de camino, incluso a media tarde podemos estar allí.



El aparente buen humor inicial desapareció a las dos horas de verse atrapados en un atasco en la Nacional II con dirección a Barcelona, mucho antes del desvío hacia Soria por la 111 en Medinaceli. El accidente, múltiple, en el que se habían visto envueltos tres camiones, un autocar y varios coches, era visible al fondo de una inmensa curva. La trampa, inevitable. Quizá a su espalda hubiera alternativas, salir de la

Nacional para dar largos rodeos y al menos no estar parados. Pero ellos no podían moverse a no ser que todos los automóviles se pusieran a rodar marcha atrás. La presencia de muchos policías, guardias civiles, bomberos y ambulancias, no hizo sino sembrar de amargura la espera. Finalmente y por los carriles contrarios de la autovía, aparecieron dos grúas dispuestas a retirar los camiones volcados en mitad de la ruta.

A las tres horas, el

tráfico se reanudó.

Para entonces, las esperanzas de llegar y aprovechar la tarde se vieron ya desvanecidas.

No recuperaron las ganas de hablar hasta que su automóvil de alquiler volvió a rodar por la carretera. El ordenador se había quedado sin batería y necesitaba ser recargado. Gerard de Villiers conducía, con Eduard a su lado. Elisabet iba tumbada detrás. Luego se sentó correctamente y se puso el cinturón de seguridad.

Seguía mirando tras de sí.

Sus dos compañeros lo notaron.

Cuando salieron de la Nacional II detuvieron su vehículo en una gasolinera para estirar las piernas y orinar. Gerard lo aprovechó para llenar el depósito aunque no fuese necesario, pues tenían más de la mitad del depósito lleno. Habían comido en un parador de carretera y no tenían mucho apetito. Aun así, Eduard compró un par de paquetes de galletas, una bolsa de

patatas fritas, una botella de agua y otra de Coca-Cola.

Elisabet le esperaba en la entrada.

La vista fija en la ruta.

—¿Seguro que está por aquí?

—Sí, Edu. Seguro.

—Pues me pone bastante nervioso, ¿sabes?

—Yo confío en él.

—¿Porque es guapo?

—No seas memo. —

Suspiró con irritación—. Si hablaras con él, lo entenderías.

—Un tío así da escalofríos, oye. Guapo o

no. Que estés de su parte no es señal de cordura, que digamos.

—Si quisiera hacernos daño ya lo habría hecho.

—Espera a que le llevemos hasta el Libro. Después...

—Si no confías en él, confía en mí.

—¿Por tu instinto femenino y esas cosas?

—Por ejemplo.

—Chicas... —

Chasqueó la lengua—. Siempre con esas.

—Somos más listas que vosotros. —Le sonrió.

—Ajá. —Puso cara de circunstancias.

—Edu.

—¿Qué?

—Te quiero. —Le abrazó antes de que pudiera evitarlo.

—Yo también, pero... ya vale, ¿no?

—Todos los momentos son buenos.

—Ya, pero tú estás la mar de rara.

—Mira quién fue a hablar.

—No me dirás que esto no es fuerte.

—Mucho.



—¿Te das cuenta de que estamos persiguiendo un libro peculiar con un tío al que conocimos hace un par de días, con locos de negro acechándonos, un presunto ángel aleteando por ahí y hasta con el Vaticano metiendo las narices?

—Me doy cuenta de que el abuelo murió por algo en lo que creía. Se lo debemos.

Eduard no tuvo ganas de seguir hablando.

Elisabet supo que también pensaba en sus padres.

—Regresemos al coche  
—se resignó.

Gerard de Villiers ya estaba sentado al volante. Esperó a que se acomodaran. Esta vez ella se sentó delante, y su hermano, atrás. Eduard abrió la bolsa y, tras ofrecerles algo a ellos, se puso a masticar con fuerza.

—¿Queréis música? —  
propuso el conductor.

Ella tenía dolor de cabeza, por la tensión, pero no dijo nada.

—A ver si pillas algo fuerte —dijo Eduard devorando patatas fritas y

galletas como si no hubiera comido en horas.



El hotel Parador de Soria estaba situado en un parque, el del Castillo. Preguntaron por él al llegar a la ciudad por la simple razón de que era el mismo en el que había dormido su abuelo en su última noche. La mezcla de sentimientos, atracción, nostalgia y respeto les impulsó a obrar de esa forma, sin pensar en otra. Gerard de Villiers no dijo

nada, se limitó a conducir hasta su destino, aparcar el coche y acompañarlos. Ni Elisabet ni Eduard pidieron la misma habitación que Enric Ardiach. Ni siquiera preguntaron por él y su estancia. Después subieron a sus cuartos, de nuevo tres, uno para cada uno, y mientras el chico dejaba cargando el ordenador bajaron a cenar. Los mapas de la provincia facilitados en la recepción les mostraron el camino hasta la ermita de San Bartolomé, en el Cañón del Río Lobos, una zona

abrupta y con un entorno de extremada belleza natural. Por lo menos, así se vislumbraba en las fotografías que jalonaban las rutas.

—Aquí se habla de la ermita —indicó Eduard—. Muy cerca hay un castillo templario.

—«Ucero» —leyó Elisabet.

—Dice que la ermita solo se abre el 24 de agosto, durante la romería de san Bartolo y la virgen de la Salud.

—¿Está cerrada? —se

inquietó el chico.

—Ya veremos. —No supo qué decirle su hermana —. No vale la pena preocuparse ahora.

—¿Qué te pasa?

—Me duele la cabeza.

—Haberlo dicho antes.

—No importa. Necesito cenar algo suave y acostarme, eso es todo.

Eduard siguió mirando el mapa y leyendo lo poco que en él se decía de la pequeña ermita.

—¿Cuánto te cae por forzar la puerta de una iglesia? —preguntó.

—No seas burro, hombre.

—Pues ya me dirás.

Cenaron frugalmente y, por unos minutos, dejaron a un lado el motivo de su viaje y todo lo demás. Quizá el abuelo se hubiera sentado a aquella misma mesa. Tal vez ahora uno de ellos dormiría en la cama que ocupó él. Elisabet se dio cuenta demasiado tarde de que, posiblemente, había sido un error instalarse allí.

Cuando acabó la cena fue la primera en retirarse.

—¿Os importa?

—No, claro. —Gerard de Villiers se mostró solícito.

—Descansa —se despidió su hermano—. Y si aparece el ángel nos llamas.

Lo fulminó con una mirada poco amigable.

Y se llevó consigo su enfado.

Cuando cerró la puerta de su habitación, la golpeó el silencio con su furia. Silencio frente al ruido de sus pensamientos y furia frente a lo que sentía.

Impotencia, rabia, una creciente sensación de



desamparo.

Pese al cansancio, no se desnudó para meterse en la cama. Salió a la terracita y se acodó en la barandilla. No hacía frío, pero tampoco calor. La temperatura rozaba el equilibrio de lo permitido a la intemperie. Quizá por ello se estremeció al golpearla una ráfaga de viento y se abrazó a sí misma.

¿Le encontraría de nuevo si salía del hotel y daba una vuelta por los alrededores?

¿Estaría allí, al otro

lado de los árboles y las  
sombras del parque?

¿Acaso los ángeles no  
bajaban del cielo?

Se rió de su absurdo  
pensamiento.

—¿Dónde estás? —le  
preguntó al aire.

Ninguna respuesta.

Deseaba hablar con él.

Volver a asomarse a  
sus ojos.

Necesitaba...

¿Qué?

—¿Qué? —se dijo de  
nuevo en voz alta.

Otra ráfaga de viento la  
hizo temblar.

Ya no quiso seguir allí fuera. Ni eso ni probar suerte saliendo del hotel, como una niña ansiosa o una mujer invadida por la curiosidad. Se metió en su habitación y cerró la puerta acristalada del balconcito.

Los ojos de Gerard de Villiers, en la terraza contigua, amparados tras sus propias sombras y los cristales de su puerta, apenas si se demoraron unos segundos en dejar también su observatorio.

Elisabet apagó la luz después de ducharse y

relajarse todo lo que pudo.

Sabía que le costaría mucho conciliar el sueño.

# DÍA 12

Estaba allí.

En su habitación.

A su lado.

Sentía su respiración acompasada, y aspiraba el aroma que desprendía su piel.

Le acariciaba el rostro, le apartaba el cabello de la frente, le rozaba los labios con las yemas de los dedos y luego la mano descendía por la barbilla, el cuello...

No quería despertar, pero lo hizo cuando él se detuvo.

Abrió los ojos.

Era de noche, estaba oscuro, pero le vio porque brillaba como un ascua.

—Eres un ángel —  
susurró.

Y Enzo lo negó con la cabeza.

—No —dijo.

—¿Entonces...?

Aquellos ojos eran dos abismos. Ella estaba en la cama, boca arriba, y él inclinado encima de ella, pero fue como si cayera en

lo más profundo de su ser.  
Un viaje sin fin. Un viaje  
dulce porque lo hacía a  
través de su luz mágica.

—Soy un ser de otro  
mundo —musitó él.

La respuesta fue un  
arrebato.

Le dolió la razón.

—¿Extraterrestre?

Enzo sonrió.

—No, solo de otro  
mundo.

—¿Cuántos mundos  
hay?

—Solo uno: este. Pero  
tiene muchas partes.

—No te entiendo. —Se

sintió agotada.

Se acercó a ella y la besó.

Un beso muy dulce, tierno y electrizante a la vez.

Elisabet se dejó llevar.

No pudo abrazarle, solo sentirle.

—Yo te protegeré. —

La acarició con la calidez de su voz sin dejar de rozar sus labios.

—No quiero que me protejas... Quiero...

Enzo la besó de nuevo. Tapó su boca. Dejó que sus emociones crearan el más hermoso de los diálogos más



allá de las palabras. Elisabet intentó levantar los brazos, pero por segunda vez no lo consiguió. No tenía fuerzas. No tenía voluntad. No tenía nada salvo la pequeña cordura de saberle allí.

En su sueño.

—Eres tan hermoso...

—exhaló, rendida.

—No te engañes con eso.

—Hay algo en ti...

Le dolió el alma.

Se dio cuenta de algo más, de que estaba desnuda, desnuda sobre la cama, y no le importó. En absoluto.

Quería volar. Quería gritar.  
Quería que él la tocara  
porque todo su cuerpo era de  
fuego. Los últimos vestigios  
de la niña desaparecían para  
sorprenderse con el  
nacimiento de la mujer,  
plena, vital, sensible y capaz  
de amar.

Amar.

Extraña palabra.

—Enzo...

—Tienes que despertar

—dijo él.

—No.

—Es hora. Tienes que  
hacerlo.

—¡No!

—Elisabet...

—Por favor, no... no, sigue —gimió—. Si despierto, no estarás conmigo, volveré a la realidad...

—Estaré contigo.

—¡Elisabet!

Dos voces. Una era la de Enzo alejándose. La otra la que trataba de despertarla mientras la movía, la zarandeaba.

Lo intentó.

—¡Elisabet, despierta!

No fue el dolor de la ausencia lo que la obligó a abrir los ojos. Fue la



llamándote por teléfono y al final la camarera me ha abierto tu puerta —quiso justificar él—. Es tardísimo.

—Lo siento. —Miró el teléfono. Tenía una almohada encima. Las brumas de su sueño desaparecían rápido—. Dadme diez minutos, me ducho, me visto y... Por favor.

Eduard se levantó de la cama.

—Te esperamos abajo —se despidió.

—Sí, gracias.

El chico cerró la puerta.

Elisabet no se movió.

Todavía no.

Miró su habitación, de arriba abajo, sabiendo que, de alguna forma, él había estado allí, no físicamente, pero sí en esencia, con su alma, con su pensamiento.

Unido a ella.

—¿Qué está pasando aquí? —Volvió a sentirse aplastada en la cama.



Tenía una llamada perdida de Conrad Vallbona. La descubrió cuando conectó el

móvil al terminar de desayunar. No supo si devolvérsela o no, pues no querría que nada interfiriera en lo que iban a hacer. Al final decidió que sí, que podía ser importante. En su nuevo horizonte existían demasiados frentes abiertos, la muerte de Enric Ardiach, las investigaciones del accidente, la muerte de Manfred Guntz, temas de herencias, la misteriosa primera caja desaparecida después de que Ernest Masolivé Palau se la entregara a su abuelo...

Fue Eliseu Masó el que se puso al aparato.

—Ah, perdón —se excusó ella, como si hubiera marcado mal el número sin acordarse de que era una devolución de llamada y que, por tanto, su abogado se la había hecho desde el teléfono de la oficina—. Quería hablar con el señor Vallbona.

—Está reunido —la tranquilizó de inmediato—. Pero me ha dicho que si llamabais le avisara.

La voz desapareció de la línea. El tímido Eliseu



Masó les tuteaba, pero mantenía las distancias. La espera no fue muy larga. Gerard y Eduard hablaban de pie un poco más allá de la puerta del comedor del hotel.

—¡Elisabet! ¿Dónde estás?

—En Soria.

—¿Y qué hacéis en...?

—No acabó la frase.

—Estamos reconstruyendo los últimos pasos del abuelo, ya se lo dije.

—¡Válgame Dios! Pero ¿por qué?

—Nos dejó unas pistas y unas claves, ¿recuerda? Buscamos lo que él andaba persiguiendo. Después de Soria iremos a Oviedo y luego a Bilbao.

—No iréis a meteros en problemas, ¿verdad?

—Espero que no.

—¿Y si vuelven a intentar quitaros esos papeles como ya sucedió en Barcelona?

No quiso hablarle de Albert Guntz, ni de que Enzo di Angelis estaba cerca. A fin de cuentas, la policía le buscaba por haber

matado al hombre de negro.

—Tranquilo. Nos acompaña un amigo del abuelo.

—¿Quién?

—Gerard de Villiers, el de la nota.

—¡Dios santo! ¿De qué va todo esto?

—Ya se lo contaré, Conrad. Ahora tengo que irme. Se ha hecho un poco tarde.

—No me quedo nada tranquilo.

—Pues quédese.

—Cualquier cosa... me llamáis a mí o a Eliseu, que

siempre sabe dónde encontrarme, ¿vale?

—Vale.

—Maldita sea — rezongó por última vez—. No tenía bastante con un loco que ahora tengo dos.

—Como el abuelo le oiga...

La despedida fue rápida. Tomó el último sorbo de su naranjada y se levantó de la mesa. Gerard de Villiers ya había pagado la cuenta y Eduard cargado el coche. Quedaba lo último, informarse.

Cuando llegó hasta

ellos, su hermano y su compañero hablaban con uno de los recepcionistas del hotel. Tenían un mapa abierto entre los tres.

—... así que, una vez en la carretera que va a Ucero, cogen la desviación que lleva al Cañón del Río Lobos, no hay pérdida. El camino, ya lo verán, es precioso. Único. Como además tienen que dejar el coche y andar unos dos kilómetros hasta la ermita, lo hacen despacio, que vale la pena.

—¿La ermita sigue

abandonada?

—Sí. Hay planes para reabrirla y así poder visitar su interior en primavera y verano, pero... La gente se ha vuelto muy comodona, y eso de tener que caminar dos kilómetros a pie no les va, por bonita que sea y restaurada que esté. Si hubiera carretera hasta la misma puerta sería otra cosa. Y eso que estamos hablando del centro del mundo.

Había dicho esto último con orgullo.

—¿El centro del mundo? —Eduard hizo la

pregunta obligada.

—Claro —se jactó el recepcionista—. La ermita está justo en medio de la línea que uniría el cabo de Finisterre y el de Creus, que son los más septentrionales de España. A ese punto se le llama Omphalos, el centro del mundo. También hay una leyenda.

—¿Cuál? —le tocó el turno a Gerard de Villiers.

—El apóstol Santiago montaba en su caballo sobre el Cañón del Río Lobos. Los cascos dejaron sus huellas en la piedra, muy cerca de

donde van a pasar ustedes, pero fue la espada, que se le cayó al suelo y quedó clavada de punta, la que señaló el lugar en el que iba a construirse la ermita.

Era suficiente.

—Ha sido muy amable.

—Eduard inició la retirada.

—A mandar. ¡Y no dejen de visitar el castillo templario de Ucero!

Salieron al exterior y alcanzaron el coche en silencio.

—¿Con quién hablabas por teléfono? —preguntó Gerard de Villiers cuando



ocupó su lugar al volante y mientras se ponía el cinturón de seguridad.



Cuando el coche arrancó, Enzo di Angelis puso la moto en marcha. La distancia, más de cien metros, amparó el rugido de la poderosa máquina. Dejó que el vehículo tomara una breve ventaja y luego le dio gas. Al comienzo, por la ciudad, la proximidad con su objetivo fue mayor. Ya en la carretera se olvidó de las

precauciones. Aunque lo perdiera de vista, ahora sabía adónde se dirigían.

Bastaba con estar cerca y dejarles margen.

Quizá todo acabase en unas horas.

Ese mismo día.

La posibilidad le hizo estremecerse.

Sus perseguidos abandonaron Soria en dirección sudoeste para dirigirse a Burgo de Osma, a unos setenta y cuatro kilómetros. Fue un trayecto lento por la presencia de obras y camiones en la N-

122. Tardaron casi una hora y media en llegar a su destino. Una vez allí, enfilaron hacia el norte por la SO-920. Ucero se encontraba a unos dieciocho kilómetros.

Enzo había recorrido una docena, por un paraje apacible y silencioso en torno a Valdelinares, cuando de pronto vio aparecer por detrás un coche a toda velocidad. Primero tensó su cuerpo, luego volvió a relajarse. Las dos chicas, con sus melenas ondeando al viento en el descapotable de

color rojo, le adelantaron entre risas. La que iba en el asiento del copiloto levantó una mano. Luego se soltó de su cinturón de seguridad y se puso en pie con los brazos abiertos.

Le gritó algo.

Enzo intentó concentrarse en la carretera.

Porque el adelantamiento no acabó de completarse.

El coche rojo se situó a su altura.

Llevaba puesto el casco, no le veían el rostro, en modo alguno podían ser

como todas las demás, eternamente presas de su encanto. Y sin embargo...

—¡Guapo!

Frenó un poco, para dejarlas pasar.

Ellas también lo hicieron.

La conductora dejó de mirar la carretera para hundir en él sus hermosos ojos azules.

Eran muy atractivas.

—¿Adónde vas con eso entre las piernas? —le provocó.

No supo qué hacer. Si daba gas y se alejaba de

ellas, eran capaces de hacer lo mismo y convertir la ruta en una peligrosa bomba de relojería, porque la carretera era estrecha y sin márgenes a los lados. Si volvía a frenar y el coche lo imitaba, quizá creyesen que se detenía para entablar conversación.

Por lo menos no había excesivas curvas.

Pero eran dos locas.

Dos locas con ganas de marcha y diversión.

Le dio gas a la moto.

Salió despedido hacia delante, unos metros, los justos para esquivar el

vehículo que apareció de pronto y le lanzó un serio aviso por medio de su claxon airado. Las dos jóvenes no frenaron. También aceleraron y volvieron a adelantarle, esta vez por la izquierda. El coche rodó unos metros por encima de la línea divisoria.

La que iba en el asiento del copiloto extendió una mano hacia él.

La conductora volvió la cabeza.

Solo Enzo vio el camión surgiendo como una fantasmal mole.

—¡Cuidado!

Con el coche encima de la línea divisoria, el camión no podía pasar. Lo único sensato era que él frenara en seco y ellas recuperaran el sentido de su marcha.

Lo hizo.

Sobre un pequeño e inesperado montón de gravilla, probablemente caída de la parte superior de la carga de otro camión.

El resto fue muy rápido.

La conductora se dio cuenta del peligro y dio un golpe de volante. El camión



rugió con su aviso, y más que una bocina lo que hizo sonar fue una sirena de alarma que se prolongó por espacio de varios segundos con farragoso delirio. Unos y otros consiguieron situarse en su camino y pasar a menos de un palmo sin rozarse.

El camión se alejó por un lado.

El descapotable por el otro.

Nadie vio la salida de carretera de Enzo y su moto, disparados y sin control hacia la cuneta, en la que se

hundió la rueda delantera.

Ni la voltereta por el aire.


Ni la forma en que la máquina dio varias vueltas de campana sobre la tierra.

Ni el choque del piloto contra uno de los árboles.

La carretera quedó de nuevo silenciosa.

En el suelo, entre las hierbas que lo ocultaban, Enzo se quitó el casco con rabia y miró su pierna izquierda, doblada en una posición de lo más inverosímil, probablemente rota por dos o tres lugares a

la vez.

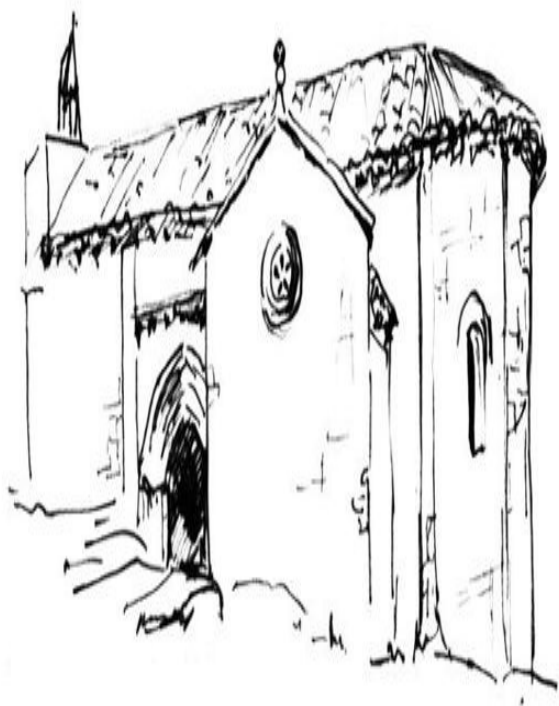


El recepcionista del  
hotel no había mentido.

El paisaje era  
impresionante.

El cañón del río Lobos,  
la senda hasta la ermita...

Y, finalmente, ella.



Se detuvieron frente a su puerta principal, con un arco embelleciéndola y

diversos ornamentos en la parte superior. El resto parecía muy sencillo. Mientras Eduard examinaba sus anotaciones, los papeles impresos de internet y lo que habían conseguido de la ermita en el hotel, la rodearon buscando algo, un indicio, una entrada que no fuera la normal.

Volvieron a la puerta principal sin dar con nada salvo los óculos de los hastiales norte y sur, en los que se veía un pentágono central invertido, con una punta hacia abajo y dos

hacia arriba.



—¿Será eso? —dijo Elisabet—. Parece que ha sido restaurado no hace mucho.

—Aquí pone que esto es de influencia árabe —explicó Eduard—, porque se trata de cinco corazones entrecruzados, pero que el triángulo invertido también representa la copa, el grial. Habla de esoterismo y bla, bla, bla.

Miraron a Gerard de Villiers, pero su compañero contemplaba más bien todo el conjunto.



Especialmente la  
puerta.

—Tiene que estar dentro —dijo Elisabet—. Si no logramos entrar, no lo conseguiremos.

—¿Qué más dicen los papeles? —preguntó Gerard de Villiers.

—Dicen que es un lugar mágico. —Los ojos del chico iban de un lado a otro de la documentación—. «Obra cumbre del simbolismo pétreo iniciático templario», «manifestación castellana del carácter esotérico de las Cofradías

del medioevo»...

—Sáltate la historia, ¿quieres? —le pidió su hermana.

—¿Quieres mirarlo tú? —se enfadó él.

—Vamos, tened calma. Los nervios no ayudan —dijo el francés—. Si la caja con el segundo rollo del Libro está aquí, no creo que Ernest Masolivé Palau la dejara a la vista, ni con un letrero de aviso. Hay que encontrar la pista de vuestro abuelo.

—Nos quedan cuatro —suspiró ella.

Gerard de Villiers extrajo el papel del bolsillo de su pantalón.

—Tenemos los pasajes de *Las estancias de Dzyan*, el séptimo punto del tratado XIII del *Corpus hermeticum* y el cuarto de *La Tabla Esmeralda* a falta del Manuscrito Voynich.

—¿Y si es ese? — Elisabet mostró un deje de abatimiento.

—¿Por qué no has llamado a tu padre? — preguntó Eduard.

—Lo siento. — Chasqueó la lengua y

contempló las figuras de la parte superior de la puerta de la ermita.

—¿Que lo sientes? — no pudo creerlo ella—. ¿Y si es la pista que corresponde a esta ermita?

—Veamos si es una de las tres que sí tenemos. — Levantó una mano y señaló las figuras—. ¿Qué son esas cosas?

Eduard lo buscó.

—Se llaman «canecillos» —dijo—. Son adornos salientes que también sirven para sostener pequeñas cornisas, balcones

o bustos. Representan imágenes diversas. —Los enumeró uno a uno desde la izquierda—. Tres rollos musulmanes, un hombre con un tonel, una figura humana tan deteriorada que no se sabe qué es, una cabeza humana, la letra H, una cabeza de lobo, un barril, cuatro cabezas de personas formando una cruz...

Gerard de Villiers examinaba las pistas escritas por Enric Ardiach.

Los dos hermanos notaron su súbita rigidez.

La forma en que subía

las cejas.

—Lo tengo —exhaló.

Se acercaron a él.

—¿Estás seguro? —

balbuceó Elisabet.

—Mirad. —Sacó las pistas dejadas por Enric Ardiach y su dedo índice se posó sobre la palabra escrita en la parte superior de la cruz que simbolizaba la planta de la ermita de San Bartolomé.

—«Injusticia», sí —  
leyó Eduard.

—Ahora fijaos en la pista del *Corpus hermeticum*. La relación de

castigos y su orden.

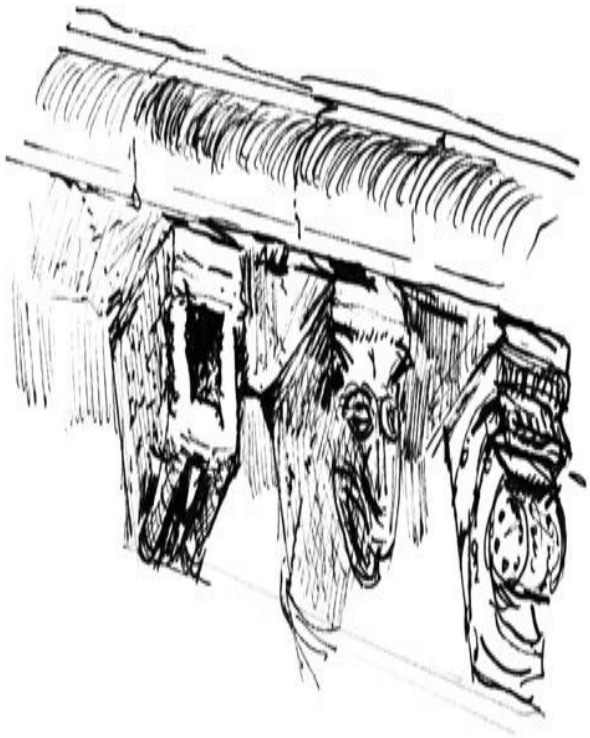
—«El primero, hijito, es la ignorancia, el segundo la tristeza, el tercero la intemperancia, el cuarto el deseo, el quinto la injusticia...»

Elisabet dejó de leer al pronunciar la palabra.

—¿Cuál es el quinto canecillo, Eduard?

—La letra H —musitó él boquiabierto—. Aquí dice que... según el ocultismo, se corresponde con el hermafroditismo, con Hermes y con Hiram, el maestro constructor del

templo de Salomón. Es una letra muy representativa en el mundo iniciático.





—Oh, Dios —gimió  
Elisabet—. ¿Lo hemos  
encontrado?

No tuvo respuesta.  
Gerard de Villiers ya  
buscaba algo para  
encaramarse a la parte  
superior de la puerta de la  
ermita.



La altura era considerable, y  
no tenían ninguna escalera.  
Las opciones eran simples:  
ir a por una, así como a por  
herramientas por si había

que golpear la piedra, o ingeniárselas con aquello de que dispusieran, que no era mucho.

—Yo puedo trepar hasta ahí —dijo Eduard.

—Te vas a romper la crisma —se preocupó Elisabet.

—¿Ya haces de madre? He subido por lugares que ni te imaginas.

—Desde aquí no veo nada —convino su compañero—. No estaría de más cerciorarnos.

Eduard inició la escalada por la parte

izquierda de la puerta.

—¿Y si está enterrado literalmente en la piedra? — insistió Elisabet haciendo de abogado del diablo.

Ninguno de los dos le contestó.

El ascenso no fue fácil. Había huecos en los que hundir el pie o simplemente apoyarse, meter la mano y agarrarse con los dedos, pero las piedras, pese a las reformas evidentes en la estructura, estaban gastadas en muchos lugares. Por dos veces resbaló. Por dos veces mantuvo el equilibrio

precariamente. La altura tampoco era excesiva. Apenas habría representado una caída de tres metros. Cuatro desde la parte superior del arco de la puerta.

Eduard no pudo alcanzar ese punto.

Pero sí verlo mejor.

—Esa H es diferente de las dos cabezas que tiene a ambos lados —dijo—. La base parece encajada en la piedra, no en un apoyo frontal como las otras dos.

—Baja —le pidió Gerard de Villiers—.

Necesitamos subir ahí arriba en condiciones.

—Pues ya me dirás. —

Eduard obedeció su indicación.

Saltó cuando ya no había peligro y se agarró a su hermana.

—¿Qué hacemos ahora? —quiso saber ella.

—Esperadme aquí. Voy a ver por entre esos árboles —dijo su compañero.

Le vieron caminar hacia el bosquecillo cercano. La idea de volver al coche, llegar a Uzero y comprar una escalera parecía la más

lógica. Elisabet se mordió el labio inferior al darse cuenta de un detalle.

—El abuelo estuvo aquí, ¿verdad?

—Sí, pero a sus años...

—Eduard hizo un gesto amargo—. ¿Cómo iba a sacar la caja él solo? Debió de comprender que era imposible, y probablemente también las otras, porque ese millonario no iba a enterrarlas en lugares de fácil acceso, digo yo. Regresó con la primera a Barcelona dispuesto a volver con ayuda.

—Si es que quería sacarla.

—Yo creo que sí quería. Ya tenía una.

—Maldita sea... ¿dónde estará esa dichosa caja? Tuvo que enviársela a sí mismo, pero ¿a qué lugar?

—La huelga de Renfe, el accidente de avión... Todo se confabuló en su contra.

—Vamos, cálmate. — La chica le pasó un brazo por encima de los hombros.

Unas veces era ella la que se venía abajo, otras, él.

La voz de Gerard de

Villiers les arrancó de su limbo.

—¡Venid!

No tuvieron que caminar mucho. Apenas se internaron por el bosquecillo se encontraron con él. A causa de alguna tormenta, vendaval o por las heladas del pasado invierno, varios árboles estaban caídos, ya secos. Algunos eran muy grandes y pesados, pero otros no.

—¿Creéis que entre los tres...? —El francés tenía un pie apoyado sobre uno de los más delgados.



Hicieron la prueba.

Y lo lograron.

Gerard en un extremo y ellos dos en el otro.

—Vamos a limpiarlo un poco. —Volvieron a dejarlo en el suelo—. Arranquemos las ramas más grandes, pero no de raíz, dejad la base, para que nos sirvan de peldaños.

Se aplicaron a ello durante los diez minutos siguientes, hasta acabar empapados de sudor, porque el mediodía había pasado hacía rato y el sol caía a plomo por entre los árboles.

Cuando el tronco quedó convertido en un palo tieso y lleno de ramas cortadas, lo volvieron a coger entre los tres y lo trasladaron hasta la puerta de la ermita. Seguía sin haber nadie cerca, así que se movieron a su antojo, sin mayores problemas. Apoyaron la parte más gruesa en el suelo y la más débil en lo alto. Quedó prácticamente a la altura del arco superior de la puerta.

—Subo yo —dijo Eduard.

—No, espera, lo haré yo —se ofreció Gerard de

Villiers tomando la iniciativa—. Sujetad el tronco.

Le obedecieron. El francés trepó despacio, afianzando los pies en las ramas cortadas y agarrándose con las manos. A la mitad del recorrido, la ascensión fue más lenta. Cuando por fin pudo apoyarse en la pared con las manos, lo más difícil fue asentar los pies y mantener el equilibrio. Los últimos centímetros fueron los más peligrosos.

Hasta que llegó al

canecillo de la H.

Primero lo tocó.

Después tiró de él.

—¡Se mueve! —les dijo.

Elisabet y Eduard lo contemplaron desde abajo, expectantes.

El canecillo era una puerta. Se sacó las llaves del coche del bolsillo y rascó con una el cemento que protegía sus lados. Fue muy paciente. Tardó unos dos o tres minutos, que se hicieron muy largos. Luego la entreabrió, sobre la parte derecha, encajada en dos

huecos que permitían su giro aunque de forma muy irregular y difícil.

La caja estaba allí.

Introducida

longitudinalmente en un hueco hecho a su medida.

Pese al polvo, la luz del sol logró arrancarle un destello.

Gerard de Villiers apenas si pudo reprimir la emoción.

—¡Está aquí! —les gritó.

Tuvo que agarrarse al tronco y a la pared porque casi se vino abajo.

Después tiró de ella.

—No podré sostenerla  
yo solo —les dijo—.  
Preparaos porque os la  
dejaré caer.

Por primera vez en  
muchos años, la caja de  
metal con una de las cinco  
partes del Libro de Thot  
volvió a la vida.



La caja era transportada por  
Eduard y Gerard con sumo  
mimo. No pesaba mucho,  
apenas cinco o seis kilos,  
pero era mejor llevarla entre

los dos. Mejor y más seguro. Le habían quitado el polvo, eso era todo. ¿Abrirla? Imposible. Tenía una cerradura con un sistema de apertura formado por cinco dígitos.

Simplemente, no se habían atrevido.

La vieja idea de que una trampa, un método de protección interior, pudiera destruir su contenido, les frenaba.

Sus tres corazones latían muy rápido.

—¿Cuánto falta para llegar al coche? —jadeó

Eduard, bañado en sudor—. Se me hace más larga la vuelta que la ida.

—Creo que está ahí —  
indicó Elisabet—.  
Doscientos o trescientos  
metros.

—¿Quieres descansar?  
—preguntó Gerard de  
Villiers.

—No, hombre —se  
picó el chico—. Solo tengo  
ganas de salir zumbando de  
aquí.

Elisabet ya no miraba a  
su alrededor desde hacía  
rato.

Ahora sí lo hizo.



¿Dónde estaba él?

Por un lado, no quería verle, sino irse cuanto antes con su recompensa. Por el otro, haber dado con la primera caja siguiendo las pistas de su abuelo la obligaba a sospechar que aparecería en el momento más inesperado.

Él.

Y después del sueño sabía que verle dispararía todas sus emociones.

¿Por qué?

¿Desde cuándo perdía la razón, o lo que fuera, por un chico?

Aceleró el paso.

Quería gritar.

—Ahí está el coche. —

Se sintió aliviada al decirlo.

Cubrieron los últimos metros en silencio. Se detuvieron junto al vehículo y dejaron la caja con mucho cuidado en el suelo. Gerard de Villiers buscó las llaves en el bolsillo de su pantalón.

Fue al introducir la primera en la cerradura de la puerta cuando oyeron la voz.

—Muy bien. Ahora quietos y tranquilos, ¿de acuerdo?

Se volvieron al

unísono.

Albert Guntz les estaba apuntando con una pistola.

No era muy grande. Parecía de juguete. Pero era un arma. Su mano se movía en abanico, abarcándoles a los tres. Lo peor, sin embargo, no era ese peligro. Lo peor era la mueca que enmarcaba su rostro. Una expresión en la que habitaban un sinfín de sensaciones, asco, odio, desprecio, ira...

No dijeron nada.

—Pequeños imbéciles  
—les insultó el alemán con

un fuerte acento bávaro.

Se acercó a la caja. Le sorprendió hallarla todavía cerrada.

—¿No la habéis abierto?

El silencio se mantuvo.

—¿Estáis sordos? —  
Tensó su mano armada.

—No sabemos la combinación —dijo Gerard de Villiers—. Puede ser una trampa.

Albert Guntz la golpeó ligeramente con el pie.

—¿Quién dice que queramos ver ese engendro antes de destruirlo? —

escupió cada una de sus palabras.

—No sabes dónde están las otras —volvió a hablar el francés.

—Pero vosotros sí, ¿me equivoco?

—No tenemos ni idea. Esto ha sido suerte. — Señaló la caja.

—¿Queréis morir por nada? —Esbozó una ligera sonrisa de desprecio.

—Nos matarás igual.

—No. —Se encogió de hombros con una indiferencia que resultó demasiado fingida—.

Debería, sí, por mi hermano. Pero no es importante. ¿Para qué perder tiempo? Vamos a llevar la caja a mi coche. Lo tengo a unos cien metros.

Se apartó para dejar que la cogieran.

—Metedla en el coche —ordenó.

Eduard y Gerard le obedecieron. Dieron un paso en dirección al maletero.

—No, ahí no. —Albert Guntz se lo impidió—. Ponedla delante. En el portaequipajes iréis vosotros.

—Estás loco —replicó

furiosa Elisabet.

—Eres guapa. —Él olvió a sonreír—. Quizá haga algo contigo antes de que me digas dónde están las otras cajas. Ábreles la puerta.

—Cerdo...

—¿Le disparo a tu hermano en la pierna?

Hizo lo que le pedía. Abrió la puerta del coche. Eduard la miró con mucha inquietud.

—¿Dónde está ahora tu amigo, joder? —musitó con voz apenas audible.

—Cállate —suplicó

ella.

—Ahora dadme todo lo que tengáis y contadme todo lo que sepáis. —El alemán se mostró satisfecho.

Apuntó a Elisabet a la cabeza.

—Vale, vale. —Eduard sacó el pliego de papeles impresos de internet. Los llevaba doblados en el bolsillo trasero del pantalón. La brisa no era muy fuerte, pero si los dejaba en el suelo sabía que volarían.

Estuvo tentado de hacerlo.

Hasta que descubrió la



silueta de una nueva figura en la escena, surgida tan de la nada como Albert Guntz había aparecido ante ellos.

Vicenzo di Angelis.

Enzo.

No pudo evitarlo: le traicionaron sus ojos por la sorpresa.

Su rostro no. Logró mantenerlo hermético. Pero sus ojos...

Aquel brillo.

Y la dirección, en un punto concreto a espaldas del alemán.

Albert Guntz se volvió en seco. Enzo ya corría

hacia él. La mano armada se levantó justo en el momento en que el muchacho iniciaba el salto.

El disparo les asustó a todos.

Un trueno en la mañana.

Enzo recibió el balazo en mitad del pecho un segundo antes de caer sobre su asesino.



Rodaron por el suelo convertidos en una sola persona, abrazados igual que

en un baile demoníaco e infernal. Al eco del disparo sucedió el grito aterrorizado de Elisabet.

Luego todo quedó circunscrito al sordo fragor de la pelea, los jadeos, los golpes cruzados, Albert Guntz intentando apuntar de nuevo, Enzo buscando sus puntos vitales para acabar con él.

El segundo disparo del hombre de negro se perdió en el aire.

Enzo golpeó su rostro con un impacto seco. Su oponente se lo devolvió con

la pistola por delante.

El cañón abrió una brecha en la mejilla de su inesperado amigo.

—¡Ayudadle! —

Elisabet rozó la histeria.

Gerard de Villiers se adelantó a Eduard.

El tercer y último disparo del alemán silbó junto a su oído.

Ni siquiera supo si fue casual o no.

Se echó cuerpo a tierra.

El forcejeo duró ya muy poco. Apenas tres segundos. Enzo dobló el brazo armado mientras

Guntz perseguía sus ojos para dejarle ciego. El primero logró su objetivo. El segundo no. La pistola cayó a un metro de distancia.

Se despreocuparon de ella.

Acabaron de pie, estudiándose el uno al otro.

Elisabet, demudada, buscó la huella del disparo en el pecho de Enzo.

Luego miró su mejilla.

No sangraba.

No entendió nada, pero tampoco tuvo mucho tiempo para pensar en ello. Los dos enemigos comenzaron a

darse golpes, con los pies y con las manos abiertas. Una pelea a la oriental en la que uno y otro buscaban los puntos vitales del oponente. Había visto algo parecido en muchas películas, pero aquello era de verdad. La velocidad de los movimientos resultaba vertiginosa. La defensa era tan importante como el ataque. Una coreografía singular que duró otros diez, veinte segundos.

Eduard miró la pistola.

Pero estaba justo entre ellos.

El último grito de Elisabet coincidió con una patada tremenda de Albert Guntz a la pierna sobre la que se apoyaba Enzo.

El muchacho de los ojos transparentes hincó una rodilla en el suelo.

Eso fue todo.

El hombre de negro sonrió prematuramente.

Iba a descargar el canto de su mano derecha con intención de matar y olvidó protegerse.

O eso o Enzo fue más astuto y más rápido.

Desde el suelo, girando

sobre sí mismo noventa grados, su patada alcanzó de lleno a Guntz en el pecho.

Le robó el aliento y algo más.

Lo inmovilizó.

El siguiente golpe, de abajo arriba, impactó en su mentón y le abatió la cabeza hacia atrás.

Si el primer crujido fue espeluznante; el segundo, en la nuca, sobre las cervicales, fue peor.

Albert Guntz cayó de espaldas y ya no se movió.

Enzo lo hizo de bruces, agotado, al borde de la



inconsciencia.

# INTERMEDIO 2

*MÓDENA, ITALIA,*

*1 DE NOVIEMBRE DE 1751,*

*DOCE Y DOS MINUTOS DE LA NOCHE*

Su grito fue amargo:  
—¡Perdóname!

El diablo sonrió, y su

sonrisa era de hielo.

El hielo más ardiente del infierno.

Cuando tocó su espíritu y se apoderó de él, el muchacho conoció todo el dolor del universo.

Y también todos sus placeres.

Solo que los placeres dolían tanto o más.

Las risas, los cantos, los goces, el poder, la riqueza, la eternidad...

—¡No! —gimió.

—Es lo que deseabas y lo que he venido a darte. —  
Lo envolvió con la

profundidad de su cadencia  
aquella voz que, de pronto,  
no solo surgía de todas  
partes, sino que estaba en sí  
mismo—. ¿Tengo que  
recordarte que me has  
llamado?

Lo había hecho, sí.

Y, pese a la advertencia  
del libro y del hechizo, había  
mirado la luz.

¿Por qué?

Un simple gesto.

La condenación.

El diablo se acercó más  
y más, penetró en su alma.

—Querías tener  
siempre diecinueve años, y

los tendrás. Querías ser hermoso, para que las mujeres se enamoraran de ti y te otorgaran sus favores sin medida, y lo serás. Querías gozar de riquezas y conocer los límites de la existencia, y gozarás de ellas. Querías ser inmortal, y lo serás trece veces veinte años cada vez, trece veces veinte años por cincuenta y dos ciclos, trece veces veinte años por cincuenta y dos ciclos repetidos a lo largo de siete eras...

—Te lo suplico, así no... No...

—Ya es tarde. —El diablo le acarició la cabeza igual que un padre cariñoso —. Si vuelves a abrir mi puerta un primero de noviembre, como está escrito en el Libro y en el hechizo, tu alma te pertenecerá. Si la abres cualquier otro día, tu alma me pertenecerá. No hay vuelta atrás. Solo si consiguieras llegar a la Gran Luz, la de la Revelación Final, podrías descansar en paz. Pero eso...

—¿Cómo podría lograrlo? —se atrevió a

preguntar.

—¿Hablas en serio?

—Sí... ¡sí!

—¿Y tu inmortalidad?

—No la quiero a este precio... —sollozó.

—El único camino...

—¿Cuál es?

El diablo se rió.

Fuerte.

Le hizo estremecerse.

Diecinueve años,  
hermoso, inmortal...

—¡El precio no puede ser tan alto! —gritó él.


La luz se hizo aún más clara, más intensa y cegadora.

Le abrasó los ojos.

Se los dejó tan blancos...

Transparentes...

—¿De veras crees que te daré una llave? — preguntó el diablo.



Elisabet fue la primera que se arrodilló a su lado.

Luego lo hicieron Eduard y Gerard.

Ella se inclinó sobre él, llorando.

—¡Enzo!

Su sonrisa fatigada les



desconcertó.

—No... —musitó.

—¡Tenemos que llevarte a un hospital!

—Esperad... —Detuvo el gesto de la chica—. Dadme... un minuto.

—¡No hay tiempo!

—Chist...

Enzo cerró los ojos.

La huella del balazo era visible en su camisa. Sin embargo, no había sangre. Ni una gota. Gerard de Villiers fue el primero en darse cuenta.

Llevó su mano hasta el desgarró de la tela, lo

entreabrió.

Debajo no había nada.

—Fijaos... —balbuceó

Eduard.

El corte de la mejilla cicatrizaba solo, despacio, menguando en su aparatosidad.

Incluso Elisabet dejó de respirar.

Enzo lo hacía de manera acompasada, sin dejar de sonreír.

Gerard de Villiers acabó de abrirle la camisa. Lo único que encontró fue un extraño colgante que llevaba anudado a una

cadena hecha de cuero viejo. El colgante, con signos por delante y por detrás, también parecía muy antiguo.

Mucho.

Enzo abrió los ojos.

—Escuchad —dijo—, hay cosas que no podré explicaros —Los abarcó a los tres con la mirada, uno tras otro—, pero sabed que he estado y estoy con vosotros, ¿de acuerdo? Es todo lo que necesitáis saber. No me pidáis...

—¿Por qué no hemos de hacerlo? —le increpó el francés.

—¿De veras es tan importante?

—¿Por qué no puedes explicarnos...? —comenzó a decir ella.

—¿Explicar qué? ¿Esto? —Abrió su mano izquierda y en ella vieron la bala disparada por Albert Guntz—. Hay cosas que están más allá de toda comprensión...

—Pero ¿quién eres? —Elisabet se quedó sin aliento.

—No, mejor preguntar qué eres. —Gerard de Villiers apretó la mandíbula.

Enzo di Angelis

sostuvo su mirada.

Una pugna que murió en el silencio.

—Tenemos que irnos —reaccionó el caído incorporándose—. Ese hombre despertará dentro de poco.



Se sacudió el polvo de la ropa, se abrochó de nuevo la camisa y movió las extremidades, especialmente los brazos, el cuello, igual que si se desperezara tras una siesta. Parecía agotado.

La blancura de su rostro formaba una máscara en la cual los ojos brillaban como luciérnagas en la noche.

O dos soles en la mañana.

Elisabet intentó dejar de mirarle.

Y no pudo.

El efecto sobre Eduard y Gerard no era el mismo.

—¿Ya está? — preguntó el chico—. ¿Eso es todo? ¿Te levantas como si tal cosa y punto?

—Será por poco tiempo.

—¡Mierda, tío! —se

enfureció.

Enzo no le contestó.

La suya fue una mirada serena, plácida. Una mirada de complicidad y de súplica.

Fue como si le hablara directamente a su cerebro.

—¿Vas a matarle? — preguntó Gerard de Villiers señalando a Albert Guntz.

—No.

—¿Por qué?

—No soy un asesino, y además, en el hotel saben que veníais. ¿Qué pasaría si encontraran el cadáver? Tienen vuestros nombres en el registro. ¿Qué les diríais?

—Que no fuimos nosotros.

—Yo no existo. —Se encogió de hombros—. Nadie me ha visto. Desapareceré antes o después. —Miró la caja depositada en el coche y sus ojos volvieron a brillar.

Pero no la tocó.

—Mataste al de Barcelona —dijo Eduard.

—Fue todo muy rápido, y él era un poco mejor que este, así que me vi en la necesidad de emplearme a fondo, aunque no quería hacerlo. He dejado la bolsa



con mis cosas ahí, entre los matorrales. ¿La recojo y nos vamos?

Elisabet, Eduard y Gerard intercambiaron una mirada. Su reacción fue unánime. El francés se dirigió al volante, el chico cogió la pistola y sin mediar palabra la arrojó lo más lejos que pudo. Elisabet tomó la caja y la trasladó al maletero. Cuando fue a sentarse vio que su hermano ya había ocupado el asiento del copiloto.

Tenía que ir detrás.

Con él.

Nadie habló. Gerard de Villiers puso el coche en marcha. La bolsa de Enzo no era muy grande. No debía de llevar mucho equipaje. La colocó entre sus piernas. Avanzaron apenas cien metros por la pequeña carretera. Junto a un árbol, protegido por unas matas muy altas, vieron el coche con el que les había seguido Albert Guntz.

—Para —pidió Enzo.

Bajó del coche. Ni siquiera estaba cerrado con llave. Abrió el capó y arrancó los cables del

contacto, además de quitarle las bujías. Si le ocasionó algún desperfecto más, ya no lo vieron.

—¿Le dejamos aquí?  
—preguntó Eduard.

Elisabet sintió un ramalazo de ansiedad.

—No, es mejor llevarle con nosotros, saber de una vez qué quiere —suspiró Gerard de Villiers—. De todas formas, nos encuentra siempre.

Enzo volvió a ocupar su lugar.

—¿Por qué ahora cambias de idea y vienes con

nosotros? —quiso saber la chica—. Antes pasabas. ¿Es por la caja?

—Tuve un accidente antes de llegar y me he quedado sin transporte —reconoció él.

—¿Es por la caja? —insistió Elisabet.

—Sí.

—¿La quieres?

—No, ya te lo dije.

—¿Cómo sabías dónde estábamos y...?

Demasiadas preguntas, y las respuestas no importaban. Eran lo de menos. Se dio cuenta cuando

él hundió sus ojos en los suyos.

Sintió la misma desnudez que en su sueño.

Y tembló.

Los siguientes diez minutos nadie habló.

Hasta que, a su izquierda, carretera arriba en dirección a Soria, vieron el vehículo de la guardia civil y a una pareja observando los restos de la machacada moto.

—¿Te encontrarán? —  
inquirió Gerard de Villiers.

—No —dijo él.

Eduard se volvió.

Hizo la pregunta:

—¿Eres un ángel?

Enzo soltó un pequeño bufido seguido por una breve risa.

—No —contestó con toda naturalidad—. No soy un ángel.

—Pues ya me dirás cómo haces eso de escupir las balas —insistió el chico.

—Dejadme descansar diez o quince minutos, ¿queréis? —Su tono fue suplicante—. Cuando me hieren y pierdo fuerzas, mi energía se reduce y quedo un tanto exhausto. Necesito

recuperarme, por favor...

Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

Eduard volvió a mirar hacia delante.

Elisabet no.

No podía.

Como un insecto atrapado en la tela de una araña.



No fueron diez ni quince minutos. Fueron más.

Enzo seguía igual cuando sobrepasaron Soria y la dejaron atrás, una hora y

media después. Con el mapa de carreteras facilitado por la agencia al alquilar el coche y Eduard de copiloto, enfilaron hacia Burgos por la N-234 para tomar allí la A-231 en dirección a León y luego la AP-66 rumbo a Oviedo. Las dos últimas eran vías rápidas. La primera no. Gerard optó por no correr.

Elisabet intentaba otear el panorama, no pensar, olvidarse de su presencia casi magnética.

Imposible.

Una y otra vez volvía la



cabeza, recorría aquel perfecto perfil, se detenía en sus labios, bailaba en su mentón, acariciaba sus mejillas con los ojos y naufragaba en la blancura de su piel. Una y otra vez miraba sus manos de seda, el desnivel del cuello marcado por la sobresaliente nuez, la cabellera abundante y despeinada con aquel encanto de modelo capaz de anunciar cualquier perfume.

Sabía que no dormía.

Un largo descanso.

Pero no dormía. Sus labios no estaban

entreabiertos, su respiración no era la de un hombre que sueña.

Finalmente...

Enzo abrió los ojos a la altura de Toledillo, cuando tuvieron que detenerse detrás de un camión que giraba a la izquierda. Lo primero que hizo fue mirarla a ella.

Sonreír.

—Hola —suspiró.

Eduard se volvió antes de que su hermana pudiera responder, víctima de un repentino ataque de vergüenza capaz de

enmudecerla. Por momentos se sentía muy niña, indefensa, de vuelta a la adolescencia, y por momentos experimentaba sensaciones de mujer, únicas, desconocidas para ella hasta esos instantes. Un constante contrasentido. Una locura tratándose de alguien a quien solo había visto cinco veces en apenas unos días. Su hermano fue el que rompió aquella catarsis.

—¿De verdad no duermes nunca?

—No. —Quedó claro que no deseaba hablar de

ello cuando preguntó muy rápido—: ¿Adónde vamos?

Nadie le respondió.

—¿Vais a buscar los otros fragmentos del Libro?

Hubo un cruce de miradas, y finalmente fue Elisabet la que consiguió vencer su parálisis.

—Sí.

—¿Cuál es la siguiente parada?

—Asturias.

—¿Puedes detener el coche en alguna parte en la que estemos tranquilos? — se dirigió al conductor.

—¿Por qué? —

preguntó él.

—Porque si el fragmento del Libro que necesito es el que llevamos atrás, yo me iré y os dejaré en paz.

—¿De qué estás hablando? —Gerard de Villiers se agitó.

—No te entiendo. —Elisabet sintió un enorme peso.

—Por favor. —Intentó serenar los ánimos extendiendo las manos—. Sabéis que no soy un enemigo. —Los miró uno a uno al decir esto. A Elisabet

la última—. Estoy con vosotros... pero esta no es mi guerra, yo...

—¿Y cuál es tu guerra?

—inquirió de nuevo combativo Gerard de Villiers.

—La mía —fue categórico.

—En Madrid me dijiste que uno no elige su destino —habló ella.

—Y tú me dijiste a mí que no os acompañaba por miedo, y ahora estoy aquí, y acabo de salvaros la vida en esa ermita.

—Pero quieres

abandonarnos.

—Lo siento.

—¿Tanto te interesa ver el Libro?

—Sí.

—¿Nada más?

—Nada más.

Elisabet apretó la mandíbula. Otro cambio de ánimo. Tuvo ganas de llorar. Enzo la hacía ir de un extremo al otro de sus emociones.

Y temblaba con solo imaginar el motivo.

—En Madrid también hablaste de las fuerzas oscuras que nos caerían

encima y de que tú podías protegernos.

—Lo he hecho.

—Por egoísmo. ¿Por qué no confías en nosotros?

—Porque no lo entenderíais.

—¡Prueba! —se desesperó la chica.

—Por favor... —El gesto de Enzo fue de fatiga —. Sí, supongo que soy egoísta. Lo siento, pero es mi vida. Dejadme ver esa caja y quizá todo termine por lo que respecta a mí.

—La verás igual si te lo propones. Después de tu



demostración... ¿Por qué nos pides permiso? —le pinchó Eduard.

—Cállate, Edu —dijo su hermana antes de dirigirse de nuevo a Enzo—. Hay cinco cajas, cinco rollos de papiro, y dices que si es el fragmento que necesitas te irás.

—Sí.

—¿De qué fragmento hablas?

—Del último. El quinto. Son las revelaciones finales.

—¿Qué revelaciones?

—Gerard de Villiers se

movió al volante.

—No lo sé. —Envolvió la respuesta en cansancio—. Por eso necesito leerlo, interpretarlo. Ni siquiera sé si tiene las claves que busco. Lo único que sé es lo que se ha dicho a lo largo de la historia. La quinta parte del Libro de Thot es la de las revelaciones, la puerta final, el tránsito, la vida, la muerte...

—¿Cómo puedes leer o interpretar algo que se escribió hace tantos miles de años si apenas tienes veinte? —dijo Eduard.

—No me hagáis más preguntas, os lo ruego. —La fatiga aumentó.

—Ni siquiera yo sabía eso del Libro de Thot —mencionó el francés.

—Tú no eres humano —dijo Eduard—. Eres una especie de monstruo...

—¡No soy un monstruo!

Fue algo más que un grito, y algo más que una defensa. Enzo casi se abalanzó sobre el chico. Sus ojos, por un momento, dejaron de ser aquellos pozos transparentes para

llenarse de furia y fuego. Un tono rojizo y oscuro los cubrió.

Eduard se echó para atrás.

—¡Parad ya! —Elisabet estaba al borde de un ataque de nervios—. ¿Qué os pasa?

Enzo la atravesó con su mirada.


—Tengo que ver ese papiro —proclamó lleno de sombras.

—¿Qué es lo que buscas? —La chica contuvo las lágrimas.

Y se lo dijo en dos palabras.

Un mundo.

—La libertad.



Gerard de Villiers detuvo el coche en un prado, a una distancia prudencial de la carretera. Bajaron y abrieron el maletero. La caja sustraída de la ermita de San Bartolomé apareció como un secreto misterio ante sus ojos, con la combinación de cinco dígitos en su cierre.

Enzo di Angelis no se alteró por ello.

—¿Vas a forzarla? —

preguntó Eduard con el mismo tono provocador.

—No será necesario.

—¿Por qué?

Se arrodilló frente al portaequipajes y extendió las manos sobre la caja. Las yemas de sus dedos rozaron los cinco dígitos. Luego cerró los ojos.

—¿Qué...? —intentó hablar de nuevo Eduard.

—Callaos, por favor.

Le obedecieron. Casi dejaron de respirar. Enzo acarició las ventanas y las ranuras que movían los números con delicada

paciencia, pero también con ternura. Elisabet recordó su sueño sin pretenderlo. Se le erizó la piel. Un súbito frío que la llevó al otro extremo.

Los segundos se desgranaron con parsimoniosa cadencia.

Cinco, diez, quince...

Hasta que el dedo índice de la mano derecha movió la primera ranura.

Situó el número 1 en la ventanita.

Pasó a la segunda.

El número elegido fue el 2.

La tercera otro 1.

La cuarta otro 2.

Para cuando Enzo hizo girar la ranura en el hueco del quinto número, ninguno de ellos era capaz de bajar los párpados.

El número fue el 3.

Entonces abrió los ojos, presionó el resorte de apertura y se oyó un chasquido.

—Uno dos uno dos tres  
—murmuró Eduard.

Los cinco números de la parte superior del Tetragrammaton.

Enzo levantó la tapa.

Y pudieron ver aquella



quinta parte del Libro de Thot, el primer libro de la humanidad, la obra que tal vez, tal vez, tuviera las claves de toda la vida en la Tierra.

—Es... increíble —  
apenas pudo decir Gerard de Villiers.

Elisabet se llevó las manos a la boca. Las apretó de tal forma que se le blanquearon los nudillos. Esta vez sí, vencida por la tensión, dos lágrimas rodaron por sus mejillas hasta caer al suelo desde la altura de su mentón.

Era un papiro hermoso, amarillento, pintado, dibujado o escrito con hermosos signos y caracteres. Un papiro que parecía tan frágil que, con solo tocarlo, podía desvanecerse.

Enzo lo hizo.

Lo tocó.

Y de nuevo fue igual que si lo amara, dominado por un dulce sentimiento. Amor y veneración.

—No sé lo que dirá eso, pero que esos hombres de negro quieran destruirlo es... —oyeron la voz de

Eduard por encima de su abstracción.

Enzo no tuvo que sacarlo de la caja.

Le bastó con mirarlo, deslizar sus ojos por los primeros grabados.

Un minuto, dos.

Expulsó una bocanada de aire y se inclinó hacia atrás hasta quedar sentado sobre los talones.

—Es la segunda parte —les dijo.

Elisabet percibió su desilusión.

Todo lo contrario de lo que sentía ella.

Su corazón latía con mucha fuerza.

Tanta, que pensó que él sería capaz de escucharlo.

—Ahora sí vas a tener que unirte a nosotros, ¿verdad? —articuló cada palabra como si fuera de cristal.

Eduard y Gerard la miraron llenos de inquietud.

Enzo despejó la última duda.

—Sí, ahora sí —dijo sin apartar los ojos del pergamino.



En su despacho del Swiss PKQ Paradeplatz, Norman Sizemore examinaba con ojo de halcón las cifras de los tres últimos meses.

Y no le gustaban.

Cada número era el resultado de una acción y una reacción. Causa y efecto. Cada cifra tenía un sentido. Ellas le hablaban mejor que cien consejeros o le revelaban la situación mejor que mil palabras cargadas de análisis profesionales. Toda su vida había estado inmerso en

números, cifras, cantidades y estadísticas.

Ah, las estadísticas.

Aquellos malditos círculos de colores que señalaban porcentajes.

Una ligera variación en uno u otro margen equivalía a millones.

Y el dinero era una religión.

Aunque no la única ni la principal.

Norman Sizemore se levantó y se puso las manos a la espalda. No iba a ninguna parte. Solo necesitaba estirar las

piernas. Lo hacía siempre que anhelaba un poco de paz interior, pensar, buscar las soluciones a los problemas o ser directamente consecuente con ellos. Si tenía que cortar cabezas, las cortaba. Si era preciso devorar un país y sumirlo en la bancarrota, lo hacía. Si el mercado dictaba sus leyes, él hacía lo propio con las suyas. El mundo era un cuerpo formado por muchos órganos pero con un solo corazón global: el dinero.

Y ese cuerpo podía vivir sin un brazo o una

pierna, con solo un riñón o un corazón remendado.

La llamada de teléfono interrumpió sus reflexiones.

—¿Sí, Anni? —se inclinó sobre el intercomunicador.

—El señor Guntz, señor Sizemore. Me dijo...

—Sí, sí, pásemelo.

—Línea uno, señor.

Desde luego, el dinero era una religión.

Pero Dios solo había uno.

Existían los principios, las causas, lo que estaba por encima de uno mismo, ya



que todo formaba parte del caudal emocional de la humanidad, su pasado, su presente y su futuro.

Si no había algo por lo que luchar y un Dios en quien creer...

—¿Albert?

—Señor Sizemore...

No le gustó el tono ni que dejara la frase sin concluir ni la frustración que emanaba a través del hilo telefónico.

—¿Qué ha sucedido?

—Tienen el segundo papiro.

Norman

Sizemore

apretó el puño de su mano libre.

—¿Cómo es posible?

—Sus propias palabras le ahogaron.

—Les ayudó alguien. Yo... los tenía, señor. ¡Los tenía, y tenía la caja, pero ese hombre...!

—¿Quién?

—Un joven, como de veinte años, muy fuerte. Apareció de la nada, peleamos y consiguió su propósito.

—¿Te dejó con vida?

—Sí, pero eso no es lo más increíble. —La

vacilación osciló como una suerte de serpiente entre ellos—. Yo... le disparé. Le di en mitad del pecho. Y no murió, señor. Me venció igualmente. ¡Soy cinturón negro y me venció porque siguió vivo después de...!

—Guntz, eso es absurdo.

—Sé lo que vi, y lo que hice. —Apareció un atisbo de rabia—. Le disparé a menos de un metro y le alcancé en el pecho. Cayó sobre mí y era imposible que tuviera tanta fuerza y fuera tan hábil, pero lo cierto es

que el disparo no le afectó.

Norman Sizemore tuvo un repentino estremecimiento.

—¿Cómo era? —quiso saber.

—Alto, atractivo, piel muy blanca, ojos cristalinos, tan transparentes que...

—¿Ojos transparentes? —le detuvo.

—Sí, señor Sizemore.

—No puede ser. —Se pasó una mano por los labios —. Después de tantos años...

—¿Le conoce?

—Quizá —fue su

ambigua respuesta—. ¿Era la primera vez que le veías?

La respuesta no fue inmediata.

—No estoy muy seguro —le confesó—. Creo que era el hombre del tren.

—Maldita sea, Guntz —exhaló Norman Sizemore—. ¿Por qué no me lo dijiste entonces?

—Porque entonces no tuve tiempo de verle. Ahora sí. Sea como sea, mientras sepamos adónde van... Su contacto se lo dirá, ¿no?

—Te mandaré refuerzos.

—Me basta con Karl.

—Esto es una guerra —  
dijo el financiero—, y no  
vamos a perderla. Si ya no  
luchamos contra dos  
jovencitos ni contra los  
custodios, es que hay algo  
más que no sabemos y que  
nuestro contacto ignora.  
Puede que debamos dejar  
que ellos encuentren esas  
cajas por sí mismos, y  
cuando las tengan todas...

—¿No corremos  
demasiado riesgo?

—Todavía hay tiempo.

—Señor...

—¿Qué, Guntz?

—Confíe en mí. Estaré preparado. Ahora que ya sé a qué me enfrento.

—Siempre he confiado en ti y en tu hermano, pero ya ves lo que le sucedió a él.

—¿Quién es ese joven?

—Una leyenda del pasado.

—¿De qué pasado, señor?

—Guntz, si hablamos del mismo ser que imagino, se trataría de alguien que ya no es humano, ¿comprendes?

El silencio ahora era igual que un pedazo de

mantequilla fundiéndose al sol.

—¿No se le puede vencer? —musitó Albert Guntz.

—La única forma es arrebatándole la energía. Y no es fácil —dijo Norman Sizemore casi más para sí mismo que para su interlocutor—. Aunque desde luego, y pese al contrasentido, nadie es eternamente inmortal.



Llegaron a Oviedo de noche



y, lo mismo que en Soria, prefirieron descansar y dormir antes de embarcarse en la visita a la ermita de San Medero, o Santu Medero en la fonética astur. Según datos de internet, la capilla había sobrevivido en ruinas durante decenios. En 1998 era apenas un montón de piedras irreconocibles como lugar de culto. Al borde del derrumbe, la restauración la salvó como patrimonio y se le devolvió la imagen que probablemente tuvo en el siglo XV, en los primeros

años de su existencia de acuerdo con los libros de historia de la época.

No habían hablado mucho el resto del camino.

Gerard de Villiers, inquieto, molesto.

Eduard, expectante.

Elisabet, poseída por el diablo de sus emociones.

Buscaron un hotel, y esta vez huyeron de los más importantes. Encontraron uno pequeño, discreto, y el recepcionista se sorprendió de que pidieran cuatro habitaciones tratándose de tres hombres y una mujer,

todos jóvenes. Los miró de arriba abajo, circunspecto y desconfiado. La tarjeta de Gerard de Villiers hizo que le cambiara la cara por tratarse de una Visa Oro. Enzo también sacó un pequeño fajo de billetes de su cartera.

—No es necesario —le excusó el francés.

Enzo volvió a guardarse el dinero.

Cuando tuvieron las cuatro llaves, subieron al primer piso del edificio. Las habitaciones no eran contiguas. Se miraron unos a

otros en el pasillo. Gerard de Villiers llevaba la caja bajo el brazo.

Sus silencios eran más elocuentes que sus palabras.

Aun así, hablaron.

—¿Nos vemos abajo para cenar en diez o quince minutos? —preguntó él.

—De acuerdo —dijo Eduard.

—Yo necesito meterme bajo el agua un rato —se sinceró Elisabet.

—Por mí está bien —asintió Enzo.

—¿Tú comes? —se interesó Eduard.

Por primera vez, Enzo sonrió.

—Sí, me alimento.

Sostuvo la mirada del chico hasta que él retiró la suya.

Fue el primero en apartarse de ellos.

—Nadie va a creerme cuando lo cuente — refunfuñó el más joven de los cuatro.

—Hasta ahora. — Elisabet fue la segunda en reaccionar.

Gerard de Villiers iba a hacer lo propio cuando Enzo le detuvo.

—Gracias —le dijo.

—¿Por qué?

—Por todo. —Movi6 la cabeza en direcci6n a las huellas de los dos hermanos —. Ellos no habrían sabido qu6 hacer.

—¿Tanto te importa?

—SÍ.

—Fue su abuelo el que les dijo que me buscaran.

—Hizo bien. ¿Te quedas la caja?

—SÍ. —Temió que cuestionara su autoridad, pero Enzo no lo hizo.

—Siempre he admirado lo que hacéis.

—Salvamos libros de la barbarie, nada más.

—¿Te parece poco?

—¿Puedo preguntarte qué edad tienes?

Su nuevo compañero agachó la cabeza.

—¿Qué importa eso?

—suspiró.

—Importa mucho — dijo Gerard—. Una cosa son los libros, su legado, y otra muy distinta lo que tú representas.

—¿Y qué represento?

—La respuesta a muchas dudas.

—No. —Movié la

cabeza de lado a lado con tristeza—. Yo soy la duda, no la respuesta. Un anacronismo no es más que algo inexplicable o que no encaja en nada. Tú tienes una misión, sabes quién eres. Yo solo tengo una cosa, mi destino. Trato de romperlo y poco más. En cualquier caso, no soy una amenaza, te lo aseguro.

—¿Cuál es tu mundo?

—Este —asintió—. El problema es que ya no es mi época.

—Enzo...

—Busquemos esos



papiros, ¿de acuerdo? —No le dejó seguir.

Gerard de Villiers se rindió.

Una vez más, de momento.

—Diez minutos. —  
Introdujo la llave en la cerradura de su puerta.

—Yo pago la cena —  
dijo Enzo.



Elisabet se metió bajo la ducha y se quedó muy quieta, con los ojos cerrados, mientras la lluvia de agua

caliente purificaba su cuerpo y limpiaba su piel. Intentó no pensar en nada, pero no pudo. Ni siquiera el bálsamo de aquel placer consiguió apartar de su mente la imagen de Enzo.

Le dolía tanto...

Apretó los puños, la mandíbula, y quiso gritar.

Expulsar afuera sus demonios.

Ella no era así. Jamás lo había sido. Nunca se había dejado tentar por un chico guapo ni por sentimientos que no pudiera controlar. Jamás había

cedido a impulsos eróticos. No tenía vida sexual. Había vivido por y para sus emociones artísticas, el baile, la danza, los estímulos que le permitían nadar y guardar la ropa en medio de la soledad impuesta por las razones externas de su vida como huérfana.

Y ahora, de pronto...

¿El amor era así?

¿Irrumpía súbitamente en una existencia vulgar y la transformaba o mejor decir que la zarandeaba igual que a una estera?

¿Y por qué hablaba de

amor?

Se echó a temblar y abrió los ojos mientras se abrazaba a sí misma.

«Amor» era una palabra temible.

Tras ella se escondían tantos abismos...

El espejo del baño reflejó su imagen desnuda.

Primero se miró, chorreando agua por todas partes.

Luego sintió vergüenza, como si él estuviera allí, mirándola.

Como si lo llevara pegado a su alma.

—Mierda, Eli. —Le dio la espalda al espejo.

Pasaba de la tristeza a la felicidad, de la impotencia a la fuerza, de la inseguridad al dominio. Y en medio, siguiendo el deslizante rumbo de la sinusoide en la que se movía, caía o subía de acuerdo con cada pequeño impulso. Su pragmatismo, impuesto por la muerte de sus padres y la necesidad de supervivencia, se había venido abajo. Su racionalidad, con los pies bien afianzados siempre en el suelo, era ahora un

vértigo. Flotaba en una nube que la devolvía a la adolescencia.

Una y otra vez veía la escena de la ermita.

El disparo de Albert Guntz.

Enzo tenía que estar muerto y no lo estaba.

Vivía.

Y eso era tan absurdo como lo que sentía desgarrando su pecho.

—No eres humano...

—susurró.

Entonces, ¿qué era?

Creer en extraterrestres era tan fantástico como creer

en cualquier otra cosa.

Y él mismo había dicho que no era un ángel.

Tenía que averiguarlo o se volvería loca.

Averiguarlo y descubrir por qué se sentía de aquella forma, antes de que toda su vida se fuera al diablo, desmenuzándose entre sus manos.

El agua de la ducha siguió cubriéndola.

Infundiéndole calor.

Tan mojada, tanto... y, sin embargo, su boca estaba seca.



Eduard también  
pensaba en Enzo.

Alucinaba.

Desde la muerte de sus  
padres había vivido sin vivir.  
Nada le seducía. Nada le  
emocionaba. Nada le  
proporcionaba un aliciente  
con el que hacer soportable  
el devenir de los días. Había  
caído en un pozo y lo sabía.

No le importaba.

Unos decían que era  
resignación; otros, falta de  
empeño; los más hablaban  
de frustración e impotencia;



los menos, de que se trataba de una autodestrucción gradual. Ni todo el dinero del mundo compensaba las ausencias, los huecos del alma, los cánceres de la mente.

A veces odiaba al mundo entero.

Otras...

¿Qué?

¿De qué color eran sus sentimientos?

Aquella noche, unos días antes, una eternidad antes, cuando Elisabet se había detenido frente a él tras ser expulsado

vergonzosamente de la discoteca y había conocido el último golpe que le deparaba la vida, la muerte de su abuelo, supo que el fin había llegado.

El fondo estaba ahí.

Ahora, o se quedaba en él o luchaba por escalar la alta pared que lo envolvía. Ya no leía el diario de su abuelo. Prefería esperar. Lo más importante de aquellas páginas creía saberlo ya.

El misterio del maletín, el Libro de Thot, Gerard y su aparición, la búsqueda de aquellas cajas, todo había

contribuido a distraer su ánimo del camino de la nada emprendido por su mente.

Pero lo de Enzo era...

Le había llamado «monstruo».

¿Y si su parcial animadversión escondía una profunda envidia?

Era condenadamente guapo, hasta su propia hermana había caído, podía darse perfecta cuenta, y también era inmortal.

Inmortal.

La palabra justa, exacta, precisa.

Una bala no le mataba.

Una herida no le hacía sangrar. No dormía. Todo en él rezumaba misterio, luz, mucho miedo y algo de incertidumbre.

«Si no puedes luchar contra algo, únete a ello.»

Enzo y él.

¿Por qué no?

Eduard se movió por su habitación como un león enjaulado.

Repitió la palabra una y otra vez en su mente.

Inmortal. Inmortal.

Inmortal.

Ángel, extraterrestre, mutante...

En cualquier caso, era único, y estaba con ellos. Buscaba algo en el Libro de Thot. Algo que se encontraba en la última parte. Algo que se relacionaba con su libertad. Él mismo lo había dicho.

Cuando lo encontrara se iría.

¿Solo?


Se sentó en la cama, excitado, nervioso, y miró la hora.

En los próximos días todo su mundo podía convertirse en una supernova capaz de cambiar

su universo.

Tenía que ser listo.

Muy listo.



Gerard de Villiers telefoneó a su padre cuando entró en su habitación y se sintió a salvo, solo, libre para hablar de lo que fuera sin testigos.

Al otro lado de la línea, Ferdinand de Villiers respondió rápido a su llamada.

—¡Hijo!

—Hola, papá —lo saludó con cariño.

—Esperaba que me llamaras tú. No me atrevía a hacerlo yo por si estabas demasiado ocupado en algo o...

—Tranquilo. —Hizo la pregunta que más le inquietaba—: ¿Esta línea es segura?

—Sí. La examinamos ayer mismo. Buscamos micrófonos, lo que fuera que pudiera resultar sospechoso. No se encontró nada.

—Pues ellos saben dónde estamos. Siguen nuestros pasos.

—¿Cómo es posible?

—expresó su dolor el hombre.

—No lo sé, pero todo indica que hay una filtración, en alguna parte. Es evidente que la teoría del espía se impone.

—¡No!

—Papá...

—Nunca, en todos estos siglos...

—El hermano de Manfred Guntz, Albert, nos seguía en el tren de Barcelona a Madrid. Me deshice de él, pero ha aparecido en la ermita de Soria donde encontramos la



segunda caja.

Ferdinand de Villiers pareció olvidarse de la primera parte de lo que acababa de decirle su hijo.

—¿Habéis encontrado... el Libro?

—De momento, una parte sí.

—¡Oh, Dios! ¿Lo tienes?

—Está aquí, a mi lado.

—¿Y cómo es?

—Una maravilla, papá.

—Acarició la caja con la mano sin abrirla—. Es lo más hermoso que he visto en años.

—¿Se conserva?

—Sí.

—¿Por qué no me mandas una fotografía con el móvil?

—Claro. Lo haré en cuanto terminemos de hablar. —Sonrió—. Lo malo es que...

—¿Qué?

—Desciframos el mensaje que dejó Enric Ardiach. Pese a su complejidad no hubo muchos problemas. Ernest Masolivé Palau las escondió y antes de morir se lo contó todo a él. Creemos saber en

qué lugares están al menos dos cajas más.

—¿Dónde?

—Una en Oviedo, que es desde donde te llamo. La otra en el País Vasco. Quedaría una última, más la primera, que ha desaparecido. Sea como sea, no va a ser fácil.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—Nuestro amigo recibió de manos de ese millonario una de las cajas con la quinta parte del Libro. Al no poder regresar en tren debido a una huelga, tuvo

que hacerlo en avión. No quiso facturar la caja como equipaje, y no podía cargarla consigo por si al pasar los controles despertaba cualquier tipo de sospecha o se lo impedían por el tamaño. Así que la mandó por mensajería. Fue lo más seguro para él, pero no sabemos a quién se la envió.

—Lo lógico es que fuera a sí mismo.

—Me temo que la hayan interceptado los hombres de negro.

—¡No es posible!

—No hay ni rastro de

esa caja. Miramos en casa del señor Ardiach, preguntamos a su abogado y en la tienda de antigüedades, tú no la tienes porque si la hubieras recibido lo sabría. Ha desaparecido.

—Tuvo que ser previsor.

—¿De qué forma?

Ferdinand de Villiers no respondió a la cuestión. Quedaban algunos temas de que hablar, incluido el motivo de la llamada de Gerard, pero tras la pausa fue de nuevo el joven el que tomó la palabra, y no para

hacer la pregunta más esencial, sino otra.

—Papá, ¿cuándo tendrá lugar la asamblea para elegir al nuevo miembro del consejo?

—Hemos convocado a los aspirantes para dentro de tres días.

—¿Vas a arriesgarte sin antes saber quién nos está traicionando?

—¡No puede ser uno de los nuestros!

—Escucha. —Su hijo mantuvo la calma—. Si por un azar elegís precisamente al traidor, o a alguien

próximo y manipulado por él, revelará el lugar donde llevamos siglos guardando los libros. No podemos ser tan ingenuos. ¿Por qué no esperas un poco?

—Nunca hemos esperado. Necesitamos...

—Necesitamos tiempo. Hay una excepcionalidad, reconócelo. Corremos un serio riesgo.

—Entonces mantenme informado cada noche de lo que sucede, qué haces, dónde estás. Debemos estar comunicados. Sabes que tienes que acudir a la

asamblea.

—No podré si todavía persigo el Libro. —Hizo otra pausa y ahora sí abordó el tema prioritario por el que le había telefoneado—. Papá, escucha: una de las pistas de Enric Ardiach hace referencia al Manuscrito Voynich.

—¿Qué dice esa pista?

—Solo eso, «Voynich 1-28». Tendrías que examinar esas páginas y decirme...

—No puedo decirte nada, hijo.

—¿Por qué?



—Porque siguen siendo un misterio. Son las más confusas, más aún que el resto del documento. No hay un solo dato, el menor indicio. Nada.

—No puede ser. —  
Abrió la caja y miró el papiro—. ¿Por qué escribiría Enric Ardiach algo que no lleva a ninguna parte?

—No lo sé —reconoció su padre—. Puede que eso sea lo que pretendía, dar una pista falsa, aunque no me imagino la razón.

El joven no supo qué decir.

Entonces Ferdinand de Villiers hizo la pregunta que había olvidado un poco antes.

—Gerard, hijo, me has dicho que ese hombre, Guntz, ha aparecido cuando encontrabais la caja.

—Armado, sí.

—¿Cómo habéis logrado...?

No hubiera querido hablar de Enzo. Prefería reservarse una información tan extraña y confusa. Pero no solo era su padre. Era el Gran Custodio.

Y lo que estaba en

juego superaba cualquier límite.

Gerard de Villiers tocó el pergamino con delicadeza.

Solo un extremo, para no contaminarlo.

—¿Recuerdas la leyenda del ángel, papá? —  
acabó diciendo.



La cena había sido plácida. Un oasis. Un tácito pacto de silencio, o al menos de no agresión, sin preguntas, sin incomodidades. Con su

rapidez, además, se ahorraron una conversación trivial, más allá de la mera cortesía, u otra más profunda, cargada de intenciones o dudas, sospechas y mentiras.

Lo peor fueron las miradas.

Enzo las conocía bien.

La de Elisabet, como mujer.

La de Eduard, empezando a experimentar la fascinación por lo desconocido.

La de Gerard, a medio camino entre la rendición y

el recelo inamovible.

Cerró la puerta de la habitación y se sintió a salvo.

¿Cuántos años llevaba sin una compañía cerca?

¿Cuántos sin establecer lazos?

¿Cuántos solo?

Solo.

Y ahora que se sentía cerca del fin...

Miró la cama en la que no iba a dormir, aunque se tendiese en ella para descansar. Miró la televisión que nunca conectaba en ninguna parte. Miró su

imagen en el espejo del armario. Luego cruzó el pequeño recinto y salió a un balconcito minúsculo que daba sobre la placita en la que se asentaba el hotel. Los balcones de las habitaciones se encontraban pegados entre sí. Podía saltar de uno a otro impunemente.

Nadie en la calle.

Se apoyó en el alféizar de la curva balaustrada que dominaba el balconcito y pensó en los acontecimientos del día, desde su accidente en la carretera hasta la última

conversación seria con ellos, pasando por el incidente de la ermita.

El disparo de Albert Guntz.

Ahora Elisabet, Eduard y Gerard lo sabían.

Quizá sí fuera un monstruo.

Tenía diecinueve años desde 1751.

De eso hacía doscientos sesenta.

Trece veces veinte. Veinte veces trece. Y nada parecía ser casual.

De pronto la posibilidad de acabar con su

tortura era cierta.

—¿Tienes miedo? —se preguntó a sí mismo en voz alta.

Las respuestas eran dardos en el silencio de la noche. Cuñas dolorosas. Una larga vida jamás servía frente a la muerte. En la hora del fin, el dolor siempre parecía el mismo.

La eterna pregunta:

—¿Ya está?

La imagen de Elisabet surgió en su mente.

Y eso le hizo cerrar los ojos.

Elisabet, la misma



mujer con otro rostro, tan parecida al resto, a todas ellas, en Italia, España, Francia, Alemania... Incluso en América, en aquellos dorados años de su constante huida a la búsqueda de una paz inexistente. Francesca, Carla, Hermione, Hortense, Patricia, Mercedes, Hildegar, Joanna, Debbie, Margueritte, Manuela, Eileen, Suzanne...

Las recordaba una a una, sus ojos, sus labios, el sabor de sus bocas, la tersura de sus pieles, la locura de su amor.

Siempre apasionado.

Siempre dramático.

A Francesca la había visto envejecer; a Carla morir de amor; a Hermione quitarse la vida, lo mismo que a Joanna, a Margueritte y a Suzanne; a Patricia y Hortense ni siquiera pudo visitarlas en los sanatorios mentales a los que las llevaron. Amores hermosos. Amores rotos. Tragedias y maldiciones.

Ellas nunca sabían nada.

Él sí.

Y ahora, después de

tantos años en silencio, solitario, apartado del mundo, de nuevo la tentación.

Elisabet.

Tenía que acabar con todo cuanto antes, evitar el daño, liberarla.

Pero ¿cómo se libera a alguien de una maldición?

¿Con la verdad?

Sintió una punzada en el pecho, en las sienes, y al abrir los ojos, preso de su inquietud, comprendió la razón.

Sabía que Elisabet estaba en el balcón de al

lado, mirándole, esperando,  
mucho antes de volver la  
cabeza y enfrentarse a ella.



No hubo sobresaltos.

Solo sus miradas.

Porque los dos sabían  
que era la hora.

El momento.

Sin vuelta atrás.

—Necesito... —fue la  
primera en hablar.

—No —intentó  
detenerla—. No vale la  
pena.

—¿Por qué?

Estaba entera. No había rastro de lágrimas en sus ojos. Era valiente. Quizá eso la diferenciaba de la mayoría. Valiente en un mundo de mujeres valientes.

Siglo XXI.

Todo tan distinto...

—Ha sido el azar —dijo él—. El destino también interviene, es parte del futuro de cada ser humano. Pero esto es un mero accidente.

—Tiene que haber algo más.

—No, no te engañes. Ni siquiera tienes la culpa.

—Mírame.

—Lo hago.

—No. Me miras, pero no me ves.

—Lo hago. —Se esforzó en hacérselo comprender sin necesidad de emplear las palabras que no quería pronunciar—. En un día, dos, tres, cuando demos con lo que busco, nos separaremos y entonces será mejor que me olvides.

—¿Así de fácil?

—Tiene que serlo.

—¿Cómo olvidar lo que siento?

—Lo harás.

—¿Tan seguro estás?

—Sí.

—¿Y lo que he visto hoy? —Su rostro se contrajo en una mueca de intenso dolor—. Esa bala...

—Te lo explicaré al final.

—¿Al final? —Se estremeció—. Hablas de una forma... ¿Qué final, por Dios? ¿Tan sencillo es todo para ti?

—Al contrario, no tiene nada de sencillo.

—Entonces explícamelo ahora. Dame tiempo para pensarlo,

asimilarlo, lo que sea.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque es absurdo.

—Deja que eso lo decida yo, ¿quieres?

—¿Y de qué servirá?

Elisabet se aferró al balcón. Les separaba la breve balaustrada, apenas veinte centímetros de frontera. Bastaba con extender un brazo.

—¿Nunca has confiado en nadie? —preguntó ella.

—Sí.

—Entonces hazlo ahora.



—Suelo causar dolor, provocar la locura, llevar a la muerte... —Se llenó de un enorme sentimiento al decirlo—. Es mi maldición, ¿comprendes? Mía y solo mía. No puedes...

—Te lo repito: deja que eso lo decida yo.

—¡No es una decisión! —estalló, dominado por la impotencia y por todo lo que veía en los ojos de ella—. ¡Atraigo a las mujeres, a todas! ¡No se trata de amor, sino de algo mucho más terrible!

—Ven.

—¿No me has oído?

—Sí, y necesito comprobar algo.

—Elisabet...

—Ven. —No tuvo más que alargar la mano, aferrarse a su camisa y tirar de él.

Quedaron tan cerca el uno del otro que sus alientos fueron uno.

Ella le desabrochó la camisa.

Y Enzo no hizo nada por impedirlo.

Sabía lo que buscaba.

El colgante, viejo, de cobre gastado, sujeto a la

cadena de cuero y labrado por ambos lados, apareció en mitad de su pecho, justo donde tenía que haber estado la herida de aquella bala.

Elisabet posó los dedos en su piel.

Y Enzo se estremeció.

La maldición también implicaba correspondencia.

—No lo hagas —  
suplicó.

Ella no le hizo caso. Buscaba la herida. Al no encontrarla, miró el colgante.

Ninguna huella.

—La bala no ha

rebotado aquí —exhaló.

—No, no lo ha hecho.

—¿Qué significan estos signos?

—Me protegen.



—¿Tú crees en...? —

No terminó la pregunta—.  
Cómo no vas a creer.

Enzo tomó el colgante de su mano. Le mostró lo que parecía ser la parte delantera.

—Este es el pentáculo 2 —dijo—. El Papa León III reunió diversas oraciones formuladas por la Santa Madre Iglesia y se las mandó al emperador Carlomagno para que alcanzara la purificación y la espiritualidad. Con ellas, no solo sería invencible, sino

que iba a verse libre de adversidades. Este pentáculo sirve para librarse de las persecuciones y los procesos injustos y evitar las causas criminales.

—¿De veras...?

—Estoy aquí, ¿no? —

Se atrevió a sonreír.

—¿Y de este lado? —

Le dio la vuelta para ver el signo del reverso.





—Es el pentáculo 4.  
Impide que seas herido por  
armas y evita los peligros de  
los viajes por tierra o por  
mar.

—¿Y por aire?

—Entonces                   nadie  
volaba, Elisabet.

La chica intentó salir de  
la abstracción que siempre  
acababa sintiendo cuando  
hablaba o estaba cerca de él.  
A pesar de todo, le miró a  
los ojos.

El dolor ya era lo de  
menos.

—Si no eres un ángel,

ni un extraterrestre, ¿qué eres?

—Tu hermano lo ha dicho antes: un monstruo.

—Y lo has negado.

—¿Qué más da?

Era su error. Y lo sabía. No podía mirar aquellos ojos tan de cerca y creerse inmune. No podía buscar una resistencia donde no había nada salvo la claudicación. Respiraba su aire, acababa de tocarle el pecho. Pero eran sus ojos los que la arrastraban y empujaban.

Sin límite.

Se quedó sin razón, sin consciencia, sin el menor equilibrio.

Entonces se acercó a él y le besó.

Un simple roce.

—Elisabet, no, por favor...

El estallido fue silencioso pero gigantesco. Elisabet lo acusó. Una bomba alojada en el centro de su mente. Con el pulso disparado y la tensión al máximo, sus labios ardieron en una llamarada voraz que acabó convertida en frío.

Cielo e infierno.

—Yo... —balbuceó

desconcertada por su acción.

—Lo siento.

Las emociones se agolparon en su alma.

Un barco sin timón en mitad de la tormenta.

Cinco minutos después de que ella regresara a su habitación en silencio, Enzo seguía allí, inmóvil, con los fantasmas de su larga vida poblando hasta el último rincón de su mente.

## DÍA 13

La ermita de San Medero era mucho más sencilla que la de San Bartolomé, y se notaban sus reformas más cercanas en el tiempo. El pequeño campanario era su único adorno. Por delante tenía tres escalones y cuatro columnas que los textos bajados de internet definían como «dóricas escasamente labradas». Tres quedaban en la parte frontal, y la cuarta,

escondida a la derecha, porque a la izquierda un muro se encargaba de sostener el techo, una bóveda de crucería apoyada en los contrafuertes laterales. Un escudo en el lado sur dejaba relucir un pasado más o menos nobiliario.



—No está precisamente aislada como la otra —hizo notar Eduard.

Una incierta aprensión se apoderó de ellos.

Era muy temprano, pero la puerta estaba abierta. Se colaron dentro y se encontraron en un espacio reducido. Apenas un par de bancos a cada lado, las paredes encaladas de blanco con tres luces a derecha e izquierda, y el altar, presidido por un crucifijo y cuatro estatuillas asentadas sobre cuatro soportes de



madera.

—Aquí no hay muchos lugares en los que esconder una caja —dijo Elisabet.

—¿Muchos? ¡No hay ninguno! —se quejó su hermano.

Recorrieron la iglesia, tocaron sus paredes, miraron en el pequeño altar. Era prácticamente imposible que allí hubiera un hueco en el que esconder una caja de más de medio metro de largo, a no ser que estuviera oculta tras una pared.

—¿Y si nos hemos equivocado de ermita? —

mostró su desaliento  
Elisabet.

Salieron al exterior y se apoyaron en el muro de la izquierda, entre las dos columnas. Gerard extrajo las dos pistas que les quedaban, a falta de la inexistente del Manuscrito Voynich. Una era la de *La Tabla Esmeralda*, y la otra, la de *Las estancias de Dzyan*. Ya les había contado la conversación telefónica con Ferdinand de Villiers.

No hizo falta decir mucho más.

—«Su padre es el Sol y

su madre la Luna. El viento lo lleva en su vientre. Su nodriza es la Tierra» —leyó el precepto IV de la tabla.

Elisabet, Eduard y Enzo miraron los detalles de la ermita.

Nada parecía asociarse a lo descrito. Ningún sol, ninguna luna, ninguna tierra.

—El pasaje número 8 de *Las estancias de Dzyan* dice: «El Uno es Cuatro y los Cuatro toman para sí los Tres, y su unión determina el Siete» —leyó el francés.

—Uno, cuatro, tres, siete —repitió Enzo.

—Si no recuerdo mal, en algunas iglesias se muestran los pasos de Jesús en su vía crucis —dijo ella—. Los numeran.

—Aquí no hay nada de eso —dejó claro Gerard de Villiers.

—Pero esos números sí están representados aquí mismo —mencionó Enzo.

Miraron hacia él.

Seguían en la entrada, bajo el techado exterior de la ermita.

—Tenemos cuatro columnas y tres escalones —apuntó su nuevo compañero.

Se fijaron en ello.

—«El Uno es Cuatro y los Cuatro toman para sí los Tres, y su unión determina el Siete» —repitió Eduard.

—¡Está aquí! —casi estalló Elisabet—. Pero ¿dónde?

—Bajo estos escalones. —Enzo los golpeó con el pie.

Se quedaron alucinados.

—¿Crees que...?

—Es la única posibilidad.

—¿Y cómo los sacamos?

La pregunta de Eduard murió sin respuesta. Gerard de Villiers se arrodilló para tocar la piedra.

Era sólida.

No había ningún resorte, algo por otra parte absurdo justo a la entrada de una iglesia, por donde pasaban muchas personas a lo largo del año. Nada que pudiera mostrar un resquicio por el que levantar los escalones.

Un par de transeúntes les observaron curiosos.

—Vamos a alejarnos un poco —sugirió Enzo—.

Necesitamos perspectiva.

—¿Por qué? —inquirió Eduard.

—El uno se refiere al Libro, el cuatro son las columnas, y el tres, los escalones. Falta el siete.

—¿Siete... qué?

Contemplaron la pequeña ermita.

Enzo buscó algo en el suelo.

Y lo encontró.

Una tapa de alcantarilla, a unos siete metros de la entrada. El resto se fijaron en la dirección de sus ojos.

—¿No irás a pensar que...? —Eduard se quedó de nuevo sin concluir la frase.

—Voy a bajar —suspiró Enzo—. Vosotros vigilad que no venga nadie, y menos aún un guardia.

—¿Por qué tú? —objetó Gerard de Villiers.

—Porque tengo algunas habilidades ocultas —fue su único comentario.

Se agachó, cogió la pesada tapa circular de hierro introduciendo dos dedos por la abertura central y la levantó sin muchos



problemas.

Bajo ella vieron unas escalerillas y un pasadizo que parecía conducir directamente a la iglesia.



Esta vez la examinaron en el mismo coche, aparcado muy lejos de cualquier mirada ajena. La caja, protegida por una envoltura térmica, presentaba el mismo aspecto que la primera, con su metal sólido y su sistema de apertura formado por aquellos cinco dígitos. Enzo

había tardado quince minutos en volver a salir con su carga. Desesperaban ya, y Eduard se disponía a bajar por el hueco de la alcantarilla, cuando reapareció con ella, sudoroso, sucio.

Todavía olía mal.

—¿Seguro que no has roto nada?

—No.

—Dejamos la H de San Bartolomé igual, pero aquí...

—Era un pasadizo, Elisabet, ya te lo he dicho. Me he visto obligado a

gatear por él hasta una pequeña cámara. Lo único que he roto ha sido el sello que protegía la caja.

Eduard mostró su excitación.

—Pero ¿por qué ese millonario enterró los papiros de esta forma, con tanto secretismo y misterio? ¡Eran suyos! ¡Pudo disfrutarlos y...!

—Tuvo miedo.

—¿Se hizo con ellos, quizá pagando una fortuna, y luego tuvo miedo?

—Creo que sí.

—¡Es absurdo!

—Tú no conoces el poder del Libro.

—¿Y tú sí?

—Lo intuyo.

—¿Y si hubiera muerto sin decírselo a nadie? — insistió el chico.

—Se habrían perdido para siempre, o al menos su unidad —lamentó Enzo.

—¿Sabes qué te digo? —No esperó a que respondiera—. Que esto no es más que una superstición. ¡El Libro es real, sí, pero toda esa historia...!

—Ya vale, Edu —dijo su hermana.

—¿La abrimos? —  
propuso Gerard de Villiers.

Lo hizo Enzo, con la misma combinación que la primera, sin necesidad de utilizar ningún truco... o poder.

—Ayer, en Soria, ¿cómo lo hiciste? —le preguntó el francés.

—Por sensibilidad.

—¿En los dedos?

—Sí. —Fue lacónico en su respuesta.

Ya no importaba. Cuanto provenía de su nuevo compañero se apartaba de toda lógica,

norma o razón.

Enzo levantó la tapa.

El segundo rollo de papiro apareció ante sus ojos, protegido por el mismo sistema de aislamiento que el papiro de Soria. La escena pareció la misma.

Los cuatro guardaron silencio.

Especialmente ellos tres, mientras Enzo tocaba delicadamente el tesoro en busca del indicio que más le importaba.

Cuando habló, lo hizo de nuevo con pesar.

—Es el cuarto rollo —

manifestó.

Su desilusión topó con el éxtasis de Gerard.

—Vamos por el buen camino. Tenemos dos. Y si salimos ahora podremos llegar a Bilbao en unas horas, quizá para comer o a primera hora de la tarde.

Elisabet le puso una mano en el hombro a Enzo.

—Lo siento —susurró.

Él asintió con la cabeza.

—¿Por qué estás tan seguro de que encontrarás lo que buscas en el quinto papiro? —preguntó Eduard.

—No estoy seguro —  
respondió Enzo con sus ojos  
sumergidos en un lago de  
tristeza—. Pero es lo que  
alguien me dijo una vez.

—¿Quién?

—Alguien. —No quiso  
ser más preciso.

—¿Pudo engañarte?

—Sí. —Fue sincero.

—Entonces...

—No tengo otro  
camino.

—¿Puedo preguntarte  
algo? —siguió Eduard.

—No.

—¿De dónde eres? —  
Pasó de su negativa.



—Nací en Módena, Italia.

—Pues no tienes acento italiano.

—Porque hablo una docena de lenguas, y todas bien.

—Ves cómo no eres de este mundo... Nadie habla una docena de lenguas a tu edad.

—Eduard, ya vale — quiso detenerle Elisabet.

—Un robot —dijo su hermano—. Eso es lo que eres: un robot con aspecto humano.

Enzo llegó a sonreír.

—Te has escapado de un laboratorio, ¿verdad?

—¿Quieres callarte? —gritó Elisabet antes de dirigirse a Gerard de Villiers y decirle—: ¿Por qué no nos vamos de una vez?

El joven puso el coche en marcha.

Enzo cerró la caja y se hizo el silencio mientras el vehículo ganaba velocidad.



Habían tomado la carretera de la costa, de Gijón a Bilbao, pasando por

Santander. Se detuvieron precisamente después de esta última, en las proximidades de Castro Urdiales, para comprar bebida y estirar las piernas antes del último tramo hasta Bilbao. Markina-Xemein no quedaba lejos de la capital vizcaína, treinta y cinco kilómetros, a la izquierda de la E-70 y por encima de Ermua y Eibar. Cuando se dispersaron lo hicieron para cumplir cada uno un cometido, ir al servicio, comprar agua, volver a llenar el depósito aunque

todavía tuvieran gasolina.  
Gerard era precavido.

Elisabet, sin embargo,  
buscó a Enzo nada más salir  
del baño.

Sabía que no tendrían  
muchas oportunidades de  
estar solos, salvo si la noche  
se lo permitía.

Y la noche era  
peligrosa.

La soledad y los  
sentimientos se desbordaban  
siempre bajo su amparo.

—Enzo...

El muchacho se volvió  
hacia ella. Ojeaba los  
periódicos del día sin

aparente interés, como si nada de lo que dijeran le importase demasiado.

—Ah, hola.

—Quiero hablar contigo. —Se aseguró de que ni Gerard ni su hermano estuviesen cerca.

—No es necesario. —Captó su intención.

—Sí lo es —insistió ella—. Tengo que pedirte perdón porque...

—No es culpa tuya.

—¿Que no es culpa mía? —Forzó una sonrisa triste—. Pues ya me dirás. Me porté como una cría.

—Te lo repito: no es culpa tuya.

—Ah, ¿no? Te besé.

—¿Te has preguntado qué te impulsó a hacerlo?

—Esas cosas no se preguntan. Se sienten, obedecen a un impulso.

—Mira esas mujeres.

—Enzo hizo un pequeño gesto en dirección a la cajera del lugar y a dos clientas que removían las cosas cerca de ellos—. ¿Sabes por qué me miran?

—Porque eres atractivo.

—¿Y eso me convierte

en un objeto de deseo?

—No te entiendo.

—Elisabet —Les dio la espalda a las mujeres—, no se trata de ellas, ni de ti, sino de mí. Soy un espejismo.

—¿Qué te pasa?

—¿Por qué tienes tanto empeño en saberlo?

—¿Y tú por qué no confías en mí?

—¡No puedo confiar en nadie!

—¿Tanto daño te han hecho?

Su mirada se hizo aún más transparente.

—Me lo he hecho a mí

mismo. Tienes que creerme: estoy maldito.

—Nadie está maldito. Eso es una chorrada — expresó con toda su vehemencia.

—¿Así de fácil? ¿Ya no te extraña que no muriera a causa de ese disparo o que abriera la primera caja con solo rozar las ranuras con los dedos? ¿Te parece normal que desde que me viste por primera vez hayas cambiado tanto?

—¡Claro que me sorprende, y me asusta no saber qué o quién eres, pero



sobre lo último...! Las personas cambian de un día para otro.

—Tú no. Y menos por un hombre.

—¡No sabes nada de mí!

—Sé lo suficiente, y es más de lo que te imaginas, porque te he visto reflejada en otras muchas.

—¿Muchas? —Su gesto fue amargo.

—¿Por qué no me crees? Es mi maldición —manifestó con dolor—. Te has enamorado de mí y no es culpa tuya.

Elisabet se puso roja.

—Por fin lo expresas con palabras —dijo—. ¿Y tú? ¿Qué es lo que sientes por mí?

El silencio fue más demoledor que las sombras de sus ojos.

—Hay cosas que no van en una sola dirección. —Ella se aferró a su débil esperanza.

—¿Sabes lo hermosa que eres?

—¿Lo soy?

—Sí.

—Pero no sientes nada, ¿es eso?

—Querer o no querer no es más que una circunstancia.

—¡No te pongas filósofo conmigo!

—¿Sabes quién te quiere? —Su barbilla apuntó al exterior del local—: Gerard. Y él sí es real. Ahora, si conviertes esto en algo personal, o si entre nosotros no hay una fuerza que nos mantenga unidos, los hombres de negro vencerán. Les daremos la oportunidad nosotros mismos.

—Entonces cuéntame

qué te pasa, de qué maldición me hablas, por qué no puedes morir y cuáles son todos esos secretos que arrastras.


—Lo haré.

—¿Cuándo?

—Cuando esto acabe —fue su rotunda respuesta.

—¿Y mientras?

—No dejes que tu vida cambie por algo de lo que no eres consciente, Elisabet. — Su voz rozó la súplica—. Eres una luchadora, siempre lo has sido. Y esta es una guerra que difícilmente ganarás si no eres fuerte.



En el exterior, Eduard se reunió con Gerard de Villiers junto al coche. Los dos sostenían sendas botellitas de agua. El francés tenía los ojos fijos en Elisabet y Enzo, que hablaban de espaldas a ellos al otro lado de los cristales.

—Tranquilo —le dijo al detenerse a su lado.

La expresión de su compañero no cambió.

—Creía que ya empezaba a caerte bien.

—El ser humano siempre teme lo que no comprende.

—¿Es tu único miedo?

—Y el tuyo. ¿O no?

Eduard bebió un sorbo de agua.

—Conozco a mi hermana. No es de las que pierde el culo por un chico.

—Sabemos que no es humano.

—Gerard de Villiers se abrazó con fuerza

—. No puede serlo, es imposible, y en tal caso...

¿qué es?

—Tú eres el entendido. ¿No tienes ni siquiera una

teoría?

—Solo puedo entender que no es de este mundo.

—¿El ángel ese del que hablabas, a pesar de que él diga que no?

—Los ángeles, si existen, no matan.

—Fue un accidente.

Se encontró con la fría y desesperada mirada del francés.

—¿Y si es un diablo?

—propuso Eduard.

—El bien y el mal sí existen. Lo demás...

—Pues ya me dirás. No parece un superhéroe de

cómico.

—Lo que está en juego es muy importante, esa es la cuestión.

—Pero está de nuestro lado.

—No. —Gerard volvió a endurecer el gesto—. Está de su lado. —Remarcó el «su» con ardor—. Lo único que le importa es encontrar el quinto papiro del Libro y leerlo.

—¿Y por qué será?

—Parece la clave de su propia existencia.

Siguieron mirando a la pareja, al otro lado del



cristal. Enzo hablaba.  
Elisabet parecía hundida.

—¿Qué le estará diciendo? —suspiró Eduard.

—No lo sé, pero cuanto antes encontremos esa caja, antes se irá.

—¿Y si no lo hace?

—Se irá. —Fue categórico.

—Quizá sea la próxima.

—Me temo que no. —  
Se dejó arrastrar por el abatimiento—. Si lo piensas con lógica... —Hizo un gesto ambiguo—, Masolivé enterró y ocultó cuatro cajas.

Se quedó con una. ¿Iba a quedarse la segunda, la tercera o la cuarta? No. Lo más razonable es que se quedase con la primera o la última. Y es la que tu abuelo mandó por mensajería. La que quizá ya no aparezca nunca.

—De acuerdo, Ernest Masolivé tenía miedo del Libro, pero ¿por qué debería haberse quedado con la primera o la última?

—Te lo dije al comienzo. El Libro de Thot puede ser la llave de otro mundo, la puerta hacia otra

dimensión o el simple testimonio de nuestra historia y nuestros orígenes. Si es lo primero, la clave tiene que estar en el quinto papiro. Si es lo segundo, estará descrito en el primero.

—Me cuesta entender que creas en esas cosas. Un libro no puede ser tan especial.

No pudieron seguir con la conversación porque Elisabet y Enzo salían del lugar, dispuestos a reanudar la marcha.



El móvil estalló con su cantarina música en su bolsillo cuando él se disponía a beber el último sorbo de la taza de café como colofón de su comida. Dejó la taza sobre la mesa sin darlo y examinó la pantalla.

Después sonrió y abrió la comunicación.

—¡Karl!

—¡Maldita sea, Albert!

¿Es que tengo que sacarte siempre de problemas? — tronó la voz de su compañero.

—¿Qué harías sin mí?

¿Aburrirte? —Compartió su toque de buen humor—.

¿Dónde estás?

—Acabo de llegar a Barcelona, ¿y tú?

—Estoy en algún lugar de nombre impronunciable de este puto país. —Hablabla alemán, así que no se preocupó de bajar la voz, consciente de que nadie a su alrededor iba a entenderle.

—¿Te ha llamado el señor Sizemore?

—Sí, tranquilo. Hemos cambiado de estrategia.

—¿Así que vienes a

Barcelona?

—Sí. Ellos irán a su casa cuando tengan las cajas con el Libro. ¿Para qué arriesgarse antes? Que las encuentren todas por su cuenta. Les cogeremos allí.

—¿Y si las envían antes a donde sea que escondan los libros?

—Sigue faltándoles una. No es probable que lo hagan.

—El señor Sizemore me dijo que su contacto le habló de algunos lugares, Soria, Oviedo, Bilbao...

—Los perdí en Soria.

He tratado de seguir su pista en Oviedo pero ha sido como buscar una aguja en un pajar. En Soria encontraron una de las cajas con una parte del libro. —Hizo una pausa y suspiró—. Diablos, Karl, apareció alguien... — Cambió su tono de voz más distendido por otro más punzante—. Todavía no puedo creerlo. Le disparé. ¡Le disparé y no cayó! ¿Te contó algo el señor Sizemore?

—Solo me dijo que era muy peligroso.

—Es más que eso,

amigo.

—Háblame de ese tipo.

—Joven, ojos muy claros... El señor Sizemore creo que ha oído hablar de él, aunque no fue muy explícito. Dijo que era una leyenda del pasado y que ya no era humano.

—¿Crees que pudo fantasear o hablar en sentido figurado?

—El señor Sizemore nunca fantasea ni habla en sentido figurado, deberías saberlo. Me dijo que la única forma de vencerle era arrebatándole la energía.



—Entonces, ¿vamos a tener que enfrentarnos a él?

—Espero que no. Tengo una idea para hacernos con el Libro entero sin necesidad de llegar a lo último.

—¿Cuál es tu plan?

Albert Guntz miró a su alrededor. En el bar nadie le prestaba atención, aunque al comienzo, con sus primeras palabras en alemán, un par de comensales sí miraron en su dirección.

—Te lo contaré cuando llegue. ¿Dónde te hospedas?

—En un hotel de las

Ramblas llamado Oriente.

—Llegaré esta noche, aunque quizá ya sea muy tarde. Si es así, nos vemos mañana por la mañana.

—De acuerdo, Albert. Y siento lo de tu hermano.

—Yo también.

—Tantos años esperando un momento así...

—Ha llegado, Karl —dijo Albert Guntz—. Ha llegado. Y nada menos que con ese Libro. ¿No te parece asombroso? Será nuestro gran momento. Siento haber estado tan cerca y haber

fallado, pero ese maldito hijo de puta al que disparé...

—Llevaría un colgante, una cartera, un libro, algo que detuvo la bala, hombre.

—El señor Sizemore empleó una palabra...


—¿Qué palabra?

—«Inmortal» —exhaló él—. Dijo que nadie es eternamente inmortal.

En Barcelona, Karl debía de pasear por la calle, porque se oyó una sirena de policía lejana.

—Creo que voy a buscarme una chica, amigo —murmuró de forma

ambigua.



A media tarde, la ermita de San Miguel de Arretxinaga tenía una pequeña parroquia formada por media docena de fieles. Vista desde el exterior, carecía de grandes atractivos. Altos muros, una puerta de madera y una ventana igual de diminuta en el centro de cada uno de sus seis lados, de unos doce metros de largo. Coronando la fachada reinaba una campana solitaria incrustada

en un templete. La zona urbana en la que se emplazaba desde hacía siglos, además, estaba llena de almacenes, talleres y pequeñas fábricas. Un entorno en el que casi pasaba desapercibida pese a la placita ajardinada y a que los documentos de internet la definían como «exótica».

Lo comprendieron al cruzar el umbral de la puerta.

En primer lugar, por su singular planta hexagonal. En segundo lugar, por las tres enormes rocas que,

apoyadas entre sí, conferían al interior un aspecto irreal y misterioso, como si un terremoto hubiera sacudido la tierra y las piedras hubieran caído de alguna parte o emergido del suelo. De su unión natural nacía la capilla inferior.



—Según la tradición, san Miguel cura el dolor de muelas, y si pasas tres veces bajo las rocas te casas antes de un año —susurró Eduard al oído de su hermana.

Elisabet no le contestó.

Enzo y Gerard de Villiers miraban las paredes, las tres piedras, el techo.

—Otro reto —murmuró el francés.

No necesitaban leer la pista que les quedaba, el precepto IV de *La Tabla Esmeralda*. O se trataba de esta o de la inexistente, referida a las primeras



veintiocho páginas del Manuscrito Voynich.

«Su padre es el Sol y su madre la Luna. El Viento lo lleva en su vientre. Su nodriza es la Tierra.»

—¿Qué dice su historia? —preguntó Enzo.

Gerard de Villiers tampoco tuvo que consultar sus datos.

—Que su valor es más mítico que arquitectónico, que hubo una referencia animista con presencia humana, algo que se descubrió con las excavaciones arqueológicas

hechas en la zona, y que se cristianizó bajo la advocación de san Miguel, mediador de almas asociado a las grutas. La plaza del exterior fue un viejo probadero de bueyes.

—¿Y las rocas?

—Un fenómeno geológico de cuarenta millones de años.

—¿Qué debió de reconstruir aquí Ernest Masolivé Palau? —se preguntó Elisabet.

Allí nadie parecía haber hecho obras en muchos años.

Las tumbas del suelo también parecían muy viejas.

Sus letras, casi ilegibles.

—¿Por qué no nos separamos? —propuso Enzo—. Todos juntos parecemos unos conspiradores.

No hizo falta confirmarlo en voz alta. Los cuatro tomaron caminos opuestos a pesar de que la ermita no era muy grande. Enzo se acercó al altar. Elisabet a las rocas, Eduard a la pared más cercana, Gerard salió al exterior.

La chica tocó una de aquellas piedras.

Estaba fría.

Pero lo que hizo fue mirar de reojo a Enzo.

Se encontraba de pie frente al altar, y lo contemplaba con una luz nueva, diferente. La luz de una devoción absoluta. Algo que descubría en él por primera vez.

Sus ojos casi lloraban.

Se sintió sobrecogida.

Si Dios existía, en ese momento estaba en él.

Se apartó de su lado para dejarle solo y buscó a

su hermano. Eduard iba golpeando las paredes con los nudillos, como si buscara una cámara secreta. Los dos vieron entrar de nuevo a Gerard de Villiers.

—Como no esté arriba, en ese pequeño campanario... —comentó el francés.

—¿Y cómo subimos?

—No lo sé. —Frunció el entrecejo preocupado.

—¿Qué hace? —preguntó Eduard.

Miraron a Enzo. Había dado tres pasos hasta detenerse sobre una de las

tumbas del suelo. Un rayo de luz que penetraba por una de las ventanas enmarcó de pronto la parte superior de la piedra.

Enzo se agachó.

Se acercaron a él.

—«Su padre es el Sol»

—dijo señalando un punto de la losa que cubría la tumba con un sesgo de la piedra muy gastado y en forma de media luna, más visible ahora que la luz la iluminaba—. «Y su madre, la Luna.»

—Una tumba... —

Gerard de Villiers se quedó

sin aliento.

—Una tumba, sí —  
confirmó él—. «Su nodriza  
es la Tierra.»

—¿Y el viento? —  
inquirió Eduard.

—«El Viento lo lleva  
en su vientre» —concluyó  
Enzo—. Apenas se ve el  
nombre de quién puede estar  
aquí enterrado. Pero desde  
luego, si la caja está ahí  
abajo, es su vientre quien la  
tiene.

—¿Y si nos  
equivocamos? —dudó  
Elisabet.

—Habremos profanado

una tumba —suspiró el francés.

—¿No os olvidáis de algo? —intervino Eduard—. ¿De lo que debe de pesar esa losa? ¿Cómo diablos esperáis sacarla?

La respuesta fue simple.

Tan rápida que apenas dejaba lugar a dudas.

—Yo lo haré —dijo Enzo—. Pero tengo que estar solo y necesito que arméis follón ahí fuera para despistar a la gente.





Pasaron cerca de cuarenta y cinco minutos esperando el momento propicio. El problema no era el exterior, sino el interior. Enzo se quedó en la ermita, y los otros tres, en la puerta. La vez que hubo menos feligreses fueron dos, pero diez minutos después había siete. A la media hora volvían a ser dos, entre ellos una mujer que parecía haber echado raíces en el lugar. Por un momento pensaron que tendrían que regresar de noche.

La gran pregunta ya la había formulado Eduard dos veces:

—¿Qué va a hacer él solo? ¿Cómo espera mover esa losa...?

Nadie acudió en su auxilio con una respuesta.

No era la única duda.

—¿Cómo habría sacado el abuelo esas cajas? Qué locura...

Quedaba ya una sola persona cuando sonó el móvil de Elisabet.

No supo si responder a la llamada, pero era del despacho de Conrad

Vallbona.

—¿Sí? —Se apartó un poco para hablar con más comodidad.

—Soy Eliseu Masó — la saludó la voz del ayudante de su abogado—. Te paso con él.

Aséptico. Directo. Un tímido más en un horizonte poblado de chicos pasados de vuelta, creídos y sobrados. Trabajar en un bufete de abogados le iba como anillo al dedo.

—Gracias —se limitó a responderle.

Transcurrieron unos

segundos. No más de diez. La voz de Conrad Vallbona irrumpió en la línea.

—¿Elisabet?

—Sí, ¿qué hay de nuevo?

—¿Dónde estáis? — repitió la pregunta con la que comenzaba cada una de sus llamadas.

—Cerca de Bilbao.

—Dios Santo... ¿Es que no paráis?

—Ya se lo dije. Seguimos las pistas que nos dejó el abuelo para encontrar lo que para él era lo más importante de su vida.

—¿Y?

—Vamos por buen camino —se limitó a decir.

—¿Cuándo regresaréis a Barcelona?

Les faltaba una caja. Siempre y cuando pudieran conseguir la de San Miguel. Una caja con la última pista del dibujo de su abuelo, el círculo con los números 16, 5 y 23, y la incógnita de no saber para qué demonios servía lo del Manuscrito Voynich en relación con ella.

¿Una nueva ermita?

¿Dónde?

—No lo sé, Conrad. —

Fue sincera—. Con suerte quizá en un par de días.

—No me gusta que vayáis solos por ahí.

—No estamos solos.

—Tendréis que empezar a confiar en mí, ¿sabéis?

—Sí, lo sabemos.

—De acuerdo. —Su tono fue resignado—. Precisamente os llamaba por un tema delicado y urgente.

—¿Cuál es? —Miró la puerta de la ermita.

—Alícia Ventura ha aceptado mi oferta.

—¿Cómo dice?

—He hablado con ella y está de acuerdo con que cerremos la tienda. Se irá con una generosa retribución.

—Pero... —La última persona de la ermita se había puesto en pie y se santiguaba. Podía verla desde donde estaba. Eduard le hizo una seña para que colgara en cuanto saliera—. No puede ser. Si me pidió que hablase con usted para convencerle. Le dije que lo dejara en mis manos, porque la tienda era el universo

personal del abuelo y pensaba conservarla.

—La tienda no da dinero, Elisabet. Y muerto tu abuelo, dará menos todavía. Para Enric era un pasatiempo costoso, y no importaba. Ahora se trata de vosotros.

—¿No va muy rápido?

—Podemos hablarlo, claro.

—Esa mujer parecía tan dispuesta a continuar...

—Ya te he dicho que la indemnización es muy generosa. Puede establecerse por su cuenta si quiere. De



todas formas, habla con ella cuando regreses. Tiene para días haciendo el inventario.

—¿Qué haremos con las piezas?

—Pensaba en una subasta.

No entendía nada de todo eso. Lo único que sabía era que Conrad Vallbona se precipitaba. Y que Alícia Ventura hubiera aceptado irse...

—Pobre abuelo. —  
Cerró los ojos.

—Siento hablarte de dinero, pero es mi trabajo. Eso y protegeros. Enric no

me perdonaría que no velara por vosotros. Sois demasiado jóvenes y...

—¡Elisabet!

Abrió los ojos ante la llamada de Eduard. La mujer de la ermita salía por la puerta envuelta en un halo de santidad. Ya no había nadie en el interior del templo, aunque cualquier persona podía entrar inesperadamente.

—Tengo que dejarle — se despidió rauda.

—Tendríais que empezar a tutearme, ¿no crees? Ahora...

—¡Lo siento, es urgente! —Cortó la comunicación y echó a correr.

Gerard de Villiers se quedó en la puerta.

Ella se reunió con Eduard a unos diez metros.

Entonces empezaron a discutir, a gritos.

—¡Te he dicho que no!

—¡No puedes hacerlo!

—Ah, ¿no? ¡Pues lo estoy haciendo!

—¡Es mi mejor amiga!

—¡Está loca!

—¿Y tú qué?

Los primeros paseantes

se detuvieron, mitad curiosos mitad expectantes, galvanizados por la escena. Otros siguieron caminando más despacio. Nadie permaneció indiferente. Si alguno pensó en entrar en la ermita, decidió esperar.

La pelea siguió a gritos. Gerard de Villiers cerró la puerta para mayor seguridad, pero, de todas formas, se quedó haciendo guardia.



Enzo esperó a que

Gerard cerrara la puerta de la ermita.

Luego se arrodilló frente a la losa.

Puso las dos manos en los extremos, por la parte ancha, y tras afianzar los dedos en las hendiduras cerró los ojos.

Respiró con fuerza.

Había estudiado con grandes pensadores. Había meditado en los mejores monasterios de la India, Pakistán, el Tíbet, los escarpados de Grecia o los rincones más remotos de Asia. Había sido indígena en

África, misionero en  
Latinoamérica, aprendiz en  
Japón.

Ahora dominaba la  
materia, pero más el espíritu.

La energía.

Su corazón casi dejó de  
latir. Se ralentizó al máximo.  
Pasó de sesenta pulsaciones  
por minuto a cincuenta,  
luego a cuarenta, treinta...

La energía fluía.

Podía sentirla,  
naciendo, brotando a  
borbotones, llegando de lo  
más profundo de su ser e  
irrumpiendo en su cuerpo  
como un río de fuego

repentino y lleno de luz.

Sus ojos miraron hacia sí mismo.

Ya no era un ser exterior, sino interior.

La involución completa.

—Oh, Señor, tu fuerza es mi fuerza —gimió.

Tiró de la losa.

Y la movió unos centímetros, apenas dos o tres.

Una larga distancia.

Recordó algunas palabras.

«No hay pesos, hay resistencias. Vence la

resistencia y dominarás tu carga.»

«Los bueyes son pacientes, pero la tierra lo es más.»

«Cree y te será dada la fuerza para llevar tu fe.»

La losa se separó del suelo.

Recordó muchas palabras más.

Tantos días, en tantos lugares diferentes.

Había llorado y reído, en las pirámides, en Petra, en el Machu Picchu, en la isla de Pascua, en Chichen Itzá, en Tikal, en Angkor, en



rincones de la tierra donde el ser humano era la pieza más pequeña del engranaje cósmico y al mismo tiempo su luz.

Y todos los caminos confluían por fin en su presente.

Sabía que era ahora o nunca.

Nunca.

La losa se separó lo suficiente para que pudiera ver el interior del sepulcro.

La tercera caja metálica.



La habitación daba a la ría. A lo lejos se veía el Guggenheim, bañado por las luces que arrancaban de su revolucionaria estructura un sinfín de reflejos tornasolados. La noche llegaba acompañada de susurros, a pesar de que los cuatro, en aquel momento, sentían las punzadas de sus respectivas guerras.

Enzo abrió la tercera caja.

Contemplaron el rollo de papiro con la misma devoción que los otros dos,

sin hacerse ya más preguntas sobre nada que no fuera su realidad.

Si el Libro de Thot abría una puerta a una nueva dimensión, o era la llave del conocimiento humano acerca de su pasado o su futuro, correspondería a otros descubrirlo, profundizar en sus secretos. A Elisabet, Eduard y Gerard solo les quedaba cumplir con su papel de intermediarios.

Para Enzo era distinto.

Esta vez extrajo el papiro de la caja, con el

amor de una madre tomando a su hijo recién nacido. En los museos manipulaban los documentos antiguos con guantes y pinzas, y los conservaban a temperaturas adecuadas. Ellos no tenían nada de eso. Los textos viejos se deterioraban con facilidad, pero aquel parecía ser tan resistente, tan único...

Las letras, las palabras, eran hermosas.

E incomprensibles, incluso para Gerard.

No así para Enzo.

—Es la tercera parte —

dijo desalentado.

—Pero ¿cómo lo sabes?

—Elisabet rompió la catarsis.

—Lo dice al comienzo.

—¿Dónde has aprendido...?

La pregunta de Eduard se desvaneció antes de concluir. Enzo se incorporó visiblemente afectado y levantó una mano para evitar que siguiera hablando. Se detuvo en la ventana, de espaldas a ellos. Su rostro se reflejó en el cristal.

Un rostro amargo.

El de toda esperanza

frustrada.

—Lo siento —dijo ella.

No hubo respuesta.

—Quedan el primero y el quinto —expuso Gerard de Villiers—. Y no sabemos todavía a quién le mandó vuestro abuelo uno y dónde puede hallarse el otro.

—Tenemos que descifrar la última pista —manifestó Eduard.

—Un círculo, los números dieciséis, cinco y veintitrés, y unas páginas ilegibles del Manuscrito Voynich para encontrar la caja —suspiró el francés—.

No es mucho, desde luego.

—¿Qué hacemos, pues?

—preguntó Elisabet.

—Yo navegar en internet a ver qué encuentro

—dijo Gerard de Villiers.

—Deberíamos guardar cada uno una caja —sugirió la chica.

—Estoy de acuerdo —convino Eduard—. Por seguridad. ¿Tú qué dices, Enzo?

Esperaron una respuesta que no les dio. Su rostro seguía siendo una máscara atravesada por emociones cargadas de

dolor. Sus gestos, su calma, su aparente serenidad, eran el reverso de la agitación interior.

Captaron toda aquella energía.

—Enzo —musitó Elisabet.

El muchacho se dio la vuelta.

—Guardad las cajas, sí —aceptó—. Yo tengo que hacer algo esta noche.

—¿Algo?

Sabía que era una pregunta inútil, así que se quedó en el intento. Enzo trató de mirarla con



distancia, y esta se hizo mucho mayor cuando volvió a hablar.

—¿Os importaría dejarme solo?

Gerard de Villiers guardó el papiro en la caja recién abierta. Luego la cerró y la tomó en sus brazos. Eduard recogió la primera, y Elisabet, la segunda. Enzo se quedó en el centro de la habitación. Con el Guggenheim recortado a su espalda, al otro lado de la ventana, su imagen se convirtió en la de un santo con una aureola.

Elisabet se estremeció al notarlo.

Y por primera vez se dio cuenta de que todo en él desprendía misticismo.

—Gerard.

—¿Sí, Enzo?

—Encuentra la cuarta caja, por favor.

—Haré lo que pueda.

—Dieciséis, cinco, veintitrés; parece una fecha.

—Lo he pensado.

—Si es así, averigua qué sucedió ese día.

Eduard abrió la puerta de la habitación. La sostuvo a la espera de que saliera su


compañero.

Elisabet fue la última.

Enzo le había dicho la verdad. Había hablado de amor. Y se sentía prisionera de ello.

De él.

Si existía una maldición, la llevaba ya dentro, pegada a los huesos y al cerebro.



En el despacho la luz era débil. Saltaba de la lamparita de la mesa a su superficie, abarcando tan solo un

pequeño círculo, un halo blanco que envolvía los papeles y poco más. La pluma con la que escribía era una estilográfica vieja, añeja. Una Parker de los años sesenta o setenta. Dejaba un surco de color azulado que su mano convertía en una obra de arte gracias a su letra perfecta, menuda, calculada y equilibrada.

No dejó de escribir hasta que Guido Fontalvo se detuvo ante él.

—¿Quería verme, monseñor?

Monseñor,

eminencia... A veces se preguntaba cuándo había dejado de ser el padre Carleto.

Más aún, cuándo había dejado de ser simplemente Carleto Murano.

—Sí, Guido. —Extraje el capuchón de la pluma de la parte de atrás y lo colocó por delante. Luego la dejó sobre la mesa con cariño—. Siéntese, ¿quiere?

El sacerdote le obedeció. Debido a la posición de la lamparita, escogió la silla de la derecha

para verle mejor. Una vez sentado, cruzó los dedos de las manos y esperó.

Su eminencia no habló de inmediato.

Y el silencio, en el Vaticano, no siempre era señal de paz.

—Cometimos un error, Guido —lo rompió finalmente.

—¿Cuál?

—Cuando nuestro amigo nos dijo que en el maletín del señor Ardiach había aparecido esa nota reclamando a Gerard de Villiers, nos precipitamos. Y

lo hicimos de una forma ciertamente deplorable, impropia. —Se llevó una mano al pecho y entonó un lacónico—: *Mea culpa*.

—Eran momentos excepcionales —quiso excusarle su visitante.

—A veces la ansiedad es mala. Si algo hemos aprendido en dos mil años, es a tener paciencia.

—¿Paciencia? —Guido Fontalvo se revolvió en su silla—. Si el Libro llega al lugar donde los custodios guardan su biblioteca... jamás daremos con él. ¿Qué

paciencia podemos tener cuando se trata de algo tan urgente que acabará en días, tal vez horas?

—¿No se ha preguntado por qué el señor Ardiach quiso que esas pistas llegaran hasta el joven De Villiers?

—Su padre estaba en el entierro de Enric Ardiach.

—¿Y qué sabe de él?

El sacerdote frunció el ceño.

—Hace tiempo que tengo sospechas, Guido. Mucho tiempo. Y todo este asunto no ha hecho sino



confirmármelas. —Tomó un poco de aire y se lo dijo—: Creo que Ferdinand de Villiers es en la actualidad el Gran Custodio.

—¿En serio?

—Encaja en el perfil, y sus amigos, sus relaciones... Dudo que sea tan solo uno de los miembros de ese consejo con el que se rigen, como sin duda era el señor Ardiach. Ferdinand de Villiers tiene que ser el jefe supremo de esa... —No terminó la frase.

No siempre sabían cómo llamar a los custodios.

—Pero ¿por qué les dijo a sus nietos que buscaran a Gerard de Villiers y no a su padre?

—Porque Gerard es más joven, un experto, y le necesitaban para encontrar el Libro de Thot dondequiera que lo escondiera ese pobre desgraciado que lo poseyó tantos años impunemente.

Guido Fontalvo esperó a que menguara su leve atisbo de ira.

Carleto Murano tomó de nuevo la pluma estilográfica y jugueteó con ella entre las manos. La luz,

situada casi por debajo de su barbilla, confería a su aspecto un halo irreal. Sus años, su cabello blanco, el color encarnado de su ropa...

—Si Ferdinand de Villiers es el Gran Custodio, monseñor...

—Conocer a tu oponente siempre te da una ligera ventaja. —Mesuró cada una de sus palabras—. Si esos jóvenes y su hijo dan con el Libro de Thot, tarde o temprano este llegará a manos de Ferdinand de Villiers.

—Y es a él a quien debemos vigilar. —Guido Fontalvo alzó las cejas.

—Exacto —asintió una sola vez su superior.

—Pero, monseñor... — El sacerdote volvió a agitarse en su silla—, llegado el momento, ¿qué podré hacer yo solo contra ellos? ¿No pretenderá...?

Carleto Murano levantó la mano derecha.

—¿Por qué no dejamos eso en manos de Dios y confiamos en la providencia?

Su visitante nocturno

pareció sorprenderse.

—¿No es... demasiado arriesgado?

—Guido, no creo que sea el único que esté ahí llegado el momento, y a río revuelto...

—¿Los hombres de negro?

—Sí.

—¡Pero será una lucha titánica! —Se le desorbitaron los ojos a causa de la tensión.

—Una lucha que puede ganar el único que no luche.

—¿Monseñor...?

—No somos más que

instrumentos en el gran juego, Guido. —Su voz se revistió de calma mientras sus ojos brillaban en la penumbra—. Y esta es una partida que dura desde hace siglos. Si el Libro es ocultado por los custodios, tarde o temprano, dentro de cincuenta, cien o quinientos años, saldrá a la luz. Sea cuando sea, y según su contenido, lo hará para emponzoñar al ser humano en su camino hacia la eternidad. Si, por el contrario, hemos de conseguirlo nosotros, así

será a mayor gloria de Dios, porque no nos cegaremos por sus palabras, lo estudiaremos y conservaremos con toda nuestra mejor voluntad y amor. Lo haremos porque es nuestra misión preservar a ese inocente que es el ser humano de su única verdad. Lamentablemente en la partida figura una tercera fuerza.

—Los hombres de negro —volvió a decir él.

—Y ellos sí quieren destruir el libro.

—Según lo que

contenga, ¿no sería mejor así?

—No, ¡no! Acabo de decírselo: nuestra misión es saber, preservar, orientar. ¿Qué son dos mil años de historia? ¿Quién está preparado, entre tanta confusión, para descubrir lo insondable? El Libro puede ser simplemente hermoso... o una bomba de relojería preparada por el diablo para estallar en el peor momento.

—Esta no es una lucha entre el bien y el mal, ¿es eso, eminencia?

—Sí lo es —volvió a



asentir el hombre del Vaticano—, pero en este caso es el mal el que tiene dos caras y el que, espero, se destruya a sí mismo.



Llevaba esperando unos quince minutos cuando le vio salir.

Elisabet pegó la espalda a la pared.

Enzo echó a andar hacia su izquierda, por el lado contrario en el que se encontraba ella. Se alegró de no tener que parapetarse

para no ser vista. En el fondo temía que él tuviera ojos en la nuca o una percepción milagrosa capaz de intuirlo, incluso verla en la oscuridad. Todo lo sucedido durante el día la sumergía más y más en un pozo de dudas, ya de por sí cargado de interrogantes.

Las preguntas se amontonaban en el embudo en que se había convertido su mente.

En San Medero, bajo tierra. En San Miguel, levantando una losa de piedra que ni varios

hombres, probablemente, hubieran conseguido mover.

Se estaba volviendo loca.

Y la mezcla de sus sentimientos era lo peor.

Porque quería creer en él, lo necesitaba, y se daba cuenta de que no podía.

Mientras caminaba, a unos veinte metros de distancia, se llevó una mano a los labios.

Aún le ardían.

Aún sentía el fuego y el frío disputándose los.

Aún la dominaba aquel deseo...

Enzo caminaba a buen paso, así que tuvo que acelerar el suyo. Miraba a ambos lados, se detenía en las esquinas, oteaba el paisaje de la noche bilbaína y reanudaba su camino cuando parecía no encontrar lo que buscaba. Varias veces se cruzó con otras personas. Varias veces el efecto fue el mismo de siempre, sobre todo en las chicas. Incluso en las mujeres maduras. Volvían la cabeza, se detenían, hablaban entre sí cuando iban de dos en dos o más.

Oyó un par de comentarios al cruzarse con las que encontraba de cara.

—¿Has visto eso?

—No me importaría que me hiciera un favor.

—Me ha puesto la carne de gallina.

—Si me llega a mirar con esos ojos me derrito.

—Casi era irreal.

Irreal.

—Mierda, Enzo. —  
Sintió ganas de llorar.

Le había prometido contárselo todo cuando encontraran los cinco papiros.

Pero entonces... ¿qué?

Se marcharía, era consciente de ello.

¿Adónde?

¿A qué libertad se refería?

La persecución ya no duró demasiado, porque Enzo no tardó en hallar lo que estaba buscando.

Se detuvo delante de una iglesia, oscura, construida con piedras y edad. Tras mirar a derecha e izquierda, se acercó a la puerta y la empujó levemente. Dada la hora, estaba cerrada, como si la

gente no necesitara rezar de noche o incluso Dios recibiera con horario. No fue un contratiempo. Si podía abrir cajas con combinaciones de cinco dígitos en la combinación...

Tardó muy poco en conseguirlo.

Elisabet le vio hacer algo en la cerradura y luego colarse dentro del templo.

Contó hasta diez y le siguió.

Al llegar a la puerta la entreabrió solo un poco una vez que estuvo segura de que nadie se fijaba en ella.

Asomó la cabeza. Apenas había luz, pero al fondo, ya frente al altar, divisó la silueta de su perseguido. No se arriesgó a hacer ruido. Se introdujo por el hueco de unos dos palmos y deslizó la madera muy despacio hasta dejar la puerta a un centímetro de su cierre total. Se alegró de llevar zapatillas, porque el suelo era de piedra.

Ya no veía a Enzo.

Temió haberle perdido.

Avanzó apenas cinco pasos, por el pasillo central, antes de darse cuenta de que



él seguía allí, pero no de pie, sino tumbado en el suelo, boca abajo, con los brazos extendidos.

Y desnudo.

Enzo estaba desnudo y postrado ante el altar.

Ante... ¿Dios?

Elisabet quedó atrapada por la fuerza y el misterio de la escena.

Caminó un poco más. Solo unos pasos. Cuando llegó a la mitad del templo se detuvo. Lo que menos quería era que él la descubriese. Hiciera lo que hiciese, era su intimidad.

Necesitaba respetar eso.  
Pero al mismo tiempo quería sentirse cerca.

Verle.

La imagen de Enzo, desnudo, bañado por una leve luz cargada de penumbras, tenía mucho de fantasmal, pero al mismo tiempo destilaba una fuerza aterradora, poder, magia y magnetismo. Recordó uno de los comentarios de las mujeres con las que se acababa de cruzar: «Irreal».

Aquella palabra lo definía todo.

Irreal, porque su cuerpo

desnudo era aún más y más hermoso.

Irreal, por su postración.


Irreal, porque aquello carecía de toda lógica razonable.

Sintió la tentación de sentarse, y esperar, y seguir contemplándolo.

Por ello necesitó de toda su energía y voluntad.

Para dar media vuelta y marcharse, dejar que rezara o lo que estuviese haciendo allí, de noche, solo y desnudo.

Desnudo.



Gerard de Villiers trabajaba solo en su habitación, volcado en internet y con el mensaje de Ernest Ardiach extendido sobre la mesa. El primer círculo con sus tres números había sido desentrañado con ayuda de los siete principios de la verdad escritos en *El Kybalión*; las tres plantas de las tres ermitas, con el *Corpus hermeticum*, *Las estancias de Dzyan* y *La Tabla Esmeralda*. Quedaban

un círculo, tres números, 16, 5 y 23, y una única pista, aquella que no conducía a ninguna parte porque las páginas iniciales del Manuscrito Voynich eran ininteligibles.

¿Por qué?

—Dieciséis, cinco y veintitrés —repitió en voz alta.

Había mirado las efemérides del 16 de mayo de 1923 sin encontrar nada relevante, nada que asociar a su búsqueda. Luego lo había hecho al revés, 23 de mayo de 1916, con el mismo

resultado. Si no era una fecha, ¿qué era?

Lo sumó.

—Dieciséis más cinco, veintitrés más veintitrés, cuarenta y seis. Cuatro y seis, diez. Uno y cero, uno.

Callejones sin salida.

Miró la hora. Las dos y cuarto de la madrugada.

Necesitaba dormir.

Y sabía que no podría hacerlo, porque su cabeza no dejaría de dar vueltas y más vueltas, hasta empujarle a un insomnio que le haría pagar un peaje al día siguiente.

—Vamos, señor

Ardiach —le suplicó a la memoria del abuelo de Elisabet y Eduard—. Hemos desentrañado las otras cuatro. ¿Por qué esta iba a ser diferente?

El círculo de la izquierda era el de la primera caja, la que le entregó en mano Ernest Masolivé Palau. El de la derecha tenía que guardar alguna relación con el otro. Dos círculos. Dos. Tres ermitas arriba. Dos círculos abajo.

¿Cuál era su nexos?

Por un lado, Enric

Ardiach.

Por el otro, el millonario octogenario muerto...

Octogenario.

Sintió un sudor frío.

¿Cuántos años tenía Ernest Masolivé Palau?, ¿ochenta y seis, ochenta y siete, ochenta y ocho...?

Tecléo en internet su nombre y esperó.

Luego abrió la primera de las páginas, con sus datos biográficos.

—Te tengo... —  
suspiró emocionado.

El millonario había



nacido el 16 de mayo de 1923. Acababa de cumplir ochenta y ocho años aquella primavera.

—De acuerdo. —

Atemperó sus nervios—. Ahora, ¿qué significa esta fecha metida en un círculo?

Una caja en mano. Tres en otras tantas ermitas.

¿Habría guardado la última en un lugar diferente?

—Una ermita. —

Volvió a hablar en voz alta—. ¿Una ermita de planta circular?

De haber sido así, le habría bastado con poner el

nombre del santo. La fecha indicaba algo más.

Algo...

—«Ernest Masolivé Palau nació en La Pobla de Lillet, Lleida. A los tres años sus padres, Justí y Eulàlia, se trasladaron a Barcelona, donde el joven cursó estudios antes de...»

La Pobla de Lillet.

Tecleó en el buscador las palabras: «La Pobla de Lillet iglesias ermitas» y pulsó «Intro».

Las páginas de las primeras búsquedas coincidían en la misma

ermita, la de Sant Miquel de Lillet.

Abrió la primera de ellas.

—«Pequeña iglesia de planta circular con un ábside adosado también en semicírculo, construida a finales del siglo XI o comienzos del XII. Vinculada al vecino monasterio de Santa Maria de Lillet (se encuentra a unos ciento cincuenta metros del monasterio, sobre un pequeño monte), es la única construcción de estas características en la comarca

del Berguedà. En la puerta de entrada se encuentra un arco de medio punto con dovelas. La cubierta de la nave es de cúpula semiesférica y la del ábside es de cuarto de esfera. En su interior tiene dos pequeños nichos...»

Planta circular.

Dejó de leer y buscó la imagen de la ermita.

El sudor, frío, disparó todavía más su adrenalina.

La cuarta ermita.



Volvió a las páginas que hablaban de Ernest Masolivé Palau. Saltó de una a otra durante los siguientes quince minutos. En algunas había fotos, pero la mayoría eran recientes. Un millonario y mecenas ya septuagenario u octogenario presidiendo actos, inaugurando cosas o en efemérides puntuales, como cuando recibía premios, era recibido por el Papa o saludaba al rey de España.

Llevaba unas veinticinco páginas

examinadas.

Abrió otra más.

Se encontró con fotos viejas, una especie de diario en imágenes que había formado parte de una biografía publicada en torno a los sesenta y cinco años de edad.

Imágenes de su infancia, su juventud, su...

Gerard de Villiers soltó una bocanada de aire.

Allí estaba la ermita de Sant Miquel de Lillet.

Con su hombre y un grupo de personas sonrientes, en blanco y

negro.

Le bastó con leer el pie de foto:

—«El señor Masolivé se emocionó mucho al visitar la pequeña ermita de Sant Miquel de Lillet, en la que se casaron sus padres y en la que fue bautizado...».



## DÍA 14

Enzo ya estaba en el comedor del hotel cuando Elisabet y Eduard, que acababan de encontrarse en el pasillo saliendo de sus respectivas habitaciones, entraron en él. Los dos jóvenes se aproximaron a la mesa en la que su compañero bebía un vaso de leche fría.

—Buenos días —dijo Eduard.

Enzo movió la cabeza.

Parecía pensativo.

Ni siquiera la miró a ella.

Elisabet se sentó frente a él. Le resultaba difícil ignorar el poder de aquellas imágenes grabadas a fuego en su mente la noche anterior. El desnudo de su compañero era igual que un cuadro vivo o una escultura prodigiosa realizada por la mano de un Miguel Ángel del presente. Cerraba los ojos y le veía. La noche había sido larga, poblada de sentimientos.

Y ahora él...

Tan ausente...

—Enzo.

Logró arrancarle de su  
abstracción.

—¿Sí?

—¿Crees en Dios?

La pregunta flotó sobre  
la mesa, inesperada, radical.

—¿Por qué lo  
preguntas?

—Por saberlo. —  
Intentó que su voz sonara  
indiferente.

—Creer es algo que nos  
ata, y Dios es algo más que  
aquello en lo que se pueda  
creer.

—¿No puedes decirme simplemente sí o no?

—No es tan fácil.

Se sintió irritada.

Como otras veces, saltando de un estado emocional a otro.

—¿Vas a soltarme un rollo filosófico?

Eduard miró a su hermana con interés. Esperó la respuesta de Enzo renunciando a su intención de ir al bufete a por su desayuno.

—Dios, Buda, Alá, Krishna... —los enumeró paciente—. Hablamos de la

misma energía con distintos nombres. Para algunos son opciones, para otros, enemigos capaces de desatar guerras. Yo he creído, he perdido la fe, he vuelto...

—Te expresas como un viejo de mil años.

—Soy un viejo de mil años.

—¿Por qué no dejas de hablar en elipsis? —Su voz rozó la furia.

—¿Qué te pasa? — quiso saber él.

«Ayer te vi desnudo en una iglesia. Eso me pasa», pensó Elisabet.

—Nada —mintió.

No repararon en la presencia de Gerard de Villiers hasta que llegó a la mesa. Percibió la crispación y eso congeló la sonrisa de su rostro. Se calló lo que iba a decir.

Él mismo rompió el silencio motivado por su aparición.

—¿Me he perdido algo?

—Hablaban de creencias —le aclaró Eduard.

—Entonces debería irme.

—¿No crees en nada?

—El chico le evitó.

—La Iglesia lleva años monopolizando al ser humano y deteniendo el progreso —fue tajante—. Todas las religiones predicán el miedo, no el amor. Sé lo que me digo, porque he estudiado la historia. Si no fuera por la evolución, seguiríamos pensando que la Tierra es plana y que el Sol gira a su alrededor. ¿Por qué si no estamos buscando el Libro de Thot?

—Todos tenemos una

opinión clara, ¿lo ves? —  
Elisabet volvió a dirigirse a  
Enzo.

—Creo en Dios, sí.

—Quizá seas un santo,  
una especie de nuevo  
Mesías.

—No, no lo soy.

«Ayer te vi desnudo en  
una iglesia.»

Se mordió la lengua.

—C3PO —murmuró  
Eduard.

Los tres le miraron con  
irritación por su comentario.

—No deberíamos dejar  
las cajas solas en las  
habitaciones —dijo Enzo



poniéndose en pie.

—No te vayas muy lejos —le previno Gerard de Villiers recuperando su sonrisa.

—¿Por qué?

—Salimos en quince minutos, en cuanto acabe de desayunar. —Y lo soltó como una pequeña bomba —: He encontrado la cuarta ermita.



Ferdinand de Villiers contemplaba las tres fotografías, los tres nombres,

las tres apretadas biografías que resumían los méritos de los candidatos a suplir a Enric Ardiach en el consejo de los custodios. Las contemplaba buscando una luz, esperando descubrir una señal, favorable o desfavorable. Más aún, las escrutaba, como si en los ojos de aquellos hombres pudiera ver su alma.

Acabó pasándose una mano por los suyos y se levantó.

El bastón estaba apoyado junto a la mesa. Lo tomó, lo afianzó en el suelo

y dio unos pasos no muy vivaces, como le sucedía siempre al incorporarse después de permanecer mucho rato sentado.

Los malditos años.

Pronto haría falta algo más que elegir a un miembro del consejo.

Tendrían que escoger a un Gran Custodio.

Se detuvo en el centro de su despacho y paseó una mirada triste, nostálgica, alrededor.

Su preciosa villa, su mundo, sus tesoros, los libros prohibidos que la

providencia le había permitido ver y leer, todo se desvanecería con el halo de la muerte.

La vida y la historia seguirían.

Sin él.

A veces, morir no le aterraba.

A veces.

La mayoría de las ocasiones sí.

Ser viejo no era más que un accidente.

No tuvo que regresar a la mesa para retomar uno de los ejes centrales de su presente. El otro se hallaba

lejos, en España, con su propio hijo y los nietos de su amigo Enric buscando el Libro de los libros.

Los tres candidatos parecían limpios.

Adecuados.

Méritos ganados a lo largo de los años.

¿Qué le decía su corazón?

Paolo Bragado, el portugués, poseía una de las colecciones de arte más impresionantes de su país. Había superado un cáncer. Con setenta y dos años era un hombre de férrea

voluntad y enorme disciplina. Su tragedia: haber visto morir a su único hijo varón y heredero universal de sus bienes. El futuro de su imperio era precario. Para él, formar parte del consejo significaba un último premio a su vida. Se decía que mataría por ello.

Geneviève Lassard, francesa, aspiraba a ser la primera mujer miembro del consejo, y eso equivalía ya de por sí a un reto. Estaba dispuesta a asumirlo. Les había llamado «machistas» a

todos cuando objetaron o criticaron su candidatura. Si la mayoría creían en los nuevos tiempos, en la apertura total, ella ganaría sin duda. Pero los custodios quizá no creyesen en esos nuevos tiempos y mucho menos en forzar una apertura tan radical en el seno de su organización. Geneviève era viuda, implacable a sus sesenta años tras heredar a los veinticinco la fortuna de su padre. Quizá su única lacra era el hecho de que saliera con hombres más jóvenes

que ella desde el amparo de su soledad. Su biblioteca contaba con más de cien mil libros, y decía haberlos leído todos. Algunos más de una vez.

Patrick van Haal, el holandés, poseía intereses petrolíferos. Era el más joven, cincuenta y tres años. Eso garantizaría una larga permanencia en el consejo en caso de ser elegido. Además, tenía una esposa modélica y cinco hijos, cinco, a los que educaba con estrictas normas. A los diecisiete años había



encontrado un libro prohibido en la propia biblioteca de su padre, y de esta forma había hecho carrera en las filas de los custodios. Para algunos, era el favorito. Para otros, un hombre ambicioso con ideas demasiado progresistas cuando de lo que se trataba era de preservar el legado de la historia escrita. No hacía falta progreso para algo así. El último rumor, creciente, en torno a su persona decía que aspiraba a algo más que dominar su imperio: aspiraba a la presidencia de

su país. El cierre perfecto de una ascensión perfecta.

Sí, ¿qué le decía su corazón?

¿Un portugués que merecía la recompensa pero que quizá no tuviera mucho futuro por delante? ¿Una mujer como signo de apertura y preámbulo de nuevas ideas? ¿Un holandés fuerte y con convicciones dispuesto a liderar el consejo como premio a su ambición?

¿Y si uno de ellos era el espía?

Ahora todos sabían lo que hacía Enric Ardiach, qué

buscaba, y también dónde lo buscaba.

Lo sabían porque para ellos, custodios o miembros del consejo, el momento en que vivían trascendía a todo lo demás. Las llamadas eran constantes, los rumores y comentarios, las expectativas y reuniones previas a la asamblea... Formaban un núcleo duro, pero ya no era seguro.

Solo los siete miembros del consejo conocían el escondite de los libros ocultos. Si un custodio deseaba examinar una obra,

se le permitía, pero no en el lugar que albergaba el gran tesoro. En torno a la cúpula, lo mismo que en una empresa, existían presiones, hombres de talentos distintos. Quien informase a los hombres de negro era algo más que un traidor. Pero si ese traidor ingresaba en el consejo...

Siglos de historia, de cultura, de libros apasionantes, desaparecerían bajo las llamas.

—Gerard, ¿dónde estás? —suspiró—. Te necesito, hijo. Te necesito.

Dio unos pasos más. Le dolía la rodilla, y también la pierna. Un dolor que subía hacia las cervicales y la cabeza. Pero si se sentaba era peor. Necesitaba moverse, inyectar savia a sus articulaciones, mantenerse activo.

Se aferró a la empuñadura de nácar.

Volvió la cabeza.

Las tres fotografías seguían sobre la mesa.

¿Por qué se preocupaba tanto? Se llevaría a cabo una votación. No dependía de él, aunque antes pudieran haber

camarillas, pactos, intereses, alianzas...

Incluso entre ellos, a pesar de lo que representaba su sagrada misión.

Sonrió ante esa palabra: «Sagrada».

Era el Gran Custodio.

Tenía que escoger a su candidato y decírselo al resto.

Tenía que ser justo.

Tenía que elegir al mejor y esperar que fuera un acierto.



Recorrían el interior del país desde hacía ya dos horas en dirección a Lleida. El viaje había sido silencioso. La certeza de que la cuarta caja estaba en la ermita localizada por Gerard les enfrentaba a la hora final de su periplo.

La cuarta caja, que en realidad era la quinta.

La duda se apoderó de ellos, uno a uno, hasta que Eduard se agitó en su asiento.

—Si no encontramos el primer papiro, todo esto no servirá de nada, ¿verdad?

—Cuatro de cinco —le recordó Elisabet.

—Sabes a qué me refiero —insistió su hermano.

—Supongo que sí —concedió ella—. Lo que pasa es que sé que esa caja aparecerá.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque el abuelo no era tonto. Sabía lo que se hacía. La mandó por mensajería para estar más seguro. No se fiaba de los aeropuertos y sus pérdidas de equipajes, ni de los



aviones y sus demenciales medidas de seguridad. Si lo hizo así, fue precisamente para sentirse tranquilo.

—Yo también le he dado vueltas a eso —Gerard de Villiers intervino en la conversación—. Las

opciones son pocas. Vuestro abuelo tenía que recoger de inmediato la caja al día siguiente. No pudo mandarla lejos.

—¿Y si tenía una amiguita? —comentó Eduard.

—¡Edu! —protestó Elisabet.

—¿Qué? A ver si no podía tener una novia en alguna parte. No estaba paralítico en una silla de ruedas.

—¿Y le iba a mandar la caja a ella?

—Por seguridad. Tú lo has dicho. La llama, la avisa y punto.

—El abuelo no tenía ligues —se obstinó—. Ni le hacía falta esconderse en caso de andar con alguien.

—Pues vale. —Él puso cara de circunstancias.

—¿Dónde vivía vuestro abuelo? —preguntó Enzo.

—En nuestra casa.

Bueno, la suya, que ahora es nuestra —se hizo un lío el chico—. Es decir, la casa de siempre.

—¿Y no la mandó allí?

—Seguro.

—¿Cuál sería la otra opción lógica?

—La tienda de antigüedades.

—¿Tampoco...?

—No, ya le preguntamos a la encargada.

—¿Y es de fiar?

—Sí.

Acababa de decirlo cuando se quedó blanca.

El ramalazo.

El estremecimiento previo al momento de la verdad.

—¿Eli? —Eduard frunció el entrecejo.

Incluso Gerard volvió la cabeza en su dirección.

—Alícia... —exhaló sin fuerzas la chica.

—Has dicho que es de confianza —arguyó Enzo.

Elisabet miraba a su hermano.

—Quería seguir en la tienda, nos dijo que era su vida, que por favor lo habláramos con Vallbona, y

además sabe que es lo más personal e importante que tenía el abuelo...

—Y de pronto nos dice Conrad que se va, que ha aceptado su oferta...

Se hizo el silencio en el coche. La autopista iba vacía, sin apenas tráfico, pero Gerard casi dejó de apretar el acelerador. La marcha se redujo poco a poco.

—¿Por qué no hemos caído antes en ello? —suspiró el francés.

—¿Esa mujer se quedó con la caja? —vaciló Enzo.

—Tiene sentido. —

Elisabet se empequeñeció un poco en su asiento, esta vez al lado del conductor—. El abuelo manda el paquete, llega al día siguiente, pero en ese momento la noticia de su muerte ya es conocida. Y no solo eso: a la tienda llegan cajas constantemente. A veces no se abren hasta días después, lo sé porque lo he visto. Una vez pasada la tormenta, Alícia Ventura se da cuenta de que va a quedarse sin su puesto si decidimos cerrar, y vive horas de incertidumbre. O

no confía en nosotros o se deprime segura de que Conrad Vallbona va a hacer la suya. Pero tiene que hacer inventario. Hay paquetes por abrir. Entonces descubre la caja, se sorprende de que la mandara el propio abuelo y no duda ni un momento. Ata cabos, no es tonta, sabe lo que contiene o lo imagina después de lo que sucedió con el tema del maletín, la policía... Así que no dice nada y se guarda su as en la manga.

—Cualquier  
coleccionista le pagaría

millones por una simple parte del Libro de Thot — asintió Eduard.

Otro silencio.

Gerard de Villiers aceleró de nuevo.

—¿Y si ya lo ha vendido? —puso el dedo en la llaga Enzo.

—Algo así no se vende en unos días —apuntó el francés.

—Tiene que tenerlo ella —confirmó Elisabet.

La velocidad del coche llegó a superar el máximo permitido.

—Si damos con la



cuarta caja hoy podemos incluso llegar a Barcelona esta noche —dijo Gerard de Villiers.



Norman Sizemore se detuvo en la entrada de la iglesia y contempló con disgusto la fina llovizna que caía sobre la ciudad. No perdió demasiado el tiempo. Su chófer, a unos metros, ya tenía la puerta del coche abierta, esperándole con expresión neutra, así que cruzó la calle y se metió en

el vehículo resoplando con su carga de fastidio.

—¿Señor? —le preguntó el hombre al ver que no decía nada.

—A casa, August. A casa.

En el momento de arrancar el automóvil, miró la iglesia, su hermosa torre, los cuatro relojes que presidían sus cuatro lados. Para los alemanes era la Peterskirche. Para el resto, la iglesia de San Pedro. Había otras tres grandes iglesias en Zúrich, la Grossmünster, la Predigerkirche y la

Fraumünster, pero él siempre había preferido la primera. Cuestión de gustos más que de cercanías.

Dios también tenía casas más hermosas que otras, lugares en los que rezar era más agradable y satisfactorio.

Había rezado.

Había rezado mucho.

Y sentía que no bastaba, que no era suficiente, que seguía necesitando hacerlo.

Por eso iba a su casa en lugar de pasar otra vez por el despacho.

Dejó de contemplar el recinto sagrado, muy diferente de las grandes iglesias centenarias y oscuras. San Pedro quedaba junto a la vieja fortaleza romana de Lindenhof. En la antigüedad, allí se había erigido un templo dedicado a Júpiter. Un templo pagano. Por fortuna, la vida y la historia corregían los errores del pasado.

—¿Se encuentra bien, señor? —La voz de su chófer aterrizó en mitad de su abstracción.

—Sí, August.

—Parece cansado.

—Lo estoy.

—Trabaja demasiado,  
si me permite decirlo.

Norman                      Sizemore  
asintió.

—El mundo no se  
mueve por sí solo —dijo con  
tono grave—. Alguien tiene  
que empujarlo.

—Si es cuesta abajo es  
fácil, señor. —August  
sonrió.

—¿Cuándo es cuesta  
abajo?

Lo expresó con un tono  
amargo.

Eso hizo que el hombre

se callara y se concentrara en la conducción del vehículo.

No tardaron en salir del centro y enfilar en dirección a los bosques de Friesenberg. La marcha se hizo más lenta al llegar a ellos e internarse por su dédalo de rutas. Con August callado, la cabeza del financiero seguía siendo un pequeño hervidero de contradicciones. El peso de mil, dos mil años, recaía sobre sus hombros.

Como si lo soportara él solo.

A veces creía... No, estaba seguro de que así era.

Llegaron a la entrada de la mansión Sizemore diez minutos después. Cuando el coche atravesó la verja, volvió a dirigirse a su chófer:

—No me dejes en la casa, August. Vamos a la capilla.

Bastó un leve giro de volante en la bifurcación. El edificio quedaba a la izquierda, envuelto por el halo verde de los grandes árboles que lo custodiaban; la pequeña capilla a la

derecha, a unos cincuenta metros. Cuando la construyó no la quiso pegada a la casa. Pensó que Dios necesitaba espacio. Las ruedas crujieron en el sendero de grava. Había dejado de lloviznar.

—¿Le espero, señor?

—No, no es necesario.

Tardaré un poco.

—Si llueve...

—Tranquilo, August.

—Bien, señor.

Descendió del lujoso transporte y abrió la puerta de la capilla. Más que pequeña era diminuta, unos



cinco metros de largo por tres de ancho. Tenía un altar, un crucifijo y dos reclinatorios. Una vez dentro, cerró la puerta y la aseguró con una aldaba.

Nadie entraría allí.

Nadie lo habría hecho.

Se quitó la chaqueta, la corbata, la camisa y la camiseta que siempre le protegía, incluso en pleno verano. Luego se acercó al reclinatorio de la derecha y abrió un compartimiento con una de las llaves de su llavero. Tomó el cilicio que contenía y miró al doliente

Jesucristo de la cruz.

Le había hablado en San Pedro.

Pero allí había mucha gente.

Quizá Dios no le hubiera escuchado con detenimiento, atendiendo a la gravedad de la situación.

Sí, Él lo sabía todo, no era necesario insistir, pero a veces...

—Señor —Bajó la cabeza inundado por la saturación de su fe—, no permitas que el mal se abra paso en la tierra. Sabemos que nos pones a prueba, y lo

aceptamos. Pero incluso nosotros tenemos un límite, porque aunque estemos hechos a tu imagen y semejanza, solo somos humanos imperfectos. Permítenos luchar por ti. Que tu obra perdure como ha de ser. No dejes que el mundo titubee.

Su mano derecha se alzó y descargó un primer golpe con el cilicio sobre su espalda.

Norman Sizemore contuvo el gesto de dolor.

Las últimas cicatrices se habían cerrado, pero

todavía cruzaban con sesgos rojizos aquella blanda superficie carnosa.

—Te pido perdón, oh, Señor, por haberte fallado tantas veces, por no haber terminado tu obra, y te ruego me des la fuerza necesaria para continuar y vencer, destruir la abominación alzada perpetuamente en tu contra. Oh, mi Dios...


El segundo golpe fue más intenso.

El financiero tembló.

Nunca sabía cuántos podían ser necesarios como expiación y tributo.

Uno más, uno más.

Pensó en el Libro de Thot, y el tercer golpe fue aún más duro.



Al pie de los Pirineos, Saint-Girons se recortaba sobre un manto verde y arbolado lleno de un peculiar encanto montaños, con los célebres picos de la Cabrere y el Mont Valier en sus proximidades. Las viejas murallas galorromanas de la antigua ciudad episcopal de Saint-Lizier aportaban su

toque histórico, pero en la actualidad la villa, capital del viejo condado de Couserans, era un enclave turístico bendecido por su clima único y privilegiado incluso en invierno. Calles pintorescas, las dos fuentes del centro, que se alimentaban de los torrentes que caían de la montaña, el del río Lez y el del río Salat, sus pequeñas empresas artesanales... Una sensación casi bucólica podía embargar al visitante que llegara allí por primera vez.

No era el caso de Guido

Fontalvo.

Él siempre prefería la vida italiana. Los pueblos franceses eran demasiado tranquilos.

Saint-Girons también.

Dejó su pequeña maleta en el hotelito y optó por no preguntar en recepción por la villa de los Villiers. Mejor no dejar huellas. Mejor evitar pistas innecesarias. De momento, lo único que tenía que hacer era vigilar.

Vigilar y esperar.

Salió a la calle y recibió el calor del sol en su pálido rostro. Rostro de biblioteca.

Rostro de muchas lunas y pocos días. Aunque no le gustaba, había prescindido del alzacuello. Vestía con rigor, eso sí, y llevaba el crucifijo en el bolsillo derecho de la chaqueta, con un rosario en el de la izquierda. Lo demás lo llevaba en el corazón. No necesitaba más.

Salvo un destino.

Caminó unos metros. Se detuvo frente a una tienda que vendía café torrefacto. La siguiente producía vidrio y su escaparate estaba lleno de figuras de colores con



formas caprichosas. Después siguieron una de quesos y otra dedicada a la artesanía de las figuras de los belenes tradicionales.

La gente que hacía figuras de Belén tenía que ser buena.

Se coló dentro. Una mujer mayor, de cara redonda y rojiza, cabello amarillento y dientes salidos, le sonrió con ánimo de vendedora siempre esperanzada.

—Disculpe... ¿la casa de los señores Villiers está muy lejos?

—*Le chateau? Oh, oui monsieur* —comenzó su alocución en francés antes de cambiar a un pésimo italiano—. Lejos... quince minutos a... pie, caminando... *Vous...* — Movió un volante imaginario—, *voiture?*



Habían dejado la autopista en Lleida para enfilear ya hacia el norte en dirección a Balaguer, Artesa de Segre, Ponts, Solsona y Berga. La Pobla de Lillet apareció

poco después de Guardiola de Berguedà por la B-402. Quedaba cerca de la frontera con Francia, por debajo de la Collada de Toses y Castellar de n'Hug, donde nacía el río Llobregat que desembocaba al sur de Barcelona. Cuando llegaron al pueblo, presidido por su impresionante Pont Vell, no tuvieron que preguntar nada. Las indicaciones eran perfectas. El camino al viejo monasterio de Santa Maria de Lillet lo hicieron de nuevo en silencio. Dos kilómetros de senda a través

de campos labrados y prados rebosantes de primavera.

Cuando lo divisaron, junto a una masía típica, fue Eduard el que les informó, con el ordenador abierto sobre su regazo.

—La historia de ese monasterio es larga. Tiene más siglos...

—Parecen querer reconstruirlo —señaló Elisabet.

—Pues va para largo. Quedó destruido en la Guerra Civil y parte de su historia ha desaparecido con los años. No pueden

habitarlo ni reutilizarlo todavía. Han hecho una estructura metálica para que pueda ser visitado y poco más. Por lo menos han asegurado algunas partes para que no acaben de hundirse.

—¿Veis la ermita? — preguntó Gerard de Villiers.

—No.

El coche rodó un poco más, hasta detenerse en la parte frontal de las ruinas. La ermita de San Miquel quedaba a ciento cincuenta metros de su entrada.

—¡Allí!

Tan diminuta, tan perdida.

Sintieron una especial emoción al acercarse, a pie, envueltos en el silencio, porque por los alrededores no había ningún ser humano.

Fin del camino.

Se detuvieron a pocos metros de aquella singular construcción redonda.

—Aquí estamos —  
suspiró la chica.

Ninguno de los cuatro se movió.

La puerta estaba cerrada.

—¿Cómo entramos? —

dijo Eduard.

—Enzo puede... —

Elisabet no terminó la frase.

Le había visto entrar en aquella iglesia de Bilbao, pero eso únicamente lo sabía ella.

Su compañero no prestó atención al comentario.

Alcanzó la puerta y le bastaron unos segundos para franquearla.

Ni siquiera vieron cómo lo había hecho.

El interior de la ermita era frío. Que allí hubiera sido bautizado uno de los

hombres más ricos de España era sin duda curioso. Pero más lo parecía el hecho de que casi cien años antes se celebraran bodas como la de sus padres. El exterior medía seis metros y medio de diámetro. El interior ni siquiera llegaba a cinco. Cuatro con setenta, según lo que aparecía en internet.

Sobre el altar había una inscripción en la que se decía que la iglesia había sido consagrada el 9 de mayo del año 1000.

—No tiene ventanas — hizo notar Elisabet.



—¿Dónde pudo guardar esa caja? —Gerard de Villiers paseó la mirada por la penumbra interior.

Enzo bajó la cabeza.

Las losas de los dos nichos eran visibles bajo sus pies.

—¿Como en San Miguel de Arretxinaga? —Eduard exteriorizó su pensamiento.

—Vamos a echar un vistazo antes de propasarnos con otra tumba —propuso la chica.

Ella y su hermano salieron fuera. Enzo y

Gerard se quedaron dentro. Los muros eran sólidos. Había pequeños huecos por los que metieron las manos sin encontrar nada. También peinaron el suelo sin el menor resultado.

Cuando volvieron dentro, Enzo estaba agachado sobre una de las losas.

—¿Por qué la pista absurda del Manuscrito Voynich? —dudó Eduard.

—Porque no era necesaria —le respondió el francés—. Una pista inexistente. Una losa sin

nada escrito. Simple y sencillo.

—Entonces, ¿está ahí abajo? —suspiró él.

Su hermana se cogió de su brazo.

—¿Lo hacemos entre los cuatro? —Enzo quiso compartir el momento con ellos.



No tuvieron que esperar para abrir la cuarta caja.

Estaban solos.

Solos bajo un cielo azul y en medio de un paraje de

ensueño.

Todas las combinaciones habían sido programadas con el mismo número, el 1-2-1-2-3 que aparecía en el Tetragrammaton. De todas formas, ya sabían que Enzo podía abrir cualquier cerradura. Una habilidad más.

Habían desistido de preguntarle cuántas tenía.

El nuevo papiro recibió por primera vez en muchos años, quizá décadas o siglos, la luz del sol.

Aunque no por

demasiado tiempo.

—Es el primero. —

Enzo confirmó sus sospechas dos minutos después.

Ernest Masolivé Palau le había dado el quinto y último a Enric Ardiach.

El final.

—Podemos llegar a Barcelona en una hora y media, según el tráfico — quiso alentarle Elisabet.

Enzo cerró la caja.

Sus movimientos a veces eran muy lentos, pausados.

Sus ojos, dos lagos

quietos.

—Gracias. —Sonrió a la muchacha antes de dirigirse a los otros dos—. Gracias a todos.

—Sin ti no lo habríamos conseguido —expresó ella.

—Sí lo habríais conseguido —objetó él—. De otra forma, pero lo habríais hecho. Ahora...

—Esta noche acabará todo, ya lo verás. —Eduard también se animó a alentarle—. Tiene que tenerlo Alícia Ventura. Hemos sido unos estúpidos.

Gerard de Villiers  
recogió la caja del suelo.

—¿Nos vamos?

Caminaron en dirección  
al coche. La cuarta caja  
metálica fue a parar al  
maletero, con las otras tres.  
Ocuparon sus asientos y  
Gerard arrancó el motor. Fue  
Elisabet la que sacó el móvil  
y buscó el número de la  
tienda de antigüedades de su  
abuelo.

—¿A quién llamas? —  
quiso saber su hermano.

—Solo quiero  
confirmar si Alicia Ventura  
está en la tienda. Le daré

cualquier excusa o le diré que Vallbona nos ha contado lo de su acuerdo.

El timbre sonó varias veces al otro lado, hasta que saltó el contestador automático.

Elisabet cortó la comunicación y buscó otro número en la memoria.

—¿Y ahora? —insistió Eduard.

—Necesitamos su dirección —dijo ella.

La respuesta a su llamada, inevitable, le llegó con la voz de Eliseu Masó.

—¿Dígame?



—Eliseu —Fue directa al grano—, soy Elisabet Ardiach. Póngame con Vallbona, por favor.

—No está.

—¿Cuándo...?

—Regresará en una hora más o menos.

—Le llamaré a su móvil, gracias.

—Se lo ha dejado aquí.

No era lo mismo entrar en Barcelona por una carretera que por otra, y eso mejor saberlo antes porque los desvíos, en algunos casos, empezaban a bastantes kilómetros de la

ciudad.

—Necesito la dirección particular de Aícia Ventura.

—Puedo dárosela yo, sin problema. Vuelvo enseguida.

Esperaron dos minutos. Gerard de Villiers conducía más rápido de lo normal por una carretera que no era precisamente una autopista. Elisabet trató de no pensar en ello.

—¿Tomas nota?

Le facilitó la dirección, en la parte baja de Sarrià. La apuntó con el bolígrafo que ya tenía preparado y luego la

sostuvo con una mano mientras acababa de hablar con el secretario del abogado.

—Eliseu, dígame al señor Vallbona que volvemos a Barcelona esta noche.

—¿Todo bien?

La pregunta no le sorprendió. Su abogado debía de estar más que preocupado por sus correrías. Sobre todo, contando con el accidente de su abuelo y el incidente del robo frustrado del maletín.

—Todo bien, sí —le

confirmó—. Tenemos lo que el abuelo buscaba.

—Me alegro.

—¿Algo de la policía?

—No, nada.

Mejor así. Si el comisario Molas les sorprendía con Enzo... tendrían que dar muchas explicaciones.

Y él más.

Se preguntó si podía acabar en una cárcel realmente.

¿También era capaz de atravesar muros?

—Gracias, Eliseu. Probablemente nos veremos

mañana o pasado.

—Buenas tardes.


Colgó por segunda vez y se guardó el móvil.

—Cuando lleguemos vamos a coger los túneles de Vallvidrera para ir a la parte alta de la Diagonal — informó al silencioso Gerard.

—¿Vamos a ir a verla con las cuatro cajas encima?

La chica se dio cuenta de la temeridad.

—De acuerdo —dijo—. Primero vayamos a casa a guardar los papiros.



Karl era muy alto, fornido, de hombros muy anchos y cabeza enorme asentada sobre el tronco sin apenas un cuello visible. Lo que más destacaba en él, sin embargo, era su cabello rubio, del color del oro. Sus manos eran como mazas.

Se llevó una al plexo solar y se rascó por enésima vez.

—¿Tienes sarna o qué?  
—se quejó Albert Guntz.

—Algo que he comido  
—rezongó él—. Tengo

reacciones alérgicas.

—Siempre has sido raro.

—¿A que te doy?

Hizo un tímido intento de darle un golpe. Su compañero fue más rápido y detuvo su mano en lo alto.

—Sabes que soy como el viento —le previno.

—¡Huy, sí! —se burló de sus palabras.

Intercambiaron unos golpes suaves, sin intención, solo para desanquilosar los músculos. Luego se echaron a reír y dejaron de moverse.

El exterior de la casa

era un remanso de paz.

Y así hora tras hora.

—No regresarán hoy.

—El grandullón escupió las palabras con desencanto.

—Pues nos tocará hacer guardia.

—Albert...

—¿Quieres meterte dentro y esperarles?

—¿Por qué no? Más seguro, y más cómodo.

—También más peligroso.

Karl se encogió de hombros.

—El señor Sizemore es poderoso.



—Y confía en nosotros.

Contemplaron la puerta de la villa. Habían visto entrar y salir a la criada un par de veces. Nada más. El único riesgo era que los dos hermanos no fueran a su casa.

Un riesgo calculado.

—Albert.

—¿Sí?

—¿Qué sentiste al morir Manfred?

El hombre de negro meditó la pregunta.

—Rabia, supongo.

—¿Solo lo supones?

—Últimamente

discutíamos mucho, aunque le quería, claro.

—¿No tienes deseos de matar al que lo hizo?

—¿Sabes lo que me dijo el señor Sizemore?

—¿Qué?

—Me habló de la voluntad de Dios, de ponerme a prueba, de valorar cuándo, cómo, qué debía hacer. Me dijo que si asumía la muerte de Manfred como algo prioritario, fracasaría en mi misión, y que mi misión era mucho más importante que la vida de mi hermano.

—Dios mueve los hilos de forma extraña, sí.

—Por eso me siento más fuerte.

—¿Más fuerte?

—He pagado un precio. Merezco mi recompensa.

—Lo conseguiremos.

—Claro.

—Y el señor Sizemore nos pagará bien.

—Eso también, Karl. Eso también.

Dejaron de hablar. El exterior de la casa de los Ardiach mantuvo su apariencia solitaria. Ni siquiera se movían las hojas

de los árboles en aquella tarde suave y perezosa.

—Voy a echar una cabezadita. —Karl se puso cómodo.

Albert Guntz no dijo nada.

Podría haber hecho el trabajo solo, pero al menos tenía a alguien con quien hablar.



Conrad Vallbona se había dado cuenta de que no llevaba el móvil a los quince minutos de salir de su

despacho. Para entonces estaba ya en plena reunión con dos clientes. Ahora le quedaba otra visita, pero antes no perdía más de cinco minutos pasándose por la oficina para recuperar su tercer brazo.

Ni siquiera recordaba los tiempos en los que los móviles no existían.

¿Era posible algo así?

—Pare en la esquina y espéreme —le dijo al taxista—. Es subir y bajar.

El hombre lo estudió por el espejo retrovisor. Aspecto, calidad, ropa,

detalles... Debió de convenir que sí, que podía fiarse de él. De todas formas, le dejó la cartera en el asiento trasero.

El taxista reparó en el detalle y se relajó.

—Ya sabe que aquí es complicado. No tarde —le dijo de todas formas.

Bajó del taxi y cubrió a la carrera los escasos cinco metros que le separaban del portal. Atravesó el vestíbulo sin ver al conserje del edificio y se introdujo en el ascensor. Todo perfecto. Estaba solo. Cuando el

aparato se detuvo en la planta, ya llevaba las llaves en la mano. Una vez en la oficina se precipitó hacia su despacho.

No pasó inadvertido.

—Señor Vallbona, ha llamado...

—Ahora no, Fernanda —la detuvo—. Tengo un taxi abajo esperándome. ¿Y Eliseu? —preguntó al no verle en su despacho.

—Ni idea.

—Le he visto entrar en el cuarto de la impresora —dijo alguien.

Conrad Vallbona abrió

la puerta del suyo. El móvil estaba allí, sobre la mesa. Su secretario debía de haberlo encontrado y se lo había dejado a la vista. Le bastó una ojeada para darse cuenta de que tenía dos llamadas perdidas.

Las devolvería en el taxi.

No llamó a Eliseu. Si estaba utilizando la impresora, quizá no le oyese. Y odiaba dar voces. Lo tenía prohibido. Allí nadie gritaba. Caminó hasta el lugar y se extrañó de que la puerta estuviese cerrada.



Tampoco se oía el runrún de la máquina.

Pero lo que más le sorprendió, un segundo antes de abrir la puerta, fue que al otro lado la voz que oyó hablase italiano.

Y era la voz de Eliseu.

Detuvo la mano en el tirador.

No solo se trataba de la voz, sino de aquella palabra, por encima de todas las demás:

—Monseñor...

Aplicó el oído a la madera.

Eliseu Masó hablaba en

voz baja aunque audible. Se despedía ya de su interlocutor. No hacía falta saber italiano para comprender el significado de sus palabras.

—Dios le bendiga a usted, yo he cumplido con mi deber cristiano, monseñor.

Se hizo el silencio.

Y entonces sí, Conrad Vallbona abrió la puerta.

Su secretario volvió la cabeza.

Los dos hombres se miraron.

No fue necesario nada

más. Nada.

Porque la palidez de Eliseu Masó le delató mucho más que el arranque de sus primeras lágrimas.



Aunque el coche era de alquiler, ni por un momento pensaron en perder un solo minuto para devolverlo. Gerard de Villiers condujo hasta la casa de Enric Ardiach y finalmente se sintieron a salvo cuando introdujeron las cuatro cajas en el despacho, en lo más

profundo de la segunda cámara.

Enzo pasó una mano asombrada por algunos de aquellos libros.

—Alucinante... —  
exclamó.

—¿Conoces alguno? —  
le preguntó Elisabet.

—He leído la mayoría  
—dijo él.

En su voz no había ningún atisbo de petulancia.

Constataba un hecho, nada más.

Extrajo uno y lo abrió con delicadeza. Se titulaba *Turba philosophorum*. Sus

ojos se emocionaron por algún recuerdo mientras recorría y acariciaba una de sus páginas.

—Este libro lo tradujeron del árabe al latín —comentó—. *La turba de los filósofos*. Es un tratado de ciencias ocultas. Habla de un concilio de filósofos, Jenófanes, Anaxímenes, Empédocles, Sócrates y otros, reunidos para fijar los conceptos del vocabulario hermético.

—¿Sabes... latín?

Enzo lo guardó en su lugar.

—No es el original, pero sí una buena copia. —  
Dejó sin respuesta la pregunta de Elisabet—. Podría pasarme horas aquí.

—Lo harás luego —les apremió Eduard—. Deberíamos irnos ya a casa de Alícia Ventura.

Salieron de la cámara. Cuando se cerró la puerta oculta en la librería, Gerard de Villiers los detuvo.

—Escuchad...

—¿Qué sucede ahora? —protestó el chico.

—¿Vamos a irnos todos a casa de esa mujer?

—¿Algún problema?

—No me gusta dejar aquí esos cuatro papiros — se agitó el francés—. No me quedaré tranquilo hasta que lleguen a nuestra biblioteca.

—Están a salvo en la cámara. ¿Quién iba a llevárselos?

No pareció muy convencido. Buscó apoyo en Elisabet.

—¿Tú qué dices?

—Opino como mi hermano, que ahí dentro están seguros. Pero si vas a estar inquieto quédate. Con tal de que vaya yo a verla y

le sonsaque la verdad...

—¿Tú sola?

—Iré con ella —se ofreció Enzo—. Quedaos vosotros custodiando esto.

Gerard de Villiers libró la última guerra consigo mismo. Ganó el deber, la responsabilidad. De todas las veces que había mirado a Elisabet con ternura, esa fue la más intensa, la más desnuda y sincera. Luego posó sus ojos sobre Enzo.

—Tened cuidado —les previno.

—No te preocupes.

—Enzo —le cogió del



brazo impidiendo que echara a andar—, si lo tiene esa mujer, tráelo aquí, ¿de acuerdo?

—Sí.

—No abras la caja en medio de...

—No soy tan estúpido.


—No, no lo eres. Pero es la parte del libro que estás persiguiendo con tanto ahínco, y no me gustaría que una imprudencia nos costara algo tanpreciado justo en la recta final de lo que hemos pasado.

—Volveremos con la caja sin abrir, te lo juro.

Edu ya no dijo nada.

Elisabet sí.

—Cuanto antes sepamos si Alícia tiene el papiro, antes regresaremos y todo habrá terminado, así que vámonos ya.



Era la primera vez que Enzo conducía, y lo hacía despacio, concentrado, respetando todas las señales de tráfico, con los ojos pendientes de la carretera.

Por esa razón a quien menos miraba era a ella.

Elisabet se mordió con fuerza el labio inferior.

¿Y si era la última vez que estaban a solas?

¿Y si Alícia tenía la caja, como sospechaban, y una vez abierta y leído lo que buscaba, Enzo desaparecía... para siempre?

Sin ninguna explicación.

No supo cómo abordarle, qué preguntarle, de qué manera tratar de atravesar sus defensas. Si en aquellas noches, desde que se les había unido en la ermita de San Bartolomé, no

lo había conseguido, ¿cómo intentarlo ahora, tan cerca del fin?

Enzo sí era hermético.

Intentó concentrarse en las calles de Barcelona. La noche era muy serena. No hacía ni veinticuatro horas que le había visto desnudo, boca abajo, como un seminarista a punto de ser convertido en sacerdote o algo así. De todas las imágenes que tenía de él, sin duda esa era la más poderosa e impactante. La más fuerte. Sabía que jamás la olvidaría. La llevaría grabada a fuego



asombroso que existan esos libros, pero más aún que hoy, en pleno siglo XXI, todavía haya quien trate de destruirlos y quien trate de salvarlos.

—Hay quien trata de salvarlos, precisamente, porque hay quien trata de destruirlos.

—Pero no son más que supersticiones.

—No, Elisabet. —Fue categórico—. Esos libros reúnen el saber de una época. Y son fuertes. No los menosprecies.

—Magia, brujería...

¡Por Dios!

—Magia, brujería, hechizos, sortilegios... son palabras que encubren la verdad o la disfrazan, nada más. Si una buena novela hoy puede cambiarle la vida a una persona, ¿cómo no iban a hacerlo esos libros en un tiempo en el que toda la sabiduría estaba contenida en ellos?

—¿Sabiduría? ¿Y los que servían para matar? Gerard nos habló de uno que en el siglo XV significó la muerte de nueve millones de personas.

—*Malleus*

*maleficarum*, sí —dijo Enzo —. «El martillo de las brujas», de Jakob Sprenger y Heinrich Kramertrans, auspiciado por la bula del papa Inocencio VIII

—¿Cuántos libros como ese ha habido?

—Muchos. En los días de los grandes inquisidores, sobre todo entre el siglo XVI y el XVII, hubo decenas de tratados contra la brujería, con métodos para reconocerla y eliminarla. Libros que referían modos de tortura que ni la Gestapo



o las purgas de Stalin. Pura represión. —Citó algunos títulos sin darle mayor importancia—: *La demonomanía de las brujas*, de Jean Bodin, *Disquisiciones mágicas*, de Martín del Río, *Tratado de ángeles y demonios*, de Juan Maldonado, *Practica rerum criminalium*, de Benedict Carpzov, *Tractatus de confessionibus maleficorum et sagarum*, de Pierre Binsfield, *Deux livres de la Hayne de Satan*, de Pierre Brespet, *Instrucciones sobre la tiranía y el poder del*

*diablo*, de André Musculus,  
*Traité des énergumènes*, de  
Pierre de Berulle, *Epitomes  
delictorum in quibus aperta,  
vel occulta, invocatio  
daemones intervenit*, de  
Torreblanca Villalpando,  
*The Discovery of Witches*,  
de Matthew Hopkins...

—Vale, no sigas. Te  
sabes la lección —le detuvo  
Elisabet.

—Sí, me la sé —  
convino sin entusiasmo.

—Pero todo eso  
sucedió hace mucho.

—¿Sabes que el  
*Malleus* se reeditó en

alemán en 1906? ¿No te dice nada lo que está sucediendo en la actualidad con los fanatismos religiosos?

—Es distinto.

—No lo es. Dios, Alá, Buda o Krishna predicaron amor, no la guerra constante con la que tratan de imponerlos sus seguidores. No hay nada peor en el ser humano que la instrumentalización de sus creencias.

—Y ahora, ¿por qué te enfadas?

—No me enfado. Solo enfatizo mis palabras. El mal

tiene muchas formas, demasiadas, y yo lo he visto, ¿sabes?

—¿Lo has visto?

—Lo he mirado a los ojos, sí. —Su voz era grave.

Elisabet contempló su perfil, sus labios. A veces tenía que reprimirse.

Ni ella misma lo entendía, y ese desconcierto era aún peor.

Enzo parecía triste.

—¿Cuánto hace que no te ríes?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Tiene su lógica, ¿no

crees?

—Uno se ríe cuando sucede algo gracioso.

Les adelantó un coche con una pareja. Conducía él. La chica le acariciaba la nuca con mano de seda y apoyaba la cabeza delicadamente en su hombro. Su rostro era plácido.

Sintió mucha envidia de ella.

—¿Por qué estás así?

—¿Cómo estoy?

—Tan... calmado, no sé.

—¿Cómo quieres que

esté?

—Estás a punto de encontrar lo que buscas.

—He estado cerca otras veces y luego...

—¿Cerca del Libro de Thot?

—No. Ha habido tres libros que podían ayudarme. Dos se perdieron. Yo mismo vi arder uno de ellos. Solo me queda este.

—¿Para qué, Enzo?  
¿Te queda para qué?  
¿Ayudarte a qué? ¿Qué harás cuando lo encuentres?

—Leer el final, ya te lo he dicho.

—¡Ya lo sé! —se  
crispó—. ¿Y después?

—Por favor, Elisabet...

—¿Tanto te cuesta  
sincerarte?

Enzo se detuvo en un semáforo. La gente pasó por delante. Solo una niña miró en su dirección. Iba de la mano de su madre y tendría unos siete años, rubita, angelical. Al verle alzó las cejas. Quiso llamar la atención de la mujer, pero ella tiró de su hija sin hacerle caso. Estaban cruzando un semáforo y punto. La pequeña volvió la

cabeza una vez.

Elisabet rompió a llorar.

En silencio, para que él no lo notara, escondiendo el rostro.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Por qué no entiendes que no puedo...?

—¡No quieres! —El grito retumbó en el interior del coche—. ¡Todos estos días juntos y sigues siendo un misterio, un ser que levanta losas, que abre cajas, que lee libros antiguos y al que disparan sin que le pase



nada! ¡Mierda, Enzo, ya está bien! ¡Es como si buscaras la forma de morir porque no puedes hacerlo por ti mismo...!

Dejó de hablar de golpe. Había sido un estallido emocional, impetuoso, pero de pronto sus palabras calaban en ella una a una.

Cuñas frías.

—¿Es eso, Enzo?

Ya no circulaba nadie por delante de ellos.

Elisabet le puso la mano en el hombro.

Cuando él se

estremeció, la retiró de inmediato.

Sonó un claxon por detrás.

El semáforo estaba en verde.



Al abrirles la puerta, el rostro de Alícia Ventura se demudó.

Primero miró a Enzo, más allá de toda sorpresa. Luego logró apartar sus ojos de él y centrarse en la nieta de Enric Ardiach.

—¡Elisabet!

—Buenas noches, Alicia. —Se comportó con normalidad y corrección sin excusarse por la hora. Le dio sendos besos en las mejillas —. ¿Podemos pasar?

—Pues... oh, sí, por supuesto, perdona. No esperaba visitas y menos...

—Volvió a mirarle a él.

—Este es Enzo —le presentó ella.

Alicia Ventura le dio la mano. Vivía sola. No sabía nada de sus relaciones. Pero indudablemente, como a todas las mujeres al verle, el impacto acababa de

sacudirla de arriba abajo.

Elisabet intentó concentrarse en lo que les había llevado hasta allí.

La dueña de la casa les condujo hasta una sala confortable. La televisión estaba apagada y la única luz, procedente de una lámpara de pie, iluminaba directamente una butaca en la que se veía un libro abierto y boca abajo. Alícia Ventura conectó el encendido del techo y entonces las dimensiones cambiaron, parecieron hacerse más amplias. Una

mesa con cuatro sillas a un lado, un sofá, dos butacas, libros y más libros, de todos los estilos y géneros, repartidos por estanterías y dos mesitas, una vidriera con miniaturas, una galería con las ventanas abiertas...

—Sentaos, ¿queréis tomar algo?

No habían cenado, pero dijeron que no al unísono. Ellos ocuparon el sofá mientras ella regresaba a la butaca en la que leía. Cerró el libro despacio, no sin antes fijarse en la página donde se encontraba en su

lectura. Sus movimientos eran plácidos. Todo el piso, al menos lo que habían visto hasta allí, rezumaba serenidad, discreción, elegancia.

Lo mismo que su propietaria.

—¿Has venido a hablar de lo de la tienda? —Unió sus manos sobre las rodillas inclinándose ligeramente hacia delante con un atisbo de ansiedad.

Elisabet se dio cuenta de que no sabía cómo enfocar el tema. Se sintió desnuda. Perdida. Si sus

sospechas no eran ciertas, insultaría gravemente a una de las mejores colaboradoras de su abuelo.

Y si lo eran...

—No, hay cosas más urgentes que eso, perdone...

—Buscó las palabras más adecuadas—. El abuelo mandó un paquete por mensajería desde Madrid, por miedo a facturarle como equipaje en el avión o a que no se lo dejaran llevar en cabina. Se fió más de eso que de ninguna otra cosa.

—Sí, me lo dijiste. —  
Las manos se crisparon.

—No lo envió a casa, y usted nos dijo que tampoco a la tienda, así que la pregunta es: ¿dónde puede estar?

—No lo sé. —Separó las manos un momento y volvió a unir las sobre las rodillas.

La misma crispación.

Su rostro, en cambio, seguía sereno.

Los ojos, vivos.

—Alícia...

La voz de Enzo era igual que un cuchillo afilado.

Fue como si abriera un profundo surco entre los



tres.

—¿Dónde lo tiene? —

Miró fijamente a la encargada de la tienda de antigüedades.

—¿Perdone? —Intentó aguantar el tipo.

No hizo falta que Enzo volviera a hablar.

Sus ojos lo hicieron todo.

Unos segundos...

—¡Oh, Dios! —Alícia Ventura se llevó ahora la mano derecha a la boca. La incrustó entre sus dientes.

Luego se vino abajo.

Rompió a llorar.

Elisabet estuvo a punto de levantarse para ir en su ayuda. Enzo lo evitó sujetándola por el brazo. Movi6 la cabeza de lado a lado una sola vez.

Vencida la resistencia, quedaba esperar.

—Yo sí necesito beber algo —se excus6 la mujer de pronto.

Se levant6 y corri6 m6s que camin6 hacia la puerta de la sala. Podía huir, pero era improbable. Oyeron el ruido procedente de la cocina, un vaso, una botella, antes de verla reaparecer con

la copa en la mano. Quizá coñac, un whisky. Desde luego, algo alcohólico y fuerte.

Volvió a sentarse en la butaca, la dejó sobre la mesita y trató de sostener sus miradas.

La de Enzo, imposible.

—Elisabet, yo...

—¿Cuándo llegó el paquete a la tienda?

—Al día siguiente, junto a otros muchos. Fue una mañana de locos en ese sentido y no siempre lo abrimos todo al momento. Cada cosa a su tiempo. Pero

con la noticia de la muerte del señor Ardiach...

—¿No se dio cuenta de que lo mandaba él mismo?

—Sí.

—¿Y?

—Nada, a veces lo hacía. No tenía excesiva importancia.

—¿Cuándo abrió ese paquete? —siguió interrogando Elisabet.

—Después del entierro... No sé. —Agachó la cabeza y se llevó la mano libre a la frente, cada vez más vencida—. Yo estaba... muy mal, conmocionada,

aturdida... Perdía a un hombre maravilloso, porque nunca fue un jefe ni nada parecido. Lo perdía y, además, perdía la tienda, mi mundo... —Las lágrimas reaparecieron y tuvo que sorber la nariz ruidosamente, incapaz de levantarse de nuevo para buscar un pañuelo—. La caja venía muy protegida, con sellos de «frágil» y etiquetas por todas partes. Le quité la envoltura y cuando comprendí que no podría abrirla a causa de esa combinación de cinco

dígitos, la dejé en nuestra  
caja fuerte, donde  
guardamos lo más valioso.  
No es que pensara nada...  
Es decir... Yo no sabía...

—Cálmese, ¿quiere? —  
le pidió Elisabet al ver que  
volvía a derrumbarse—. No  
somos policías ni nada  
parecido.

Alicia Ventura casi se  
terminó la copa.

—Cuando Conrad  
Vallbona me dijo...

—¿Por qué no esperó a  
que yo me sentara con él?

—El señor Vallbona  
siempre ha llevado los

asuntos del señor Ardiach.

—Y yo soy una cría, ¿es eso? No pensó que mi hermano o yo tuviéramos agallas. Cuando se dio cuenta de que el contenido de la caja era quizá lo más valioso que jamás hubieran tenido, pensó que era su oportunidad. Dinero fácil para empezar de nuevo.

—¡No!

—Ya no hace falta que mienta, ¿no se da cuenta?

—¿Dónde está? —  
tronó la voz de Enzo.

Alicia Ventura se sobresaltó.

—Yo...

—¿Dónde? —repitió

con la misma dureza.

—No la tengo aquí —  
gimió ella.

—¿Por qué?

—La llevé a la caja de  
seguridad del banco. Tuve  
miedo. Fue...

—Vio el papiro, ¿no es  
cierto?

—Sí.

—¿Cómo abrió la caja?

—Un... amigo mío lo  
hizo.

—¿La forzó?

—Sí.

—¿Y si su contenido



hubiera sido destruido por algún mecanismo de defensa?

—No pensé...

—¿Sabe qué es ese papiro?

—No, todavía no.

—Pero se imaginó su valor.

—Sí.

—Y como nadie sabía que mi abuelo lo había mandado por mensajería... Lo más fácil era imaginar que iba en el avión, y que el accidente lo había destruido sin dejar rastro.

—Sí.

—¿A quién iba a vendérselo? —preguntó Enzo.

—¡A nadie!

—Alícia, ya basta —intervino de nuevo Elisabet—. Solo queremos recuperarlo.

—Yo quiero saber a quién iba a vendérselo —reiteró su interés Enzo.

La mujer apartó la vista para clavarla en el suelo. Ya no era una señora distinguida y elegante. Se había convertido en un manojo de nervios.

—Llamé a algunos

coleccionistas importantes.

—¿Cuándo iban a mandar a sus expertos?

—La próxima semana.

—Ya no pudo más y se produjo el derrumbe final—.

¡Oh, Elisabet, Elisabet, lo siento! ¡Perdona! ¡Yo...!

¡Era la tienda! ¡La tienda, mi vida, todo! ¡Me sentí tan herida y traicionada que no pensé...!

Se dobló sobre sí misma y estalló liberando todas sus lágrimas. Elisabet sintió pena. Enzo, no. Su mirada seguía siendo muy dura, implacable.

La mirada de los que ya no pueden perdonar, porque no les quedan fuerzas para ello.

—Mañana a primera hora estaremos aquí. —Fue el primero en levantarse—. No haga nada, ni hable con nadie, se lo advierto. Iremos al banco y recuperaremos la caja, ¿de acuerdo, señora?

No hubo respuesta, solo unos gemidos lastimeros.

—¿Señora?

Alicia Ventura asintió con la cabeza una, dos, tres veces.

—¿Podemos confiar en

ella? —le preguntó Enzo a Elisabet con voz cortante.

Incluso la chica se estremeció.

—Sí, podemos —musitó sin apenas fuerza en la suya.

Para él fue suficiente.

Echó a andar hacia la puerta.



El regreso fue silencioso.

Enzo parecía molesto, enfadado, y ella...

Ella no sabía qué

pensar.

El Libro, el Libro, el Libro, Enzo, el vértigo...

Pasara lo que pasase, ya nada sería igual. Perdería a Enzo, se quedarían solos, Eduard y ella, y adaptarse a su nuevo futuro no sería precisamente fácil.

No después de aquellos días.

Las cinco partes del Libro de Thot acabarían en el refugio secreto de los custodios.

Ocultas.

Por dos veces intentó abrir la boca, hablarle, tratar

de romper aquel mutismo, y no lo consiguió. Por dos veces se asustó del desaforado latir y la ansiedad de su corazón y lo único que logró fue ahogarse por la presión de su pecho. Acabó renunciando con un alud de sensaciones, engaño, frustración, impotencia...

La última noche.

La parte final, por los túneles de Vallvidrera, guiándole por Sant Cugat, fue la peor.

Todo desapareció de un plumazo al llegar a la casa.

En el instante en que

vieron las puertas abiertas y las luces encendidas.

—No, no... —La chica se asustó.

Enzo saltó del coche. Fue el primero en entrar en la vieja mansión. Los restos del vendaval eran visibles de buenas a primeras. Los intrusos no se habían contentado con registrar a conciencia. También habían actuado con afán destructor. Cuadros caídos, estatuillas rotas, cortinajes arrancados, muebles volcados y estanterías arrasadas sembraban el suelo de restos



inanimados, mudos testigos de la barbarie a la que acababan de ser sometidos.

—¡Eduard!

Ninguna respuesta.

Elisabet no sabía hacia dónde correr, ni qué hacer, presa del pánico, que inundaba su mente de fogonazos blancos.

Enzo, sí.

Subió a la carrera por las escaleras, directo al primer piso.

El despacho de Enric Ardiach también había sido arrasado, pero de forma burda, sin el menor tino, con

prisas. Los asaltantes no habían dado siquiera con el resorte para abrir la primera cámara.

Buscaban unas cajas metálicas, no un saliente situado en la parte interior de un estante.

Así de simple.

De todas formas, Enzo lo comprobó. Presionó el resorte, dejó que la librería se desplazara, llegó a la primera cámara y tecleó la contraseña en el panel.

Las cuatro cajas estaban allí, tal y como las habían dejado.

—¿Dónde están? —

gimió más y más asustada Elisabet a su espalda.

—Tranquilízate.

—Enzo...

—Ven. —La tomó de la mano y tiró de ella.

Registraron el primer piso sin éxito. Luego regresaron a la planta baja. Amàlia estaba en la cocina, su reino privado, atada a una silla, de pies y manos, y con la boca tapada por la misma cinta adhesiva. Cuando les vio se le desorbitaron los ojos y empezó a gemir. Enzo buscó un cuchillo para cortar

la cinta. Primero la boca...

—¡Elisabet! —gritó  
histórica.

—¿Dónde está mi  
hermano? —La sujetó por  
los brazos mientras Enzo la  
liberaba del todo.

La criada no pudo  
responderle. Pareció a punto  
de desmayarse o ponerse a  
chillar, o las dos cosas a la  
vez.

—Amàlia, cálmese —le  
dijo Enzo colocándose frente  
a ella.

Sus ojos la serenaron.  
Al menos lo suficiente  
para que pudiera decir algo

coherente.

La mujer miró a Elisabet.

—Se los han llevado —  
musitó sin aliento.

—¿Quiénes?

Ahora se dirigió a él:

—Eran dos, uno muy alto y corpulento, rubio. Iban armados. No pude hacer nada, ¡nada!

—¿Qué ha sucedido exactamente?

—Querían que Eduard y el otro joven les dijeran algo, pero... No sé, no entendía muy bien a qué se referían. Unas cajas...

—¿Les han pegado?

—No lo sé. —Le cayeron dos lagrimones por las mejillas.

Enzo miró a su compañera.

—No les han dicho nada, por eso se los han llevado.

—¿Por qué?

Amàlia metió una mano en el bolsillo de su delantal. Sacó una nota escrita a mano, con mayúsculas. Una nota que, de haberla dejado en la casa, quizá hubiera pasado inadvertida a causa del desorden. Se la tendió a

Elisabet, pero fue Enzo quien la cogió, más rápido.

El texto era simple: «Ya sabéis qué queremos. Y sabéis que podemos hacerles daño si os negáis a ser razonables. Os llamaremos cuando lo tengáis asimilado».

—Hay que avisar a la policía. —La criada de la casa dio muestras de empezar a recuperarse.

—No —dijo Enzo reteniéndola en la silla.

—Pero si...

—Amàlia —la obligó a mirarle de nuevo, y fue

como si la hipnotizara—, déjenos esto a nosotros, ¿de acuerdo? La policía no puede hacer nada.

Elisabet tardó, pero asintió con la cabeza tras aquellos segundos de silencio, corroborando sus palabras.

Cuando las dos mujeres se abrazaron, buscando apoyo mutuo, él se incorporó y les dio la espalda, con la mandíbula y los puños apretados.

Había dicho que era imperturbable.

Y no era cierto.



## DÍA 15

Ya no se habían separado, estaban juntos. Poco importaba la hora de la madrugada. Elisabet no podía dormir pese al agotamiento y Enzo tampoco lo hacía. Compartir la espera, respirar el mismo aire, apoyarse el uno en el otro, sobre todo ella en él, formaba parte de la tensa vigilia.

Apenas se movían.

Aunque Elisabet ya se había levantado dos veces, una para ir a buscar un vaso de agua y la última para ir al baño.

Ahora estaba de pie.

—¿Por qué no llaman ya? —le preguntó.

—No lo harán hasta mañana —dijo Enzo.

—No lo entiendo.

—Juegan con tus nervios. Cuanto más tarden, más asustada estarás y más te inclinarás a hacer lo que te digan.

—Hablas en singular —le hizo notar.

—Sí.

—No te sientes parte de esto, ¿verdad?

—Lo soy —admitió.

—¿Cuánto tiempo llevas solo?

—¿Qué tiene que ver...?

—La soledad conduce al egoísmo. No dices «nosotros», dices «yo». Es mi hermano, y es cosa mía, sí, pero es duro oírtelo decir.

—Perdona.

Las largas miradas siempre provocaban pequeños cataclismos, sobre todo en ella. Esta no fue

distinta.

Enzo intentó paliar los efectos de la nueva tormenta.

—Quieren los papiros, tranquila.

—¿Y ya está?

—Es un intercambio.

—¿No te preocupa que los destruyan?

—No soy un custodio.

—Te basta con ver ese texto. Lo demás no importa.

Otra vez la misma situación atrapada en la intensidad de sus miradas. Dolorosamente firme la de él, quebradiza la de ella.

—Deberías descansar.

—Su voz flaqueó.

Elisabet lo percibió.

—No.

—Si mañana no tienes fuerzas será peor.

—Dímelo.

No tuvo que preguntarle qué.

Su compañera se mantuvo firme apenas cinco segundos.

Luego asomaron las lágrimas.

Y él se rindió.

—Ven —le pidió.

Elisabet caminó hasta el sofá. No lo hizo rendida.

Lo hizo casi invadida por una sumisión de alivio extremo. Más que sentarse, lo que hizo fue tumbarse a su lado, con los pies encogidos, encajada bajo el brazo que Enzo levantó para recibirla y darle su calor.

Su alma.

Finalmente.



Estaba en sus brazos.

Más cerca de lo que nunca había estado, incluida la noche del beso.

El beso que la

perseguía y la atormentaba.

Movió la cabeza para poder verle. Enzo ya lo hacía, con aquellos conductos transparentes que iban de su cerebro a la realidad del mundo exterior. Una mirada eternamente líquida, directa y penetrante.

La sintió en su mente.

Una caricia.

Las palabras se hicieron esperar. Atravesaban juntos una cápsula de tiempo. El abrazo, el contacto, el intercambio de emociones a través de los ojos, todo configuraba una escena

única y hermosa. Solos. Solos. Solos. Bastaba con levantar una mano para hacer una caricia. Bastaba con acercarse para rozar sus labios. Bastaba con un suspiro para encender todas las mechas.

Elisabet supo que él también quería besarla.

Y que no lo haría.

No fue una simple creencia, ni un deseo, ni una ansiedad infantil. Fue la constatación de un hecho. Su fuerza contra la resistencia de Enzo.

—Eres demasiado



hermoso para ser real —  
musitó.

Hermoso.

No bello o guapo.

Hermoso.

Había palabras que  
definían mucho mejor las  
cosas.

—Mi ángel...

Enzo le apartó el  
cabello de la frente.

Sonrió con dolorosa  
ternura.

La película de aquellos  
días con él cruzó por su  
mente. El primer contacto en  
el cementerio. El segundo en  
plena calle para evitar que

les robaran el maletín. El tercero en la Gran Vía de Madrid. El cuarto en el tren. El quinto cuando creyó que aquella bala le había matado...

—Nací en Módena, Italia, en 1732, y a los diecinueve años... —  
comenzó a hablar Enzo.

# INTERMEDIO 3

*MÓDENA, ITALIA,*

*1 DE NOVIEMBRE DE 1751,*

*DOCE Y TRES MINUTOS DE LA NOCHE*

La pregunta del diablo  
flotó en su mente.

—¿De veras crees que

te daré una llave?

—¡Sí!

—¿Por qué?

—¡Porque te gusta jugar con tus víctimas!

—¿Víctimas? —Soltó una carcajada que hizo temblar las paredes de su conciencia—. Eres divertido, Enzo.

Por primera vez, empleaba su nombre.

Y no Vincenzo.

Enzo.

Tan amistoso...

—Solo he cometido un error —dijo.

—El más grave.

—¿Por qué ha de serlo verte, fascinado por esa luz?

—Porque así son los pactos. Me has invocado a cambio de algo y has traicionado tu parte. Te has traicionado a ti mismo. No podías mirar la luz y has sido débil. Un mal muy humano a la postre. —El diablo volvió a reír, esta vez con menos fuerza—. ¿Por qué estoy hablando contigo? —se preguntó extrañado.

—Te diviertes.

—En eso llevas razón.

—Pareció henchirse de gozo.

—Dime cómo puedo llegar a la Gran Luz, la de la Revelación Final, y aceptaré mi castigo.

—Lo aceptarás igual, ¿no crees?

—Pero será más duro cuando caiga sobre mí.

El diablo lo envolvió con un halo cárdeno.

—Me gusta —reveló.

Y Enzo atisbó la esperanza.

Diecinueve años, hermoso, inmortal...

Perdido por ver la luz.

—Has desafiado el poder de la oscuridad. —Sus

ojos de fuego asolaron de nuevo la cada vez más diáfana transparencia de los suyos—. Pero tienes valor, Enzo. Valor de pedir perdón. Valor de pedir una esperanza. —Se estremeció al pronunciar una palabra tan sagrada—. Y el valor siempre merece algo más.

—Entonces...

—Me gustan los juegos.

—Entonces...

—Quizá un día puedas cambiar tu destino si así lo quieres, sí.

—¿Cómo?

Los segundos ya eran años. Transcurrieron muy despacio mientras el rey del averno lo meditaba.

Decidía su eternidad o...

—Has acudido al hechizo, has invocado mi nombre. Palabras que solo pueden cambiar con palabras.

—¿Dónde?

—Hay tres libros. —Pronunció cada sílaba con burlona expectación—. Tres libros y tres finales, aunque la expresión «libro» sea ambigua en algunos casos.



—Sus nombres...

Otra pausa. La última.

El diablo aceptaba su propuesta.

—El *Kah-a-m'ta*, escrito por el primer humano de piel negra en África, del que solo existe el original, porque su autor lo trenzó en pieles de antílope y lo conservó en un morral de piel de león. Recibió sus enseñanzas de un ser superior y en él se habla de la regresión del alma. Lástima que sea un tratado que desapareció hace siglos.

—Si desapareció...

—Puedes buscarlo.

—¿Existe?

—Tal vez.

—¿El segundo?

—Un voluminoso libro, esta vez sí, llamado *In fidelis*. Lo redactó un hombre santo —pronunció el término con asco—. Cita un camino para borrar todos los pasos de un ser humano sobre la tierra. —El aliento se hizo casi húmedo cuando se lo soltó en la cara—. Lástima, también, que sea una copia única y que corra de mano en mano por la vieja Europa desde hace

cientos de años, huyendo siempre, siempre, siempre.

—¿De quién?

—De los hombres de negro, Enzo.

—¿Quiénes son los hombres de negro?

—La inmortalidad te dará tiempo para conocerlos si consagras tu vida a buscar esos libros, tranquilo.

—¿Y el tercero?

—El más importante, el Libro de los Libros, el de Thot. —Volvió a hablarle como si fuera un padre amantísimo—. El primero que hubo en la tierra, aunque

no es una obra muy usual, ni demasiado vista, ni se escribió sobre papel, ni... — Por primera vez se apartó de su lado, dejó de envolverle —. Las últimas palabras del Libro de Thot son también un camino al más allá. Un camino de redención y perdón. Un camino que te devolvería a tu condición humana y la libertad, Enzo. La libertad.

Tres libros.

Tres rarezas.

Y una eternidad para encontrar al menos uno de ellos.

—¿De verdad quieres jugar, Enzo? —El diablo empezó a desvanecerse.

Ya lo había hecho.

Para perder.

—Deberías disfrutar de tu belleza, de tu inmortalidad, de tu poder... ¿Para qué perder el tiempo queriendo cambiar lo que hace unos minutos tanto anhelabas?

—Yo no lo quería así.

—Así, ¿cómo?

—Quería...

La luz se desvaneció en el aire.

Flotó de repente un

leve olor a azufre.

Caído en el suelo, desnudo, mientras su cuerpo cambiaba igual que si una mano invisible se lo modelara desde dentro, Vincenzo di Angelis sintió todo el frío del universo metido en su corazón.



—Yo era un joven humilde, Elisabet. No tenía nada. Nada en absoluto salvo la miseria heredada de mis padres, muertos ambos por la peste. Tampoco era un

ser agraciado. Tartamudeaba ligeramente, era muy bajo, nariz grande, belfo. Servía más para bufón que para ninguna otra cosa. Y quizá me habría acostumbrado a ello. ¿Por qué no? Todos hemos de aceptar lo que somos, y cuanto antes lo hagamos, mucho mejor. Sin embargo, cuando tenía diecinueve años sucedió algo mucho más amargo. Algo que lo cambió todo.

—Te enamoraste —  
dijo ella.

Enzo admiró su  
perspicacia.

—Sí —admitió—. Me enamoré.

—¿Y ella de ti?

—No. —Su sonrisa fue triste—. ¿Cómo iba a hacerlo? Ella era preciosa.

—El amor es ciego.

—Ciego, no estúpido.

—¿Cómo se llamaba?

—Francesca Batturini.

—¿Qué sucedió? —Su voz era apenas el reflejo de su asombro final.

—Encontré un libro, *El enchiridión*, escrito por el papa León III aproximadamente en el año 813.



—¿El mismo de las oraciones y los pentáculos que llevas colgando del cuello?

—Sí. En ese libro aparecía el supremo conjuro, la invocación satánica más fuerte jamás concebida. La misma que, se decía, figuraba ya en el Libro de Thot, y también en *Las clavículas de Salomón*, *Los secretos del Gran Alberto*, *El gran grimorio del papa Honorio*, y los textos revelados por Nicolás Flamel en *La cábala*. Una invocación envenenada,

Elisabet. Demasiado para mi debilidad.

—¿La hiciste...?

—El 1 de noviembre de 1751, como dictaba el ritual, a las doce de la noche, en una habitación cubierta de paños negros, con solo una mesa de tres pies y sobre ella dos cirios encendidos con un cráneo humano en el centro, me postré desnudo dispuesto a realizar el conjuro. Puse mi mano izquierda sobre la calavera, sostuve un tridente con la derecha, alcé el rostro y pronuncié la invocación.

—¿De verdad...  
apareció el diablo?

—Sí.

—¿No lo soñaste?

—Mírame, Elisabet.

¿Soy acaso un sueño?

—No —tuvo que  
aceptar.

—Yo quería ser  
atractivo, más que atractivo,  
hermoso, que las mujeres se  
enamorarán de mí. No solo  
Francesca. Todas. Llevaba  
en mi corazón tanto  
resentimiento, tantas burlas  
almacenadas, tanto odio  
acumulado por el desprecio  
al que había estado sometido

en mis diecinueve años de vida, que, ciego y decidido a lo que fuera, pedí no solo la belleza, sino también la inmortalidad y...

—Eres inmortal —dijo ella.

Enzo rozó su mejilla con la mano. Les separaban apenas unos centímetros.

A veces, tan poco podía ser una enorme distancia.

—Cuando concluí la invocación, tracé con mi tridente un triángulo en el aire. Entonces apareció él, sobre un foco luminoso, omnipresente. Yo me eché al

suelo, boca abajo. Pedí mis deseos. Los pedí dispuesto a todo y entonces...

—¿Qué?

—El final de la invocación era especialmente rígido. No admitía dudas. No podía ser otro. Una advertencia, un precio, un aviso... Decía que no se mirase a la luz.

—¡Y tú la miraste!

Enzo tragó saliva.

Conectados a través de sus ojos, Elisabet vio el más allá en los suyos.

Cielo y abismo.

—Te condenó.

—No, el diablo cumplió mis deseos. Solo eso. Me condené yo mismo. Estaba loco, ciego, lleno de furia juvenil. Le desafié al mirarle, eso fue todo. Me dio belleza y una vida eterna, pero el precio que he pagado ha sido amargo y duro. La maldición de mi atractivo me ha perseguido siempre, hasta ser una espada constantemente suspendida sobre mi cabeza. Mi vida ha sido un cúmulo de horrores a pesar de tantos amores que la han colmado. Tantos que...

Pareció a punto de llorar.

—¿Tantos? —susurró ella.

—Tantos, sí. Y cuando el que caía era yo, presa de esa llama torrencial, aún era peor. Todas se parecían. Todas eran Francesca. Todas...

—¿Yo también?

—No seas niña.

—¿Has tenido hijos?

—Nunca. Imagino que eso habría sido todavía peor, el más amargo de los contrasentidos. Tener siempre la misma edad y ver

envejecer a tus hijos.

—¿Por qué necesitas el Libro?

Sabía la respuesta, pero era la pregunta inevitable.

Su voz incluso sonó revestida de paces.

—Satán atendió mis súplicas. Le pedí una esperanza, y me la concedió —dijo Enzo—. Para él era un juego. Para mí, la posibilidad de enmendar mi error. Había un camino, y se encontraba en tres libros perdidos. Me bastaba con hallar uno. Uno, Elisabet. Uno de los tres para leer el



antídoto de la invocación. Tres libros que he buscado desde entonces, desde hace doscientos sesenta años.

—Trece veces veinte  
—susurró.

—Sí, y no creo que sea casual que ahora, justo ahora, haya reaparecido el Libro de Thot.

—¿Y los otros dos?

—Uno estaba en África, pero jamás di con él. Otro apareció aquí, en España, y el 14 de abril de 1875 llegué a tenerlo casi en mis manos. Casi. Se llamaba *In fidelis*. Era un único

ejemplar. Lo vi arder entre mis manos, ¿sabes? Habría sido el fin, pero...

—¿Quién lo quemó?

—Ellos. —Su tono se hizo hueco—. Los hombres de negro, ¿quién si no?

—Oh, Enzo...

—Han pasado ciento treinta y seis años desde entonces.

—¿Cómo supiste que el Libro de Thot había sido encontrado?

—Rumores, leyendas... y a lo largo de los años contactos, sobornos... Fue hallado en el Tíbet a

mediados del siglo pasado. Supongo que Gerard ya te habrá hablado de ello. He seguido un largo camino hasta tu abuelo.

—¿Qué sucederá cuando leas esas palabras? ¿Son como un antídoto? — Llegó al punto crucial de su revelación.

No tuvo que responderla.

La verdad seguía estando en sus ojos.

—Enzo, no... —gimió ella.

—Tengo que hacerlo.

—¿Por qué quieres

morir?

—Porque la vida es otra cosa, no lo que he tenido yo.

—Vivir siempre es hermoso...

—No. —Le sonrió con dulzura y tristeza—. Al comienzo fue un sueño, ¿sabes? Francesca se enamoró de mí, o, mejor dicho, del hombre en que me había convertido, no el que era antes de la invocación, el real. Se enamoró, nos casamos en unos meses, jóvenes, dichosos, y durante un tiempo fui el ser más

feliz del mundo. La tenía, era mía, todas las noches, a cada instante. La posesión plena, porque era ella la que me deseaba hasta el límite. Sin embargo, a los pocos años comenzaron las preguntas. Ella se hizo mujer. Yo no. Cuando me enamoré, Francesca era una muchacha de diecisiete años. Diez años después tenía veintisiete, y cumplió treinta, y cuarenta... Yo no. Yo seguía igual. Sorprendentemente igual en un tiempo en el que eso significaba lo peor. Y en mi

caso era verdad: había hecho un pacto con el diablo. Tuvimos que huir, escapar de las habladurías de la gente. Nos instalamos en otras partes mientras ella se hacía mayor, mayor... hasta que finalmente la vi morir, de pena y tristeza, no de vieja, y eso fue... Eso fue lo peor, Elisabet. Vi morir al ser por el que me había condenado. Después...

—¿Qué hiciste?

—He tenido una vida azarosa —explicó despacio—. Nunca podía pasar más que unos pocos años en cada

lugar. Huía cuando una mujer cometía una locura por mí, o cuando los habitantes se volvían en mi contra. Fui acusado de brujo, quemado sin éxito dos veces. Después de Francesca llegaron otras, porque me resistía a vivir solo. Y una y otra vez la historia se repetía. Ese fue el peor de los castigos, sentir el amor de tantas mujeres a las que no podía dar el verdadero tiempo de la vida, el que nos hace crecer y envejecer juntos. Recorrí el mundo, dejando tras de mí muerte y

desolación. Unas se  
suicidaron, otras  
enloquecieron. Yo también  
lo hice. Enloquecí sin  
medida...

—Pero las amaste.

—Sí, las amé.

—El amor siempre  
compensa.

—No en este caso, sin  
futuro.

—Yo...

Le puso los dedos en  
los labios para que no lo  
dijera.

—No, Elisabet.

—¿Qué sientes ahora  
mismo? —preguntó por



entre sus dedos.

—Esperanza.

Una palabra que abarcaba mucho. Demasiado en algunos casos.

Todo en él.

—¿Por qué no me lo contaste?

—¿De qué habría servido?

—Cuando aquella bala te alcanzó...

—Lo dijo Eduard: soy un monstruo.

—La leyenda dice que eres un ángel.

—Una mujer despechada me denunció a

la Inquisición. Me cogieron. Fue la primera vez que acabé en una hoguera. Cuando las llamas quemaron mi ropa y las cuerdas y bajé de la pira... Los demonios ardían; los ángeles, no. El resto de la leyenda lo motivó mi lucha contra los hombres de negro en pos de esos libros. He vivido en muchos rincones del mundo, fui un asesino en mis peores momentos de desesperación, y abracé a Dios en otros, buscando la paz que no tenía. He peleado en cien guerras y me he refugiado en

montañas perdidas otras muchas veces, hastiado de todo. La historia se repetía siempre. Huía, volvía. El tiempo no importaba. ¿Sabes qué es eso, Elisabet? ¡El tiempo no importaba!

—Hasta ahora.

—Sí, hasta ahora. Estos últimos días, sintiéndome tan cerca, tanto...

—¿De veras crees que si lees ese fragmento del Libro...?

—Sí.

—Enzo...

—Ya no soy humano  
—suspiró—. Soy un

anacronismo, una mentira, una nube de energía con forma humana. Nada más. Y tú tienes que liberarte de todo esto cuanto antes.

—Pero no esta noche.

—Elisabet...

Fue ella la que alzó su mano de pronto, se la pasó por detrás de la cabeza y le atrajo hacia sí.

Enzo no hizo nada por evitarlo.

Mientras se besaban, tan dulcemente que parecían flotar ingrávidos, Elisabet notó la humedad en su rostro.

Solo dos gotas caídas  
de los ojos de Enzo.

Supo que eran un  
regalo.



Por entre las brumas y el  
sopor del despertar, Eduard  
todavía creyó que estaba  
soñando.

En apenas cinco  
segundos descubrió que no.

A su alrededor todo era  
oscuridad, pero dondequiera  
que estuviese, se movía. Se  
movía en un suave vaivén y  
se oía el motor de un coche.

Intentó mover las manos y se dio cuenta de que las tenía atadas a la espalda. Intentó estirar las piernas y se dio cuenta de que las tenía dobladas e igualmente atadas. Dobladas porque el espacio era angosto, muy angosto.

Esa sensación fue la peor.

Una cárcel.

¿Dónde?

Le ayudó el sonido de un claxon, cerca, a unos metros.

Entonces supo por qué oía el motor de un coche y

por qué se movía de forma regular.

Estaba en un maletero.

Tenía la boca seca, le ardían los ojos, le dolía la cabeza.

La náusea aumentó.

Pero si vomitaba se ahogaría, porque tenía la boca tapada con una gruesa cinta adhesiva.

Apareció el sudor.

El pánico inundándole de arriba abajo.

Se agitó, como un cubito de hielo en una coctelera batida por la sinrazón del momento. Por

un lado, la parte posterior de su cabeza rebotó contra algo de metal y se hizo daño. Por el otro, sus rodillas impactaron sobre algo blando pegado a él.

Oyó un gemido.

Allí había alguien más.

Alguien que también reaccionó agitándose.

Pronunció un nombre con la boca cerrada.

—¡Gerard!

Su gemido fue respondido con otro de parecidas características.

Dejaron de moverse para no hacerse daño. Las



últimas brumas de la  
inconsciencia  
desaparecieron de la cabeza  
de Eduard. Por encima del  
miedo y la sensación  
claustrofóbica, recuperó  
algunas imágenes de su  
memoria, la irrupción de los  
dos hombres en la casa, los  
golpes, su negativa y la de  
Gerard a decirles nada, la  
inyección fulminante...

Prestó atención a los  
ruidos.

No circulaban por la  
ciudad. Lo hacían por  
carretera. El coche no se  
detenía en cruces o

semáforos. Rodaba de forma regular, y lo hacía a una velocidad relativamente alta, aunque sin pasar los límites. Probablemente estaban en una autopista.

¿Hacia dónde?

Buscó un poco más de calma.

Se los habían llevado porque no habían dado con las cajas.

Se los habían llevado para forzar un intercambio.

Pensó en su hermana.

Luego en Enzo.

No podrían con él. Eso seguro. No podrían con él.

Aunque si Enzo encontraba la última parte del Libro de Thot, leía lo que buscaba y...

Si se iba y les dejaba solos, todo estaría perdido.

Gerard de Villiers pateó de pronto el interior del coche.

La respuesta fue inmediata.

—¡Eh, vosotros, estaos quietos, porque como nos hagáis parar y abrir el maletero os vamos a mandar otra vez al mundo de los sueños!, ¿de acuerdo?



Llevaban días hablando por teléfono, mandándose correos electrónicos o mensajes a través del móvil, se habían reunido para acudir al sepelio de su compañero, estaban en contacto permanente desde que Enric Ardiach les había alertado del hallazgo del Libro de Thot, pero ahora se congregaban como pocas veces solían hacerlo. Solo cuando fallecía uno de los siete miembros del consejo.

Y estaban todos.

La plana mayor, la élite, los herederos actuales de los hombres y mujeres que habían consagrado su vida a la preservación de los libros malditos, los libros prohibidos de la historia.

Ferdinand de Villiers, de pie, apoyado en su bastón con la empuñadura de nácar, los recibía estoico a la puerta de su mansión en Saint-Girons, les daba la mano o los abrazaba, les preguntaba por sus familias o besaba sus mejillas con afecto.

Amigos.

Un círculo muy cerrado

y selecto.

Y, sin embargo, entre ellos anidaba la maldad de un Judas.

¿Quién?

Y, lo más importante, ¿por qué?

Era tan asombroso...

Los coches rodeaban la fuente que presidía la ancha avenida del *château*, se detenían frente a la escalinata y vomitaban su carga. Rostros solemnes, portes egregios, distinción y carisma. No eran personas normales, vulgares y corrientes. Eran mecenas,

banqueros, eruditos o intelectuales, ricos que por encima de sus posesiones amaban los libros de una forma diferente. Había gravedad en sus semblantes y muchos, muchos años sobre sus espaldas. Subían la escalinata despacio mientras los vehículos se alejaban en busca de la zona de aparcamiento. El servicio en la mansión se disponía a vivir dos o tres días con la agitación de lo inusual.

Ferdinand de Villiers abrazó y besó a Geneviève Lassard, una de las tres

candidatas a formar parte del consejo en sustitución de Enric Ardiach.

—Querida...

—Espero que mi habitación esté orientada al norte, Ferdy —le susurró al oído—. Soy capaz de sacarte de la cama como no sea así.

—Bueno —sonrió él—, al menos así vendría una mujer a mi cama después de tanto tiempo.

Se miraron con malicia y eso fue todo.

Laurène, una de las doncellas más agraciadas, apareció a su lado cuando



Geneviève ya se había metido en la casa.

—Señor...

—Ahora no, por favor.

Quedaban dos coches.

—Ha dicho que era muy urgente. Se trata...

Ferdinand de Villiers levantó una mano. Se dispuso a recibir a otro de los invitados, Stefano Padopoulos, el griego. El coche de Malcolm Harvey era el último. Había cruzado el canal de la Mancha con él desde Londres. El volante estaba a la derecha.

Todos muy puntuales.

—Señor, lo siento. —

La doncella no pudo esperar —. Han dicho que a su hijo le ha sucedido algo.

Se encontró con la mirada acerada de su superior.

—¿Laurène?

—Es un hombre, pero no ha dicho su nombre, solo que...

Stefano hundió contra él su poderoso abdomen. Resoplaba. Le dijo algo que, por cortesía, pareció responder casi por inercia, incapaz de prestarle ciento por ciento de su atención.

Quedaba Malcolm. Mantuvo su serenidad a duras penas mientras su cabeza se disparaba.

Por lo menos el inglés era muy inglés, circunspecto. Igual allí que en el Parlamento.

Finalmente siguió a Laurène hasta el teléfono del estudio.

Su voz vaciló al preguntar:

—¿Quién es?

Al otro lado de la línea la que respondió fue poderosa, en un francés con marcado acento alemán.

Desde luego, no era la voz de un médico.

—Me llamo Norman Sizemore, señor De Villiers, y lo que voy a decirle será rápido y directo, sin máscaras. Ya ve que ni siquiera me importa decirle mi nombre. Quizá haya oído hablar de mí. Quizá no. No importa. Lo único que importa, lo único que debe saber, es que tenemos a su hijo. A él y al nieto de Enric Ardiach, ¿me comprende?

Ferdinand de Villiers cerró los ojos.

A veces había temido

algo así.

A veces.

—¿Quiere un rescate, señor Sizemore?

—Sabemos quién es usted, De Villiers. —No respondió a su pregunta—. Y usted sabe desde ahora quién soy yo. Ya se lo he dicho: sin máscaras. Ustedes y nosotros llevamos siglos jugando al gato y al ratón. Siglos perdidos. Todos nuestros antepasados, tantas energías...

—No sé de qué me habla.

—Oh, sí lo sabe. —No

hubo énfasis en su exclamación.

—Entonces voy a colgarle.

—No lo hará. Hay cientos de libros, ¿verdad? Pero usted solo tiene un hijo. O lo tenía.

Se contuvo. Más que sostener el teléfono, parecía estar colgado de él. Su cuerpo temblaba. Su mente trabajaba deprisa, pero sin un rumbo. La presión hacía que la sangre circulara muy rápido por todo su ser.

Pero no era el momento de perder la calma.

No entonces.

—¿Qué quiere?

—Sabe lo que quiero.

Tengo a su hijo y usted tiene o va a tener el Libro de Thot. Va a ser un intercambio justo y simple.

Ferdinand de Villiers no dijo nada.

Su cuerpo osciló de un lado a otro y el corazón le mandó un lastimero quejido de dolor a través del pecho.

Nunca lloraba, pero ahora tenía muchas ganas de hacerlo.

—¿Va a decirme que esos libros valen más que la

vida de un joven que lo tiene todo por delante, señor De Villiers? —reapareció la voz de Norman Sizemore en su oído.



El zumbido del teléfono la arrancó de su sueño abruptamente.

Lo primero que vio fue a Enzo, mirándola, sentado en cuclillas a su lado.

—¿Quién...? —Su desconcierto chocó con las últimas brumas de su sopor.

Su compañero le pasó



el auricular inalámbrico.

Se había quedado dormida en el sofá, en el mismo lugar en el que él y ella se habían besado y...

Sonaba el tercer timbrazo.

—Vamos, responde — la apremió el chico abriendo la línea y colocándole el teléfono en el oído.

—¿Sí? —Recuperó la consciencia al recordar lo sucedido la noche anterior.

—Hola —dijo una voz.

—¿Dónde está mi hermano?

—Chist... —La orden,

prolongada, se convirtió en un viento amargo a través del hilo telefónico.

—¡Si le habéis...!

—Chist... —repitió.

—¿Qué queréis? —gritó ella.

El silencio fue grave. Temió que colgaran y siguieran jugando con sus nervios. Eso la obligó a atemperar su genio, contenerse. Enzo movió ambas manos en torno a su pecho y respiró profundamente para que ella hiciera lo mismo.

Le obedeció.

—¿Ya? —preguntó el hombre.

—Sí —suspiró.

—Mejor, ¿no? —El tono era jovial—. Bien, veamos cómo están las cosas. Vosotros tenéis los papiros. Nosotros a tu hermano y a su compañero, que, casualmente, es... oh, el hijo de Ferdinand de Villiers, que vive no muy lejos de la frontera entre Francia y España, en Saint-Girons. ¡Qué casualidad! ¿Me sigues?

—Sí.

—Hemos hablado con

el señor De Villiers. En cuanto cuelgue vais a tener que llamarle vosotros para confirmar lo que os digo, así que ¿tomas nota de su número?

—Dime si mi hermano y Gerard están bien.

—¡Claro que están bien... de momento! ¡No me hagas perder el tiempo! ¿Tomas nota?

—Adelante.

No tenía nada para escribir, pero repitió el número en voz alta y Enzo asintió con la cabeza.

—Vais a llevar los

papiros a Saint-Girons, a la mansión De Villiers. Simple y fácil. Allí haremos el intercambio y todos contentos. ¿A que es sencillo?

—¿Cuándo...?

—Pero ¿todavía estás ahí, niña? ¡Vamos!, ¿a qué esperas? ¿Cuándo? ¡Ahora! ¡Tendríais que estar ya en la carretera! ¡Vamos, vamos, vamos! No querrás que tu hermano se traumatice, ¿verdad?

La comunicación se cortó sin más.

Enzo ya estaba de pie.

—Saint-Girons —dijo ella.

—Andando.

—¿Llamamos al padre de Gerard?

—Lo haremos de camino. Y también a Alícia Ventura.

—¿Para qué?

—No iremos a buscar su caja. Al menos hoy no.

—Pero ellos las quieren todas.

—Si no nos guardamos un as en la manga... Tú no sabes contra quién estás peleando, Elisabet.

—¿Lo haces por ti?

Enzo se agachó y le cogió las manos. Ella seguía en el sofá.

—Podríamos ir a por esa caja al banco, abrirla, y me bastaría con leer lo que me interesa y luego marcharme.

La chica frunció el ceño.

—Entonces...

—No voy a dejarte sola en esto —dijo con firmeza.

Elisabet miró sus labios.

Los suyos volvieron a arder.

—Creía que solo te

importaba tu... libertad. —  
Le costó pronunciar una  
palabra que, en este caso,  
equivalía a lo más doloroso,  
la muerte y el olvido eterno.

—Me importa, sí. Pero  
ahora también me importáis  
vosotros, y tú. —Presionó  
sus manos por última vez.

—Gracias.

—Hay algo que debería  
preocuparte más —  
manifestó Enzo—: el hecho  
de que quieran hacer el  
intercambio en ese lugar.

—No te entiendo.

—¿Por qué no aquí  
mismo? Tenemos las cajas,



y ellos, a tu hermano y a Gerard. ¿Para qué irnos al sur de Francia?

La pregunta caló en el ánimo de Elisabet.

—¡Quieren... la biblioteca de los libros ocultos! —Se quedó casi sin aliento.

Enzo asintió con la cabeza.

—Se han quitado todas las máscaras. Lo del Libro de Thot ha sido demasiado. Ahora ya no se trata de una sola obra. Quieren acabar con esta guerra. Acabarla y vencer.

—Matarán a Eduard...

—Si no hacemos lo que dicen, sí.

Elisabet se levantó del sofá. Desde ese instante, sus movimientos se aceleraron. Le bastó con ir al baño, refrescarse la cara y luego cambiarse de ropa muy rápido. Enzo ya había recogido algo de la cocina para comer en el coche. Amàlia parecía una zombi. Cuando le dijeron que se iban se puso muy pàlida.

—¿Me vuelvo a quedar sola aquí? —Se estremeció.

Elisabet le dijo que no

era necesario si tenía miedo. Podía irse a casa de su hermana.

—No. —Resistió con firmeza—. Hay que poner en orden todo esto. —Abarcó con la mirada la magnitud del desastre—. Pero cuando aparezca Eduard...

—La avisaremos — quiso tranquilizarla Enzo.

No cogieron el coche de alquiler. Ni tenían tiempo de devolverlo. Fueron al garaje y Enzo se sentó al volante del señorial Mercedes de Enric Ardiach. Cuando lo puso en marcha

ella hizo la pregunta final.

—¿Tienes algún plan?

—No. —Fue sincero.

—Entonces les daremos los papiros...

—Hay cosas que no pueden planificarse. Tenemos doscientos kilómetros para ver qué hacemos.

—¿Te has parado a pensar en un detalle?

—Creo que sí —repuso él iniciando la marcha.

—Saben que eres inmortal. Tienen que saberlo después de lo del disparo en Soria. Así que... o creen que

no vendrás conmigo o no les importa que lo hagas pese a tu poder, y en ese caso, si no les importa...

El Mercedes alcanzó la calle.

El comentario de Elisabet quedó flotando en el aire.



La mansión De Villiers había recuperado la calma. Por lo menos sus exteriores. Los coches ya no ingresaban por la avenida y se alineaban a un lado, en torno a los

garajes, apartados de la fachada frontal de la casa y sus jardines. Los chóferes también descansaban, en otras dependencias, igualmente retiradas del edificio principal y perdidas entre los árboles. No se veía un alma. El silencio dominaba el entorno casi paradisíaco de la campiña, a los pies de los Pirineos. El pueblo formaba un retazo bucólico a lo lejos, medio oculto por sus bosques.

Guido Fontalvo se sintió solo.

E impotente.

¿Qué podía hacer él?

¿Por qué monseñor confiaba en su persona?

Los hombres de negro eran peligrosos y radicales; los custodios, muchos y poderosos. Sucediera lo que sucediese en aquella casa en las siguientes horas, la lucha sería la misma, eterna, constante. Tres fuerzas antagónicas, dos ejércitos humanos enfrentados, y en medio, solitaria, la Iglesia, representada por él.

De locos.

Quizá le bastase con escuchar.

Quizá fuese imposible conseguir el Libro de Thot, pero descubriese algo más.

El lugar de la gran biblioteca secreta de los custodios.

—Oh, Señor, dame fuerzas —suspiró.

Lo mejor de la llegada masiva de automóviles había sido que la puerta del muro exterior seguía abierta.

Y ahora él ya estaba allí.

Libre.

Todavía no se aventuró demasiado. Si se agazapaba entre los árboles, como un



merodeador, cualquiera que le viera desde una de las ventanas sospecharía. Pero si caminaba a pecho descubierto en dirección a la casa, como lo haría uno de los chóferes que estuviera dando un paseo, igualmente podría provocar que uno de los criados o las doncellas le preguntara o le indicara su lugar.

Así que se dirigió al aparcamiento.

Sin prisas.

Mientras, escrutó la casa, su fachada, la puerta, las ventanas...

¿Cuándo celebrarían su reunión, ya mismo, más tarde, por la noche...?

Guido Fontalvo se puso a rezar.

Eso siempre le ayudaba.

Siempre.

No por ello dejó de estar en tensión, con los nervios a flor de piel y los cinco sentidos puestos en la casa en la que iba a dirimirse todo.



Encerrado en su despacho,

dejando que sus invitados descansaran en sus habitaciones antes de enfrentarse a la asamblea y sin ejercer de anfitrión solícito, Ferdinand de Villiers volvía a examinar los perfiles de los tres candidatos a miembros del consejo.

Si el traidor era otro, un simple custodio, de momento no habría problema. La biblioteca estaría a salvo. Pero si era uno de ellos y resultaba elegido...

Tal vez no fuera uno de

los tres y la alarma resultase injustificada. Por eso los secuestradores de Gerard y del nieto de Enric Ardiach querían hacer allí el intercambio, ante todos ellos, para forzarles a revelar el paradero de la gran biblioteca y desenmascararles, someterles y tenerles en un puño. La victoria final de los hombres de negro.

Pero también podía ser uno de los tres, igualmente. Y en cualquier caso tendrían todas las bazas para ganar la partida si era el elegido.

Ferdinand de Villiers se pasó una mano por los ojos.

—Gerard, hijo... —  
musitó.

Si las caras fueran el espejo del alma o revelaran los secretos de cada ser humano a través de sus ojos, las de Geneviève Lassard, Paolo Bragado y Patrick van Haal resultarían tres misterios. Los conocía, sí. Sabía de sus vidas, sí. Durante años habían compartido una misma lucha, sí. Pero ¿quién podía llegar hasta el fondo, vislumbrar siquiera la

verdad oculta de cada persona, sus miserias y placeres, sus miedos y deseos más profundos?

Deseos.

Los miedos eran comunes, pero los deseos eran propios.

Únicos.

¿Por qué querría una de aquellas tres personas traicionar la obra de los custodios?

¿Qué ganaría con ello?

Paolo era mayor; Geneviève, una mujer de carácter; Patrick, el perfecto hombre hecho a sí mismo,

quizá el futuro primer ministro de Holanda.

Ferdinand de Villiers se sintió hundido.

Y lo peor era la espera.

Porque se estaba jugando todo, de golpe, la vida de Gerard y el futuro de la biblioteca de los libros ocultos.

Reaccionó antes de tocar fondo, alargó la mano derecha y conectó el ordenador. La pantalla le devolvió su imagen envejecida antes de iluminarse con su fondo azulado. Después entró en

internet y, sin saber exactamente qué rumbo seguir por los miles de caminos de la red, tecleó el primero de los nombres de los tres candidatos.



Elisabet no dejaba de pensar en ello.

En ello y en todo lo demás: Eduard y Gerard secuestrados, Enzo a punto de desaparecer de su vida, en cuanto todo terminase...

Desaparecer.

Un maldito eufemismo.



—Puedo escuchar tus pensamientos —dijo él.

—No es verdad. —  
Soltó una bocanada de aire.

—Te preguntas por qué no les importa que yo esté allí siendo inmortal, sabiendo que puedo vencerles.

—Sí —prefirió reconocer.

—Quizá sepan cómo hacerme daño.

—Cállate, ¿quieres?

—O pensarán que no haré nada para evitar que ellos os lo hagan a vosotros.

No tenía lógica ni

sentido.

Y los dos lo sabían.

Pero si había algo más... ¿qué podía ser?

Continuó invadida por sus pensamientos, todos malos, todos funestos.

Sabían que era inmortal. Tenían que saberlo después del disparo de Soria. Por lo tanto, a los hombres de negro no les importaba su posible presencia en el intercambio. Y si no les importaba, la pregunta seguía siendo la misma: ¿por qué?

¿Podían hacerle daño

de alguna forma?

El zumbido del móvil la arrancó del pozo de sus pensamientos.

Vio el número de Conrad Vallbona antes de abrir la línea.

—Hola —saludó a su interlocutor.

—Elisabet, cariño...

Le extrañó la intimidad, paternal, afectuosa, pero más el tono triste de su voz.

Llevaba demasiados días envuelta en mil tensiones como para no notarlo.

—¿Qué sucede?

La respuesta no fue inmediata. Un pequeño mar de silencio la precedió.

—Tengo una mala noticia que darte.

—¿Otra?

—Se trata de Eliseu, mi ayudante.

—¿Qué sucede con él?

—Informaba a alguien del Vaticano de vuestros pasos.

—¿Qué? —No podía dar crédito.

—Ni siquiera sabía que tenía un hermano sacerdote y que está en Roma. Te juro que no tenía ni idea. Cada

vez que llamabais... —El tono se hizo más apesadumbrado—. Lo siento, lo siento mucho.

—¿Qué va a hacer con él?

—Lo he despedido, claro. Se ha echado a llorar, pero... Hablaba de Dios, de la Santa Sede, de un libro que no puede ver la luz porque tal vez lo cambie todo... Maldita sea, Elisabet, ¿en qué andaba metido vuestro abuelo? ¿Y vosotros? ¿Qué está pasando aquí? ¿De qué libro hablaba Eliseu?

Enzo estaba concentrado en la carretera.

—Te lo contaré cuando volvamos, palabra.

—¿Cuándo volvéis?  
¿De dónde? ¿Se puede saber...?

—Gracias por decírmelo. —Contuvo sus nervios y su alud de preguntas.

—¡Elisabet!

Cortó la comunicación y desconectó el móvil.

No necesitaba hablar con nadie más.



El coche llevaba mucho rato detenido, pero no se oía nada. Flotando en la oscuridad, cada vez más anquilosados, el cuerpo dolorido, las manos y los pies insensibles debido a la fuerza con la que les habían atado, la espera, más que angustiosa, se les estaba haciendo eterna. Y no se atrevían a desafiar su suerte.

Eduard ya no sabía en qué pensar.

¿Por qué se los habían llevado?

¿Adónde les

conducían?

¿Eran tan asesinos como fanáticos?

Gerard de Villiers estaba igual de inmóvil que él. Solo por saber si seguía vivo y tranquilizarse le dio un golpe con el trasero. La respuesta fue inmediata.

Los dos soltaron sendos gruñidos.

Eso fue todo.

Eduard respiró con fuerza por las fosas nasales, dispuesto a seguir con aquel calvario. Más allá del dolor o la oscuridad, lo peor era lo angosto de su cárcel.



La peor de las torturas.

Pensó en sus padres, como solía hacer algunas noches de insomnio. Era la única forma de volver a percibir, aunque fuese imaginariamente, la voz de su madre, el dulce contacto de sus caricias, la calidez de sus besos. Se imaginaba aquellos ojos tan limpios, tan amorosos, y la ternura de su sonrisa. Se abrazaba a ella aunque fuese a través de la mentira de una ilusión. Saber que su muerte en el lago probablemente no hubiera sido accidental lo

cambiaba todo. Alguien se los había arrebatado.

Todo por culpa de unos libros viejos.

Unos malditos libros por los que unos y otros peleaban desde hacía siglos.

Incluso Enzo.

De locos. Tan increíble que...

Borró sus pensamientos de un plumazo al oír un ruido junto al coche, cerca de donde se encontraban.

—¿Vas a hacerlo ya?

—dijo una voz.

—Sí —respondió otra.

—¿No es demasiado

pronto?

—No, qué va. Ya hemos esperado bastante.

—¿Y si luego no hay tiempo para la segunda inyección?

—Entonces que se jodan.

La puerta del maletero se alzó de golpe y un chorro de luz batió las sombras cegándole. Pese a todo, Eduard intentó abrir los ojos.

Vagamente vio algo.

Las formas de los dos hombres que les habían secuestrado y algo que sostenía uno de ellos en la

mano.

Una jeringuilla.

Ya no le importó la luz. Los abrió del todo, asustado, y empezó a moverse como un loco.

—¡Quieto! —le ordenó el más bajo de los dos.

—Sacúdelo —propuso el alto al ver que no le hacía caso y seguía debatiéndose presa del miedo.

—¡Ayúdame, hombre!

Dos zarpas de hierro lo inmovilizaron.

El pinchazo fue como todos los pinchazos.

Ya a media inyección,

la cabeza de Eduard empezó a sumergirse en una interminable espiral de silencios flotando entre nubes de algodón.



Habían tenido suerte en los dos pasos fronterizos, el de España con Andorra y el de Andorra con Francia. Y suerte de no encontrarse con atascos en Andorra la Vella. Enzo prefirió el camino más corto, aunque fuese montañoso y complicado por las curvas. Por lo menos no

era invierno, no había nieve, la primavera preludiaba un verano caluroso. Habría sido una maravillosa excursión de no haberse visto atrapados por la espiral de acontecimientos que los envolvía. Una pareja de vacaciones.

Una pareja.

Elisabet saltaba de la rabia a la impotencia, de la furia al desconcierto, del miedo a la necesidad de mostrarse entera, porque no tenía otra cosa.

El amor dolía.

Por más que supiese la

verdad, que era víctima de una estúpida maldición.

Y dolía el futuro.

Enzo quería... morir.

Todo aquello no era más que el preludio del fin.

Morir para ser libre.

Llevaban rato sin hablar y Elisabet temía hacerlo, romper el silencio y la concentración de su compañero. No le quedaban palabras. No después de la noche anterior. Se preguntaba si bastaba un solo recuerdo para compensar una vida entera. Uno solo.

Aquel diálogo que una y otra vez volvía a su mente...

—Quédate.

—No puedo.

—Si los custodios guardan el Libro, siempre podrás pedir que te dejen leer lo que quieres. Ya no tendrás que buscarlo.

—No, Elisabet.

—¿Por qué?

—No quiero hacerte daño.

—¿No me lo haces ahora?

—Pero es mejor así. ¿Quieres encadenarte a un



imposible?

—Lo haces por egoísmo.

—Sí, es cierto. No quiero verte envejecer ni enloquecer. Ese no es destino para nadie.

—¿Y el amor?

—No existe.

—No digas eso.

—El amor es un sueño en el que uno siempre se deja soñar.

—¿Tan duro es vivir siendo inmortal?

Y a esa pregunta, Enzo no había contestado.

Le bastó con mirarla.

El beso final.

¿A qué se agarra una persona que cae al vacío desde un avión?

La respuesta era simple.

A nada.

—¿Quieres que pare?

—La arrancó de su abstracción al ver el indicador de una gasolinera a unos pocos kilómetros.

—No, estoy bien.

Sigue.

—Debemos de estar a poco más de una hora.

Elisabet miró su reloj. También el día, con el

número recortado en la ventanita. Habían pasado quince desde la noche en que vio la noticia del accidente aéreo de Barcelona. Quince días alucinantes que marcaban un antes y un después.

Iban a librar la batalla final.

Pero seguía cayendo, cayendo, cayendo...

—Háblame de lo que has visto en estos años — dijo de pronto, al sentir el vértigo.

—¿Por qué?

—Por escucharte, por

curiosidad, por saberlo...  
Qué sé yo.

—Es mucho tiempo.

—¿Cómo era la vida entonces, hace doscientos, cien años?

—Peor.

—¿Menos prisas, más romántica, con tiempo para...?

—Peor, Elisabet — insistió.

—¿Lo dices porque peleaste en muchas guerras?

—Eso también.

—¿Y por qué luchaste en ellas?

—Porque yo era malo

—dijo con gravedad.

—No, eso no es verdad.

—Lo era. —Fue categórico—. El diablo me condenó por ignorante, pero Dios lo hizo por estúpido.

—No creo que haya un Dios que castigue.

—Hacía mucho que había olvidado que existe la inocencia —suspiró él.

—No soy inocente.

—¿Qué edad tienes?

—Voy a cumplir dieciocho.

Le vio sonreír.

Y le gustó que lo hiciera, aunque fuera para


burlarse de ella.

—De todas tus chicas,  
¿a cuál me parezco?

La pregunta flotó entre los dos. Pensó que no iba a responderla. Después de todo, era absurda.

Pero Enzo lo hizo.

—A Francesca —dijo con absoluta ternura.



Los treinta y cinco hombres y mujeres que llenaban la gran sala se repartían en tres grupos. A un lado, los seis miembros del consejo de los

custodios, con Ferdinand de Villiers en el centro y una silla, la segunda de la izquierda, vacía a la espera de la elección del nuevo consejero. Al otro lado y frente a ellos, en un hemicíclo escalonado, los veintiséis custodios asistentes a la asamblea. En el centro, los tres candidatos, de cara al consejo.

La casa estaba vacía. El personal, doncellas, cocineras y criados, habían sido invitados a desalojarla. En la gran sala, los treinta y cinco protagonistas de la

reunión                    quizá                    más  
importante                de    su    vida  
esperaban el comienzo de la  
asamblea.

Poco    a    poco,    los  
murmullos cesaron.

Los tres candidatos,  
solemnes, hacía ya algunos  
segundos que guardaban  
silencio.

Por fin escucharon la  
voz de su anfitrión y Gran  
Custodio.

—Nos hemos reunido  
hoy aquí para honrar la  
memoria de uno de nosotros,  
que nos ha abandonado, y  
para escoger y dar la



bienvenida a su sucesor como miembro de este consejo que me honra presidir. —Hizo una pausa muy breve—. Enric Ardiach fue uno de los nuestros desde...

Paolo Bragado se llevó la mano al bolsillo derecho de su chaqueta, extrajo de él una cajita, con movimientos lentos y precisos, y de ella una pastilla que tomó con dos dedos e introdujo en su boca, casi a cámara lenta. Luego se guardó la cajita otra vez.

Geneviève

Lassard

miraba fijamente a  
Ferdinand de Villiers.

Patrick van Haal  
cabalgó una pierna sobre la  
otra y pareció no gustarle la  
arruga del pantalón. Frunció  
el ceño y la alisó con la  
mano un par de veces antes  
de recuperar la  
concentración en las  
primeras palabras de su Gan  
Custodio.

—La persona, hombre  
o mujer, que salga elegida  
hoy aquí —anunció el  
orador después de glosar la  
trayectoria del fallecido y  
mirar a los tres candidatos—

tendrá ante sí, lo mismo que todos nosotros, pero más los miembros del consejo, una tarea muy ardua, muy dura, a tenor de los acontecimientos que nos han golpeado estos últimos días.

Alguien tosió.

Ferdinand de Villiers ya no esperó más.

—Hace dos semanas, nuestro compañero Enric Ardiach murió en un accidente de aviación. —Su voz aumentó de tono e intensidad—. Muchos de vosotros sabéis, porque así os lo comuniqué para que

estuvierais alerta, que Enric había encontrado por fin uno de los libros más arduamente esperados por todos, el Libro de los Libros, la suma obra de la creación: el Libro de Thot.

El revuelo fue considerable, especialmente por parte de los pocos que todavía ignoraban la noticia.

—Por favor... — intentó calmarles Ferdinand de Villiers sin volver a hablar hasta conseguirlo—. Hoy me complace deciros que su misión tuvo éxito, y que el Libro de Thot,

repartido en cinco papiros conservados perfectamente en otras tantas cajas, viaja ahora mismo hacia nosotros...

Hubo aplausos, más y más expectación, ojos desorbitados, rostros anhelantes.

Los tres candidatos se miraron entre sí.

El dueño de la casa tuvo que apoyarse en su bastón con la empuñadura de nácar para ponerse en pie.

—¡Pero hay algo más que debéis saber! —Su voz se elevó por encima del resto

y ya no hubo ninguna pausa —. ¡Los hombres de negro saben hoy nuestra identidad, han secuestrado a mi propio hijo y al nieto de Enric Ardiach, y pretenden cambiarlos por el Libro... y presuntamente por algo mucho peor! ¡Algo que llevan siglos persiguiendo sin éxito!

La mayoría de los rostros pasaron de la alegría al estupor.

—¿Qué? —se oyó una VOZ.

—¡No! —gritó otra.

—¿Nuestra biblioteca?

—lo coronó una tercera.

La explosión fue total. Ira, rabia, desesperación, algunos en pie, puños apretados... Ferdinand de Villiers quiso dejar que los ánimos se calmaran por sí solos.

De todas formas, alguien supo darse cuenta de la realidad que escondían sus palabras.


Alguien que dijo:

—¿Cómo han sabido lo del Libro de Thot los hombres de negro, y nuestra identidad, y...?

La respuesta ya no era

necesaria, pero el Gran Custodio se la dio:

—¡Porque hay un traidor entre nosotros!



Elisabet llevaba el mapa abierto sobre las rodillas. Desde Tarascon-sur-Ariège podían seguir recto, pasando por el Col de Port hasta Massat, o subir en dirección a Foix, dando un pequeño rodeo, para circular más directos y por una carretera menos peligrosa.

Enzo echó un vistazo a



las dos opciones.

Tomó el desvío hacia Foix.

—¿Cómo estarán? —

La chica se mordió una uña.

—No les harán daño, tranquila.

—Eduard está en un momento muy frágil. Cualquier cosa puede hundirle para siempre.

—Te tiene a ti.

—Díselo a él.

—Se lo diré, descuida.

Elisabet se hundió en el asiento del copiloto. Cada vez que le miraba sentía el desgarró de sus emociones.

Cada vez que hablaban llegaban a un punto sin retorno en el que seguir era amargo y callar muy duro.

Eran sus últimos momentos con él a solas.

Tenía que digerirlo y no podía.

—Enzo.

—¿Sí?

—Anoche te pregunté algo y solo me contestaste a medias.

—¿Qué fue?

—Te pregunté cómo supiste que el Libro de Thot había sido encontrado, y me hablaste del Tíbet y poco

más, de forma ambigua y sin precisar —repuso ella—. Lo que quería saber era de qué manera te enteraste de que lo tenía mi abuelo. Apareciste de pronto en nuestras vidas aquel día, cuando Manfred Guntz trató de robarnos el maletín con las pistas.

—Es una larga historia.

—Cuéntamela.

—Los rumores empezaron en el Tíbet, como te dije, a mediados del siglo pasado. La noticia se expandió muy pronto, no a nivel mayoritario, claro, pero sí a nivel minoritario,

selectivo. Después de todo, podía ser una leyenda, o tratarse de un simple tesoro arqueológico. Hubo muchos rumores. Un libro en papiros. El Tíbet era un lugar remoto, cerrado. Yo ya había estado allí. Apenas nadie creía que un libro tan antiguo pudiera existir y ser real hoy en día. Pero la expectación creció, como crecería si apareciera la tumba de Alejandro Magno, que lleva desaparecida diecisiete siglos. En mi caso me lo tomé muy en serio. Conseguí volver al techo del

mundo, luego estuve en la India cuando el dalái lama huyó del país. Nunca pude acercarme a él y finalmente...

—Desapareció.

—Le seguí el rastro por muchas partes, Elisabet. Por muchas. La última parada fue España. Se rumoreaba que un hombre muy rico lo había comprado hacía veinte o treinta años, y que ese hombre lo tenía escondido. Si de algo disponía yo era de tiempo y paciencia. Pasé varios meses vigilando a Ernest Masolivé Palau.

Ignoro si también lo hicieron los hombres de negro, pero no lo creo. Ellos no habrían tenido esa paciencia. Al enfermar y llegar su hora pensé que tal vez muriera sin revelar su secreto, pero afortunadamente no fue así. No habría sido justo que se lo llevase a la tumba. Gracias a una doncella con la que trabé... digamos, amistad, supe quiénes iban y venían de la casa en sus últimos días, y cuando apareció tu abuelo...

—¿Sabías que era un custodio?

—No, al menos en ese momento. El día que los dos se reunieron esa doncella me llamó para decirme que su señor le había dado una caja. Cuando se despidió de la esposa y la hija de Masolivé, ella le oyó comentar lo de la huelga de Renfe y que pensaba tomar el avión. Fui a Barajas y esperé a que tu abuelo apareciera. No sabía qué haría, ni dónde, pero por lógica acabaría en el aeropuerto. Ignoraba lo de Soria. No sabía nada. Me consumía la ansiedad. Finalmente apareció y los

dos tomamos ese puente aéreo.

—¿Ibas... en el avión?

—No podía dar crédito.

—Sí.

—Oh, Enzo... —Se llevó una mano a la boca—. ¿Viste...?

—Le vi escribir algo, vaciar el maletín y luego... Todo fue muy triste, Elisabet. La gente gritando... Triste y rápido a pesar de todo. Aún no entiendo cómo tuvo la sangre fría de escribir ese mensaje y pergeñar esas pistas.



—¿Por qué no cogiste el maletín?

—¿Cómo? —Soltó una bocanada de aire—. El avión estalló, salí despedido, abrasado. Fue dantesco. Soy inmortal, pero cada vez que «muero» necesito recuperarme, esperar a que mi cuerpo se ponga en marcha de nuevo. Conmocionado y exhausto, vagué por la montaña unos minutos, sin poder acercarme a los restos del avión. Además, habría sido como buscar una aguja en un pajar. Me resigné a mi nueva

derrota y me alejé cuando aparecieron los vecinos de la zona, los bomberos, las ambulancias... Lo único que me quedaba era confiar en que ese maletín se hubiera salvado, como así ocurrió. Cuando tu abuelo embarcó no llevaba la caja ni la facturó. Mi última posibilidad erais vosotros.

—Y te tocó espiarnos.

—Sí.

—Primero fuiste al entierro.

—Sí.

—Cuando aparecimos con el maletín y Manfred

Guntz trató de arrebatárnoslo...

—Me sorprendió mucho ver a uno de los hombres de negro, porque tenía que tratarse de uno de ellos. Me pregunté cómo lo habrían averiguado. Tampoco tuve mucho tiempo para pensar, ya lo viste. Mientras me peleaba con Guntz, tu hermano fue más rápido y recogió el maletín. Para cuando acabé con él, ya había demasiada gente arremolinada en la calle. Tendría que haberle hecho daño a Eduard.

A la derecha de la carretera vieron un cartel que anunciaba los kilómetros que faltaban para los siguientes pueblos a través de la D-117. Desde Foix hasta Saint-Girons distaban 43 kilómetros.

—¿Te das cuenta de algo?

—¿De qué? —vaciló él.

—Los hombres de negro sabían que mi abuelo había encontrado el Libro de Thot. Puede que incluso mi padre estuviera tras su pista aunque ya se hallara en

poder del señor Masolivé.  
Entonces...

—Sigue —la alentó  
Enzo.

—Si Eliseu Masó  
espiaba para el Vaticano,  
¿quién era el traidor que lo  
hacía para los hombres de  
negro?



Algunos de los  
custodios se pusieron de pie.

Gritaban.

Agitaban los puños.

—¡No!

—¡Eso es imposible!

—¿Quién de nosotros haría algo así?

—¡Juramos lealtad, nos comprometimos todos!

—¡Tenemos dinero, somos ricos, no necesitamos...!

Ferdinand de Villiers los dejó alcanzar el paroxismo de su ira.

Cuando los más furiosos dejaron atrás su exaltación, uno a uno, y volvieron a mirar al Gran Custodio, este seguía en pie, apoyado en su bastón.

Trataban de entender.

El Libro de Thot, su

biblioteca, su secreto... y el hijo de su líder en peligro.

Algunos volvieron a derrumbarse en sus asientos.

No todos.

—¡No podemos elegir al nuevo miembro del consejo sin saber quién es el traidor! —comprendió finalmente uno de ellos.

Miraron a los candidatos.

—¿Por qué tiene que ser uno de nosotros tres? —Geneviève Lassard se puso roja.

—¿Qué sentido tendría que fuese cualquier otro? Es

obvio que no se trata de nadie del consejo. ¡Quieren saber dónde está la biblioteca! ¡Tiene que ser uno de vosotros!

Paolo Bragado y Patrick van Haal se pusieron de pie.

La guerra a punto de estallar.

—¿Os olvidáis del hijo de Ferdinand? —tronó otra voz.

—¿Vas a revelarles nuestro secreto para salvar a tu hijo? —preguntó otra.

La atención volvió a desplazarse, de los tres



candidatos al Gran Custodio.

Ferdinand de Villiers sostuvo sus miradas.

De pronto, parecía el más sereno.

—Hablabamos de mi hijo cuando sus raptos y él lleguen aquí. —Habló con voz serena y medida—. Ahora, en este momento, lo más importante es descubrir al traidor.

—¿Y cómo lo haremos? —preguntó desafiante Geneviève Lassard.

La respuesta del Gran Custodio fue muy directa:

—Lo hará él mismo, querida. —Arrastró cada palabra con deliberada intención—. Mejor dicho: ya lo ha hecho.



Guido Fontalvo caminó por la casa vacía.

Tardó en orientarse. Llegó a pensar que no había nadie, que todos los invitados estaban fuera, quizá después de salir por una puerta trasera.

Cuando por fin oyó las voces, los gritos airados de

los asistentes a la reunión de los custodios, buscó la mejor forma de ver sin ser visto, de escuchar y ser testigo de...

¿De qué?

¿Qué podía hacer un solo hombre, por mucho que Dios estuviese de su lado, frente a los acontecimientos que se avecinaban?


Los gritos aumentaron.

Hasta que se produjo una tensa calma.

Alguien hablaba de forma más serena aunque fuerte.

Alguien que completó una frase diciendo:

—... Mejor dicho: ya lo ha hecho.



Albert Guntz y Karl detuvieron el coche frente a la puerta de la casa.

Les extrañó no ver a nadie, y más aún que nadie apareciera en lo alto de la escalinata para preguntarles quiénes eran y qué querían. Ninguna criada ni criado. Ningún jardinero. La vieja mansión de piedra parecía abandonada, aunque a un lado, perdidos entre los

árboles pero visibles desde allí, los coches de los invitados se alinearán como prueba de su existencia.

—Espero que el señor Sizemore sepa lo que se hace —comentó Karl.

—Es un hombre muy listo, no te preocupes —dijo Albert.

—Pero él está muy tranquilo allí en su despacho, mientras que nosotros estamos aquí y solo somos dos.

—Te aseguro una cosa: tranquilo no va a sentirse. No con lo que está en juego.

El grandullón contempló el solemne edificio, con sus ventanas acortinadas, sus postigos abiertos, la piedra recubierta de hiedra. Tenía cierto aire de castillo.

—¿Vamos ya?

—Sí.

Rodearon el coche y abrieron el maletero.

Eduard y Gerard de Villiers se agitaron levemente.

Muy poco.

—Venga, sácalos —  
ordenó Albert Guntz.

Karl le obedeció.

Primero Eduard. Tiró de él, y una vez fuera lo sostuvo unos momentos hasta que el chico se aguantó por sí solo. Le cortó la cinta adhesiva de los tobillos y las muñecas. La de la boca se la arrancó directamente.

Eduard solo hizo un gesto.

Ni un grito fluyó de su garganta.

Miró a Karl con expresión bobalicona y ausente.

—Fíjate, parece idiota.

—Albert se rió.

—¿No te habrás pasado

con la dosis?

—No, venga, saca al otro.

Repitió la operación. Gerard de Villiers también se sostuvo por sí mismo. Él sí gritó un poco al retirarle la cinta adhesiva de la boca.

—¡Ay!

—¡Cállate, franchute!

—le reprochó Karl.

Los dos prisioneros intercambiaron una mirada sin vida.

Ya no hubo más.

—Venga, tú coge a este  
—dijo Albert mientras asía  
de un brazo a Eduard y



tiraba de él sin el menor esfuerzo para hacerse obedecer.



Enzo detuvo el coche frente a la zona peatonal, con la *place* Alphonse Sentien al fondo, según rezaban los carteles, y la iglesia de Saint-Girons recortando el cielo con su cúpula puntiaguda. La primera mujer a la que preguntaron ni se detuvo para responderles. Con la segunda tuvieron más suerte.

—*Monsieur* *De*

*Villiers? Oui, d'acord! Vous prenez...*

No era difícil, ni estaba lejos. Las indicaciones bastaron. Elisabet ya no se sorprendió de que Enzo hablara un francés fluido. Una vida daba para aprender idiomas. Cuatro o cinco vidas juntas daban para mucho más.

¿Y si todo era mentira?

¿Y si la bala había rebotado en los pentáculos que llevaba colgado del cuello?

¿Y si la maldición no

existía y simplemente...?

—Elisabet.

Despertó de su  
abstracción.

—Sí, perdona.

—Cinco minutos. —

Volvió a meterse en el coche  
—. No está lejos de aquí.  
Me ha preguntado si  
también vamos a la fiesta  
porque hoy no han parado de  
llegar coches a la casa.  
Bueno, al *château*, el  
castillo, como lo llaman  
aquí.



Ferdinand de Villiers bajó de la tarima en la que estaban ubicados los siete asientos del consejo. Apoyó el bastón en el suelo con fuerza, como si le costara caminar, y se detuvo a unos tres metros de los tres candidatos a ocupar la silla vacía. El silencio en la sala se hizo muy denso.

Casi sólido.

Los restantes treinta y un miembros estaban pendientes de él. De él y de los tres protagonistas del final de la escena.

—Paolo, Geneviève y

Patrick —pronunció los nombres con rotundidad, igual que si recitara un poema en el francés académico más purista—, aquí estáis, a las puertas de un sueño. —Se tomó dos segundos antes de agregar —: Porque formar parte del consejo de los custodios es un sueño, ¿verdad?

No le respondieron, así que se aproximó al primero de sus testigos.

—¿Verdad, Paolo?

—Sí, Ferdinand —  
asintió el portugués.

Un paso a su derecha.

—¿Verdad, Geneviève?

La mujer no habló, asintió con la cabeza un par de veces.

Quedaba el tercero.

—¿Verdad, Patrick?

—Sabes que sí, amigo mío —certificó el holandés.

Ferdinand de Villiers se apartó de nuevo para situarse a la misma distancia que antes.

—Tres candidatos. — Elevó la voz para proseguir —: Enric Ardiach fue un gran custodio, nos dio alegrías, días de gloria, momentos inolvidables en su

constante lucha por descubrir y traernos los libros perseguidos por el fanatismo y la intolerancia. Y lo hizo hasta el final de su vida, consiguiendo el más preciado de los tesoros escritos por el ser humano... o por una mano cuya comprensión todavía se nos escapa. Una mano que tal vez nos revele quiénes somos, de dónde venimos... y hasta hacia dónde vamos. —Volvió a tomar aire y repitió sus dos primeras palabras—: ¡Tres candidatos!

—¡Habla ya,

Ferdinand! —exigió uno de los presentes.

—¡Sí, hazlo! —pidió otro.

El Gran Custodio miró al primero de ellos.

—Tú, Paolo, eres un luchador. Has superado un cáncer. Tienes grandes dotes, disciplina, voluntad, sólidas creencias, principios, moral... La vida incluso se ha cebado contigo, arrebatándote a tu único hijo como ahora el destino trata de hacer con el mío. Formar parte del consejo sería



recompensar tu existencia. Y lo mereces. A fe mía que lo mereces.

Le tocó el turno a la mujer.

—Tú, Geneviève, aspiras a ser la primera mujer admitida en el consejo. Y solo por este detalle lo merecerías también, lo mereceríamos todos, para derribar un viejo y ancestral machismo todavía latente en nuestra organización y que debería desaparecer de una vez. Eres brillante, hábil, inteligente y capaz. Amas los libros con

pasión. ¿Qué mejores credenciales? Incluso has aportado obras importantes a nuestra biblioteca. Obras que solo tu paciencia y tu férrea voluntad pudieron conseguir, sin importar el precio. Así que también mereces nuestro voto y nuestro respeto.

El silencio era todavía más sepulcral.

Se hizo absoluto cuando Ferdinand de Villiers miró al tercer candidato.

—Llegamos a ti, Patrick. —Frunció los labios con fuerza—. Eres joven,

tienes la familia perfecta, eres rico. A tu edad lo has conseguido todo, absolutamente todo. Es lógico que también desees formar parte del consejo. Y si esta fuera tu única meta, yo mismo apostaría por ti, porque necesitamos savia nueva, líderes fuertes, carisma y empuje ante el devenir de los nuevos tiempos. —Hizo una pausa mucho más larga que las demás—. Sin embargo... Sin embargo... —Las palabras bailaron en sus labios—, no es esta tu única

meta. Hay otra mucho más importante para ti. La más relevante. Aquella por la cual matarías si fuera necesario: la presidencia de tu país.

—No veo incompatibilidades —dijo Patrick van Haal rompiendo el discurso de su anfitrión.

—Cierto —asintió él—. No las hay. Pero a veces, servir a dos causas no es lo adecuado. Más aún: si una causa es superior a la otra, es más que probable que la primera se imponga y la segunda se someta, o, lo que

es lo mismo, que la primera se sirva de la segunda para sus fines.

La sonrisa del holandés se congeló en su rostro.

—Para hacer carrera en política se necesitan muchas cosas —continuó Ferdinand de Villiers—. Muchas, que no voy a enumerar ahora. Pero la principal son los contactos. Dinero y contactos. Tú ya tienes lo primero. Lo segundo difícilmente se puede comprar. Muchos bancos han desencadenado o financiado guerras. La

economía domina el mundo, no los gobiernos. Tú estás ahora en ese camino, el de buscar aliados en todas partes. Aliados poderosos. Aliados capaces de tumbar gobiernos, desatar crisis, hacer cambiar la opinión de las personas aprovechando los vaivenes del mundo. — Se detuvo un breve instante y agregó—: Tú buscas el poder allá donde esté, Patrick, y estás dispuesto pagar el precio que sea.

El revuelo se alzó en espiral.

Patrick van Haal se

puso en pie.

—¿Me estás insultando, Ferdinand? —se encaró con él.

—No —dijo el Gran Custodio—. Te estoy llamando traidor, amigo mío.

—¿Estás loco? —Dio un paso en su dirección tan crispado como lo estaba su VOZ.

Ferdinand de Villiers no se movió. Se llevó la mano derecha al bolsillo de la chaqueta y extrajo una fotografía doblada en cuatro partes. La desplegó y la

mostró a todos, en alto.

En ella se veía a Patrick van Haal con otro hombre.

Los dos reían.

Felices.

—¡El hombre que me ha llamado, a cara descubierta, revelándome incluso su nombre en un alarde de fuerza, para decirme que tenía a mi hijo, a mi propio hijo, y que a cambio quería el Libro de Thot, se llama Norman Sizemore! —La fotografía se agitó airada en su mano —. ¡Aquí tenemos una foto que cualquiera puede



encontrar en internet! ¡Y Norman Sizemore es este, el mismo hombre que aparece aquí, con Patrick van Haal, hablando de negocios en una fiesta! —Miró al holandés con fiereza—. ¡El hombre al que te has vendido y al que quieres vendernos a cambio de su apoyo en tus ambiciones políticas, maldita sea y maldito seas, Patrick!



Lo que menos esperaban era oír el nombre de Norman

Sizemore tras la puerta de la sala.

A pesar de ser pronunciado en francés y de que ellos solo lo chapurrearan.

Albert sostenía a Eduard. Karl a Gerard. Parecían dos muñecos articulados, la mirada perdida, las sonrisas bobas colgando de sus labios. Se dejaban conducir como autómatas.

—¿Has oído eso?

—Tranquilo. Ya te he dicho que sabe lo que se hace.

—¿Esperamos un poco más?

—No, vamos —dijo el hermano de Manfred Guntz—. Estarán al llegar y debemos tener la situación controlada para cuando aparezcan.

Albert mantuvo agarrado a Eduard con la mano izquierda. Con la derecha sacó la pistola. Esperó a que Karl hiciera lo mismo. Después abrieron la puerta principal de la gran sala y entraron en ella bajo el griterío de los presentes.

Nadie reparó de

momento en ellos.

Luego sí, cuando llegaron al centro, con Albert apuntando a Ferdinand de Villiers y Karl al resto, en abanico, en medio de un súbito y sepulcral silencio.



Desde lo alto del pequeño pasadizo al que se había encaramado a través de una de las ventanas, jugándose la vida, Guido Fontalvo se quedó paralizado al ver la escena.

La reunión había dado un inesperado vuelco con la denuncia del Gran Custodio y su acusación, pero aquello...

Dos hombres armados, con los dos jóvenes secuestrados.

Algo iba a suceder.

Algo superior a sus fuerzas.

—Monseñor... —  
suspiró una vez más.

Por un momento le odió. Por un momento. Su eminencia Carleto Murano cómodamente sentado en su despacho, lejos de allí, y él,

solitario como un héroe de película de serie B, enfrentado a lo dantesco.

Además, era un intruso, hollaba una casa ilegalmente.

¿Y si se producía una matanza?

¿Acaso no estaban locos los hombres de negro?

Guido Fontalvo tragó saliva.

Tenía que salir de allí. Entonces más que nunca. Ya no podía hacer nada, nada en absoluto por conseguir el Libro de Thot. Si Dios no quería echarles una mano,

sus razones tendría.

Aunque a veces Dios prefería que se espabilaran solos.

Monseñor sentado en el Vaticano y Dios en el cielo.

Guido Fontalvo vio una escalerita de madera de las que se usan en las bibliotecas para alcanzar los libros más altos. No podía volver por donde había subido. Demasiado peligroso para su integridad. Bajar siempre resultaba mucho peor. Era preciso llegar al suelo. Rodeando la sala pegado a la pared, oculto por

los niveles del hem ciclo, en unos minutos podía estar a salvo en el exterior de la finca.

A salvo.

No, no era para salvarse por lo que estaba allí.

Era para salvar el Libro.

Los custodios querían esconderlo, pero los hombres de negro pretendían destruir algo que...

¿Y si lo que probaba era, más que nunca, la existencia de Dios?

El sudor frío reapareció en su cuerpo.




—¿Y ahora qué? —  
musitó apretando los puños.

Miró la escalerita.

Alargó la mano y la  
alcanzó.

En la gran sala  
volvieron a oírse voces.



Ferdinand de Villiers no  
hizo caso de la pistola. Lo  
único que vio fue a su hijo  
con la mirada perdida, con  
aspecto ausente, como si  
estuviera drogado.

—¡Gerard!

—¡Quieto! —La mano

de Albert se tensó y el cañón apuntó directamente a la frente del dueño de la casa.

—¿Qué le habéis hecho?

La espiral de voces casi ahogó las suyas.

—¡Cállense! —gritó Karl en alemán.

Más que su grito, fue de nuevo su arma, abanicándoles a todos, lo que apaciguó sus ánimos.

—Verá, señor De Villiers —Albert Guntz también se hizo escuchar por los demás—, su hijo y su compañero han sido

inyectados. Por sus venas corre ahora mismo un veneno lento pero letal. Un veneno que actuará en unas pocas horas si antes no es contrarrestado por un antídoto. ¿Necesita los detalles, los nombres? Seguro que no vale la pena. Usted quiere a su hijo, y al nieto de su amigo Enric Ardiach. Nosotros queremos algo que está de camino hacia aquí. Algo que llegará de un momento a otro según nuestros cálculos. Ahora... ¿quiere que se lo repita en mi idioma o lo ha

entendido?

Ferdinand de Villiers miraba a su hijo.

El muchacho pareció reconocerle de pronto.

—Papá... —susurró dibujando aún más aquella sonrisa de idiota en su rostro.

—Tranquilo, hijo.

—¡Vamos, siéntense todos! —ordenó Karl—. ¡He dicho todos!

Patrick van Haal seguía de pie, lo mismo que el dueño de la casa.

El rostro del holandés mostraba su desconcierto.

—¿Por qué tanta prisa?

—se dirigió a Albert—. ¡Iba a ser elegido! ¡Lo sé! Yo habría hecho el trabajo sin necesidad...

—¿Y si no hubiera sido así? Demasiado riesgo, ¿no cree? Cuando se tiene un seguro, es mejor aprovecharlo. Y, de todas formas, acababan de descubrirle, señor importante. ¿A qué vienen ahora sus protestas?

—¡Se trata de la biblioteca! ¡De toda en conjunto, no solo de un libro!

Albert se enfrentó a él.

—¿Un solo libro? —  
mostró su sorpresa—. Usted  
más que nadie debería saber  
que ese libro es la clave de  
todo.

—Fanáticos. —

Ferdinand de Villiers  
escupió las cuatro sílabas.

La pistola se dirigió a  
él.

—¿Nos llama fanáticos  
por preservar a la  
humanidad de algo para lo  
que no está preparada?

—¡Ni siquiera sabemos  
qué dice el Libro!

—Mejor evitar sustos,

¿no le parece? —La mano armada regresó a la cabeza de Gerard, que seguía sostenido por Karl—. ¡Y ahora siéntense todos, y cuando digo todos es todos!, ¿de acuerdo? ¡Vamos a esperar un rato y no quiero oír ni una mosca! ¡Ya!



El Mercedes de Enric Ardiach avanzó despacio por la recta final de la mansión De Villiers.

—No se ve a nadie — dijo Elisabet.

Enzo ya no respiraba. Sus músculos se mantenían en tensión. El coche cubrió metro a metro la última distancia y se detuvo detrás de otro, aparcado frente a la puerta de entrada de la casa. Era el único que no estaba con los demás, en el aparcamiento. Los dos pusieron pie en tierra bajo un silencio cargado de premoniciones.

—Enzo...

—Respira fuerte, hazme caso.

—¿Estás seguro de que esto funcionará?



—Es todo lo que tenemos. No habrá una segunda oportunidad. Lo único que puedo pedirte es que confíes en mí.

—Tengo miedo.

—Yo también.

—¿Tú?

—Por ti, por tu hermano... —Cerró la puerta de su lado.

—Maquinan algo, lo sé. Algo con lo que no cuentas.

Enzo llegó hasta ella. Le bastó con levantar la mano y tocarle la mejilla. Elisabet se estremeció.

—Recuérdalo —le dijo

—: siempre detrás de mí.

—Sí.

—Pase lo que pase —  
insistió él.

—Sí, sí. Vamos ya, por  
favor.

Abrieron el maletero.  
Las cuatro cajas metálicas  
descansaban en él. Tomaron  
dos cada uno y las cargaron  
debajo de los brazos pese a  
la incomodidad. Enzo fue el  
primero en subir por la  
escalera.

Se internaron en la casa  
vacía en busca del gran  
salón donde los custodios  
celebraban su asamblea.



Ferdinand de Villiers intentó apartar los ojos de su hijo.

Los clavó en Patrick van Haal.

Una vez descubierto, ya no era más que un hombre acorralado. Se mantenía firme por dignidad, por ser quien era. Treinta y cuatro miradas de desprecio no le afectaban. El cambio que eso suponía, sí.

Desenmascarado por el Gran Custodio y con la

insólita presencia de aquellos dos hombres allí.

¿Se había vuelto loco Norman Sizemore?

—¿Tan sorprendido estás, Ferdinand? —No pudo resistir más el peso de aquella mirada.

—Sí, Patrick, sí.

—Dime una cosa, ¿a quién pensabas votar?

—A Geneviève.

—Geneviève —repitió con desprecio—. ¿Por qué no yo, siendo el mejor, el más joven, el más interesado?

—Por tu ambición.

—Míranos. —Abarcó a los custodios con una mano —. ¿Ambición dices? Señálame a uno, uno solo que no sea ambicioso. Amamos los libros porque ya lo tenemos todo. Nos consagramos a causas mayores porque la vida ya no nos basta. Geneviève es tan ambiciosa como yo o Paolo. Ibas a elegirla por quebrantar las normas, cambiar, incorporar a la primera mujer a ese pequeño grupo de elegidos que os creéis con derecho a gobernar la biblioteca. Y eso

es debilidad, Ferdinand.  
Debilidad.

—¿Cuándo dejaste de creer en la causa?

—¡No he dejado de creer en ella! —Abrió sus manos con pasión—. De lo único que me he quejado siempre es de que solo siete personas puedan saber dónde está la biblioteca.

—¡Es por seguridad, siempre ha sido así, desde hace siglos! ¡Y no puedo ni imaginar que la razón sea esa!

—Claro que no lo es. Una cosa es que crea en la

causa y otra que me haya cansado de nuestra dictadura. Lo que está en juego es mucho más que eso. Cuando conocí a Norman Sizemore vi el otro lado. Él tiene razón: hay que preservar el futuro. ¿Cómo será el mundo si ese Libro es lo que imaginamos? ¿Y si todo se desmorona?

—Qué poco crees en la humanidad, Patrick.

—Quiero gobernar un país. Ese Libro puede cambiarlo todo.

—Sabes que nosotros lo ocultaríamos.

—No es una garantía. No con él. No se trata de un manual de brujería perseguido por cuatro curas. Es el Libro de Thot, ¡el Libro de Thot! Quizá no haya nada en él. Tal vez no sea más que una leyenda y sus páginas estén llenas de sofismas y entelequias, pero ¿cómo arriesgarse? ¿Y si es lo que todos pensamos que es? Oculto o no, tarde o temprano verá la luz, y más si su contenido es la prueba de algo que...

—¿Qué te prometió ese tal Sizemore?



—¿Sabes cuántos hombres han llegado a culminar sus sueños gracias a él? Te hablo de premios Nobel, de políticos, de al menos tres presidentes de gobierno en Europa y muchos más en África y Latinoamérica. —Sus ojos destilaron amargura—. Eso es poder, Ferdinand. Y yo escogí el poder por encima de esto. —Volvió a abarcar la asamblea con la mano—. Si hubiera sido elegido habría revelado dónde está la biblioteca, sí. Ahora, pese a todo, espero que Norman

Sizemore siga apoyándome.

—No les diré dónde está la biblioteca a los hombres de negro.

—¿Seguro? —Patrick van Haal miró a Gerard—. ¿Sacrificarás a tu propio hijo?

—No destruiré el legado de la humanidad.

—El legado de la humanidad somos nosotros, no esos libros. Tú, yo, esto, aquí, hoy... y mañana aquello que hayamos conseguido ahora. Piénsalo cada vez que me veas en televisión como primer

ministro de Holanda.

Eduard y Gerard estaban tumbados en el suelo. Los custodios, sentados en sus sillas. Geneviève Lassard miraba al frente con desafío. Paolo Bragado, en cambio, respiraba fatigosamente. Albert y Karl se movían de pie, con las armas a punto, siempre a distancia del resto, para evitar imprevistos o absurdos actos de valor, teniendo en cuenta que todos los presentes eran personas mayores y, en muchos casos, ancianos.

Ferdinand de Villiers  
ya no quiso seguir  
escuchando a Patrick van  
Haal.

Tampoco habría  
podido.

La puerta principal del  
gran salón se abrió de  
pronto.

Hubo un murmullo que  
ascendió en espiral hasta  
desaparecer engullido por el  
nuevo silencio.

Enzo y Elisabet se  
acercaron al centro de la  
estancia con su carga.



Lo primero que hizo Elisabet, pese a la petición de Enzo, fue dejar las dos cajas en el suelo y correr hacia Eduard. Se arrodilló frente a él y lo abrazó al borde de las lágrimas. El chico intentó centrar los ojos en ella, pero la proximidad le hizo bizquear.

—Jo, tía... —farfulló.

—Tranquilo, Edu.

¿Estás bien?

—De... puta madre. —

Se apoyó en ella, incapaz de sostenerse.

—¡Eh, tú, vamos,

apártate!

Algo duro rozó la cabeza de Elisabet. Le bastó ladearla para encontrarse con el cañón de la pistola que sostenía un tipo grandullón, fornido, con la cabeza enorme, lo mismo que sus manos. El cabello era muy rubio.

—Regístrala, Karl —  
ordenó Albert Guntz.

Elisabet reculó de espaldas.

—Si me tocas, te mato.

Karl le enseñó una doble fila de dientes mal colocados.

Albert no apuntaba a Enzo con su arma. La apuntaba a ella. Sabía que él no se movería.

—¿Y la quinta caja?

—No pensarás que íbamos a traerlas todas, ¿verdad?

No le gustó escuchar eso.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Karl!

Su compañero abandonó a Elisabet. Se colocó detrás de Enzo.

—¡Deja las cajas en el suelo! —ordenó Albert.

Necesitaba las manos

libres, así que iba a hacerlo igualmente. Se agachó y dejó las dos cajas de metal.

Ya no pudo incorporarse.

Karl sacó algo de su bolsillo. Parecía un mando a distancia, un objeto extraño. Le bastó con aplicarlo sobre Enzo, por encima de la ropa.

La descarga fue brutal.

Un chispazo chisporroteó en el aire seguido por un enorme rayo azulado que le envolvió el cuerpo igual que si fuera una cápsula de energía.

Enzo se desplomó.



—¡No!

El grito de Elisabet se confundió con el impacto del cuerpo al chocar de bruces contra el suelo. Ni siquiera se levantó, gateó hacia él y le dio la vuelta para tomarle la cabeza con las manos. Los ojos de Enzo parecían más inermes que los de Eduard.

Recordó algo que había dicho aquella mañana en el coche, después de que la bala de Albert Guntz no le matara: «Cuando me hieren y pierdo fuerzas, mi energía se reduce y quedo un tanto

exhausto».

Energía.

Tan sencillo.

—Levántate, niña.

—No. —Abrazó aún más el desfallecido cuerpo de Enzo.

—¿Quieres probarlo tú? A ti te mataría, ¿sabes?

Karl dio un paso hacia ella.

Tuvo que hacer lo que le ordenaba el hombre de negro. Dejó la cabeza de Enzo con cuidado en el suelo y se incorporó. Quedó frente a él. Sintió las miradas de todos los

presentes fijas en ellos.

—Karl, no dejes que nuestro amigo se recupere. Ve aplicándole descargas — le ordenó sin apartar la mirada de ella en ningún momento—. Y mantenlo al máximo, claro. —Cambió el tono y también la expresión, que se hizo más torva, cuando le preguntó—: ¿Dónde está la caja que falta?

—En un lugar seguro.

La mano armada volvió a subir. Apoyó el cañón en la frente de Elisabet.

—Mátame y no sabrás

dónde...

No disparó. La abofeteó con la otra mano.

Elisabet se tambaleó sin llegar a caer al suelo.

—Míralos. —Albert señaló a Eduard y a Gerard de Villiers—. Morirán dentro de un rato si no se les suministra un antídoto. ¿De veras quieres que suceda eso? Depende de ti, preciosa.

Elisabet supo lo que era sentirse sola.

Sola de verdad.

—La caja que falta está en Barcelona —confesó.

—¿Qué?

—No pudimos recuperarla a tiempo.

—¿Me tomas por...?

—Albert levantó de nuevo la mano.

—Dice... la... verdad... —gimió Enzo.

Karl le aplicó otra descarga. El cuerpo del muchacho se estremeció como si un millar de hormigas corretearan por sus venas.

En el aire flotó un leve humo azulado.

—¡Ya basta! — exclamó Elisabet—. Por

favor...

—Abre las cajas. —

Patrick van Haal habló por primera vez.



Elisabet se enfrentó al nuevo personaje, uno de los hombres que recordaba haber visto en el cementerio, como casi todos los que llenaban el hemiciclo de la sala.

—No hemos podido... abrirlas —jadeó agotada.

—No nos mientas más, niña. Ábrelas.

—¡Tienen una combinación de cinco dígitos que no conocemos! ¡Mi abuelo solo me dejó pistas para encontrarlas, nada más! ¡Probablemente ni él sabía esas combinaciones! ¿Para qué íbamos a abrirlas o siquiera intentar forzarlas? ¿Y si tienen un mecanismo de protección o el contenido se deteriora?

—¿Mecanismo de protección? —Su tono fue de burla—. ¿Y qué más da si es así? Albert va a destruir los papiros ahora mismo,

¿no es cierto? —se dirigió a él—. Los hombres de negro siempre habéis actuado de manera rápida sobre el terreno, sin esperar.

Albert Guntz apuntó a Eduard.

—¡Ábrelas!

La última vacilación de Elisabet fue fatal.

El disparo les conmocionó a todos. No fue ruidoso, ni tampoco un estallido. Sonó igual que un taponazo seco.

La bala rebotó en el suelo, junto a la cabeza de Eduard.



—¡Ya basta! ¡Ya basta!  
¡Ya basta...! —Su hermana  
pareció volverse loca.

Cayó de rodillas frente  
a la primera de las cajas.  
Sabía que si la abría todo  
estaría perdido. Y lo mismo  
si no lo hacía. A ellos les  
bastaría con unos golpes, o  
algún tipo de ácido, para  
liberar el cierre y forzar la  
tapa. También podían  
destruir las cajas sin más.

No, primero querían  
estar seguros de su  
contenido.

Su contenido.

Elisabet alargó la mano

derecha. Movi6 la primera rueda e insert6 el n6mero uno en la ventanita con los cinco d6gitos. A continuaci6n llev6 la segunda rueda hasta el dos. Su mente trataba de pensar, pero no le era posible. Estaba sola. Ni Eduard ni Gerard, y mucho menos Enzo, pod6an ayudarla.

Sola con todos aquellos hombres y apenas dos o tres mujeres...

¿Por qu6 no hac6an nada?

¿Por qu6 no atacaban a los dos hombres de negro

armados con las pistolas?

¡No iban a matarles a todos con solo dos armas!

Insertó el número uno de nuevo en la ventana.

Las lágrimas que humedecieron su otra mano fueron más desesperadas que rabiosas.

El cuarto dígito, otra vez el número dos.

Lo inevitable ya estaba allí.

¿Qué haría Albert Guntz al ver el interior de la caja?

El quinto dígito.

Se oyó el chasquido

que liberaba el cierre.

Albert Guntz abrió la tapa.

Entonces se oyó un grito.

—¡No!

Y apareció otro hombre.

Corriendo hacia ella.

Un hombre que reconoció al momento.

Guido Fontalvo.



No era un héroe, ni un santo, ni lo tenía previsto de aquella forma. No era más

que un sacerdote enamorado de los libros y de su Iglesia. Un hombre íntegro que se respetaba a sí mismo y respetaba los dictados del corazón.

Guido Fontalvo miraba aquellas cuatro cajas.

El Libro de Thot.

Y los hombres de negro iban a destruirlo.

No, no era un héroe, ni habría imaginado jamás que pudiera cometer una locura parecida.

Pero salió de las sombras como loco, ciego.

—¡No! ¡No, malditos

seáis!

No fue Albert el que disparó. Fue Karl.

Se lo encontró casi encima. No corría hacia él, pero eso no lo sabía. Fue un acto reflejo. Se dio la vuelta y vio la forma oscura de aquel inesperado personaje.

El disparo tampoco fue preciso.

Le alcanzó en el hombro derecho.

Pero resultó igual de doloroso.

Guido Fontalvo giró sobre sus talones, de manera violenta, más de ciento

ochenta grados, como si una mano invisible hubiera detenido su carrera golpeándolo con todas sus fuerzas. Tropezó con sus propias piernas y trastabilló hasta caer sobre Geneviève Lassard.

Albert Guntz se había quedado helado al ver las piedras y los periódicos acolchándolas en el interior de la caja que Elisabet acababa de abrir. La rabia murió en sus labios por el grito del aparecido y el disparo de su compañero.

No entendía nada, y eso

acabó costándole unos segundos preciosos.

Elisabet saltó sobre él, con aquella mínima ventaja, aprovechando que ahora estaba desprevenido.

El golpe entre las piernas fue un acierto. Y también morderle la mano armada obligándole a soltar la pistola. Lo otro, caer sobre él, también funcionó.

Pero eso fue todo.

El primer puñetazo de Albert, aunque mal propinado, le hizo ver las estrellas.

El segundo le impactó



de lleno en el costado y le robó el aliento.

Karl ya caminaba hacia ellos.

No llegó a dar el tercer paso.

Cuando se dio cuenta de que tenía hundido en el estómago un largo estilete, surgido del bastón con empuñadura de nácar de Ferdinand de Villiers, era demasiado tarde.

Miró al Gran Custodio.

El hombre retiró despacio el acero y Karl cayó al suelo.

El resto de los

miembros del consejo y algunos custodios más se acercaban ya. Unos rodearon a Patrick van Haal. Otros ayudaron a Geneviève Lassard. Pero ninguno se aproximó a Elisabet y a Albert Guntz.

Porque él se había deshecho ya de ella y tenía de nuevo el arma en la mano.

Sonó un disparo.

Lo mismo que Karl, Albert reflejó en su rostro toda la incomprensión que la muerte le producía.

Buscó el origen de su

fin.

Antes de cerrar los ojos y olvidarse de la vida, todavía pudo ver la pistola de Karl en la mano del casi inerte Enzo.

Casi.



Elisabet continuó acariciándole la frente, una y otra vez, despacio, hasta que abrió los ojos.

—Ya ha pasado —fue lo primero que oyó Eduard.

Centró la mirada en ella. Su hermana tenía un

hematoma en la barbilla y un pequeño corte en el labio inferior, cerca de la comisura. A pesar de ello, de sus ojos todavía húmedos y del cabello revuelto, se le antojó un ángel.

—¿Qué...? —Se agitó al reaccionar de pronto.

—No, tranquilo —lo calmó ella.

Eduard movió la cabeza. Estaba en una cama, en una buena cama, y en una habitación que más parecía el cuarto de un príncipe por lo añejo de la decoración. No había nadie más.

—¿Y Gerard?

—Ahí al lado, con su padre. También se está recuperando.

—No recuerdo nada. — El chico se llevó una mano a la frente—. El maletero del coche y luego...

—Esos dos os drogaron. Os inyectaron una especie de veneno con efecto a largo plazo. Si no les dábamos el Libro, os moríais. Si se lo dábamos, os inyectaban un antídoto y listos.

—¿Les habéis dado los papiros?

—No.

—¿Y el maldito veneno...?

—Llevaban el antídoto en el coche. Cuatro de los custodios eran médicos, así que han calibrado la dosis exacta. Todo ha sido muy rápido. ¿De verdad no recuerdas lo que ha pasado en la sala?

—¿Qué sala?

—Los dos hombres de negro han muerto.

Eduard parpadeó.

—Pero ¿cómo...?

—¿Recuerdas a Guido Fontalvo?

—Sí.

—Ha aparecido inesperadamente en la reunión, gritando enloquecido, cuando ha creído que Albert Guntz iba a destruir el Libro de Thot. No creo en milagros, pero de no haber sido por él... no sé qué habría sucedido. Lo teníamos todo en contra. Se ha echado sobre uno que le ha disparado en el hombro, nada grave, pero eso ha dado un giro a los hechos y hemos aprovechado la confusión para reaccionar.

—¿Qué habéis hecho?

—El señor De Villiers ha matado a uno. Yo he luchado con el otro y Enzo le ha disparado.

—¡Joder! —Se presionó los ojos para aceptar la realidad—. ¿Enzo... ha disparado a un tipo?

—A él le han reducido con una descarga eléctrica de muchos voltios. No podían matarle, pero sí dejarle inútil un rato. Por suerte ha conseguido agarrar la pistola, porque de lo contrario... Albert Guntz se había vuelto loco.



—O sea, que tenemos dos cadáveres.

—La policía está abajo. Hay más de treinta testigos que dirán que esos dos hombres entraron para robarles o secuestrar a alguno de ellos dada su relevancia. El señor De Villiers es aquí un pez gordo, así que nadie va a dudar de su palabra, ni de la de los demás custodios. También han descubierto al traidor, el que pasaba informes a los hombres de negro. Se llama Patrick van Haal. Le han expulsado de

aquí.

—¿Solo le han expulsado?

—¿Y qué más querías? No ha cometido ningún delito, únicamente traicionarles a ellos. Tampoco a él le interesa decir nada. Ha fracasado en su intento y ya está. Por lo visto, tiene aspiraciones políticas y el líder de los hombres de negro es muy influyente. Iba a darle su apoyo a cambio de que él le dijera dónde está la biblioteca si era elegido miembro del consejo.

—¿Y el Libro de Thot?

—En nuestra cámara secreta. Metimos piedras y papeles en las cajas.

Eduard quedó aplastado en la cama. Si tenía más preguntas, se le atropellaron en la mente. Levantó una mano y tocó la mandíbula de su hermana.

—Así que... ¿se ha terminado? —suspiró.

—Casi —dijo ella—. Nos falta ir a buscar el último papiro.

—¿Lo tenía Alicia?

—Está en una caja de seguridad de un banco.

Sí quedaba una pregunta final.

—¿Y Enzo?

—Ahí al lado, recuperándose de las descargas eléctricas.

—No era tan invencible.

Los ojos de Elisabet se nublaron con la ceniza de una profunda tristeza.

—¿Qué te pasa? — preguntó él.

—Anoche me lo contó todo.

—¿Y?

—Nació en 1732.

Eduard sostuvo su

mirada.

—Está buscando el Libro de Thot para dejar de ser inmortal —dijo Elisabet.

—¿Me estás diciendo que... quiere morir? —Al chico se le desorbitaron los ojos.

—Sí.

Les atrapó el silencio. Las preguntas volvieron a atropellarse en la cabeza de Eduard. Elisabet supo que debía contarle toda la historia.

—Verás... —comenzó a hablar de nuevo.

Ninguno de los dos se

dio cuenta de que la puerta estaba entornada.

Tampoco vieron a Ferdinand de Villiers en el umbral, deteniéndose cuando iba a entrar en la habitación.



Enzo estaba solo.

Todavía le dolía la cabeza, y sentía las articulaciones muy pesadas, como si en lugar de mover músculos tuvieran que sostener y manejar plomo, pero los efectos de las

descargas menguaban ya con rapidez. Necesitaba apenas unos minutos más de paz y calma.

Miró el dosel de la cama.

Una cama antigua, como muchas en las que había dormido al comienzo de su vida, en el siglo XVIII, incluso el XIX.

Era igual que volver al pasado.

Cerró los ojos.

Tan cerca, tan cerca, tan cerca...

Oyó el leve crujido de la puerta al abrirse, más el

de las pisadas sobre el suelo de madera. Primero pensó que era Elisabet. Luego comprendió que no se trataba de ella.

Quien acababa de entrar tenía una pierna de madera.

Abrió los ojos y se encontró con Ferdinand de Villiers de pie a su lado, apoyado en su bastón.

Aquel bastón de empuñadura de nácar que escondía un secreto.

El dueño de la casa se sentó en la cama.

—Gracias —fue lo



primero que dijo.

—¿Por qué me las da?

—Porque sin ti no lo habríamos logrado, y lo que estaba en juego...

Podía referirse a la vida de Gerard, al Libro...

—Yo solo les ayudé, señor. —Fue sincero—. Su hijo ha sido el cerebro. Él supo interpretar las pistas del señor Ardiach. Él, Eduard, Elisabet...

Los ojos del hombre eran penetrantes.

Le miraba de una forma...

Enzo comprendió que

lo sabía.

Todo.

—¿La policía sigue abajo?

—Nadie va a hablar de ti, tranquilo. No habrá preguntas.

—Entonces soy yo quien debe darle las gracias a usted.

—No. El trabajo todavía no ha terminado.

—Los papiros están a salvo.

—Lo sé. —Suspiró—. Y te aseguro que ahora mismo... —No encontró las palabras adecuadas para

expresar lo que sentía—. Es la culminación de una vida, ¿comprendes?

—Sí —manifestó él.

—Apenas puedo creer... Tú los has visto, ¿verdad?

—Así es.

—¿Cómo son? Es decir, ¿cómo es el Libro?

—Hermoso.

—Hermoso. —Repitió la palabra con admiración.

—Pero solo he visto un poco de cada uno de los cuatro rollos, el comienzo, el final... No he interpretado más. No sé lo que dice. No

sé si prueba algo o...

Ferdinand de Villiers levantó la mano derecha.

—De momento la única prueba es que es real, que existe y ha aparecido tras un largo camino.

—Muy largo, señor. — De pronto recordó algo—. ¿Y ese sacerdote?

—Se pondrá bien. Tampoco hemos dicho nada de él. Una herida de guerra y poco más. —Sonrió al decirlo—. Si no hubiera aparecido...

—El factor sorpresa.

—Arriesgó su vida por

el Libro.

—Yo también lo habría hecho.

—¿Y la de su hijo?

—No —contestó sin pensárselo.

—Ese sacerdote...

—Guido Fontalvo.

—Todos quieren lo mismo, ellos, ustedes... El Vaticano para esconderlo allí y los custodios para esconderlo aquí.

—Es distinto.

—¿Está seguro?

—Sí. —Ferdinand de Villiers frunció el ceño de pronto—. ¿Has dicho para

esconderlo... aquí?

—Los libros ocultos deben ser protegidos por alguien, y ese alguien tiene que ser uno de los siete miembros del consejo. Qué mejor que que la responsabilidad sea del Gran Custodio.

—No...

Ahora fue Enzo el que levantó una mano para detenerle.

—Señor, no me mienta —dijo—. Tengo más años que usted.

—Hay secretos peligrosos —advirtió el

hombre.

—Lo sé, así que le propongo un acuerdo.

—¿Cuál?

—Quiero verlos.

—Eso es chantaje. —

Ferdinand de Villiers sonrió.

—No —repuso Enzo—. Es el favor que le pide un anciano.

El dueño de la casa sostuvo su mirada.

Y los segundos cayeron uno tras otro, marcando un ritmo acompasado en sus corazones.

—Por favor —dijo Enzo.

Ferdinand de Villiers se levantó de la cama.

—Tengo invitados —se excusó—. Hablaremos mañana después de la asamblea, ¿te parece?

Enzo le vio caminar hacia la puerta, apoyado en su bastón.

Se quedó solo.

Cerró los ojos de nuevo.



Ferdinand de Villiers cerró la puerta de la habitación de Enzo y se quedó un breve



espacio de tiempo en el pasillo, apoyado en su bastón. En aquella parte de la casa estaban las habitaciones privadas, no las de los invitados. La mansión no era propiamente «un castillo», como lo llamaban en todo Saint-Girons, pero casi. Por espacio de doscientos años los De Villiers habían residido allí.

Allí.

Sobre la gran cripta de los libros ocultos.

Sobre la biblioteca.

Emitió un largo suspiro antes de ponerse de nuevo

en marcha, y ahora sus pasos le llevaron hasta la habitación más alejada del corredor. Se detuvo en la puerta sin saber si llamar o entrar directamente. Optó por abrir un poco la hoja de madera y asomarse al interior.

Guido Fontalvo también estaba en la cama, despierto a pesar de los calmantes.

—¿Puedo pasar? —le preguntó al herido.

—Sí —dijo él.

Cruzó el umbral y cerró la puerta despacio, como si

no quisiera hacer ruido.  
Después se acercó a la cama.

Esta vez no se sentó en ella.

Los dos hombres intercambiaron una mirada franca.

—¿Cómo está? —le preguntó en italiano.

—Bien.

—Ha tenido suerte.

—Lo sé.

—Ha de saber que le han extraído esa bala cuatro de los más eminentes médicos del planeta.

—Lo imagino.

—¿Se la llevará de



muertos —lamentó.

—Dos asesinos menos —le corrigió Ferdinand de Villiers.

—Y ahora, ¿qué?

—Se quedará aquí el tiempo necesario, hasta que esté en condiciones de viajar. Será mi invitado. Creo que tendremos largas conversaciones.

—¿Habla en serio?

—Estamos del mismo lado, pero vemos las cosas desde ángulos opuestos, eso es todo.

—Usted ha ganado y yo he perdido.

—No. Ha ganado la historia, la vida, la humanidad...

—La humanidad — repitió Guido Fontalvo con pesar—. Esos papiros pueden provocar un cisma, señor De Villiers. Más aún: podrían marcar el fin de los tiempos. La humanidad de la que habla no está preparada para las posibles revelaciones.

—Sí lo está —le corrigió—, pero no seremos nosotros los que la pongamos a prueba. Dos mil años de historia a fin de

cuentas son muy pocos. Seguimos siendo unos animales salvajes que matamos por nada, agotamos el planeta, vivimos en el egoísmo... Lo único que haremos será proteger ese libro, los cinco papiros, para impedir, de entrada, que sean destruidos por los hombres de negro.

—Y de salida que acaben en la Iglesia, aunque, como ha dicho, estemos del mismo lado.

—Ustedes defienden unos intereses y unos privilegios distintos.

—No, defendemos los  
de millones de creyentes —  
le corrigió.

—¿Qué más da creer en  
un ser, una luz, una fuerza,  
un universo o su energía,  
mientras se crea en algo?

Guido Fontalvo soltó  
un pequeño bufido de  
sarcasmo.

—Desde luego, me  
temo que vamos a tener  
largas conversaciones en los  
próximos días —reconoció.

—¿Ha visto  
*Casablanca*?

—Sí.

—¿Recuerda la escena



final entre Rick y el capitán Louis?

—«El principio de una gran amistad», sí.

Ferdinand de Villiers inició la retirada. Dio un par de pasos y se detuvo de nuevo.

—Padre Fontalvo — dijo—, ¿no siente curiosidad por saber lo que dice el Libro de Thot?

Sus ojos dijeron muchas cosas. Sus labios solo una.

—Tal vez.

—¿Y miedo?

—También —admitió.

La mirada final.

—Buenas noches —le deseó Ferdinand de Villiers.

—Buenas noches, y gracias —se despidió el sacerdote.

El dueño de la casa cerró la puerta y le dejó solo.

Un minuto.

Entonces sí, Guido Fontalvo alargó la mano izquierda, cogió la bala extraída de su cuerpo y la miró con curiosidad.

—Tienes una extraña forma de decir las cosas, Señor —murmuró en voz alta.



regresaban a sus casas, una vez elegida Geneviève Lassard como nuevo miembro del consejo tras una reñida votación. En lo alto de la escalinata, Ferdinand de Villiers y su hijo despedían uno a uno a sus amigos y compañeros.

Sentados bajo uno de los árboles, Elisabet y Enzo contemplaban la escena en silencio.

Era el momento más difícil para hablar.

Los dos vieron a Eduard asomado a una de las ventanas de la fachada

principal. Quedaba un último paso, recuperar la quinta caja, y tras entregárselas a los custodios volverían a la normalidad.

La normalidad.

Elisabet sabía que ya nada podría volver a ser normal.

Enzo se tumbó boca arriba sobre la hierba. Pasó los brazos por detrás de la cabeza. Una suave brisa agitaba las ramas del árbol. Los seres vivos tenían extrañas formas de demostrar la vida. Los árboles necesitaban del

viento para manifestarse.  
Gigantes excelsos de la  
mejor naturaleza.

«¿Cómo puedes estar  
tan tranquilo?»

La pregunta nació y  
murió en la mente de la  
chica mientras le miraba.

Deseó tocarle.

Besarle.

Pero no hizo nada.

Como si su momento  
hubiera pasado.

Como si toda su vida,  
pasada, presente y futura,  
hubiera quedado detenida la  
última noche, en su casa de  
Barcelona, cuando él le

contó su historia.

Aquella noche.

«Mi amor...»

Los silencios a veces eran amargos.

A veces trenzaban diálogos, bastaba una mirada, y sin embargo la mayoría escondían todas las palabras no pronunciadas, jamás usadas, concebidas para nacer y morir en la mente y el corazón.

«Te quiero, bendita maldición.»

Se marcharon los últimos coches.

Y la casa, el *château*, el

camino y los jardines quedaron huérfanos.

—¿Cuándo os marcharéis? —preguntó entonces Enzo.

—Después de comer —dijo ella—. Tenemos que hablar con el señor De Villiers.

—Si os vais después de comer llegaréis a Barcelona de noche y no podréis ir a buscar la caja al banco hasta mañana por la mañana.

—Sí, esa es la idea. Ya he telefoneado a Alícia Ventura. No habrá ningún problema... —Dejó de



hablar al darse cuenta de algo. Algo que lo cambiaba todo—. ¿Has dicho... «Cuándo os marcharéis» y «Si os vais después de comer»?

—Sí.

—¿Tú no vienes?

Enzo se sentó en cuclillas para verla mejor.

—Tengo que hacer algo —dijo, lacónico—, pero no me llevará más de un día, puede que dos.

—¿Adónde vas?

—Eso no importa.

—¡Todo importa! —se enfadó—. ¿Más secretos?

¿Por qué, maldita sea?

—Escucha —Fue él quien atrapó su mano—, ve a por la caja, llévala a la cámara de tu abuelo y espérame. No dejes que los custodios se la lleven antes de que yo regrese. Por favor.

—Dime adónde vas.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no puedo.

Contuvo las lágrimas.

Le costó, pero estaba dispuesta a no llorar delante de él.

—¿Tiene que ver con todo esto? —insistió

Elisabet.

—Sí —contestó Enzo —, aunque más bien de lo que se trata es del futuro de todos.

Alguien apareció a un par de metros de donde se encontraban. Vieron su sombra y al mover la cabeza identificaron quién era. Lo habían visto antes, en la casa, al desayunar. Se llamaba Pascal y era uno de los sirvientes, un tipo mayor, circunspecto y con cara de mayordomo.

A la antigua usanza.

—El señor De Villiers

le ruega que me acompañe,  
señor —se dirigió a Enzo.

—De acuerdo.

Se incorporó. Elisabet  
iba a hacer lo mismo antes  
de que él la ayudara.

—Le reclama solo a él,  
señorita —habló de nuevo  
Pascal.

Siguió sentada y les vio  
alejarse conservando la  
última sonrisa inocente de  
Enzo.

No lloró hasta que él  
hubo desaparecido en el  
interior de la mansión.



No tenía ni idea de cuánto había caminado, de si todas aquellas escaleras de subida y bajada no eran más que una, para confundirle, despistarle, o si apenas había descendido unos metros bajo la casa o, por el contrario, se movían por túneles excavados en el subsuelo hasta una distancia considerable. No tenía ni idea porque el tiempo no contaba y porque, con los ojos vendados, era la mano de Ferdinand de Villiers el que le guiaba por aquel

mundo oscuro y frío.

Frío pero no húmedo.

Allí la temperatura era estable.

Medida.

—Cuidado ahora —  
dijo el Gran Custodio.

Esperó a que le guiara de nuevo, pero Ferdinand de Villiers lo dejó solo. Manipuló algo, cerca. Pudo escuchar una especie de sistema de apertura. Un zumbido. A continuación, el suelo pareció moverse.

—¿Es una trampa? —  
preguntó Enzo.

—Sí.

—Suenan diabólicos.

Ninguna respuesta. El temblor cesó. El hombre volvió a cogerle del brazo.

—Despacio.

Caminaron otros cien metros, tal vez en círculos, quizá en línea recta. La última parada fue más larga. Ferdinand de Villiers volvió a dejarle solo. Luego se oyó el sonido de una puerta al abrirse. Un sonido parecido al de una caja de caudales.

Cruzaron aquel umbral.

La puerta se cerró a su espalda.

Y entonces el Gran

Custodio le dijo:

—Puedes quitarte la venda.

Enzo le obedeció.

Un instante después se le dilataron las pupilas por la emoción.

Había vivido doscientos setenta y nueve años, pero ese momento bien podía valer por todos ellos.

Los libros.

Miles.

Los libros ocultos durante siglos por unos pocos dispuestos a salvarlos de la barbarie y la incultura, ya fuesen simples tratados



de brujería o estudios filosóficos o astronómicos. Libros con el saber de la humanidad. Libros con sus miedos y recelos plasmados página a página. Libros escritos por locos visionarios o por mentes preclaras. Libros de supersticiones o del conocimiento de quienes habían dado a veces la vida por ellos.

Enzo sintió una extraña emoción.

Paseó los ojos por aquel universo escrito en todas las lenguas y plasmado en todos los soportes con los

que el ser humano había trabajado desde el comienzo de la escritura. Se alineaban perfectamente en estanterías que formaban largos pasillos, y en muebles acristalados, vitrinas con luces y temperaturas adecuadas para su conservación. La biblioteca de los libros ocultos formaba una bóveda de paredes acolchadas que devoraban incluso sus suspiros.

—Dios...

—Ven. —Ferdinand de Villiers volvió a cogerle—. Te mostraré algunos de

nuestros tesoros más importantes.

Enzo se dejó llevar.

Buscaba la libertad, estaba a un paso de ella, pero no le importó quedarse un rato, el tiempo que fuera, en aquel cielo terrenal.

**LOS**

**EPÍLOGOS**

# EPÍLOGO 1

Norman Sizemore arrojó a un lado el libro que estaba intentando leer sin éxito desde hacía unos minutos.

Un estúpido libro.

Una novela.

Ni siquiera sabía por qué la había cogido. ¿Por el tema? No le interesaba. ¿Por el autor? No lo conocía. ¿Por su necesidad de evadirse, dejar de pensar?

Levantó los ojos y miró

el Picasso y el Van Gogh que presidían la sala.

No eran los únicos tesoros, pero sí los más destacados.

Picasso había muerto anciano, sin dejar de trabajar, rico y poderoso, afortunado con las mujeres. Van Gogh había muerto joven y pobre, mutilado por su propia mano.

Contrastes.

Ahora dos de sus obras estaban allí, eran suyas, las poseía.

Hermosa palabra:  
«Posesión».

—Señor, ¿en qué te he fallado? —preguntó al aire.

Volvió la ira, y no la contuvo. Dejó que lo inundara, le dominara y le saturara por completo. Algunas de sus mejores decisiones las había tomado en momentos como aquel, de furia salvaje. Decisiones que unas veces valían millones y otras costaban vidas, derribaban mercados y gobiernos o cambiaban la historia. Decisiones cruciales. Mejor la calma para pensar, y la tranquilidad para actuar, pero la ira

producía la adrenalina  
necesaria para ser  
implacable, no vacilar.

No vacilar.

Ahora había empezado  
una guerra.

Una guerra sin  
prisioneros, dura.

Una guerra que iba a  
ganar.

Si era necesario matar a  
aquel hombre y a todos sus  
lacayos, lo haría. Patrick van  
Haal le había facilitado los  
nombres. Y si era necesario  
arrasar aquella casa, la  
mansión De Villiers en  
Saint-Girons, lo haría



también.

Sin máscaras.

¿Por qué había confiado en los hermanos Guntz? ¿Por qué en Karl Hustagel? ¿Por qué, por qué, por qué?

Los más fieles.

Y estaban muertos.

Ahora mataría él, aunque treinta y cinco personas, todas importantes, fuesen difíciles de eliminar.

Si además conseguía que uno de los siete custodios del consejo le revelara el escondite de la gran biblioteca antes de

morir...

Norman Sizemore  
apretó los puños.

Sí, la ira era la más  
poderosa de las  
motivaciones.

Se levantó de la butaca  
para tomarse un coñac y fue  
en ese mismo instante  
cuando oyó el ruido.

Volvió la cabeza y le  
vio.

Había oído hablar de él  
tantas veces...

Aquellos ojos  
transparentes.

Únicos.

Norman Sizemore se

movió rápido. Siempre tenía un arma a punto, y cerca. En este caso, un revólver en el primer cajón de la mesa. Lo abrió y lo empuñó con firmeza.

Enzo no se movió.

—¿Cómo ha entrado aquí? —preguntó.

—Es fácil.

—Los perros, la alarma, el servicio...

—Los perros son dóciles cuando se les habla y se les mira a los ojos. Las alarmas son meros artilugios mecánicos. Las personas no ven si uno no quiere ser

visto, ni oyen si uno no desea ser oído, especialmente cuando ese uno tiene, digamos, habilidades fuera de lo común.

—¡Marc!

Esperaron unos segundos.

—¡Marc, Naomi...!

Enzo dio un primer paso hacia él.

—¿Qué quiere? — intentó frenarlo Norman Sizemore.

Ya no hubo respuesta.

Otro paso, uno al frente, el otro de espaldas.

Con el tercero, el dueño de la casa se encontró atrapado por la pared.

—¿Es dinero? — preguntó—. ¿Quiere dinero?

Enzo se detuvo a menos de un metro.

Alargó la mano.

—Puedo hacer que...

—Cállese —le pidió.

Norman Sizemore no llegó a disparar. No era necesario y lo sabía. Enzo le quitó el revólver, despacio. Una vez en su poder, lo arrojó a un lado, sobre una de las butacas. Por detrás de él, el financiero vio el

Picasso y el Van Gogh.

Trató de aferrarse a ellos.

La última visión del mundo que iba a abandonar.

Cerró los ojos un segundo antes de que Enzo le alcanzara la garganta con su mano.

## EPÍLOGO 2

Las cinco cajas estaban sobre la mesa, en la primera cámara.

Abiertas.

Abiertas y mostrando su precioso contenido.

El Libro de Thot.

Elisabet y Enzo las miraron desde el hueco abierto en la librería, después de que Eduard presionara el resorte y se apartara para dejarles solos.

De pronto parecían estatuas de sal.

Tan inmóviles.

Ella fue la primera en reaccionar.

Buscó su mano.

La encontró.

Tan fría...

—Enzo, por favor... — se atrevió a romper el silencio que les envolvía.

El gesto del muchacho fue rápido, fulminante.

Llevó su otra mano hasta sus labios.

Elisabet se rebeló.

—No. —Se la apartó con la suya—. Puede ser



distinto...

—No lo será.

—¿Cómo lo sabes?

La cubrió con una sonrisa dulce pero también pesarosa. La sonrisa del final de un camino largamente esperado. Por extraño que pareciera, la chica vio vida en sus ojos, no muerte.

Aquellos ojos que siempre, siempre, llevaría grabados en su memoria.

Lo mismo que el fuego en sus labios y el amor en su cuerpo.

—¿Y si lo que buscas no está ahí? —se esforzó por

última vez.

—Entonces seguiré  
buscando.

—¿Dónde?

—Donde haya una  
esperanza.

—Por favor... —gimió  
de nuevo—. Yo...

—Si me quieres,  
dejarás que me vaya.

—Te quiero —asintió  
—. Y no por la maldición.  
Deberías saberlo.

—Entonces...

No quería llorar.

Pero fue inevitable.

Tanto como el siguiente  
paso de Enzo.

Las manos se separaron.

Elisabet se quedó muy sola.

El beso final fue un arrebató, un estallido emocional imparabile. Se le echó encima y le abrazó. No tuvo que buscar sus labios, los encontró de inmediato, en los suyos. Cerró los ojos y por un instante su mente logró detener el tiempo.

Un instante que debía valer por una vida.

Al separarse, Enzo pronunció una sola palabra.

—Eduard...

—No... —gimió ella por tercera vez.

Se apoyó en su hermano y se dejó llevar. No podía dar un paso. Salieron de la primera cámara y el chico presionó el resorte. Cuando la librería se cerraba Elisabet hizo un último intento fallido, ya sin fuerzas.

Lo último que vio fue la sonrisa de Enzo.

Y sus ojos.

Eduard la abrazó mientras lloraba. Estaban solos. Gerard de Villiers y su padre esperaban en la

biblioteca.

El Libro de Thot se iría con ellos.

—Vamos —le susurró Eduard al oído—. Sabes que tiene razón.

—Cállate.

—No, no voy a callarme. Y tú vas a ser fuerte, ¿vale?

—¿Vas a dejar que haga de hermana mayor?

—Qué remedio.

Se miraron por un momento.

Casi se echaron a reír.

Luego Elisabet volvió a llorar, abrazada a él con

todas sus fuerzas.

El chico le acarició la cabeza con infinita ternura.

No se movieron en cinco, diez minutos.

Quince.

Hasta que se les doblaron las piernas.

—¿Entramos ya? — susurró.

—Ha dicho una hora.

—No voy a poder esperar tanto, por Dios, Edu.

—¿Y si todavía...?

No pudo impedirlo. Elisabet fue más rápida. Presionó el resorte y la librería se movió

lateralmente, como tantas otras veces a lo largo de aquellos días, desde que habían descubierto las cámaras secretas.

Los dos miraron fijamente el hueco que se iba abriendo ante sus ojos.

Apareció la cámara.

Vacía.

El primer rollo de papiro, el de la última caja, estaba sobre la mesa.

Y en el suelo, apenas visible entre la ropa de Enzo y el colgante de su cuello, un pequeño montón de polvo.

O ceniza.

O...



## EPÍLOGO 3

Harold Mayer casi se cayó de su asiento.

—¿Has visto eso? — preguntó.

A tres metros de distancia, Lukas Green estudiaba unos gráficos.

—¿Que si he visto qué?

—Eso. — Su compañero apuntaba la pantalla con un dedo.

—Harold...

—¡Mierda, Lukas!

¿Quieres comprobar los medidores?

Lo hizo. Por lo menos frunció el ceño.

—Una descarga de energía, sí —dijo.

—¿Una descarga de energía? ¡Maldita sea, Lukas!, ¿llamas a eso una descarga de energía? ¡Ha sido un verdadero cometa, solo que en lugar de venir del espacio ha salido de la Tierra!

—¿Coordenadas? — puso más interés su amigo.

—Barcelona.

—Barcelona —repitió

él.

—¡Sí, Barcelona! ¡Se ha perdido en el espacio a una velocidad endiablada!

—¿Tienen misiles en Barcelona?

—¡No seas burro!

Volvieron a mirar los registros. Luego Lukas Green se soltó del cierre que le mantenía atado a su asiento y flotó ingrávido. Se agarró a los impulsores para llegar junto a Harold Mayer. Desde su posición veían el planeta, azul, inmenso. En aquellos momentos la estación orbital se movía por

encima del Mediterráneo.

—Eso estaba hecho de energía pura —exhaló Mayer.

—¿Dirección?

Manipuló el ordenador. La máquina procesó los datos que ya le suministraban todos los registros y medidores.

—¿Las... Pléyades? —logró decir Green.

—Demasiado. —El astronauta se echó para atrás mientras su compañero deslizaba el cuerpo hacia abajo para sentarse en la butaca a su lado.

—Tendrá una explicación lógica, ¿no?

—¿Como cuál?

—No sé...

—¿Quién más habrá visto o medido eso?

—¿Vamos a informar?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque eso es carnaza para los buscadores de misterios y toda esa caterva de fanáticos de las ciencias ocultas y los ovnis. Por eso.

Volvieron a mirar las pantallas.

Todo había vuelto a la

normalidad.

De hecho, el fenómeno había durado menos de un segundo.

—Vamos a esperar — dijo Lukas Green.

—¿En serio?

—Si hay más constancias... ¿Quieres pasarte días o semanas declarando ante todos los comités habidos o por haber? Yo, desde luego, no quiero convertirme en el tipo que vio algo inexplicable.

—Tú no lo has visto. Yo sí.

—Entonces informa tú.

Harold Mayer miró la Tierra.

La pantalla de su ordenador.

Los datos de aquella descarga de energía viajera.

Las Pléyades.

De niño había soñado tantas veces con estar allí, en el espacio, para ser el primero en ver a los marcianitos o comoquiera que se llamaran.

De niño.

Quizá todo era cuestión de tiempo.

Aunque el suyo, como humano, fuera escaso.

—Está bien —se rindió  
—. Pero recuerda lo que dijo  
Carl Sagan.

—¿Y qué dijo tu gurú?

Harold Mayer señaló el  
espacio.

—«En alguna parte,  
algo maravilloso está  
esperando a ser  
descubierto.»

*Isla de Barú, enero de 2010*  
*Barcelona, diciembre de 2010*



# CRÉDITOS, AGRADECIMIENTOS Y DETALLES

Durante siglos, los libros han sido objeto de culto y han promovido el saber de la humanidad. Sus páginas podían contar historias de ficción o transmitir el pensamiento y el conocimiento de grandes intelectuales y eruditos. Pero

siendo una herramienta tan importante y fundamental, más desde la creación de la imprenta, muchos de esos libros también han sido objeto de persecuciones, y sus autores, condenados. Se dice que cuando un país quema libros, está abocado a la barbarie. No digamos ya encarcelar o matar a sus autores (el poder siempre ha temido la cultura, por eso en todos los golpes de Estado lo primero que se hace es matar a los intelectuales).

A lo largo de la historia, los libros de

brujería, magia, ciencias ocultas y esoterismo han sido de los más perseguidos, creando un cisma abierto basado en la superstición, frente a la cual la Iglesia fue implacable a través de la Santa Inquisición. Cualquier persona sospechosa de brujería era quemada. Así nacieron, entre otras leyendas, la de los hombres de negro, encargados de buscar y destruir los libros malditos, y la de aquellos que los protegían, aun a riesgo de su vida. Los mismos que en esta novela

aparecen bautizados como «custodios».

Todos los datos referentes a libros o signos incluidos aquí son reales. Los textos citados existen salvo dos excepciones, el *Kah-a-m'ta* y el *In fidelis*, añadidos para la historia de Enzo. Los párrafos extraídos de *Las estancias de Dzyan*, *La Tabla Esmeralda*, el *Corpus hermeticum* y *Los siete principios herméticos* son exactos, así como el hecho de que al complejo Manuscrito Voynich le falten las veintiocho

primeras páginas. La invocación del primer prólogo es auténtica y es la más famosa de cuantas existen. Procede del *El enchiridión*, como se cita debidamente.

Pido perdón por inventarme los escondites del Libro de Thot en la novela. Las cuatro ermitas que aparecen a lo largo de la búsqueda de Elisabet, Eduard, Gerard y Enzo las escogí, con todo respeto y cariño, por su belleza y geografía. Licencias de novelista.

Toda la información utilizada está disponible en internet para los más curiosos. Basta con teclear palabras como «Libros ocultos», «Libros prohibidos» o «Libros malditos». Gracias a todos los expertos o entusiastas que cuelgan en la red sus textos.

He aquí, como complemento final, una pequeña relación de libros por los que, a lo largo de la historia, muchos perdieron la cabeza o fueron quemados en la hoguera.

**RELACIÓN DE  
(ALGUNOS)  
LIBROS  
PROHIBIDOS,  
MALDITOS Y  
SIMILARES**

(Fuente:

[www.telecable.es/personales/](http://www.telecable.es/personales/)

*Arbor mirabilis* («El Árbol  
de las Maravillas»), de

Ulrick des Mein, 1514. Ofrece predicciones al igual que Nostradamus, pero escritas en prosa. Realiza una referencia seria de lo que se denominó «La verdadera cara de la iglesia o el Demonio con Sotana».

*Arcanum hermeticae philosophiae opus*, de Jean d'Espagnet. Fue escrito en latín, en 1623. Ciencias ocultas. No lleva hechizos.

*Archidoxia magica*, de Paracelso (1493-1541), escrito aproximadamente



en el año 1500. Médico y químico suizo que teorizó sobre el microcosmos y el macrocosmos, también escribió los libros *Liber de nymphis, sylphis... et ceteris spiritibus* y *Paramirum* entre otros.

*Book of the Essence of the Soul (Liber Logaeth)*, de Alkindi Godziher's.

Escrito en el año 850 a.C.

*Clavius Solomonis*, de Olaus Wormius, en latín, siglo XVII. Traducido por Mathers y el rabino Ebognazar. Ciencias ocultas. No lleva

hechizos.

*Compendium maleficarum*,  
de Francesco M. Guazzo,  
Milán, 1608.

*Corpus hermeticum*, autor  
anónimo, siglo II. Escrito  
en latín. Ciencias ocultas  
y mitos. No lleva  
hechizos. Importante  
colección de textos  
mágicos que eran usados  
como base para los  
grimorios de la Edad  
Media y del  
Renacimiento.

*De arte cabalistica*, de  
Johannes Reuchlin,  
escrito en 1517 en latín.

Ciencias ocultas. No lleva hechizos.

*De lapide philosophico*, de Trimethius, siglo XIV. Escrito en latín. Ciencias ocultas. No lleva hechizos.

*De occulta philosophia*, de Cornelius Agrippa. Escrito en 1533, es un libro clásico sobre magia. Contiene fórmulas y procedimientos para evocaciones, supeditación de los espíritus infernales a la voluntad del mago, preparación de talismanes y amuletos, etcétera.

*Dictionnaire infernal*, de Collin de Plancy. Escrito en 1844 en francés. Ciencias ocultas. No lleva hechizos. Este libro nombra y describe a la mayoría de los demonios del infierno.

*Divagaciones de la bruja Blanca*, de Olga Hatcher. Escrito en 1853 en inglés. Ciencias ocultas.

*Dogme de la haute magie*, de Eliphas Levi. Escrito en 1856 en francés. Ciencias ocultas. No lleva hechizos.

*El Arbatel (Liber Arbatel)*,

de 1575.

*El Dios de los hechiceros*, de la doctora Margaret Murray, en inglés, siglo XX. Ciencias ocultas. Considerado como una explicación lógica y coherente para algunos misterios sin resolver y para casos de brujería y posesión demoníaca.

*El enchiridión*, del papa León III. Escrito hacia el año 813.

*El gran grimorio del papa Honorio*, de 1670. Dice que «La fatalidad reina por medio de las

matemáticas y no existe otro Dios que la naturaleza».

*El gran grimorio* o *El verdadero dragón rojo*, siglo XVI, también conocido como *El arte de controlar los espíritus celestes, aéreos, terrestres e infernales*. No confúndase con el del Papa Honorio. Fórmulas, evocaciones, pactos, signos diabólicos y figuras cabalísticas. La edición francesa contiene procedimientos para evocar espíritus

infernales, terrestres y aéreos, hacer aparecer a los muertos, leer el pasado y el futuro en los astros, descubrir tesoros ocultos, conseguir la invisibilidad. Se añaden los secretos de la reina Cleopatra.

*El Heptameron*, de Pedro de Abano. Escrito sobre el 1300.

*El Heptameron o Elementos mágicos*, compuesto por el Gran Cipriano, famoso mago. Traducido al latín y de este al francés por Esterhaazy y luego a la

lengua castellana por  
Fabio Salazar y  
Quincoces, astrólogo,  
alquimista y naturalista.

*El libro de la ley*, de Aleister  
Crowley. Escrito en  
inglés en 1904. Ciencias  
ocultas. No lleva  
hechizos.

*El libro de la magia negra y  
los pactos*, escrito por A.  
E. Waite, Londres 1898.

*El libro egipcio de los  
muertos*, traducido por E.  
A. Wallis Budge, al  
inglés, en 1895. El  
original estaba escrito en  
jeroglíficos. Ciencias



ocultas. No lleva hechizos.

*El libro jurado de Honorio*, de 1250. No confundirlo con *El grimorio del papa Honorio*.

*El mago*, de Francis Barret. Escrito en 1801 en inglés. Ciencias ocultas y mitos. No lleva hechizos. Este libro ayudó al renacimiento de lo oculto en el siglo XIX. Barret era considerado por unos como un maestro y por otros como un fraude, pero este libro es un tratado de ocultismo

moderno que desarrolla la alquimia, los ceremoniales mágicos y la demonología.

*El oráculo de Nostradamus*, por Michel de Nostradame, 1555-1557. Ciencias ocultas. Contiene cerca de cien cuartetos que proponen profecías específicas de hechos concretos.

*El Zohar*, Séfer há-Zohar («Libro del esplendor»), escrito por Moisés de León en 1280 en hebreo. Ciencias ocultas. Texto básico de la mística judía

en la Edad Media que representa un esfuerzo por conocer e investigar a los dioses a través de la contemplación y las revelaciones. Se considera extremadamente denso, largo y dificultoso.

*Fantasmas de la vida*, de Edmund Gurney. Escrito en inglés en el siglo XIX. Ciencias ocultas.

*Grimorium verum*, traducido del hebreo por el jesuita Plaingiere en 1517. En él aparecen las dieciocho marcas o signos demoníacos, de gran

poder para someter a las potencias infernales.

*In Cl. Ptolemaei peluensis III de astrorum iudiciis, aut, ut vulgo vocant, auadripartitae constructionis*, publicado en 1554 por Gerolamo Cardano (1501-1576), gran matemático italiano. Experto en astrología, publicó la carta astral de Jesucristo, por lo cual fue acusado de hereje y encarcelado. El libro incluye los horóscopos de Enrique VIII, Erasmo, Jesucristo y el suyo

propio.

*Isis Unveiled* («Isis sin Velo»), escrito en 1887 en ruso por madame Elena Petrovna Blatvatsky. Ciencias ocultas. También escribió el *Libro de Dzyan*, en 1888, incluido en *La doctrina secreta*, con fragmentos de varios textos religiosos orientales, sobre todo el *Rig Veda*. Contiene las bases teóricas de la teosofía. Precursora de Lovecraft, quien además cita dicho libro.

*La clave de la sabiduría*, por

Artrephous, traducido por Farthington Brainthewaite al inglés y al griego antiguo en 1834. Ciencias ocultas. No lleva hechizos.

*La iniciación o El conocimiento de los mundos superiores*, de Rudolf Steiner. En esta obra se prepara al iniciado para el encuentro con los Guardianes del Vestíbulo. Editada en Barcelona por la Biblioteca Orientalista en 1911.

*La llave de Salomón*, traducido a varias lenguas

y supuestamente escrito por el rey Salomón en el siglo XIV. Lo forman dos libros, el primero de ellos indica cómo evitar errores dramáticos al tratar con espíritus; el segundo es una discusión sobre las artes mágicas. Los rituales mágicos descritos son muy completos, indicando muchas excusas por las cuales un hechizo no funciona. Ciencias ocultas, multiplicador de hechizos como opción del guardián. Traducido por

Mathers y el rabino Ebognazar. También llamado *Las clavículas de Salomón*, se supone escrito en 1641, sobre los misteriosos subterráneos de Menfis, e impreso por Alibeck el Egipcio. Contiene la manera de evocar a Lucifer, describiendo las fórmulas usadas por los hechiceros para realizar los pactos demoníacos.

*La magia sagrada de Abramelin el Mago*, traducido por MacGregor Mathers, fundador del



«Isis - Urania Temple of the Hermetic Order of the Golden Dawn». Publicado en Londres en 1889. Utilizado por Aleister Crowley en una siniestra operación mágica con sangrientas y terribles consecuencias.

*La rama de oro*, de sir George Fraser. Escrito en 1890 en inglés. Ciencias ocultas. Doce volúmenes clásicos publicados entre 1911 y 1915.

*La Tabla Esmeralda*. Se supone que el original era árabe o griego clásico, de

autor desconocido pero atribuido a Hermes Trimegisto, siglo II a. C. Ciencias ocultas y química. Es el libro fundamental de la alquimia en la Europa medieval. También se incluyen *Tabula smaradigma* y *Libro del zodiaco*.

*Le dragon noir* o *Las fuerzas infernales sumisas al hombre*, editado en París en 1896.

*Le grand Albert*, publicado por los hermanos Beringos en Lyon a

mediados del siglo XVIII. Basado en enseñanzas de san Alberto Magno, 1193-1280, filósofo y teólogo alemán que destacó por su recopilación del saber de su época, en especial lo relativo a las ciencias naturales. Fue canonizado en 1931. Gran parte de su obra está dedicada a la alquimia. Santo Tomás de Aquino (1226-1274), discípulo suyo, aceptaba la alquimia mientras no se mezclara con la magia.

*Le petit Albert*, publicado por chez Beringos en

Lyon en el siglo XVIII. Contiene instrucciones para la construcción y empleo de figuras cabalísticas y talismánicas, el modo de hacer padecer a una persona a distancia, conjuros, evocaciones negras, etcétera.

*Le satanisme est la magie,*  
de J. K. Huysmans.  
Escrito en 1895 en francés. Ciencias ocultas.

*Le tombeau de Jacques de Molay,* de C. L. Cadet-Gassicourt. Escrito en 1797 en francés. Ciencias

ocultas.

*Les basses entrées trevisanes*, descrito por los pocos ocultistas que han podido estudiarlo como «La más terrible arma que pudo caer en manos de un brujo, siempre que sepa leer y comprender el contenido de este desconocido grimorio».

*Liber Armadel* («Libro de Armadel»), traducido por Samuel Mathers en el siglo XIX, pero parece ser que al revés.

*Libro de la magia sagrada*,

del mago Abra Melin,  
traducido por Samuel  
Mathers al inglés en el  
siglo XIX. Ciencias  
ocultas, mitos,  
multiplicador de hechizos.

*Malleus maleficarum* («El  
martillo hechicero»), por  
los dominicos alemanes  
Jakob Sprenger y  
Heinrich Kramertrans.  
Escrito en 1486, en latín y  
otras lenguas. Ciencias  
ocultas. Manual contra la  
brujería auspiciado por el  
papa Inocencio VIII.  
Contiene métodos para  
reconocer y eliminar la

brujería. El «martillo hechicero» incluye una guía de inquisidores de la Edad Media y describe torturas a brujas y hechiceros. Este libro envió a la muerte a unos nueve millones de personas a lo largo de su historia, sobre todo los primeros doscientos años.

*Mafteah Shelomah* parece ser el manuscrito hebreo masorético más antiguo encontrado hasta hoy. Data del año 900 d. C. Contiene *Las claves de Salomón* (o *La clave*

*mayor del rey Salomón) y El Lemegeton (o La clave menor del rey Salomón).*

*Manuscritos de Beth Eloim,* de autor desconocido, siglo XVI, escrito en hebreo. Ciencias ocultas. Este libro es un tratado cabalístico sobre ángeles, demonios, el alma de los hombres, el cómo y el porqué de la existencia y las relaciones entre semejantes.

*Maravillas de lo invisible,* de Cotton Mather. Escrito en inglés en 1693. Ciencias ocultas. Trata



sobre la brujería en la mítica Salem.

*Mission de l'Inde en Europe*, de Saint-Yves d'Alveydre. Escrito en 1886 en francés. Ciencias ocultas.

*Monas hieroglyphica* («Mónada jeroglífica»), publicado en 1564 por John Dee (1527-1608), mago de la corte de la reina de Inglaterra.

*Mundus subterraneus* y *Oedipus aegyptiacus*, de 1652, de Athanasius Kircher (1602-1680), jesuita alemán. Entre

otras curiosidades, fue pionero del cine y las diapositivas con la linterna mágica.

### *Mysterium*

*cosmographicum*, escrito en 1596 por Johannes Kepler, astrónomo y astrólogo.

*Nuestra herencia de las grandes pirámides*, de Piazzi Smyth, 1880. Escrito en inglés. Ciencias ocultas. El contenido de este pequeño libro es la relación entre los antiguos egipcios y los espíritus de la tierra.

*Physica et Mystica*, escrita en el año 200 por Bolos de Mende, un egipcio helenizado. Texto base de la alquimia que contenía recetas para convertir metales en oro y plata y que transcribe las ideas platónicas sobre la composición de la materia.

*Picatrix (Ghâyat al-Hakîm fi'l-sihr)*, de Maslama ibn Ahma al-Magritit, 1007, también conocido como «pseudo-Magriti».

*Ritos y religiones Voodoo*, de A. M. Asher, siglo

XIX, en inglés. Ciencias ocultas.

*Rituales del Nuevo Mundo*, de Raymond Lully. Escrito en 1874 en inglés. Ciencias ocultas.

*Sadducismus triumphatus* («La incredulidad conquistada»), escrito en 1681 por Joseph Glanville. Para hacerlo contó con el asesoramiento del químico y fisiólogo Robert Boyle (ambos miembros de la Royal Society). Glanville pregonaba una unión de la

brujería con el espíritu racional de la ciencia en ciernes, convirtiéndose así en un precursor teórico de la new age.

*Sargozasht Is-Sayyidna*, de Hasan as-Sabbah, posible descendiente de Abd Al-hazred, autor del *Necronomicon* («El libro de los nombres muertos» o «El murmullo de los demonios»). Escrito en árabe sin fechar. Ciencias ocultas.

*Sefer Yetzirah* («Libro de la creación»), tratado hebreo de cosmogonía cabalística

atribuido a Abraham,  
siglo II.

*Stratagematum Satane, libri octo*, de Jacques Aconce.  
Ámsterdam, 1664.

*Teatrum diabolorum*,  
Fráncfort, 1575.  
Recopilación de textos  
con muchos documentos  
gráficos.

*The Witch Cult in Western Europe* («El culto del  
hechicero en el oeste  
europeo»), de la doctora  
Margaret Murray. Escrito  
en 1921 en inglés.  
Ciencias ocultas.  
Margaret Murray (1863-

1963) era una arqueóloga inglesa especialista en brujería y etnología, escribió varias obras sobre el tema. En «El culto de la brujería en Europa occidental» sostiene que el predominio de la brujería y ritos similares provendrían de civilizaciones arcaicas europeas, en especial de la celta. Esta religión pagana fue reemplazada por el cristianismo, aunque sus cenizas resucitaron con el

esoterismo

prerrenacentista. Según H. R. Trevor Roper, la que sistematizó y codificó la brujería, creando un corpus de demonología, fue la Iglesia medieval.

*Turba philosophorum* («La turba de los filósofos»), de autor desconocido. Traducido del árabe al latín en el siglo XII, es un libro caótico que trata de un concilio de filósofos reunidos para fijar los conceptos del vocabulario hermético, entre los que estaban Anaxímenes,



Sócrates, Jenófanes,  
Empédocles, etcétera.  
Escrito en latín. Ciencias  
ocultas.

*Una investigación sobre el misterio hermético con disertaciones sobre las más celebradas filosofías de la alquimia*, de Mary South. Escrito en inglés en 1850. Ciencias ocultas y mitos, sin hechizos.

*Utriusque cosmi historia*, de Robert Fludd. Escrito en 1617. El libro es una verdadera enciclopedia de símbolos y un tratado de las armonías de los

elementos. Fludd, el  
sistematizador de la  
masonería y los  
rosacruces.

*Vida de los necrománticos,*  
de William Godwin.  
Escrito en inglés en 1834.  
Ciencias ocultas.

**Jordi Sierra i Fabra** (Barcelona, 1947) es uno de los autores más prolíficos y premiados del panorama literario español y, con diez millones de libros vendidos y más de dos docenas de premios literarios otorgados a ambos lados del Atlántico, uno de los más sorprendentes por la versatilidad de su obra, que aborda todos los géneros. Viajero impenitente — circunstancia que nutre buena parte de su extensa producción— y

comprometido con la realidad, ha creado además la Fundació Jordi Sierra i Fabra en España y la Fundación Taller de Letras Jordi Sierra i Fabra en Colombia para impulsar la lectura, la cultura y ayudar a jóvenes escritores en sus primeros pasos. En 2011 recibió el X Premio de Novela Ciudad de Torre Vieja por su novela *Sombras en el tiempo*.

Para más información sobre el autor visite la página web:  
[www.sierraifabra.com](http://www.sierraifabra.com)

Edición en formato digital: marzo de 2012

© 2012, Jordi Sierra i Fabra

© 2012, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Fotografía de la cubierta: © Josep Maria Civis

Fotografía del chico en la cubierta: © Grant Heinlein

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-8441-983-9

Composición digital: Barcelona Edicions Digitals

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)



# Random House Mondadori

Consulte nuestro catálogo en: [www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47-49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid:

Agustín de Betancourt, 19

28003 MADRID

España

Tel.: +34 91 535 81 90

Fax: +34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en [www.randomhousemondadori.com](http://www.randomhousemondadori.com).



---

**notes**

# Notas

1 *Tsampa*: comida a base de harina de cebada tostada.

2 *Chas*: té tibetano, con sal y mantequilla de yak.

3 *Thug-pa*: sopa de verdura, pasta y carne.

4 *Momo*: pasta con forma de ravioli rellena de carne o verdura cocinada al vapor.

5 *Khabse*: galletas.

6 *Lassi*: yogur batido con miel.

7 *Sutra*: discurso dado por Buda a sus discípulos más



próximos.

# Table of Contents

## LOS PRÓLOGOS

PRÓLOGO 1

PRÓLOGO 2

PRÓLOGO 3

## EL LIBRO

DÍA 1

DÍA 2

DÍA 5

DÍA 6

DÍA 8

DÍA 9

INTERMEDIO 1

DÍA 10

DÍA 11

DÍA 12

INTERMEDIO 2

DÍA 13

DÍA 14

DÍA 15

INTERMEDIO 3

DÍA 16

LOS EPÍLOGOS

EPÍLOGO 1

EPÍLOGO 2

EPÍLOGO 3

CRÉDITOS,

AGRADECIMIENTOS

Y DETALLES

RELACIÓN DE

(ALGUNOS) LIBROS

PROHIBIDOS,

MALDITOS

Y

SIMILARES

Notas